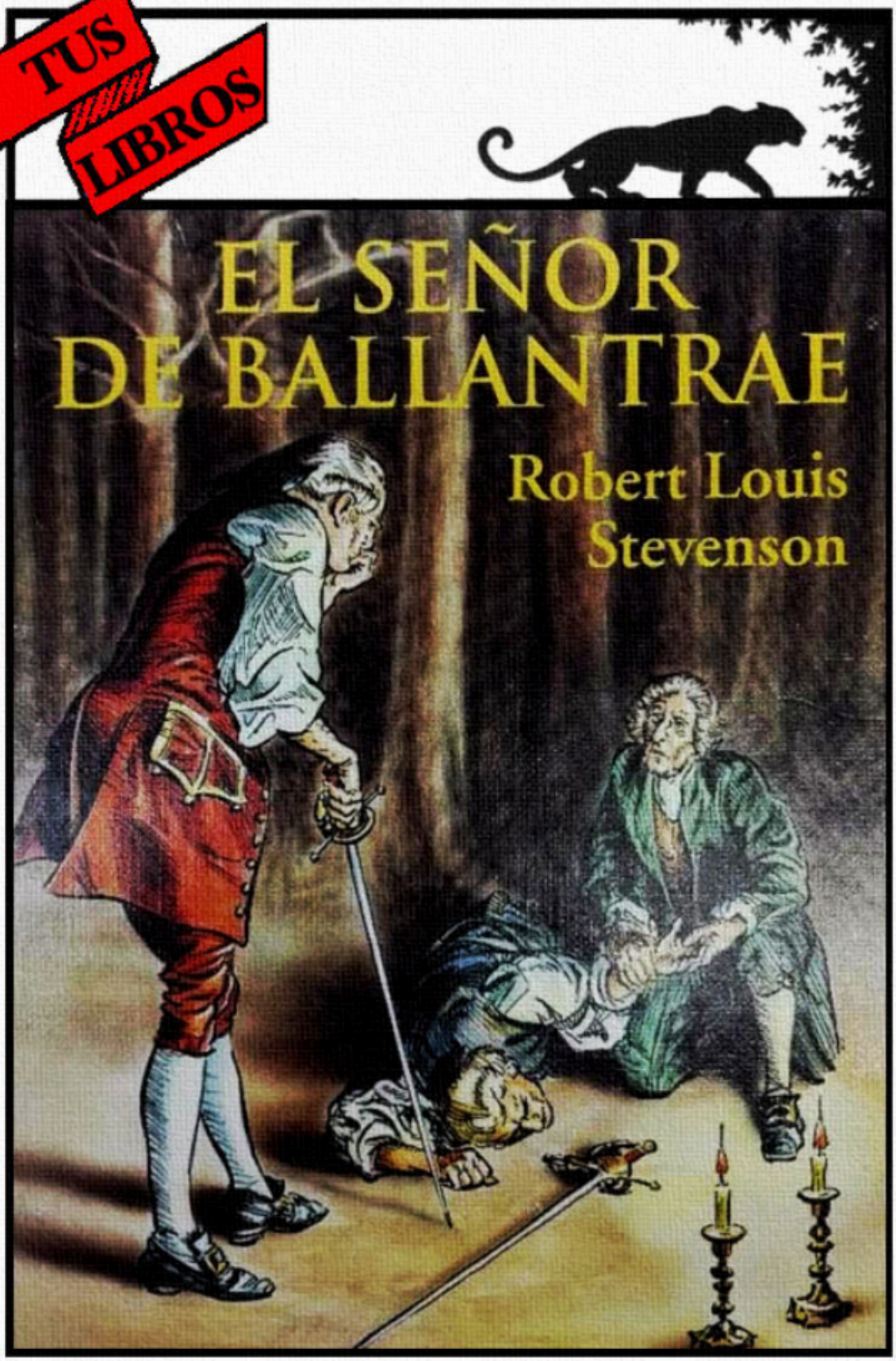
TUS LIBROS



EL SEÑOR DE BALLANTRAE

Robert Louis Stevenson

Desde que supimos que el doctor Jekyll tenía su míster Hyde, aprendimos a sospechar en los personajes de Stevenson, incluso en los más aventureros, la cara oculta de la luna. En *El señor de Ballantrae*, novela de permanente guerra fratricida, indagó en el origen del mal y sus consecuencias. ¿Qué pensaba de ese personaje que no acaba de morir, diabólico resucitado que una y otra vez resurge de la tumba? ¿Es la descripción de una batalla contra el mal en la que siempre acabamos vencidos, como el caballero que tanto admiraron los románticos? «Así soy yo», había dicho Stevenson un día en que leía el *Quijote* en la cubierta de una goleta que navegaba por el Pacífico.

Robert Louis Stevenson

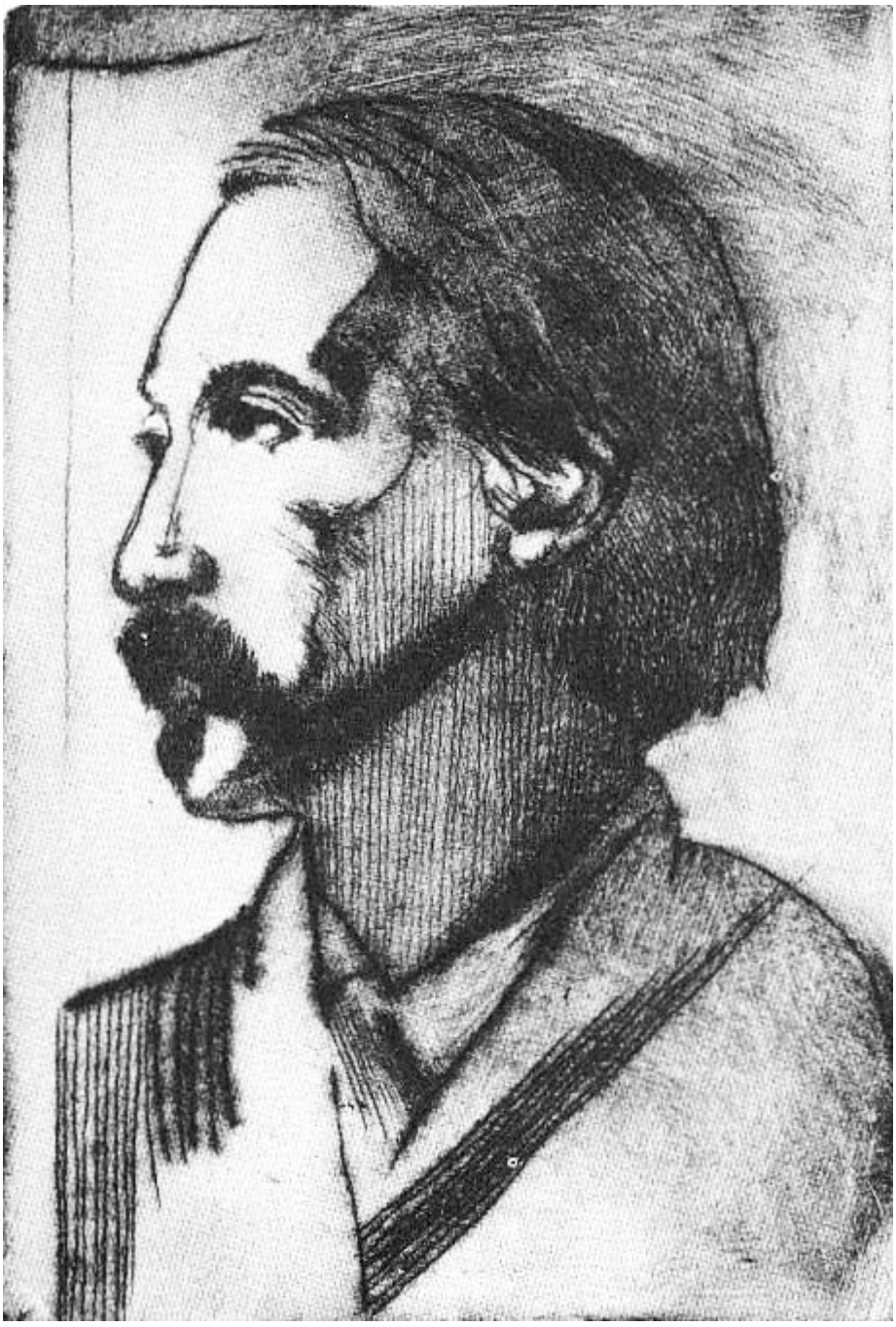
El señor de Ballantrae

Tus Libros - 152

ePub r1.0
Titivillus 05.09.2019

Título original: *The Master of Ballantrae: a tale winter's*
Robert Louis Stevenson, 1889
Traducción: Ana Isabel
Conejo & Hilario
Franco
Ilustraciones: Henry Matthew Brock
Apéndice: Luis Martínez de Mingo
Retrato del autor: Justo Barboza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición prepublicada en
Magazine
Scribner's
(1888-1889)
y editada en forma de libro por
Cassell & Co.,
Londres, 1889. Las ilustraciones, originales de H.
M. Brock,
fueron reaizadas para la edición de Macmillan and Co., Ltd., Londres, 1928.

A sir Percy Florence y lady Shelley

Es esta una historia que se desarrolla a lo largo de muchos años, viajes y países. Gracias a unas circunstancias especialmente idóneas, el autor la comenzó, continuó y finalizó en diversos y lejanos escenarios. Sobre todo, en el mar. El carácter y el destino de los dos enemigos fraternos, la mansión y el bosque de matorrales de Durrisdeer, la forma de utilizar la afabilidad de Mackellar para fines superiores…, todo ello le acompañaba al contemplar desde cubierta el reflejo de las estrellas en el agua en numerosos puertos, o a menudo fluía en su mente en alta mar al ritmo de las velas batidas por el viento, si bien lo apartaba súbitamente al aproximarse una tempestad. Espero que el marco en el que se desarrolla el relato consiga la aprobación de navegantes y amantes del mar como ustedes.

Al menos, he aquí una dedicatoria de un gran viaje, escrita en las turbulentas playas de una isla subtropical a casi diez mil millas del barranco y la mansión de Boscombe [1]: escenas que surgen ante mí mientras escribo, así como los rostros y las voces de mis amigos.

Bien, he de embarcar una vez más, y, sin duda, también *sir* Percy. ¡Hagamos la señal
B. R. D.
[2] !

R. L. S.
Waikiki [3], 17 de mayo de 1889

Prefacio [4]

Aunque exiliado de modo permanente desde hace tiempo, el editor de las siguientes páginas regresa de vez en cuando a la ciudad donde tiene el orgullo de haber nacido; y hay pocas cosas más extrañas, más dolorosas o más saludables que estas visitas. Fuera, en lugares desconocidos, se siente sorprendido al levantar más expectación de la que había esperado; en su propia ciudad la relación está invertida, y se asombra de lo poco que le recuerdan. En cualquier otro lugar le resulta vivificante ver un rostro atractivo o encontrar una posible amistad; aquí, explora las largas calles con el corazón dolorido por los rostros y los amigos que ya no están. En cualquier otro lugar le deleita la presencia de lo nuevo; aquí le atormenta la ausencia de lo antiguo. En el resto del mundo se siente satisfecho de la persona que es en el presente; aquí le hiere la nostalgia por lo que una vez fue y lo que deseó llegar a ser.

Todos estos sentimientos se mezclaban confusamente en su espíritu mientras se alejaba en coche de la estación, durante su última visita, y aún le invadían cuando se apeó ante la casa de su amigo, el señor Johnstone Thomson, W. S. [5], donde pensaba alojarse. Pero la calurosa bienvenida, aquel rostro que apenas había cambiado, unas pocas frases que sonaban como en los viejos tiempos, una carcajada espontánea y compartida, y la imagen fugaz del mantel blanco, las jarras relucientes y los Piranesis [6] de la pared del comedor, lograron que subiese a su cuarto en un estado de ánimo mucho más alegre; y cuando, pocos minutos después, el señor Thomson y él se sentaron codo a codo y alzaron la primera copa para brindar por el pasado, casi había conseguido perdonarse a sí mismo sus dos grandes errores: haber dejado una vez su ciudad natal y haber regresado a ella.

—Tengo algo muy apropiado para ti —dijo el señor Thomson—. Quiero hacerte los honores por tu llegada, porque, amigo mío, es mi propia juventud la que regresa contigo, bastante raída y ajada, desde luego, pero… bueno, es todo lo que me queda de ella.

—Mucho mejor que nada —dijo el editor—. ¿Pero qué es eso tan apropiado para mí?

—A eso iba —repuso el señor Thomson—. El destino ha querido poner en mis manos algo realmente original a manera de postre para celebrar tu llegada: un misterio.

—¿Un misterio? —repetí.

—Sí —dijo mi amigo—, un misterio. Podría no ser nada, aunque también podría ser mucho. Por lo pronto parece verdaderamente misterioso, ya que nadie le ha puesto los ojos encima desde hace casi cien años; además, es de alto nivel, pues está relacionado con una familia de la nobleza; y podría resultar bastante dramático, ya que, según el sobrescrito, tiene algo que ver con la muerte.

—Creo que pocas veces he oído una descripción tan oscura y tan prometedora —observé yo—. Pero ¿de qué se trata?

—¿Te acuerdas de mi predecesor en el despacho, el viejo Peter
M’Brair?

—Lo recuerdo con toda claridad. No era capaz de mirarme sin un agudo sentimiento de reprobación, y no conseguía ocultar lo que sentía. Para mí era un hombre muy interesante desde el punto de vista histórico, pero el interés no era recíproco.

—Bueno, olvidémonos de él —dijo el señor Thomson—. Me atrevería a afirmar que el viejo Peter sabía tan poco sobre esto como yo. Verás, he heredado una prodigiosa cantidad de antiguos legajos y viejos archivadores, algunos pertenecientes a Peter y otros a su padre, John, el primero de la dinastía, un gran hombre de su tiempo. Entre otros documentos, estaban todos los papeles de los Durrisdeer.

—¡Los Durrisdeer! —exclamé—. Mi querido amigo, eso puede ser de gran interés. Uno de ellos estuvo en la guerra del cuarenta y cinco; y hubo uno que tuvo extraños tratos con el diablo. Existe una nota sobre ello en las *Memorias* de Law, me parece. Y mucho después ocurrió una misteriosa tragedia, no sé exactamente cuál, hará unos cien años…

—Más de cien años —puntualizó el señor Thomson—; en 1783 [7].

—¿Cómo lo sabes? Yo me refiero a una muerte.

—Sí, los desgraciados fallecimientos de *lord* Durrisdeer y su hermano, el señor de Ballantrae —dijo el señor Thomson, y por el tono parecía estar citando un texto de memoria—. ¿No es eso?

—La verdad —repuse— es que solo he visto alguna vaga referencia a ese asunto en las *Memorias*, y aún resultan más confusos los relatos que he oído de labios de mi tío (creo que lo conoces). De joven, mi tío vivía en los alrededores de St. Bride; a menudo me hablaba de la avenida cerrada y cubierta de hierba, de los grandes portones que nunca se abrían y del último *lord* y su vieja hermana solterona, que vivían en la parte trasera de la casa; una pareja tranquila, sencilla, pacífica y monótona, según parece, pero también patética, como corresponde a los últimos vástagos de un linaje valiente y tumultuoso; para las gentes del lugar, había en ellos algo terrible, algo que tenía que ver con alguna oscura tradición.

—Sí —dijo el señor Thomson—. Henry [8] Graeme Durie, el último *lord* , murió en 1820, y su hermana, la honorable Katharine Durie, en el veintisiete. Eso es todo lo que sé; y por lo que he estado investigando en los últimos días, parece ser que eran tal y como tú los describes, gente tranquila y decente, y no precisamente ricos. La verdad es que fue una carta del último *lord* la que me puso sobre la pista del paquete que vamos a abrir esta noche. Al parecer no encontraba ciertos papeles, y escribió a Jack
M’Brair
sugiriendo que podrían estar entre los sellados por un tal Mackellar.
M’Brair
contestó que los papeles en cuestión estaban todos escritos por el propio Mackellar y que, en opinión del autor de la carta, tenían un carácter puramente narrativo. Además, añadía que no estaba autorizado a abrirlos antes del año 1889. Puedes imaginarte cómo me intrigaron estas palabras. Me lancé a buscar en los archivos de
M’Brair,
y finalmente di con un paquete que, si ya has terminado con el vino, me gustaría mostrarte ahora mismo.

Mi anfitrión me condujo al salón de fumar, donde había un paquete cerrado con varios sellos y envuelto en una sola hoja de un papel muy recio, donde podía leerse lo siguiente:

> Documentos relacionados con las vidas y los desgraciados fallecimientos del último *lord* Durrisdeer y su hermano mayor James, conocido como señor de Ballantrae, culpable de estos sucesos. Confiados a la custodia de John
> M’Brair
> en Lawnmarket, Edimburgo, en el día de hoy, 20 de septiembre del año 1789, para que los guarde en secreto hasta que se complete un ciclo de cien años, es decir, hasta el día 20 de septiembre de 1889. Los mismos han sido redactados y compilados por mí,
>
> Ephraim Mackellar,
> administrador de las propiedades de
> *milord* durante casi cuarenta años.

Como el señor Thomson es un hombre casado, no diré la hora que era cuando terminamos de leer la última de las páginas que a continuación se reproducen. Pero sí hablaré brevemente de lo que siguió a esta lectura.

—Aquí tienes una novela lista para ser publicada, a tu disposición —dijo el señor Thomson—. Todo lo que tienes que hacer es construir el escenario, desarrollar los personajes y mejorar el estilo.

—Mi querido amigo, antes preferiría morir que tocar esos tres aspectos. Será publicada tal y como está.

—Pero es tan escueta…

—Creo que no hay nada tan noble como la sobriedad —repliqué—, y estoy seguro de que no existe nada más interesante. Me gustaría que toda la literatura fuese así de sobria, y todos los autores, salvo uno, si me apuras.

—Bien, bien —concluyó el señor Thomson—, ya veremos.

Capítulo I
Resumen de los hechos que tuvieron lugar durante la ausencia del señor

El mundo entero ha estado esperando toda la verdad sobre este misterioso asunto y confío en que por fin la curiosidad del público quedará saciada. Lo cierto es que estuve ligado muy de cerca con la historia de los últimos años de la casa y, salvo yo, no queda nadie ya que pueda explicar con claridad los hechos, ni nadie con deseos de contarlos fielmente. Yo conocí al señor; y tengo en mis manos unas memorias auténticas de muchas de sus andanzas secretas; navegamos juntos, y prácticamente solos, en su último viaje; escribí un diario durante aquel viaje de invierno del que se cuentan tantas historias; y, en fin, fui testigo de su muerte. En cuanto a mi difunto *lord* Durrisdeer, le serví con cariño cerca de veinte años; tuve mejor opinión de él a medida que le fui conociendo más. No creo que sea conveniente que este testimonio desaparezca; la verdad, es una deuda que tengo con la memoria de mi señor; creo que así mi vejez será más llevadera y mis canas descansarán mejor cuando esta deuda quede saldada.

Los Duries de Durrisdeer y Ballantrae eran una familia muy poderosa del Sudoeste desde los tiempos de David I [9]. Los versos que aún circulan por la comarca:

> *Los Durrisdeer se pican por nada,*
> *cuando cabalgan van con muchas lanzas* [10]

llevan la marca de la antigüedad de su estirpe; y su nombre aparece también en otra canción atribuida, no sé si con razón, al mismísimo Thomas de Ercildoune [11] y que algunos aplican, no sé si con justicia, a esta historia:

> *Hay dos Duries en Durrisdeer,*
> *uno embrida, cabalga el otro.*
> *Si un mal día es para el novio,*
> *para la novia es aún peor* [12].

Además, la Historia está llena de hazañas suyas, poco loables desde nuestro punto de vista actual: la familia sufrió considerablemente los altibajos a que han estado sujetas desde siempre las grandes casas de Escocia. Pero dejemos todo esto y vayamos a aquel memorable año de 1745, cuando comenzó toda esta tragedia.

En aquella época la mansión de los Durrisdeer, cerca de St. Bride, en la ribera del Solway [13], estaba habitada por los cuatro miembros de la familia y constituía el principal dominio de su linaje desde los tiempos de la Reforma, El anciano señor era el octavo *lord* de su nombre y, aunque aún era joven, había envejecido prematuramente. Su sitio preferido estaba junto a la chimenea; allí se sentaba a leer, envuelto en un grueso batín, sin hablar apenas con nadie, sin gritarle jamás a ninguno: modelo del viejo cabeza de familia ya retirado. Mantenía viva su mente gracias al estudio y tenía fama en la región de ser mucho más astuto de lo que parecía.

El señor de Ballantrae, de nombre James, heredó de su padre el amor por la lectura, y quizá también algo de su discreción, pero lo que en el padre era prudencia en el hijo se convirtió en oscuro disimulo. Su conducta era más bien vulgar y desordenada: bebía hasta muy tarde y jugaba a las cartas hasta más tarde aún; en la comarca tenía fama de «llevarse de calle a las mujeres» y de meterse en todas las peleas. Era el primero en empezar, pero también el primero en quitarse del medio, dejando solos a sus compañeros, que pagaban los platos rotos. Esta suerte o habilidad hizo que se ganara unos cuantos enemigos, aunque en el resto de la región acrecentó su fama; de este modo, se esperaban de él grandes hazañas para el futuro

cuando sentase la cabeza. Hubo un suceso oscuro que manchó su apellido, pero en seguida se procedió a echar tierra sobre el asunto y la leyenda lo desfiguró de tal forma, antes de mi llegada, que mis escrúpulos no me permiten relatarlo; si fuese cierto, sería un acto horrible en una persona tan joven, y si no, una calumnia demasiado infame. Me admira que se jactase de ser implacable y de que creyeran en sus palabras; sus vecinos pensaban, por ello, que era preferible «no tenerlo como enemigo». Este joven aristócrata (aún no había cumplido los veinticuatro en 1745) era ya todo un personaje en la comarca.

No es de extrañar, por tanto, que no se oyese hablar mucho del segundo hijo, el señor Henry (mi difunto *lord* Durrisdeer), el cual no tenía ni demasiada maldad ni demasiado talento: era un muchacho recto y formal, como muchos vecinos suyos. He dicho que se hablaba poco de él, pues realmente daba pocos motivos para ello. Era muy conocido entre los pescadores de salmón de la ría, ya que solía ir a pescar con asiduidad; además, sabía curar muy bien a los caballos y, desde muy pequeño, se había destacado en la administración de las propiedades. Dada la situación de la familia, nadie mejor que yo sabe lo difícil que era esta tarea, pues injusta y rápidamente le adjudican a uno la fama de tirano o avaro.

El cuarto miembro de la familia era la señorita Alison Graeme, una pariente próxima, huérfana y heredera de una importante fortuna conseguida por su padre mediante el comercio. Milord [14] necesitaba en gran medida ese dinero, pues las tierras estaban totalmente hipotecadas; por tanto, se había dispuesto que la señorita Alison fuese la esposa del señor de Ballantrae, cosa que ella aceptaba de buen grado; otra cuestión es saber si él pensaba de la misma forma. Era una muchacha atractiva y, en aquella época, enérgica y voluntariosa; al no tener hijas el anciano *lord* y haber enviudado hacía mucho tiempo, ella se había educado como mejor había podido.

Cuando los cuatro tuvieron noticia del desembarco del príncipe Carlos [15], se dividieron sus opiniones. El anciano *lord* , como buen conservador, decidió contemporizar. La señorita Alison, por el contrario, se opuso a ello, pues le parecía más romántico; y el señor la apoyó en esta ocasión, aunque, según he oído, no solían estar de acuerdo muy a menudo. A mi modo de ver, le tentaba la aventura, la posibilidad de aumentar la fortuna familiar y, además, la esperanza de saldar sus numerosas deudas. En cuanto al señor Henry, parece ser que apenas dijo nada al principio; su ocasión llegaría más tarde. Los tres estuvieron un día entero discutiendo hasta que llegaron a un acuerdo para todos: uno de los hijos lucharía para el rey Jacobo [16] y el otro se quedaría con *milord* para conservar el apoyo del rey Jorge [17]. Es indudable que esta era una decisión del anciano y, como es sabido, muchas familias adoptaron en aquel momento la misma postura. Pero apenas terminada esta discusión se abrió otra. Milord, la señorita Alison y el señor Henry estaban de acuerdo en que debía partir el hijo menor; pero el señor, por enojo y por vanidad, no estaba dispuesto a permanecer en casa bajo ningún concepto. El anciano suplicó, la señorita Alison lloró y el señor Henry intentó convencerlo: todo fue inútil.

—Es el heredero directo de los Durrisdeer el que ha de marchar junto a su rey —dijo el primogénito.

—Si estuviésemos actuando como hombres —contestó Henry—, tendrías razón. Pero ¿qué estamos haciendo? ¡Trampas!

—Estamos salvando la casa de los Durrisdeer, Henry —dijo su padre.

—Mira, James —continuó Henry—, si voy yo y el príncipe consigue ganar, te será fácil reconciliarte con el rey Jacobo. Pero si vas tú y la expedición fracasa, habrá que separar el título y los derechos. Y ¿qué seré yo entonces?

—Serás *lord* Durrisdeer —contestó el señor—. Me apuesto lo que tengo.

—No estoy dispuesto a entrar en ese juego —exclamó Henry—. Me hallaría en una posición que ningún caballero podría soportar. ¡No sería ni una cosa ni otra! —gritó; luego prosiguió, quizá con más claridad de lo que pretendía—: Tu deber es permanecer aquí con mi padre. Sabes perfectamente que eres el favorito.

—¿Sí? —exclamó el señor—. ¡Lo dices por envidia! ¿Pretendías ponerme la zancadilla, Jacob [18]? —dijo remarcando el nombre con malicia.

El señor Henry se fue al extremo de la sala sin contestar, pues tenía el don de saber callar. Al poco volvió.

—Yo soy el menor y *debo* ir —dijo—. Mi padre es quien manda aquí y dice que *debo* ir yo. ¿Tienes algo que objetar, hermano?

—Sí, Harry —declaró el señor—; cuando gente tan obstinada se enfrenta, solo hay dos salidas: pegarse, y creo que ninguno queremos llegar a ese extremo, o dejarlo al azar…; aquí tengo una guinea [19]. ¿Aceptarás lo que salga?

—De acuerdo —respondió Henry—. Si sale cara, iré yo; si sale cruz, me quedaré.

Lanzaron la moneda al aire y salió cruz.

—Para que sirva de lección a Jacob —dijo el señor.

—Viviremos para arrepentirnos de esto —dijo Henry, y salió furioso de la sala.

La señorita Alison recogió la guinea de oro que había enviado a su prometido a la guerra y la arrojó a través del blasón familiar que había en la enorme vidriera de la ventana.

—Si me quisieras como te quiero yo, te quedarías —gritó ella.

—Si no amase aún más el honor, querida, no podría quererte como te quiero [20] —recitó fríamente el señor.

—¡Oh! —volvió a gritar ella—. ¡No tienes entrañas! ¡Espero que te maten! —salió de la habitación llorando y corrió a sus aposentos.

Fue entonces, al parecer, cuando el señor se dirigió al anciano *lord* y con aire malicioso le dijo:

—¡Vaya un demonio de esposa!

—Creo que tú sí que eres un demonio conmigo —exclamó su padre—. Tú, que siempre has sido el favorito, aunque me avergüence decirlo. Desde que naciste nunca me has dado una satisfacción. ¡Nunca! —y volvió a repetirlo por tercera vez; no sé qué había turbado hasta ese punto al viejo *lord* , si la frivolidad y la rebeldía del señor, o el comentario de Henry sobre el hijo favorito; me inclino a pensar que fue esto último, pues Henry fue tratado con más consideración a partir de este momento.

Lo cierto es que el señor partió a caballo hacia el Norte y su marcha fue muy dolorosa para la familia, más aún al recordar las circunstancias en que se había producido, cuando ya era demasiado tarde. Bien con amenazas, bien con promesas, consiguió reunir alrededor de una docena de hombres, la mayoría hijos de arrendatarios. Al ponerse en marcha estaban todos bastante borrachos y subieron por la colina, cerca de la antigua abadía, dando gritos y cantando, luciendo en sus sombreros la escarapela [21] blanca. Atravesar casi toda Escocia sin ningún otro apoyo era una empresa arriesgada para una compañía tan pequeña; incluso descabellada, pues mientras la pequeña tropa subía dando gritos por la colina, un gran barco de la marina real, que podría haberlos sometido con un solo bote, se hallaba desplegando sus insignias en la bahía. Por la tarde, cuando ya había pasado bastante tiempo desde la salida de James, partió Henry. Lo hizo a caballo y completamente solo, para ofrecer su espada y entregar las cartas de su padre al gobierno del rey Jorge. La señorita Alison se encerró en su cuarto llorando desconsoladamente hasta que ambos se hubieron marchado. Había cosido la escarapela en el sombrero del señor y, cuando John Paul bajó para entregárselo —según me dijo luego—, estaba húmedo por sus lágrimas.

Así las cosas, el señor Henry y *milord* cumplieron lo pactado, aunque no sé si consiguieron algo; si fueron firmes partidarios del rey, es algo que ignoro; pero permanecieron leales, mantuvieron correspondencia con el *lord* Presidente, no se movieron de casa y casi no estuvieron en contacto con el señor mientras duró todo.

Por su parte, él tampoco estuvo muy comunicativo. La señorita Alison, a pesar de todo, le enviaba cartas urgentes, pero no sé si recibió muchas respuestas. Macconochie hizo una vez de mensajero a instancias de ella, y se encontró con los *highlanders* delante de Carlisle [22] , donde vio que el señor iba al lado del príncipe, de cuyos favores gozaba. Según me contó Macconochie, cogió la carta, la abrió, le echó un vistazo rápido con un gesto en los labios como si fuese a silbar, y se la guardó en el cinto; pero, al hacer su caballo un movimiento extraño, esta cayó al suelo sin que él se percatase. Macconochie la recogió y aún la tiene en su poder, pues la he visto en sus manos. Naturalmente, seguían llegando noticias a Durrisdeer gracias a los rumores que recorrían el país, algo que siempre me ha asombrado. De esta forma, la familia conoció el favor constante que gozaba el señor por parte del príncipe, y la posición que había conseguido: gracias a una condescendencia rara en un hombre tan orgulloso, en el que solo la ambición era aún mayor que su orgullo, se decía que había conseguido cierta notoriedad comportándose servilmente con los irlandeses. *Sir* Thomas Sullivan, el coronel Burke y los demás se fueron convirtiendo día a día en sus camaradas, lo cual le fue distanciando de sus compatriotas. Fomentaba pequeñas intrigas, contradecía a *lord* George [23] en todo, y daba al príncipe los consejos que le agradaba oír, ya fuesen buenos o malos. Al parecer, como buen jugador que fue toda su vida, tenía menos interés en el éxito de la campaña que en los favores que pudiese conseguir en caso de que, con suerte, obtuvieran la victoria. Por lo demás, se comportaba excelentemente en el campo de batalla; nadie lo ponía en duda, pues no era un cobarde.

Lo siguiente que llegó a Durrisdeer fueron las noticias de Culloden [24] por medio del hijo de un arrendatario, el cual afirmó que era el único superviviente de todos los que habían partido cantando por la colina. Por una infeliz coincidencia, John Paul y Macconochie habían encontrado esa misma mañana la guinea que había sido el origen de toda aquella tragedia medio escondida en un arbusto de acebo, y se habían dirigido a toda velocidad a la taberna, donde se dejaron tanto la guinea como su escaso entendimiento. Sin pensarlo, John Paul había irrumpido en el comedor, donde la familia se disponía a

cenar, y les comunicó la noticia gritando que «Tam Macmorland ha regresado, pero…, ¡vaya, vaya!…, no ha quedado nadie más para volver con él».

Escucharon sus palabras en silencio, como los condenados a muerte. Henry se llevó una mano a la cara y la señorita Alison se tapó el rostro con ambas. Milord estaba completamente pálido.

—Aún me queda un hijo —dijo—. Y si he de ser justo contigo, Henry, me queda el mejor.

Decir eso en aquel momento era un tanto incomprensible, pero *milord* no había olvidado las palabras de Henry, y le remordía la conciencia por las injusticias de tantos años. A pesar de todo, sonaban incomprensibles, y más de lo que la señorita Alison podía soportar. Estalló en gritos y recriminó a *milord* por sus crueles palabras, y a Henry por quedarse allí sentado tan tranquilo, mientras su hermano estaba muerto; y a ella misma por las duras palabras que había dirigido a su amado antes de su partida, diciendo que era el mejor de todos, retorciéndose las manos, declarando su amor, llorando y llamándolo por su nombre, causando gran asombro entre la servidumbre.

Henry se levantó y se apoyó en su silla. También él estaba pálido.

—¡Oh! —exclamó de repente—. ¡Sé que le querías!

—¡Todo el mundo lo sabe, gracias a Dios! —gritó ella, y dirigiéndose a Henry continuó—: Pero hay Una cosa que solo yo sé, y es que, en el fondo de tu corazón, le has traicionado.

—Dios sabe —se lamentó él— que ninguno de los dos nos queríamos.

El tiempo fue pasando sin que se produjesen demasiados cambios en la casa. En vez de cuatro, ahora eran solo tres, lo cual les hacía recordar constantemente su pérdida. No debemos olvidar lo mucho que necesitaban el dinero de la señorita Alison para poder mantener sus propiedades y, puesto que uno de los dos hermanos había muerto, *milord* se empeñó en casarla con el otro. Día tras día iba preparando el terreno sentado junto a la chimenea, con su libro de latín en las manos y sus ojos clavados en ella, con una afable atención que favorecía al anciano caballero. Si ella lloraba, la consolaba como una persona mayor que ha pasado tiempos peores y que debe pensar de una forma más alegre a pesar de las tristezas. Si se irritaba, volvía a su libro, pero siempre con alguna excusa amable. A menudo, ella le proponía entregarle todo su dinero, pero él le decía que su honor no le permitía aceptarlo y que, aunque así lo hiciese, el señor Henry lo rechazaría sin ninguna duda. *Non vi sed saepe cadendo* [25] era una de sus frases preferidas y, sin duda, esa callada perseverancia fue decidiendo sus resoluciones; además, ejercía una gran influencia sobre la muchacha, puesto que había sido tanto un padre como una madre para ella. Por ello, se sentía orgullosa de ser una Dude y habría hecho cualquier cosa por la gloria de Durrisdeer, si bien creo que no tanto como casarse con mi pobre patrón, debido, por extraño que parezca, a la extrema impopularidad de este.

El causante de ello era Tam Macmorland. No era mala persona, pero tenía un gran defecto, y es que hablaba más de la cuenta; y como era el único que había salido de la región o, mejor dicho, el único que había regresado, tenía la audiencia asegurada. He observado que los que han perdido una batalla están obsesionados por convencerse de que han sido traicionados. De modo que, según Tam, los rebeldes habían sido traicionados constantemente por todos sus oficiales; lo habían sido en Derby y en Falkirk [26]. La marcha nocturna había sido una traición de *lord* George, y la traición de los Macdonald ocasionó la derrota de Culloden. Esta costumbre de acusar de traición a todos se desarrolló tanto en aquel imbécil, que llegó a acusar incluso al señor Henry. Según él, había traicionado a los jóvenes de Durrisdeer, pues les había prometido seguirlos con refuerzos, y en cambio había marchado con el rey Jorge.

—¡Sí, al día siguiente! —solía gritar Tam—. ¡En cuanto el bueno del señor y los pobres muchachos que le acompañaban habían sobrepasado la pendiente, el muy Judas partió! Sí, muy bien, ya lo ha conseguido; será mi amo, porque no hay otro, ¡pero hay un montón de cadáveres entre los brezos de las Highlands [27]! —y cuando llegaba a este punto, si había estado bebiendo, comenzaba a llorar.

Y a fuerza de tanto hablar, consiguió que le creyeran. Esta versión del comportamiento de Henry se propagó poco a poco por la comarca. Hasta los que opinaban lo contrario hablaban de ello, pues no tenían otro tema de qué hablar. Los ignorantes y los rencorosos lo oían y lo creían, y lo difundían como si fuera el evangelio. Muchos empezaron a rehuir a Henry y, al poco tiempo, la gente del pueblo comenzó a murmurar a su paso, y las mujeres, que son siempre más osadas porque se sienten más seguras, le gritaban a la cara sus reproches. El señor de Ballantrae llegó a ser venerado como un santo. Recordaban que nunca había explotado a los arrendatarios, y en efecto, nunca lo había hecho, pues lo único que hacía era gastarse el dinero. La gente decía que quizá fuese un poco violento, pero cuánto mejor era ser un muchacho natural y alocado que tarde o temprano sentaría la cabeza, que un miserable tacaño, que se pasaba el día sentado con la mirada fija en los libros de contabilidad, acosando a los pobres arrendatarios. Una prostituta, que tenía un hijo del señor y que a decir de todos había sido muy maltratada, se convirtió en una especie de paladín de su memoria. Un día arrojó una piedra al señor Henry.

—¿Dónde está aquel buen mozo que confió en vos? —gritó.

Henry detuvo su caballo y la miró, mientras la sangre le manaba del labio.

—¡Ay, Jess! ¿Tú también? Creía que me conocías mejor —le habló así porque la había ayudado dándole dinero.

La mujer cogió otra piedra y se dispuso a lanzarla, pero él, para defenderse, alzó la mano con la que sujetaba la fusta.

—¡A ver, qué! ¿Seríais capaz de pegar a una mujer, asqueroso…? —gritó, y escapó chillando como si la hubiese pegado realmente.

Al día siguiente, la noticia de que Henry había golpeado a Jessie Broun con tal fuerza que había estado a punto de matarla corrió como la pólvora por toda la comarca. Pongo esto como ejemplo de cómo va creciendo una bola de nieve y de cómo una calumnia genera otra; la reputación de mi pobre patrón se deterioró de tal forma que empezó a quedarse en casa, igual que *milord*. Puedo asegurarles que, durante todo aquel tiempo que estuvo en casa, no se quejó ni una sola vez; en el fondo, el escándalo era demasiado doloroso para ser tratado, y Henry era muy orgulloso, por lo que guardaba de forma obstinada un incomprensible silencio. Mi anciano *lord* debió de enterarse por John Paul o cualquier otro, y al menos debió de notar el cambio en las costumbres de su hijo. Sin embargo, es probable que no supiese hasta dónde había llegado la opinión de la gente. En cuanto a la señorita Alison, era siempre la última persona en enterarse, y la que mostraba menos interés cuando se enteraba de algo.

La mayor hostilidad hacia Henry (hostilidad que más tarde desaparecería de la misma forma que había surgido, sin que nadie supiese por qué) se dio con la celebración de elecciones en la ciudad de St. Bride, próxima a Durrisdeer, junto a las aguas del Swift. Se temía que hubiera algún altercado, no recuerdo cuál, si es que lo supe alguna vez, y la gente decía que, esa noche, alguno acabaría con la cabeza rota, y que el *sheriff* [28] había pedido que enviaran soldados desde Dumfries [29]. Mi señor propuso que el señor Henry debía estar presente, asegurando que era necesario para la buena reputación de la casa.

—Dentro de nada dirán que no tenemos el mando ni en nuestra propia tierra —comentó.

—Un mando un tanto extraño el mío —dijo Henry; y ante su insistencia, agregó—: ¡Debo ser sincero: no me atrevo a dar la cara!

—¡Eres el primero de nuestra estirpe que dice una cosa de ese tipo! —exclamó la señorita Alison.

—Iremos los tres —dijo *milord*; y, de forma resuelta, se calzó las botas por primera vez desde hacía cuatro años, lo cual resultó un asunto delicado para John Paul al tener que ayudarle; la señorita Alison se puso una capa de montar, y los tres se dirigieron a caballo a St. Bride.

Las calles estaban invadidas por la gentuza de los alrededores de la región, y en cuanto divisaron al señor Henry comenzaron los silbidos y los abucheos y los gritos de «¡Judas!», «¿Dónde está el señor?» y «¿Y los pobres mozos que iban con él?». Incluso le lanzaron una piedra, pero la mayoría sintió vergüenza por la señorita Alison y por *milord*, quien apenas tardó diez minutos en convencerse de que Henry tenía razón. Sin decir nada, dio media vuelta y regresó a casa cabizbajo. Tampoco la señorita Alison dijo nada, pero sin duda reflexionaba sobre el asunto; se sentía herida en su orgullo, pues era una Durie hasta la médula. Estoy seguro de que su corazón se enterneció al ver a su primo tan injustamente tratado. Aquella noche no se acostó; la he culpado muy a menudo, pero al recordar aquella noche, inmediatamente le perdono todo. Y lo primero que hizo por la mañana fue ir a ver a *milord*, que se hallaba en su lugar habitual.

—Si Henry aún me quiere —le dijo—, puede casarse conmigo ahora mismo.

Pero cuando se dirigió a él sus palabras fueron otras:

—No puedo ofrecerte amor, Henry, pero, bien lo sabe Dios, sí toda la compasión del mundo.

La boda se celebró el primero de junio de 1748. En diciembre del mismo año, llegué por primera vez ante las puertas de la mansión; a partir de aquel momento, fui recogiendo todos los acontecimientos que se desarrollaron ante mis ojos como si fuera un testigo ante un tribunal.

Capítulo II
Resumen de los acontecimientos
(continuación)

Realicé la última parte de mi viaje a finales de un frío mes de diciembre, un día intensamente seco y con una fuerte helada. Resulta que el guía que me acompañaba era Patey Macmorland, ¡hermano de Tam! Para ser un mocoso de diez años con el pelo rubio y en pernetas, nunca me he topado con un deslenguado similar; debía de haberlo mamado de su hermano desde muy temprana edad. Yo también era joven, y el orgullo todavía no dominaba mi curiosidad, si bien aquella fría mañana cualquiera se habría quedado absorto oyendo las viejas disputas de la región y recorriendo los lugares en los que se habían desarrollado insólitos acontecimientos. Me contó historias de Claverhouse al atravesar los pantanos, y cuentos del diablo cuando íbamos por las pendientes rocosas.

Al llegar a la abadía, me habló de los monjes que la habían habitado, y de los contrabandistas, que utilizaban aquellas ruinas como polvorín, y que, por ello desembarcaban a un tiro de cañón de Durrisdeer. Y a lo largo de todo el camino, los Durie y especialmente el señor Henry fueron las principales víctimas de su mordacidad. Por todo ello, me hallaba predispuesto contra la familia a la que iba a servir, pero me quedé bastante asombrado al divisar Durrisdeer, que se alzaba en una hermosa y recogida bahía a los pies de Abbey Hill. La mansión era grande y de estilo francés o quizá italiano, pues no entiendo demasiado de esto, y nunca había visto un lugar tan hermoso, rodeado de jardines, césped, arbustos y árboles. Con el dinero que despilfarraban en su mantenimiento habrían podido restablecer la fortuna familiar.

El señor Henry en persona salió a la puerta a darme la bienvenida. Era alto, joven y moreno —los Durie son todos morenos—, de expresión franca, pero no alegre; corpulento, pero débil de salud. Me estrechó la mano sin ningún orgullo, y consiguió que me sintiera como en mi propia casa hablándome con palabras sencillas y amables. Aunque llevaba aún puestas las botas, me condujo al salón para presentarme a *milord*. Todavía era de día, y lo primero en que me fijé fue en un losange [30] de cristal transparente en medio del blasón que adornaba la vidriera, y recuerdo que pensé que desentonaba en una habitación tan bonita, en la que estaban colgados los retratos de familia, y que tenía enlucidos decorativos y colgantes en el techo, y una chimenea tallada, junto a la que se sentaba mi anciano señor a leer a Livio [31]. Se parecía mucho a Henry, con el mismo semblante de franqueza, salvo que era mucho más delicado y grato, y su conversación muchísimo más entretenida. Recuerdo que me hizo muchas preguntas sobre la Universidad de Edimburgo, donde acababa de licenciarme en Letras, y sobre varios profesores a quienes parecía conocer muy bien, así como su labor. De esta forma, charlando de temas que yo conocía, en seguida pude hablar con toda libertad en mi nuevo hogar.

Mientras conversábamos, entró en la habitación la señora Henry. Se encontraba en avanzado estado de gestación, y seis semanas después nacería la señorita Katharine; por ello, no me pareció tan hermosa la primera vez que la vi; y como me trató con aire de superioridad ocupó el tercer lugar en mi estima.

Olvidé bastante pronto todas las patrañas de Patey Macmorland, y me convertí en lo que siempre he sido: un fiel servidor de la casa de Durrisdeer. Yo sentía un gran afecto por el señor Henry. Trabajaba con él, y comprobé que era un jefe exigente que reservaba toda su amabilidad para las horas de ocio, y en el despacho del administrador no solo me agobiaba de trabajo, sino que supervisaba todo implacablemente. Por fin, un día, alzó la vista tímidamente de sus papeles y me dijo:

—Señor Mackellar, me veo en la obligación de deciros que lo estáis haciendo muy bien.

Esas fueron las primeras palabras de elogio que oí, y, a partir de aquel día, su celo hacia mi actuación fue suavizándose; y en seguida, toda la familia empezó a tratarme con «señor Mackellar por aquí», «señor Mackellar por acá» y, durante todo el tiempo que estuve al servicio de los Durrisdeer, actué con entera libertad, sin que nadie pusiera en duda mi proceder en lo más mínimo. Incluso cuando él me trataba con

cierta rudeza, sentía afecto por él; sin duda, en parte por compasión, pues era un hombre manifiestamente desgraciado. Algunas veces solía quedarse absorto ante los documentos, mirando fijamente una página o a través de la ventana. Y en esas ocasiones, la expresión de su rostro y los suspiros que emitía despertaban en mí una viva curiosidad y conmiseración. Recuerdo que cierto día un asunto nos retuvo en el despacho hasta muy tarde. Esta habitación se halla en el último piso de la casa y desde ella se divisa la bahía y, más allá, un promontorio cubierto de árboles junto a la extensa playa. Y allí, recortados contra el sol poniente, vimos un numeroso grupo de contrabandistas a caballo recorriendo la playa. Henry miró fijamente hacia el Oeste y me sorprendió que el sol no le cegara. De repente, frunció el ceño, se pasó una mano por la frente y se volvió hacia mí sonriendo.

—No podéis imaginar lo que estaba pensando —me dijo—. Pensaba que sería un hombre mucho más feliz si pudiese coger mi caballo y correr todos los peligros del mundo junto a esos criminales.

Le contesté que había observado que nunca estaba de buen humor; que era normal envidiar a los demás y pensar que algún cambio siempre sienta bien; y cité a Horacio [32] como cualquier joven recién salido de la universidad.

—Exactamente —repuso él—. Será mejor que regresemos a nuestra contabilidad.

Poco después me enteré de los motivos de su tristeza. Hasta un ciego se habría percatado de que sobre aquella casa se cernía una sombra, la sombra del señor de Ballantrae. Vivo o muerto —en aquel momento se le daba por muerto—, aquel hombre era el rival de su hermano: su rival fuera de la casa, donde nunca se hablaba bien de Henry, sino que todo eran lamentaciones y elogios para el señor; y su rival en su casa, no solo ante su padre y su esposa, sino ante la mismísima servidumbre.

Dos antiguos criados llevaban la voz cantante. John Paul, uní hombre pequeño, calvo, solemne, barrigudo, beato y, a pesar del todo, un servidor fiel, era el cabecilla del bando del señor. Nadie sel atrevía a tanto como John. Disfrutaba demostrando en público su indiferencia hacia Henry, y a menudo haciendo comparaciones ofensivas. Milord y la señora Henry le llamaban, por supuesto, la atención, pero nunca con la debida energía. Poniendo cara llorosa y soltando unas cuantas lamentaciones por el señor, «su muchacho», como le llamaba, conseguía que le perdonaran todo. Henry dejaba pasar el asunto en silencio, con una mirada triste a veces y sombría otras. No podía competir con el muerto, lo sabía, ni censurarle a un viejo criado su exceso de lealtad. No estaba a la altura de las circunstancias.

Macconochie era el jefe del otro bando; un viejo deslenguado, blasfemo, fanfarrón y borrachín empedernido. Muchas veces he pensado lo extraña que es la naturaleza humana, pues estos dos sirvientes eran paladines de su contrario, pudiendo oscurecer sus propios defectos y restar importancia a sus propias virtudes si los veían reflejados en alguno de los señores. Macconochie se dio cuenta en seguida de mi secreta inclinación, por lo que depositó en mí su confianza. Se pasaba las horas hablando mal del señor, lo cual afectó considerablemente a mi trabajo.

—¡Son todos unos imbéciles! —solía gritar—. ¡Menudos desgraciados! ¡El señor!… ¡Lo llaman así porque hablan por boca del diablo! ¡El señor debería ser ahora el señor Henry! ¡Cuando estaba entre nosotros no era tan querido, os lo aseguro! ¡Maldito sea su nombre! ¡Nunca le oímos, ni yo ni nadie, una palabra amable; solo burlas, voces y blasfemias! ¡Que el diablo se lo lleve! Nadie sabe lo malvado que era. ¡Él, un caballero! ¿Habéis oído hablar, señor Mackellar, de Wully White, el tejedor? ¿No? Pues bien, Wully era un hombre excepcionalmente piadoso. Un tipo inaguantable al que no podía ver. A pesar de todo, era un buen hombre en cierto modo, y en una ocasión llamó la atención al señor por su forma de proceder. Qué valentía la del señor de Ballantrae al enfrentarse a un tejedor, ¿verdad? —dijo Macconochie burlonamente. En efecto, cada vez que pronunciaba completo aquel nombre, se reflejaba el odio en sus labios—. ¡Pues lo hizo! Menudo trabajo. Dio golpetazos en su puerta, rechifló por su chimenea y soltó pólvora en su fuego y petardos en su ventana; hasta que el hombre creyó que era el mismísimo diablo que venía a por él. En fin, para no alargarme demasiado, Wully se volvió loco. Al final, se le veía siempre de rodillas, sin hacer otra cosa que dar gritos y rezar, hasta que llegó su liberación final. Fue un auténtico asesinato, eso dicen todos. Preguntadle a John Paul; se avergonzaba con este tipo de bromas, tan cristiano como es. ¡Magnífica conducta la del señor de Ballantrae!

Yo le pregunté qué pensaba el señor de todo aquello.

—¿Cómo voy a saberlo? —me contestó—. Nunca decía nada —y siguió con sus quejas e insultos habituales, diciendo de cuando en cuando un «señor de Ballantrae» en el que reflejaba todo su desprecio. En el transcurso de una de estas confidencias me enseñó la carta de Carlisle, con la huella de la herradura estampada aún en el papel. En realidad, fue nuestra última charla, pues habló con tanta malicia de la señora Henry, que lo tuve que reprender enérgicamente y, a partir de entonces, debí guardar las distancias.

Mi anciano *lord* era habitualmente amable con Henry; incluso le demostraba su gratitud a menudo, y a

veces le daba palmadas en la espalda y decía, como si todos lo oyeran: «Es un buen hijo». Y, sin duda, estaba agradecido, pues era una persona sensata y justa. Pero yo creo que eso era todo, y estoy convencido de que Henry pensaba lo mismo. Todo su amor era para el hijo muerto, aunque nunca lo manifestaba, salvo una vez. Un día, *milord* me preguntó qué tal me llevaba con el señor Henry, y yo le dije la verdad.

—Sí —dijo mirando de reojo las llamas del fuego—. Henry es un buen muchacho, un muchacho muy bueno. ¿Sabíais, señor Mackellar, que yo tenía otro hijo? Me temo que no era tan virtuoso como el señor Henry; pero ¡ay de mí, está muerto, señor Mackellar!, y mientras vivió todos estuvimos muy orgullosos de él, muy orgullosos. Si no era totalmente como debería haber sido en ciertos aspectos, bueno, ¡quizá por eso le queríamos más! —dijo estas últimas palabras clavando su mirada ausente en el fuego, y luego se dirigió a mí enérgicamente—: ¡Me alegra que os llevéis tan bien con el señor Henry! Veréis cómo es un buen patrón —y, dicho esto, abrió su libro, pues esa era su forma de indicarnos que nos retirásemos.

Pero debía de leer poco. El campo de batalla de Culloden y el señor debían de ser el centro de sus pensamientos, mientras que el centro de los míos, debido al respeto que sentía por Henry, era una envidia malsana hacia el difunto, la cual iba creciendo en mi interior.

He dejado a la señora Henry para el final, y puede que la forma de expresar mis sentimientos parezca injustificadamente enérgica. Que juzgue el lector. Pero antes he de relatar otro suceso que hizo que intimáramos más. No llevaba aún seis meses en Durrisdeer cuando John Paul cayó enfermo y tuvo que guardar cama; mi humilde opinión es que la bebida era el origen de su enfermedad, pero se le atendió y aguantó como un santo; y el mismo sacerdote que vino a verle confesó cuando se marchó que se sentía edificado. Al tercer día de estar enfermo, Henry vino a mi encuentro por la mañana con una mirada avergonzada.

—Señor Mackellar —dijo—, quiero pediros un pequeño favor. Pagamos una pensión, y John Paul es el encargado de llevarla; pero como se encuentra enfermo, no sé a quién encargárselo, a no ser que lo hagáis vos mismo. El asunto es muy delicado, y yo no puedo hacerlo por diversas razones. No me quiero arriesgar a enviar a Macconochie porque habla demasiado, y estoy…, tengo…, no quiero que la señora Henry se entere de esto —dijo, ruborizándose.

A decir verdad, cuando me enteré de que debía llevar una cantidad de dinero a una tal Jessie Broun, que era una mujer de dudoso pasado, supuse que Henry intentaba ocultar algún desliz. Por ello, cuando me enteré de la verdad, me impresioné mucho.

Jessie vivía en una callejuela de St. Bride. Aquel lugar estaba habitado por gente de baja condición, principalmente contrabandistas. A la entrada había un hombre con una herida en la cabeza, y algo más allá, en una taberna, unos tipos dando gritos y cantando, a pesar de que todavía no eran las nueve de la mañana. En resumen, nunca he visto un vecindario peor, ni siquiera en la gran ciudad de Edimburgo, y no sabía si continuar o dar media vuelta. El alojamiento de Jessie era como todos los de los alrededores, y ella tampoco era mejor. No quiso darme el recibo —que Henry me había insistido que le pidiera, pues era muy metódico — hasta que hubo mandado a por bebidas y yo le prometí tomar una copa con ella, Y todo el tiempo se comportó como una casquivana, bien imitando los modales de una gran dama, bien estallando en indecorosas risas o insinuándose con coquetería, consiguiendo agobiarme sobremanera. En cuanto al dinero, me habló de forma más trágica:

—¡Ese dinero está manchado de sangre! —dijo—. Eso pienso; ¡dinero manchado de sangre por la traición! ¡Mirad cómo me he rebajado! Si ese apuesto muchacho hubiese vuelto, habría sido todo diferente. Pero está muerto… y descansa en las colinas de las Highlands… ¡Mi apuesto muchacho, mi apuesto muchacho!

Y lloraba tan extasiada, con las manos juntas y la mirada perdida, que parecía haberlo aprendido de los cómicos ambulantes. Pensé que todo aquel dolor no era más que pura afectación, y que se explayaba en aquel asunto porque, ahora, todo cuanto tenía para enorgullecerse era su propia vergüenza. No puedo decir que no me diera pena, pero en el mejor de los casos era una mezcla de aversión y de piedad, que se disipó tras el cambio que se produjo en su forma de proceder al final. Cansada ya de mi presencia, estampó su firma al pie del recibo.

—¡Ahí tenéis! —dijo, y, con las blasfemias más impropias de una mujer, me ordenó que me fuera y que se lo llevara al Judas que me había enviado. Era la primera vez que oía ese nombre aplicado al señor Henry. Me sorprendió, además, la repentina vehemencia de sus gestos y palabras, por lo que salí de la estancia bajo una lluvia de maldiciones como un perro apaleado. Y apenas hube salido, la muy arpía se asomó a la ventana y siguió injuriándome mientras me marchaba; los contrabandistas salieron a la puerta de la taberna y se unieron a las burlas, y uno de ellos tuvo la crueldad de soltar un perrillo muy fiero, que me mordió en el tobillo. Fue una auténtica lección de cómo evitar las malas compañías. Regresé a casa dolorido por la

mordedura y completamente indignado.

Henry se hallaba en el despacho del administrador aparentando estar ocupado, pero pude comprobar que solo estaba impaciente por saber el resultado de mi gestión.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto entré; y cuando le conté parte de lo ocurrido y que la tal Jessie era una mujer indigna que no estaba dispuesta a mostrarse agradecida, me dijo—: No la considero una de mis amistades, pero la verdad, Mackellar, es que no puedo enorgullecerme de tener muchos amigos, y Jessie tiene motivos para ser injusta. No tengo por qué ocultar lo que toda la comarca sabe: fue maltratada por un miembro de nuestra familia —era la primera vez que le oía hacer una alusión, aunque solapada, al señor, y creo que se arrepintió de haberlo hecho, pero inmediatamente continuó—: Por eso desearía no decir nada. Haría sufrir a la señora Henry…, y también a mi padre —añadió, sonrojándose otra vez.

—Señor Henry —dije—, con vuestro permiso, os aconsejo que olvidéis a esa mujer. ¿De qué sirve vuestro dinero a mujeres como ella? No está nunca sobria ni conoce el ahorro…, y en lo que a gratitud se refiere, sería como si le pidieseis peras al olmo; y, si cesáis con vuestras subvenciones, no apreciaréis ningún cambio, salvo que aseguraréis la integridad de los tobillos de vuestros mensajeros.

Henry sonrió.

—Siento mucho lo de vuestro tobillo —dijo inmediatamente con la seriedad apropiada.

—Os aseguro —proseguí— que os he dado este consejo después de haberlo meditado mucho; yo también me apiadé de la mujer al principio.

—¡Claro! ¿Lo veis? —dijo Henry—. Recordad que la conocí cuando era una buena chica. Además, aunque apenas hablo de mi familia, me preocupa mucho su reputación.

Y con esto dio por finalizada la conversación, la primera que habíamos mantenido de forma confidencial. Pero, esa misma tarde, pude comprobar que su padre estaba completamente al corriente de la situación y que Henry solo se lo había ocultado a su esposa.

—Me temo que hoy habéis tenido que realizar una desagradable misión —me dijo *milord*— que no forma parte de vuestras obligaciones, por lo cual os lo quiero agradecer y, al mismo tiempo, recordaros, en el caso de que el señor Henry no lo haya hecho, que sería conveniente que mi hija no supiese nada de todo esto. Pensar en los muertos, señor Mackellar, es doblemente doloroso.

La indignación me abrasaba el corazón. Podría haberle dicho a la cara a *milord* lo mal que hacía en alentar la imagen del difunto en el corazón de la señora Henry, y cuánto mejor sería destruir ese falso ídolo, pues yo ya sabía perfectamente entonces cuál era la situación entre mi patrón y su mujer.

Mi pluma es suficientemente clara para narrar una historia sencilla; pero reflejar una infinidad de detalles, ninguno de ellos con la suficiente importancia para ser relatado individualmente, y transmitir una historia basada en miradas, en susurros que no traslucen apenas nada, y plasmar en media página lo esencial de casi dieciocho meses… es algo que me desespera llevar a cabo. Para ser sincero, toda la culpa era de la señora Henry. Pensaba que era un mérito haber aceptado el matrimonio y lo consideraba como un martirio, y mi anciano *lord* , no sé si consciente o no de ello, fomentaba aquellos sentimientos. A ella le parecía un mérito también su fidelidad hacia el difunto, aunque a una conciencia mejor le habría parecido más bien una deslealtad para con el vivo; y también esto lo aprobaba *milord*. Supongo que se alegraba de hablar de su pérdida y que le avergonzaba hacerlo ante Henry. Ciertamente, en esta familia de tres se formó una pequeña camarilla, de la que quedaba excluido el marido. Parece ser que, siguiendo una vieja costumbre, *milord* se sentaba a tomar vino junto a la chimenea cuando la familia se hallaba sola en Durrisdeer, y la señorita Alison, en vez de retirarse, acercaba un escabel y se sentaba junto a él para charlar en privado, cosa que continuó haciendo incluso después de casarse con mi patrón. Ver cómo el anciano caballero quería a su hija debería haber sido agradable, pero yo era tan fiel partidario del señor Henry que me irritaba comprobar cómo le excluían. Numerosas veces le he visto claramente decidido a levantarse de la mesa y unirse a su mujer y a *lord* Durrisdeer. Ellos le recibían siempre bien, le sonreían como si fuera un niño intruso y le admitían en su conversación, pero con tan mal disimulado esfuerzo, que en seguida volvía a sentarse conmigo a la mesa, donde, dado que el salón de Durrisdeer era tan grande, casi no podíamos oír el murmullo de sus voces junto a la chimenea. Desde allí los vigilaba, al igual que yo, y a veces, al ver a *milord* asentir tristemente o pasar su mano por la cabeza de la señora Henry, o a ella apoyar la suya en la rodilla de él para consolarle, o intercambiar miradas llorosas, llegábamos a la conclusión de que la conversación giraba en torno a lo de siempre, y la sombra del difunto invadía la estancia.

Algunas veces he culpado a Henry por aguantar todo con tanta paciencia. Pero no debemos olvidar que ella se casó por compasión y que él la aceptó sabiéndolo. Además, no tenía el valor necesario para oponerse. Recuerdo que una vez nos comunicó que había encontrado a una persona que podía cambiar el cristal de la vidriera y, puesto que llevaba todos los asuntos de la casa, se iba a encargar de hacerlo. Pero

aquel cristal era como una reliquia en honor al señor y, a la primera sugerencia de un cambio, la sangre subió al rostro de la señora Henry.

—¡Me sorprendes! —exclamó.

—Yo sí que me sorprendo —dijo Henry, con una amargura con la que nunca le había visto expresarse.

Inmediatamente, *milord* intervino con suaves palabras, y antes de que acabara la comida todo parecía estar olvidado; pero, al terminar de comer y retirarse ambos a conversar junto al fuego, como era habitual, vimos que ella empezaba a llorar y que apoyaba la cabeza en las rodillas del anciano. Henry siguió hablando conmigo de asuntos relativos a las propiedades; prácticamente, no hablaba más que de eso y, como suele decirse, no era la mejor compañía; pero aquel día habló más de lo habitual, mirando una y otra vez a la chimenea y cambiando el tono de su voz, sin intentar evitarlo deliberadamente. El cristal no fue reemplazado nunca, y creo que él lo consideró una gran derrota.

No sé si era lo suficientemente resuelto, pero Dios sabe que era realmente bueno. La señora Henry le trataba con tales aires de superioridad que, al proceder de una esposa, habrían picado mi vanidad como si de una llaga se hubiese tratado. Pero él lo aceptaba como un favor. Ella le mantenía a distancia, le olvidaba y luego se acordaba otra vez de él, de una forma más afable, como hacemos con los niños. Le agobiaba con su fría amabilidad, le reprendía con el rostro alterado y mordiéndose los labios, como si le avergonzara su desgracia. Si estaba desprevenida, le daba órdenes con la mirada, pero si estaba atenta, le pedía las cosas más insignificantes como si fuesen favores inauditos. Y él respondía a todo comportándose como el más firme servidor, adorando, como se suele decir, el mismísimo suelo que pisaba, reflejando su amor en sus ojos como el brillo de una antorcha. Cuando la señorita Katharine estaba a punto de nacer, no hizo otra cosa que estar en la habitación junto a la cabecera de la cama. Y allí estuvo sentado, tan pálido, según me contaron, como una mortaja, cayéndole el sudor por la frente y estrujando en su mano un pañuelo que acabó convertido en una bolita no mayor que una bala de mosquete. No pudo soportar ver a la señorita Katharine durante muchos días, y dudo que alguna vez fuera con ella como debería haber sido. Por esta falta de ternura paternal fue duramente criticado.

En esta situación se hallaba la familia el 7 de abril de 1749, cuando se produjo el primero de una serie de sucesos que destrozarían muchos corazones y acabarían con tantas vidas.

Aquel día, estaba yo sentado en mi habitación poco antes de cenar, cuando John Paul abrió de golpe la puerta, sin tener la educación de llamar, para decirme que abajo había alguien que quería hablar con el administrador, y sonrió despectivamente al pronunciar el nombre de mi cargo.

Le pregunté qué aspecto tenía y cómo se llamaba, y entonces comprendí su mal humor. Al parecer, el visitante se negaba a revelar su nombre a nadie excepto a mí, ofendiendo dolorosamente al mayordomo.

—Está bien —dije medio sonriendo—, voy a ver qué quiere.

En el vestíbulo me encontré con un hombre grande, de aspecto sencillo y envuelto en un capote de marinero, como si hubiese acabado de desembarcar, y, efectivamente, así era. Macconochie se hallaba de pie, muy cerca, con la mano en la barbilla y la lengua fuera, igual que un lerdo embobado en sus reflexiones. Y el desconocido, que se cubría el rostro con el capote, parecía estar nervioso. En cuanto me vio, vino hacia mí y me saludó efusivamente.

—Mi querido amigo —dijo—, mil disculpas por haberos molestado, pero me encuentro en una situación de lo más desagradable. Me parece que conozco a ese tipo estirado y, es más, creo que él también me conoce a mí. Me he tomado la libertad de preguntar por vos porque sé que desempeñáis un cargo de gran responsabilidad en esta familia y, sin duda, seréis del bando honrado, ¿verdad?

—De lo que sí podéis estar seguro —dije yo— es de que todos los que son de ese bando están completamente a salvo en Durrisdeer.

—Mi querido amigo, lo mismo pienso yo —dijo él—. Acabo de desembarcar en la playa, aquí cerca, gracias a un hombre muy honrado, cuyo nombre no recuerdo, el cual me esperará hasta el amanecer arriesgando su vida, y, si he de seros sincero, tengo miedo de que me pase lo mismo. He salvado mi vida tantas veces, señor…, he olvidado vuestro nombre, pero seguro que es un gran nombre, y a fe que no estoy dispuesto en absoluto a perderla después de todo. Y ese tipo tan estirado, al que estoy seguro de haber visto delante de Carlisle…

—¡Oh, señor! —le dije—. Podéis confiar en Macconochie hasta mañana.

—Bien, me place oír lo que decís —dijo el desconocido—. La verdad es que mi nombre no es muy estimado en estas tierras de Escocia, pero ante un caballero como vos, mi querido amigo, no podría ocultar nada, por supuesto, y, con vuestro permiso, os lo diré al oído. Me llamo Francis Burke, coronel Francis Burke, y he llegado hasta aquí arriesgando peligrosamente mi vida para ver a vuestros señores, y perdonadme, mi buen hombre, por llamarlos así, pues es una circunstancia que con toda seguridad nunca

habría sido capaz de adivinar por vuestra apariencia. Os estaría infinitamente agradecido si les dijeseis mi nombre y que traigo unas cartas que se alegrarán muchísimo de leer.

El coronel Francis Burke era uno de los irlandeses del príncipe que tanto dañaron su causa y que fueron tan detestados por los escoceses durante la época de la rebelión [33]; inmediatamente recordé cómo el señor de Ballantrae había asombrado a todos uniéndose a ellos. En aquel mismo instante, el firme presagio de la verdad se apoderó de mi alma.

—Pasad aquí —dije, y abrí la puerta de una sala—; voy a avisar a *milord*.

—Sois muy amable, señor…, no recuerdo vuestro nombre —dijo el coronel.

Lentamente, me dirigí al salón. Los tres estaban allí: *milord*, en su sitio habitual; la señora Henry, con sus labores junto a la ventana; y el señor Henry, como siempre, paseando al fondo. En el centro, la mesa estaba dispuesta para la cena. Con pocas palabras, les dije lo que les tenía que comunicar. Milord se derrumbó en su asiento. La señora Henry se levantó de un salto de forma maquinal y miró a su marido, que también la miraba desde el otro extremo de la estancia, intercambiándose la más extraña mirada de desafío, mientras sus rostros empalidecían. Entonces, Henry me miró sin decir nada y me hizo una seña con el dedo. Lo entendí y bajé a buscar al coronel.

Cuando regresamos, los tres estaban prácticamente en el mismo sitio en que los había dejado, y creo que no habían cruzado palabra.

—Sin duda, vos sois *lord* Durrisdeer —dijo el coronel haciendo una reverencia, a la que respondió *milord* de igual manera—. Y vos —continuó el coronel— debéis de ser el señor de Ballantrae.

—Nunca he tomado ese título —dijo Henry—. Soy Henry Durie, para serviros.

Entonces, el coronel se dirigió a la señora Henry, haciendo una reverencia con el sombrero en el pecho, mostrando la más exquisita galantería.

—Es imposible confundir a una dama tan bella —le dijo—. ¿Tengo el honor de dirigirme a la seductora señorita Alison, de la que tanto he oído hablar?

Una vez más, marido y mujer intercambiaron una mirada.

—Soy la señora de Henry Durie —fue su respuesta—. Pero, antes de casarme, mi nombre era Alison Graeme.

Entonces intervino *milord*:

—Soy un hombre mayor, coronel Burke —dijo—, y de salud frágil. Os agradecería que fueseis expeditivo. ¿Me traéis noticias de… —vaciló, prosiguiendo luego con un singular cambio en su voz— mi hijo?

—Mi querido señor, os seré franco como un soldado —dijo el coronel—. Sí, las traigo.

Milord extendió una mano vacilante. Pareció que le hacía una seña, pero nos fue imposible adivinar si era para indicarle que esperase o que hablase. Finalmente, pronunció una sola palabra:

—¿Buenas?

—¡Claro! ¡Las mejores del mundo! —exclamó el coronel—. En estos momentos, mi querido amigo y admirado compañero se halla en la bella ciudad de París y probablemente, si conozco algo sus costumbres, estará a punto de sentarse a la mesa ante una suculenta cena… ¡Cuidado, creo que la señora se va a desmayar!

La señora Henry, efectivamente, estaba pálida como la muerte y se había apoyado en el marco de la ventana. Pero cuando Henry se dispuso a ir hacia ella, se incorporó con una especie de estremecimiento.

—Estoy bien —dijo, con los labios blanquecinos.

Henry se detuvo, con una contracción producida por la ira marcada en su rostro. Al instante, se volvió hacia el coronel.

—No os culpéis —dijo— de lo que le ha sucedido a la señora Durie. Es natural, pues los tres nos hemos criado como hermanos.

La señora Henry dirigió a su esposo una mirada de alivio, incluso de gratitud. A mi modo de ver, con esas palabras dio el primer paso para congraciarse con ella.

—Debéis perdonarme, señora Durie; ciertamente, no soy más qué un rudo irlandés —dijo el coronel—. Merezco que me fusilen por no haber sabido dar la noticia con más tacto a una dama. Pero aquí están las cartas del señor, una para cada uno de ustedes y, con toda seguridad, pues conozco perfectamente el genio de mi amigo, relatará su historia con mayor elegancia.

Y diciendo esto, sacó las tres cartas y las ordenó según sus sobrescritos, presentando la primera a *milord*, que la cogió con avidez; luego, dirigiéndose a la señora Henry, le ofreció la segunda. Pero la dama la rechazó.

—A mi marido —le dijo con voz sofocada.

El coronel era un hombre vivo, pero se quedó perplejo.

—¡Claro! —dijo—. ¡Qué torpe soy! ¡Claro! —pero no soltaba la carta.

Al final, Henry extendió la mano y no tuvo más remedio que entregársela. Henry cogió las cartas, la suya y la de su esposa, y las miró por encima, frunciendo el ceño de forma pensativa. Ya me había sorprendido su magnífica forma de comportarse, pero ahora habría de lucirse aún más.

—Permíteme que te acompañe a tu habitación —dijo a su mujer—. Todo esto ha sido muy repentino y, de todos modos, es muy probable que quieras leer tu carta a solas.

Una vez más, ella lo miró asombrada, pero él fue derecho a donde estaba ella, sin darle opción para actuar.

—Es mejor así, créeme —dijo él—. El coronel Burke es lo suficientemente considerado y sabrá excusarte —y, diciendo esto, la cogió de la mano por la punta de los dedos y la llevó fuera del salón.

La señora Henry no volvió a hacer acto de presencia en toda la noche, y cuando Henry fue a verla a la mañana siguiente, según me contaron después, ella le devolvió la carta sin abrir.

—¡Oh, léela y acabemos con este asunto! —gritó él.

—¡No me obligues a ello! —dijo ella.

Y, a mi modo de ver, con estas palabras echaron por tierra ambos gran parte de lo que habían comenzado. La carta, efectivamente, llegó a mis manos, y yo mismo la quemé sin abrir.

Para poder ser lo más exacto posible a la hora de relatar las aventuras del señor tras la batalla de Culloden, escribí no hace mucho al coronel Burke, hoy caballero de la Orden de San Luis [34], pidiéndole algunas notas escritas, pues no podía fiarme de mi memoria después de tanto tiempo. Para ser sincero, su respuesta me dejó un tanto desconcertado, ya que me envió sus memorias completas, en las que hacía referencia al señor solo en algunas ocasiones y que eran mucho más extensas que mi relato, si bien, a mi modo de ver, algunas de sus partes no eran precisamente edificantes. En su carta, fechada en Ettenheim [35], me pedía que, una vez que las hubiese utilizado todo el tiempo necesario, buscara un editor que las publicara completas. Y creo que lo mejor para llevar a cabo mis intenciones y satisfacer sus deseos es publicar algunos pasajes completos. Así, mis lectores tendrán una detallada y, espero, auténtica relación de algunas cuestiones esenciales. Y si a algún editor le interesa el estilo del caballero, ya sabe a quién dirigirse para solicitar el resto, el cual se halla completamente a su disposición.

Presento aquí el primer extracto, que expone lo que el caballero nos contó mientras tomábamos una copa de vino en el salón de Durrisdeer. Pero, como podrán imaginar, no ofreció a *milord* los hechos de una forma tan brutal, sino una versión muy suavizada.

Capítulo III

Las aventuras del señor de Ballantrae

Extracto de las memorias del caballero Francis Burke

Dejé Ruthven, no hace falta resaltarlo, con mucha más alegría que cuando había llegado. Ya sea porque me perdí en el desierto o porque mis compañeros me abandonaron, el caso es que me encontré completamente solo. Esta situación era muy desagradable, pues nunca he comprendido este horrible país ni a sus violentos habitantes, y la retirada del príncipe constituyó un golpe final que contribuyó a que los irlandeses fuésemos más impopulares que nunca. Me hallaba pensando en mis pocas posibilidades cuando pude ver a un jinete en la colina. En un principio creí que debía de ser un fantasma, ya que la noticia de su muerte en el campo de batalla de Culloden se había extendido por todo el ejército. Era el señor de Ballantrae, hijo de *lord* Durrisdeer, un joven aristócrata cuyo valor y talento eran poco comunes, a quien la naturaleza había dotado para brillar en la corte y cosechar laureles en el campo de batalla. Nuestro encuentro fue bien acogido por ambos, pues era uno de los pocos escoceses que había tratado con consideración a los irlandeses, y en esos momentos podría serme de gran utilidad para ayudarme a escapar. Sin embargo, lo que propició nuestra amistad personal fue un hecho tan fabuloso como cualquiera de los que acontecieron al rey Arturo.

Era el segundo día de nuestra huida y habíamos pasado la noche bajo la lluvia en la ladera de una montaña. Un hombre de Appin. Alan Black Stewart (o algo parecido [36], y a quien he vuelto a ver en Francia), se cruzó en nuestro camino y tuvo un altercado con mi compañero. Se intercambiaron palabras muy desagradables y Stewart desafió al señor a desmontar y a batirse con él.

—¿Por qué, señor Stewart? —dijo Ballantrae—. Creo que en estos momentos prefiero echar una carrera con vos —y así diciendo, espoleó su caballo.

Stewart corrió detrás de nosotros durante más de una milla, lo cual fue una puerilidad por su parte, y no pude evitar reírme a carcajadas cuando, al mirar hacia atrás, lo vi en lo alto de una colina, con una mano en el costado a punto de reventar.

—De todos modos —no pude evitar decir a mi compañero—, yo no dejaría que un hombre corriese detrás de mí con tan respetable intención para luego no darle una satisfacción. Es una buena broma, pero me huele un poco a cobardía.

Frunciendo el ceño, me miró.

—Bastante hago —dijo— cargando con el hombre más detestado de Escocia, y hace falta no poco valor para ello.

—Puedo mostraros a simple vista a uno aún más impopular —le dije—. Y si no os place mi compañía, podéis «cargar» con otro.

—Coronel Burke —dijo—, no discutamos. A propósito, os debo advertir que soy el hombre con menos paciencia del mundo.

—Y yo tengo menos aún que vos —dije—. No tengo inconveniente en que se sepa.

—A este paso —dijo deteniéndose—, no llegaremos muy lejos. Propongo que hagamos una de estas dos cosas inmediatamente: batirnos y acabar de una vez o hacer un pacto y soportarnos el uno al otro.

—¿Como hermanos? —dije yo.

—Yo no he dicho semejante estupidez —replicó—. Ya tengo un hermano, y la verdad es que me importa un bledo. Pero, si hemos de seguir juntos en la huida, debemos ser capaces de ser nosotros mismos como salvajes y jurar que no mostraremos resentimiento ni desaprobación con el otro. En el fondo, soy bastante mala persona y no soporto la virtud fingida.

—Soy tan malo como vos —dije—. Francis Burke tiene muy mala sangre. Así que, ¿qué hacemos? ¿Combate o amistad?

—Bueno, yo creo que lo mejor será arrojar una moneda al aire —dijo él.

La propuesta era tan caballeresca que me hizo gracia y, por muy extraño que pueda parecer en dos nobles bien nacidos de nuestros días, lanzamos media corona [37], como dos paladines de antaño, para ver si debíamos degollarnos mutuamente o ser amigos bajo juramento. Es raro que se produzca una situación tan pintoresca, pero este pasaje de mis memorias demuestra que los antiguos relatos de Homero [38] y los poetas siguen estando vigentes en nuestros días, al menos entre nobles. La moneda se inclinó por la paz, y sellamos nuestro compromiso con un apretón de manos. Entonces mi compañero me explicó por qué había decidido huir del señor Stewart, y lo cierto es que era digno de una mente llena de prudencia. La noticia de su muerte, me dijo, era una gran garantía para él, y el señor Stewart, al reconocerlo, se había convertido en una amenaza, por lo que había elegido la vía más corta para hacerle callar.

—Dado que Alan Black es tan engreído —dijo—, no será capaz de contar semejante historia.

Por la tarde llegamos a orillas de la ría a la que nos dirigíamos; allí acababa de anclar el barco. Era el Sainte-Marie-des-Anges, procedente del puerto de Le Havre-de-Grace [39]. Después de que hubiéramos hecho señas para que enviaran un bote, el señor me preguntó si conocía al capitán. Le contesté que era un compatriota mío de una integridad intachable, aunque me temía que era un hombre bastante temeroso.

—No importa —dijo él—. A pesar de todo, tiene que saber la verdad.

Le pregunté si se refería a la batalla, pues si el capitán se enteraba de que el estandarte había caído, levaría anclas inmediatamente con toda seguridad.

—¡Aunque así fuese! —dijo—. Las armas no sirven ya para nada.

—Mi querido amigo —dije yo—, ¿quién habla de armas? Pero, ojo, debemos pensar en nuestros amigos. Vienen a un paso de nosotros, quizá hasta el mismísimo príncipe, y, si el barco zarpa, muchas vidas valiosas quedarán en peligro.

—Si os preocupa eso, hay que tener en cuenta también las vidas del capitán y la tripulación —dijo Ballantrae.

Le dije que eso no era más que una excusa y que no estaba dispuesto a que se informara al capitán. Entonces Ballantrae me contestó de forma ingeniosa, motivo por el cual, y también porque me siento culpable de lo que le ocurrió al Sainte-Marie-des~Anges, paso a relatar toda la conversación tal como se produjo.

—Frank —me dijo—, recordad nuestro pacto. No tengo nada que objetar a que queráis callar, incluso os animo a ello. Pero, por la misma razón, no debéis tomaros a mal que yo hable.

No pude evitar reírme, aunque volví a advertirle de las consecuencias.

—Al diablo las consecuencias; me trae sin cuidado —dijo el muy temerario—. Siempre he hecho lo que me ha parecido, ni más ni menos.

Como es bien sabido, mi pronóstico se cumplió. En cuanto el capitán se enteró, soltó amarras y zarpó. Antes del amanecer ya estábamos en el gran Minch [40].

El barco era muy viejo, y el capitán, a pesar de ser la más honesta de las personas, y además irlandés, era uno de los menos competentes. El viento soplaba con violencia y el mar se había embravecido en extremo. Durante todo el día no fuimos capaces de comer ni de beber, y nos fuimos a descansar temprano y bastante preocupados. Por la noche, como para darnos una lección, el viento cambió repentinamente hacia el Nordeste y se transformó en un huracán. Nos despertaron el terrible estruendo de la tempestad y las pisadas de la tripulación en cubierta. Pensé que había llegado nuestra última hora, y el terror que sentía aumentó extremadamente al ver que Ballantrae se mofaba de mis oraciones. En situaciones como esta, un hombre algo piadoso se muestra tal como es, y comprobamos, como aprendimos de niños, lo falsas que pueden ser las amistades mundanas. Sería indigno de mi religión si no hiciera esta observación. Permanecimos tres días en el oscuro camarote, con unas galletas como único alimento. Al cuarto, el viento amainó, dejando el barco desarbolado y a merced de las inmensas olas. El capitán no sabía hacia dónde éramos arrastrados; ignoraba completamente su oficio y no hacía más que invocar a la Virgen Santísima, lo cual está muy bien, aunque de poco sirve en la náutica. Por lo visto, nuestra única esperanza era que nos recogiera otro barco, aunque, si era inglés, no sería de mucha ayuda ni para el señor ni para mí.

El quinto y sexto días fuimos juguete de las olas sin poder hacer nada para evitarlo. Al séptimo, se izaron algunas velas, pero la nave era difícil de gobernar incluso en circunstancias normales, y no logramos más que ir a la deriva. De hecho, habíamos sido arrastrados hacia el Sudoeste, y durante la tempestad debimos de ser dirigidos en esa dirección con una violencia inaudita. El noveno día amaneció frío y oscuro, con gran oleaje, y todo presagiaba mal tiempo. En esta situación nos encontrábamos cuando, llenos de alegría, divisamos un pequeño barco en el horizonte, que viró y puso rumbo hacia el Sainte-Marie. Pero nuestra alegría no duró demasiado, pues en cuanto se acercó, arrió un bote que se llenó de tipos que, cantando y gritando, causaban un gran alboroto: se aproximaron a nosotros y subieron a cubierta con sus

machetes desenvainados y blasfemando con gran estrépito. Su jefe era un canalla de aspecto horrible, con la cara renegrida y la barba ensortijada. Se llamaba Teach y era un célebre pirata. Pateando en la cubierta, gritaba, en pleno delirio, que se llamaba Satanás, y su barco, Infierno. Era una mezcla de niño malvado y retrasado mental y me dio miedo. Le dije al oído a Ballantrae que no sería el último en presentarme como voluntario y pedí a Dios que necesitasen hombres. Él aprobó mi decisión con una inclinación de cabeza.

—¡Pardiez! —dije a Teach—. Si sois Satanás, aquí tenéis un diablo.

Mis palabras le hicieron gracia y, para no alargarme con detalles desagradables, Ballantrae, otros dos y yo fuimos reclutados, mientras que el capitán y el resto fueron arrojados al mar por el método de pasar por el tablón. Era la primera vez que veía eso y se me encogió el corazón ante el espectáculo. Teach, o uno de sus acólitos (no puedo precisarlo porque la cabeza me daba vueltas), comentó algo sobre mi palidez de forma alarmante. Tuve el valor suficiente para empezar unos pasos de giga [41] y gritar unas cuantas obscenidades, con lo que pude salvarme en esa ocasión. Pero las piernas me temblaban cuando tuve que bajar al esquife [42] junto a aquellos sinvergüenzas y, horrorizado por mis acompañantes y las monstruosas olas, no pude hacer más que defenderme hablando en irlandés y soltar unas cuantas bromas mientras remábamos. Gracias a Dios, había un violín en el barco pirata y, en cuanto lo vi, me lancé a por él; y cantando como un grajo, tuve la gran suerte de hacerles gracia. Me pusieron el mote de *Pat el grajo*, y la verdad es que me traía sin cuidado, con tal de salvar el pellejo.

El barco era una especie de pandemónium [43] difícil de describir, pero estaba capitaneado por un demente, y bien podríamos decir que era como un manicomio flotante. Bebían, gritaban, cantaban, se peleaban y bailaban, de manera que en ningún momento llegaban a estar todos sobrios a la vez; y algunos días, si nos hubiésemos topado con una tempestad, habríamos ido a parar al fondo del mar, o de habernos cruzado con una nave del rey, nos habríamos encontrado totalmente indefensos. Una o dos veces avistamos una embarcación y, si estábamos relativamente sobrios, procedíamos a su abordaje, ¡Dios nos perdone! Pero si estábamos muy borrachos, lograba huir, y yo bendecía a todos los santos en voz baja. Teach gobernaba el barco, si es que podemos hablar de gobierno cuando no existe la disciplina, con el terror que causaba, y me di cuenta de que se vanagloriaba de su situación. He conocido mariscales de Francia, e incluso caciques de las Highlands, menos engreídos, lo cual habla por sí mismo de la búsqueda del honor y de la gloria. La verdad es que cuanto mayores somos, mejor comprendemos la sagacidad de Aristóteles [44] y los demás filósofos de la Antigüedad. A pesar de que toda mi vida he anhelado distinciones legítimas, al final de mi carrera puedo jurar de todo corazón que no hay ninguna, no, ni siquiera la vida misma, que merezca la pena conseguir ni conservar a costa de la dignidad.

Pasó bastante tiempo antes de que pudiese hablar en privado con Ballantrae, pero por fin una noche nos deslizamos por la cebadera [45], mientras los demás se ocupaban en mejores faenas, y nos lamentamos de nuestra situación.

—¡Solo los santos pueden salvarnos! —dije.

—No pienso lo mismo —dijo Ballantrae—. Pienso salvarme yo mismo. Ese Teach es un animal y no nos es de ninguna utilidad; con él corremos constantemente el riesgo de ser capturados y, además no tengo intención de convertirme en pirata, ni quiero acabar encadenado si puedo evitarlo.

Y me contó lo que pensaba hacer para conseguir una mayor disciplina en el barco, lo cual nos proporcionaría mayor seguridad de momento y la esperanza de una más pronta liberación cuando hubiesen logrado ganancias suficientes como para disgregarse.

Ingenuamente, le confesé que tenía los nervios destrozados a causa de todo aquel horror que nos rodeaba, y que no podía arriesgarme a decirle que contase conmigo.

—Yo no me dejo asustar ni derrotar con facilidad —dijo.

A los pocos días se produjo un incidente que pudo acabar con todos nosotros en la horca y que pone de manifiesto la demencia que dominaba nuestra existencia. Estábamos completamente borrachos cuando uno de aquellos desgraciados divisó un barco. Sin pensarlo. Teach comenzó su persecución, mientras nosotros, agitando nuestras armas, nos jactábamos de los horrores que les teníamos preparados. Vi que Ballantrae se hallaba de pie en la proa y miraba fijamente, protegiéndose del sol con la mano. Yo, siguiendo la actitud que había decidido adoptar entre aquellos salvajes, me puse a trabajar entre los más activos y los divertía con mis bromas irlandesas.

—¡Izad la bandera! —gritó Teach—. ¡Enseñad a esos… la insignia pirata!

En estas circunstancias, las bravatas del borracho podrían habernos hecho pagar un precio muy alto, pero pensé que no era de mi incumbencia ponerme a discutir, e icé la bandera negra de la calavera con mis propias manos.

Al instante Ballantrae se presentó con una sonrisa en los labios.

—Quizá querráis saber, perro borrachín —le dijo—, que vamos tras uno de los barcos del rey.

Teach dijo que era mentira con un bramido, pero al mismo tiempo corrió hacia la borda, al igual que todos los demás. Jamás había visto a tantos borrachos encontrarse sobrios de repente. El buque había virado al ver nuestro imprudente despliegue de colores, e hinchaba sus velas hacia nosotros, con su enseña ondeando y bien visible, y mientras la mirábamos, vimos desplegarse una humareda, a la que siguió un estallido, y un proyectil se hundió en las olas muy cerca de nosotros. Unos cuantos corrieron hacia los cabos e hicieron girar el Sarah con increíble rapidez. Un marinero cayó sobre el barril de ron abierto que había en cubierta y lo hizo rodar por la borda. Yo me encargué de la bandera negra, que arrié y arrojé al mar, aunque debería haberme tirado detrás, pues me sentía irritado por nuestro proceder. Teach se puso tan pálido como un muerto y rápidamente bajó a su camarote. En toda la tarde solo subió dos veces a cubierta; fue al coronamiento [46], donde se quedó mirando el barco del rey, que aún se podía ver en el horizonte siguiéndonos. Después, sin decir palabra, regresó a su camarote. Se podía decir que nos había abandonado y, de no ser por un marinero muy competente que había a bordo y por la suavidad de los vientos que soplaron aquel día, sin duda habríamos terminado colgados de una verga [47].

Probablemente, Teach se sentía humillado y, quizá, preocupado por su situación ante la tripulación, e intentó recuperar el terreno perdido de una forma muy característica suya. Al día siguiente, muy temprano, olimos que estaba quemando azufre en su camarote y le oímos gritar:

—¡Al infierno! ¡Al infierno! —algo que la tripulación entendía perfectamente y que los asustó. Al momento, subió a cubierta con un aspecto ridículo, con la cara renegrida, el pelo y la barba ensortijados y el cinto plagado de pistolas. Masticaba trozos de cristal y la sangre le corría por la barbilla, mientras blandía un puñal. No sé si habría aprendido todo esto de los indios de América, donde había nacido, pero siempre hacía esto antes de cometer barbaridades. El primero que se cruzó en su camino fue el hombre que había tirado al mar el barril de ron el día anterior y le apuñaló en el corazón, acusándolo de amotinamiento. Luego se puso a dar brincos en torno al cadáver, desvariando, blasfemando y desafiándonos a que nos acercáramos. Era una demostración absurda, y peligrosa también, pues estaba claro que el muy cobarde planeaba cometer otro asesinato.

De improviso, Ballantrae se aproximó.

—Ya está bien de farsas —dijo—. ¿Creéis que nos dan miedo las caras que ponéis? Ayer no os vimos el pelo cuando nos hacíais falta, así que dejadme que os diga que nos arreglamos sin vos perfectamente.

Se produjo un murmullo y una agitación entre la tripulación, y creo que fue una mezcla de satisfacción e inquietud a partes iguales. En cuanto a Teach, dio un grito salvaje e hizo un movimiento para lanzar su puñal, habilidad en la que, como la mayoría de los marineros, era un auténtico experto.

—¡Quitádselo! —dijo al momento Ballantrae con brusquedad, de tal forma que mi brazo actuó antes de que me diese cuenta.

Teach se quedó estupefacto, sin percatarse de sus pistolas.

—Bajad a vuestro camarote —gritó Ballantrae—. Y no volváis a cubierta hasta que no estéis sereno. ¿Creéis que estamos dispuestos a morir ahorcados por vuestra culpa, idiota renegrido, borracho, animal, carnicero? ¡Bajad! —y, de inmediato, le dio una patada con tal energía que Teach echó a rodar por la escalerilla—. Y ahora, camaradas —dijo Ballantrae—, quiero hablar con vosotros. No sé si seréis buscadores de fortuna por diversión, pero yo no. Quiero conseguir dinero y regresar a tierra para gastármelo como un hombre. Y de algo estoy seguro: no dejaré que me ahorquen mientras pueda evitarlo. Vamos, dadme algún consejo. No soy más que un novato. ¿No hay manera de llevar adelante este asunto con más disciplina y sentido común?

Uno de los hombres dijo que, si queríamos hacer bien las cosas, tendría que haber un furriel [48] a bordo, y nada más decir esto todos estuvieron de acuerdo y aprobaron la propuesta por aclamación. Ballantrae fue elegido furriel, se le hizo responsable del ron, se adoptaron leyes siguiendo las de un pirata llamado Roberts [49] y, por último, se decidió acabar con Teach. Pero Ballantrae tenía miedo de que nombrasen un capitán más eficiente que le llevase la contraria, por lo que se opuso totalmente. Dijo que Teach era capaz de abordar barcos y de asustar a los imbéciles con su cara renegrida y sus blasfemias. No encontraríamos a nadie mejor para ello y, además, al haber caído en desgracia y estar relegado, su parte del botín sería menor. Con esto los convenció. La parte de Teach se redujo a una cantidad irrisoria, menor aún que lo que me tocaba a mí. Quedaban solo dos puntos: si estaría dispuesto a aceptar y quién le comunicaría la decisión.

—No os preocupéis —dijo Ballantrae—. Yo lo haré.

Y se encaminó a la escalerilla y bajó solo al camarote para enfrentarse con aquel violento borracho.

—Este es el hombre que nos hacía falta —gritó uno de los marineros—. ¡Tres hurras por el furriel! —le vitorearon vivamente y yo fui uno de los que más gritaron; y estoy convencido de que los aplausos surtieron efecto en Teach, que se hallaba en el camarote, pues, como hemos comprobado no hace mucho, el sentir popular puede preocupar incluso a los legisladores.

Nunca se supo exactamente lo que ocurrió, aunque nos enteramos de algunos detalles al cabo del tiempo. Nos quedamos sorprendidos a la vez que satisfechos cuando Ballantrae regresó a cubierta con Teach cogido del brazo y nos comunicó que este estaba de acuerdo en todo.

Pasaré rápidamente por los doce o quince meses que estuvimos navegando por el Atlántico Norte, durante los cuales nos aprovisionamos de víveres y agua abordando barcos y realizamos, en términos generales, magníficas operaciones. Con toda seguridad, a nadie le apetecerá leer algo tan penoso como las memorias de un pirata, ¡aunque sean las de alguien como yo, que se vio forzado a serlo! Los acontecimientos se desarrollaron muchísimo mejor, tal como lo habíamos previsto, y Ballantrae mantuvo su liderazgo, ganándose mi admiración desde aquel día.

Soy de los que piensan que un gentilhombre debe destacar sobre los demás, incluso a bordo de un barco pirata, pero, a pesar de que mi origen es tan alto como el de cualquier *lord* escocés, no me avergüenza confesar que me quedé con el mote de *Pat el grajo* hasta el final, y que no fui más que el bufón de la tripulación. La verdad es que no era el lugar idóneo para hacer méritos. Mi salud se resentía por diversas razones. Siempre me he encontrado mejor a lomos de un caballo que en la cubierta de un barco y, francamente, me afligía el miedo a los peligros del mar tanto como el miedo a los que me rodeaban. No tengo por qué ir pregonando mi valor. He actuado con valentía en muchos campos de batalla junto a generales de renombre y conseguí mi último ascenso por un acto de heroísmo ante numerosos testigos. Pero, cuando abordábamos un barco, a Francis Burke le daba un vuelco el corazón. El esquife en el que subíamos y que parecía el cascarón de un huevo, la intensidad del fuerte oleaje, el pensar en todos los que aguardaban nuestro ataque preparados en legítima defensa, el cielo amenazador, que en aquel clima se ensombrecía a menudo al contemplar nuestras proezas, y el mero clamor del viento en mis oídos, todo ello desbordaba mi valor. Además, como siempre he tenido una extremada sensibilidad, las escenas que sucedían a nuestro triunfo me desagradaban tanto como las de una posible derrota.

En dos ocasiones nos encontramos con mujeres a bordo y, a pesar de que he sido testigo del saqueo de ciudades y, hace poco, de horribles tumultos públicos en Francia, había algo en esas esporádicas acciones y en la inmensidad de ese mar que nos rodeaba, desierto y peligroso, que hacía que esos actos de piratería

fuesen aún más repugnantes. He de confesar que nunca pude participar sin estar completamente ebrio, al igual que la tripulación. El mismo Teach tampoco servía para nada si no estaba harto de ron y, precisamente, uno de los cometidos más difíciles de Ballantrae era servirnos la cantidad apropiada de licor, pero lo conseguía admirablemente, pues jamás he conocido a una persona tan capaz y con tanto talento natural. No intentaba ganarse las simpatías de la tripulación, como hacía yo, angustiado, con mis constantes payasadas, sino que la mayoría de las veces se mantenía extremadamente serio y distante, igual que un padre con sus hijos pequeños o un maestro con sus alumnos. Y ello resultaba una labor harto difícil, pues la tripulación protestaba por todo constantemente, y la disciplina de Ballantrae, por poca que fuese, chocaba con su amor por el libertinaje. Pero lo peor era que, si estaban sobrios, disponían de tiempo para pensar y, por consiguiente, algunos se arrepentían de sus abominables crímenes. Y especialmente uno, un buen católico, con el que a veces solía apartarme a rezar, sobre todo cuando hacía mal tiempo, había niebla o llovía torrencialmente, es decir, cuando podíamos llamar menos la atención. Estoy seguro de que dos condenados camino del patíbulo no habrían rezado con tanta sinceridad. Pero los demás, carentes de motivos de esperanza, mataban el tiempo echando cuentas. Se pasaban el día entero contando la parte que les correspondía del botín y amargándose al comprobar el resultado.

Ya he dicho que tuvimos bastante suerte. Pero conviene hacer una observación: en todos los asuntos en los que participé, los beneficios obtenidos nunca fueron los esperados. Nos encontramos con numerosos barcos y apresamos muchos de ellos, pero en muy pocos hallamos riquezas, pues la carga que transportaban generalmente de poco nos servía. ¿Para qué queríamos un cargamento de arados o de tabaco? Es realmente doloroso pensar en la cantidad de tripulaciones que pasaron al completo por el tablón por no más que unas cuantas galletas o unos barriles de alcohol.

Mientras tanto, nuestro barco estaba cada vez más deteriorado y hacía ya tiempo que teníamos que habernos dirigido a nuestro *port de carénage* [50], situado en el estuario de un río entre los pantanos. Habíamos decidido, entonces, separarnos para dilapidar nuestra parte del botín; pero esto hizo que todos codiciaran un poco más, y día tras día fue retrasándose el momento de tomar una decisión. Lo que finalmente nos impulsó a ello fue un incidente insignificante que muchos considerarían como normal por el tipo de vida que llevábamos.

Pero déjenme que les explique: solo uno de los barcos que habíamos abordado, el primero en el que encontramos mujeres a bordo, había ofrecido una resistencia seria. En aquella ocasión tuvimos dos muertos y varios heridos y, de no ser por el valor de Ballantrae, nos habríamos visto finalmente derrotados. En los demás casos, la resistencia, en el caso de que se hubiese producido, habría hecho reír al peor de los batallones de Europa; de modo que lo más peligroso de nuestras acciones era escalar el costado del barco, y en más de una ocasión algún desgraciado nos lanzó desde cubierta un cabo, deseoso de unirse a nosotros antes de pasar por el tablón. Esta constante inmunidad ablandó muchísimo a nuestra tripulación, y entonces comprendí cómo Teach los había impresionado tanto, pues la presencia de aquel demente era el principal peligro de nuestras vidas en todo momento.

El incidente al que me he referido es el siguiente: acabábamos de avistar, muy cerca de nuestro costado y envuelto en la neblina, un barco pequeño con el velamen desplegado. Navegaba casi tan bien como el nuestro, aunque sería más fiel a la verdad si dijera que casi tan mal. Despejamos el cañón de proa para ver si podíamos lanzarles un par de disparos. El mar estaba sumamente agitado y el movimiento del barco era indescriptible, por lo que no es de extrañar que nuestros artilleros abrieran fuego tres veces sin conseguir dar en el blanco. Entre tanto, los perseguidos habían despejado el cañón de popa al amparo de la densa niebla y, al ser mejores tiradores, su primer disparo nos acertó en la proa, dejó a nuestros dos artilleros hechos pedazos, hasta tal punto que su sangre nos salpicó a todos, y se hundió por la cubierta hasta el castillo de proa, donde dormíamos. Ballantrae habría querido continuar, pues la verdad es que estos *contretemps*15 no afectan el ánimo de ningún soldado, pero se dio cuenta en seguida de las intenciones de la tripulación, pues era evidente que aquel disparo certero los había desanimado. Pero al instante, todos comprobaron que el adversario se alejaba y que no había necesidad de perseguirlo, ya que el Sarah se hallaba en tan lamentable estado que habría sido incapaz de abordar ni siquiera una botella, por lo que era absurdo seguir navegando en tales circunstancias. Por todo ello, viraron inmediatamente para dirigirse al río. Fue sorprendente ver el regocijo que invadió a la tripulación, que saltaba y bromeaba en cubierta, mientras cada uno calculaba cuánto había aumentado su parte del botín tras la muerte de los dos artilleros.

Tardamos nueve días en llegar al puerto: tan suaves eran los vientos y tan averiado estaba el casco. Pero al décimo día, al alba y cuando la niebla empezaba a levantar, doblamos el cabo. Poco después, la niebla se disipó y, antes de que volviera a caer, nos dejó ver un barco muy cerca de nosotros. La situación era bastante comprometida al hallarnos tan cerca de nuestro refugio. Se produjo una larga discusión sobre si

nos habrían visto o no, y si habrían reconocido al Sarah. Siempre habíamos tomado la precaución de acabar con todos los miembros de las tripulaciones que íbamos apresando para no dejar testigos que pudiesen delatarnos, pues el aspecto del Sarah no pasaba fácilmente desapercibido; sobre todo últimamente, ya que, al encontrarse en tan mal estado y haber intentado capturar sin éxito muchos barcos, estaba claro que su descripción habría sido difundida a menudo. Yo esperaba que esto nos animase a separarnos de inmediato. Pero, una vez más, el ingenio de Ballantrae me tenía preparada una nueva sorpresa. Teach y él, y este es el principal factor de su triunfo, habían estado de acuerdo en todo desde el primer día de su nombramiento. A menudo le pregunté sobre ello, pero nunca me contestaba, salvo una vez, cuando me dijo que habían llegado a un acuerdo que «causaría una gran sorpresa entre los hombres de la tripulación si lo supiesen, e incluso a él mismo si lo llevase a cabo». Bien, también entonces estaban los dos de acuerdo y, apenas echamos anclas, la tripulación al completo cayó en una indescriptible borrachera. Por la tarde, parecíamos un barco de dementes que tiraban de todo por la borda, aullaban varias canciones al mismo tiempo, discutían y peleaban, olvidando luego el motivo con un abrazo. Ballantrae me había ordenado que no bebiese nada, pero que fingiese estar borracho si apreciaba en algo mi vida. Jamás he pasado un día tan aburrido: me pasé la mayor parte del tiempo tumbado en el castillo de proa, mirando los pantanos y matorrales que rodeaban la pequeña dársena. Poco después del crepúsculo, Ballantrae tropezó conmigo, fingió caerse, riendo como un borracho, y, antes de volver a ponerse de pie, me dijo en voz baja «que bajara tambaleándome al camarote y fingiera estar dormido, pues me necesitaría pronto». Hice como se me dijo y entré en el camarote, que estaba completamente a oscuras, y me dejé caer en el primer camastro. Había ya otro hombre y, por la forma de moverse y empujarme, pensé que no estaba muy borracho; cuando encontré otro sitio parecía que se había vuelto a dormir. El corazón me latía muy deprisa, pues veía que algo grave iba a pasar. Al rato apareció Ballantrae, encendió la lámpara, echó un vistazo al camarote y asintió con la cabeza complacido; regresó a cubierta sin decir nada. Miré por entre los dedos de mi mano y vi que éramos tres los que estábamos durmiendo allí o fingíamos dormir: un tal Dutton, un tal Grady, ambos hombres muy decididos, y yo. En cubierta, los demás tenían organizada una jarana por encima de los límites de lo humano, y no hay palabras capaces de describir los sonidos que emitían en aquellos momentos. A lo largo de mi vida he presenciado muchas juergas de borrachos, y muchas de ellas a bordo del Sarah, pero nunca ninguna como aquella, lo cual me hizo suponer que habrían echado algo en la bebida, y tuvo que pasar bastante tiempo antes de que los gritos y aullidos fueran apagándose en tristes quejidos, hasta desaparecer un poco más tarde. Y tras un intervalo de tiempo que me pareció muy largo, Ballantrae bajó de nuevo, en esta ocasión con Teach pegado a sus talones, el cual empezó a echar pestes cuando nos vio a los tres tumbados.

—¡Qué barbaridad! —dijo Ballantrae—. Podríais dispararles al oído con una pistola. Ya sabéis lo que han estado bebiendo.

En el suelo del camarote había una escotilla, bajo la cual habían escondido lo mejor del botín hasta el día del reparto. Estaba cerrada con una anilla con tres candados, cuyas llaves, para mayor seguridad, estaban repartidas. Una la tenía Teach, otra Ballantrae y la tercera el primer oficial, un hombre llamado Hammond. Me sorprendió ver que las tenía todas una misma mano, y aún más me sorprendí (seguía espiándolos por entre los dedos de la mano) al ver que Teach y Ballantrae sacaban varios hatillos, cuatro en total, muy bien hechos y con un asa para transportarlos.

—Y ahora —dijo Teach—, vámonos.

—Permitidme un momento —dijo Ballantrae—. He descubierto que hay otro hombre a bordo, además de vos, que conoce un camino secreto para atravesar los pantanos, y parece más corto que el vuestro.

Teach exclamó que, en ese caso, estábamos perdidos.

—No lo creo —dijo Ballantrae—. Además, hay unas cuantas cosas que debéis saber. Primero: que vuestras pistolas no están cargadas, de lo cual me he encargado, si recordáis bien, esta mañana. Segundo: como hay otro que conoce el camino, comprenderéis que es muy improbable que cargue con un demente como vos. Y tercero: estos caballeros, que no necesitan ya seguir fingiendo estar dormidos, son de mi confianza y ahora procederán a amordazaros y ataros al mástil. Cuando vuestros hombres despierten, si es que consiguen hacerlo después de haberse tragado las drogas que hemos echado en el licor, estoy seguro de que estarán encantados de liberaros y, sin duda, no tendréis dificultad para explicarles el tema de las llaves.

Teach no dijo nada, pero nos miraba como un niño asustado mientras le atábamos y amordazábamos.

—¿Comprendéis ahora, idiota —dijo Ballantrae—, por qué hemos hecho cuatro hatillos? Hasta ahora os habéis llamado capitán Teach, pero creo que a partir de este momento os quedará mejor capitán Learn [51].

Esas fueron nuestras últimas palabras a bordo del Sarah. Los cuatro, con nuestros correspondientes hatillos, subimos con sumo cuidado a un esquife y dejamos atrás el barco, donde reinaba un silencio

sepulcral, roto tan solo por algún gemido de los borrachos. La niebla flotaba sobre el agua a la altura de nuestros pechos, y Dutton, que conocía el camino, tuvo que ponerse de pie para orientarse, lo cual nos obligó a remar muy despacio, factor este importantísimo para nuestra salvación. Nos hallábamos todavía relativamente cerca del barco cuando comenzó a clarear y los pájaros aparecieron volando por encima de las aguas. De repente, Dutton se sentó y, en voz baja, nos advirtió que, si queríamos seguir con vida, no hiciésemos ruido y estuviésemos a la expectativa. Efectivamente, oímos el débil crujir de unos remos a un lado, y un poco después, aunque más lejos, otro ruido parecido. Sin duda, nos habían visto el día anterior por la mañana: los botes del barco con el que nos habíamos topado intentaban cortarnos el paso. Nos hallábamos, pues, indefensos ante su acoso. Estoy seguro de que nunca unas pobres almas se han visto ante un peligro mayor, y, mientras nos manteníamos agachados sobre los remos, rogando a Dios que la niebla no se disipara, el sudor me caía por la frente. De improviso, vimos que uno de los botes estaba tan cerca de nosotros que habríamos podido lanzar una galleta dentro de él.

—Despacio, muchachos —oímos a un oficial en voz baja. Yo me sorprendí de que no oyeran los latidos de mi corazón.

—No pensemos más en el camino —dijo Ballantrae—. Tenemos que buscar un refugio como sea. Vamos directamente a la orilla de la ensenada.

Y así hicimos, con extrema precaución, remando lo mejor que podíamos y guiándonos a ciegas, envueltos en la niebla, que era nuestra única protección. Pero el Cielo nos guio, pues tocamos tierra junto a unos matorrales y desembarcamos con nuestro tesoro y, al no tener otra forma de escondernos y empezar la niebla a disiparse, soltamos el bote y lo hundimos. Conseguimos ponernos a cubierto cuando salió el sol, al tiempo que del medio de la ensenada nos llegaron los gritos de los marineros, lo cual nos hizo pensar que el Sarah había sido abordado. Al cabo del tiempo me enteré de que el oficial que capturó el barco obtuvo grandes honores y, aunque es cierto que lo hizo de forma bastante loable, yo creo que, una vez a bordo, la captura le debió de resultar bastante fácil [52].

Cuando aún daba gracias a todos los santos por mi huida, comprendí que tendríamos que hacer frente a más dificultades. Habíamos desembarcado de forma fortuita en una extensa y amenazadora zona pantanosa, así que dar con el sendero nos obligaba a vencer incertidumbres, fatigas y peligros. Dutton mantenía que debíamos esperar a que el barco partiese para poder sacar de nuevo a flote el esquife, pues cualquier retraso sería más aconsejable que cruzar la ciénaga a ciegas. Así pues, uno de los nuestros volvió a la orilla de la ensenada y, mirando a través de los matorrales, comprobó que la niebla se había despejado completamente y que los colores ingleses ondeaban en el Sarah, pero nada parecía indicar que fuesen a zarpar. Nuestra situación era muy comprometida. Los pantanos eran un lugar insalubre para permanecer allí; y la ambición nos había impulsado a llevar muchos tesoros y pocas provisiones. Era conveniente, además, abandonar la zona y llegar al poblado antes de que se divulgara la noticia de la captura. Y frente a todas estas consideraciones se hallaba el peligro de cruzar a la otra orilla. Yo creo que no es de extrañar que decidiéramos pasar a la acción.

Hacía un calor abrasador cuando decidimos atravesar la ciénaga o, mejor dicho, encontrar el sendero con la ayuda de una brújula que cogió Dutton, mientras uno de nosotros cargaba con su parte del botín. Les juro que parecía tener ojos en el trasero, pues se comportaba como si nos hubiese confiado su alma. Los matorrales eran tan tupidos que parecían un bosque, y el suelo, tan traicionero que nos hundíamos cada dos por tres de una forma espantosa, lo que nos obligaba a dar rodeos. El calor era, además, asfixiante, el aire, extremadamente denso, y una nube de insectos nos rodeaba a cada paso. Se suele comentar que las personas de alta cuna soportan las fatigas mucho mejor que las de origen humilde, pues los oficiales que tienen que ir a pie junto a sus hombres los avergüenzan con su resistencia. Y ello bien pudo comprobarse en aquellas circunstancias; por un lado, Ballantrae y yo éramos caballeros de la más alta alcurnia; por otro, Grady era un vulgar marinero, aunque casi con la fuerza de un gigante. El caso de Dutton es una excepción, pues debo confesar que se comportó tan bien como nosotros dos [53]. Grady comenzó a lamentarse en seguida, se quedaba rezagado, se negaba a cargar con el bulto de Dutton cuando le tocaba, pedía a voces constantemente ron —teníamos poquísimo— y al final nos amenazó por la espalda con una pistola si no le dejábamos descansar. Yo creo que Ballantrae se habría enfrentado con él para acabar de una vez por todas, pero logré persuadirlo y hacer una parada para tomar algo. No debió de servirle de mucho a Grady, pues volvió a quedarse rezagado de nuevo, gruñendo y lamentándose de su suerte. Finalmente, se descuidó, no siguió debidamente nuestros pasos y cayó en un profundo fangal, que era fundamentalmente agua, dando unos gritos espantosos. Antes de que pudiésemos ir en su ayuda, desapareció con su parte del botín. Su suerte y, sobre todo, sus gritos nos dejaron aterrados; sin embargo, resultó ser un hecho afortunado, pues abrió el camino de nuestra salvación, ya que Dutton decidió trepar a un árbol, desde el cual consiguió

divisar, al igual que yo, que subí tras él, una zona alta del bosque que nos permitía localizar el sendero. Se encaminó hacia allí bastante precipitadamente, yo creo, pues al momento lo vimos hundirse un poco, sacar los pies y volver a hundirse, dos veces seguidas. Entonces, nos miró, bastante pálido.

—Echadme una mano —dijo—. Este sitio es peligroso.

—Hombre, no es para tanto —dijo Ballantrae, imperturbable.

Dutton estalló blasfemando con violencia, mientras se hundía cada vez más y el lodo le llegaba casi hasta la cintura y, sacando una pistola del cinto, gritó:

—¡Ayudadme o moriréis, maldita sea!

—No —dijo Ballantrae—. Estaba bromeando. Ya voy —y dejó en el suelo su hatillo y el de Dutton—. No oséis acercaros hasta que veamos que os necesitamos —me dijo, y se dirigió solo hacia donde estaba empantanado Dutton. Este ya se había tranquilizado, aunque seguía empuñando la pistola, y era realmente impresionante ver el terror reflejado en su rostro.

—¡Deprisa, por el amor de Dios! —gritó.

Ballantrae estaba ya muy cerca.

—No os mováis —le dijo, y parecía pensativo—. ¡Dadme las manos!

Dutton soltó la pistola, y la superficie era tan acuosa que se hundió en un abrir y cerrar de ojos. Blasfemando, se agachó para recuperarla, momento que aprovechó Ballantrae para abalanzarse sobre él y apuñalarle en la espalda. Dutton levantó los brazos sobre su cabeza, no sé si por dolor o para protegerse, pero al instante cayó de bruces en el lodo.

Ballantrae estaba hundido hasta los tobillos, pero consiguió salir y regresar junto a mí. Me temblaban las rodillas.

—¡Al diablo, Francis! —me dijo—. ¡Me parece que, en el fondo, sois un débil! Me he limitado a dar su merecido a un pirata. ¡Y nos hemos liberado completamente del Sarah! ¿Quién puede ahora decir que nos hemos visto involucrados en alguna irregularidad?

Le dije que era injusto conmigo; pero mi sentido humanitario estaba tan afectado por una acción tan horrorosa que apenas pude sacar fuerzas para contestarle.

—Vamos —dijo—. ¡Hay que ser más decidido! Ya no necesitamos a ese hombre, puesto que nos ha enseñado el camino, y no podéis negarme que habría sido una estupidez desperdiciar una oportunidad tan favorable.

No podía yo negar que, en el fondo, tenía razón. No obstante, no pude contener el llanto, de lo cual pienso que ningún hombre como es debido se habría avergonzado, y tuve que echar un buen trago de ron para poder seguir adelante. Insisto en que no me avergüenzo de mis buenos sentimientos, pues la clemencia honra al guerrero. Y, a pesar de todo, no puedo censurar a Ballantrae, pues su paso fue decisivo, ya que dimos con el sendero sin ninguna dificultad, y aquel mismo día, al atardecer, salíamos del cenagal.

Estábamos demasiado cansados para seguir adelante, de modo que nos tumbamos en la arena, aún caliente por los rayos del sol, junto a un pinar, y nos quedamos dormidos inmediatamente.

Nos despertamos a la mañana siguiente muy temprano, e iniciamos una violenta discusión que casi nos lleva a las manos. Habíamos desembocado en las costas de las provincias del Sur, a miles de millas de cualquier asentamiento francés. Nos enfrentábamos a un viaje terrible y a infinidad de peligros, por lo que necesitábamos más que nunca nuestra amistad. Yo creo que Ballantrae había perdido el sentido de la cortesía, lo cual es lógico tras haber convivido tanto tiempo con aquellos lobos de mar, y me trataba tan mal que cualquier caballero se habría sentido ofendido ante su conducta.

Le dije lo que pensaba de su comportamiento y él se alejó un poco; yo le seguí para censurárselo, pero me cortó con un gesto de la mano.

—Frank —dijo—, ya sabéis nuestro compromiso, pero no habría juramento que me hiciera tragar vuestras palabras si no fuera por el sincero afecto que siento por vos. Es imposible que podáis dudar de mí. Os he dado pruebas. Tuve que coger a Dutton porque conocía el camino, y a Grady porque Dutton era incapaz de moverse sin él. Pero ¿por qué razón había de cargar con vos? Sois un continuo peligro para mí con vuestra maldita lengua irlandesa. Lo lógico es que estuvieseis encadenado a bordo de aquel barco. ¡Y os peleáis conmigo igual que un niño por unas chucherías!

Estas palabras son de las más desagradables que jamás he oído, y aún hoy me cuesta relacionarlas con el concepto que tenía de un caballero que era mi amigo. Le contesté ásperamente que él también tenía acento escocés, no tan acentuado como otros, pero sí tosco y desagradable; y habríamos seguido así mucho más tiempo si no llega a ser por una alarmante interrupción.

Nos habíamos alejado un poco por la arena. El sitio en el que habíamos dormido, con los hatillos deshechos y el dinero disperso por los alrededores, se hallaba entre nosotros y el pinar; y de allí debía de haber salido el desconocido que se había acercado. Era un lugareño grandón, con una enorme hacha al hombro, que miraba boquiabierto el tesoro que tenía a sus pies y a nosotros, que, debido a nuestra discusión, habíamos empuñado nuestras armas. En cuanto lo miramos, echó a correr y desapareció entre los pinos.

Aquello era francamente poco tranquilizador. Dos hombres armados y vestidos de marinero peleándose por un tesoro a no muchas millas de donde había sido capturado un pirata era motivo más que suficiente para llamar la atención por toda la zona. Olvidamos nuestras diferencias, que desaparecieron

inmediatamente de nuestras mentes, e hicimos los bultos en un abrir y cerrar de ojos, emprendiendo la huida y corriendo lo más rápidamente que pudimos. Pero nuestra angustia era que no sabíamos en qué dirección nos dirigíamos, y teníamos que volver sobre nuestros pasos constantemente. Ballantrae tenía, como es lógico, toda la información que le había proporcionado Dutton, pero es francamente difícil seguir un camino de oídas, y el estuario, que se abría en una amplia e irregular ensenada, se presentaba por todas partes ante nosotros con toda su extensión de agua.

Estábamos desesperados y totalmente exhaustos de tanto correr, cuando llegamos a lo alto de una duna y vimos que otra ramificación de la bahía nos volvía a impedir el paso. Era, no obstante, una cala muy diferente a las que nos habíamos ido encontrando antes; era muy rocosa, escarpada y profunda, y un pequeño barco había conseguido fondear allí amarrado con una guindaleza [54]; sus tripulantes habían colocado un tablón para llegar a la orilla, donde habían encendido un fuego, junto al que se habían sentado a comer. Era una de esas embarcaciones que construyen en las Bermudas [55].

La pasión por el oro y el odio que todo el mundo siente por los piratas era motivo más que suficiente para que nos persiguieran las gentes de toda la región. Además, no había duda de que nos encontrábamos en una especie de península que se abría como los dedos de una mano, y la muñeca, es decir, el paso para llegar a tierra firme que debíamos haber seguido desde el principio, estaría ahora probablemente vigilada. Estas consideraciones nos llevaron a tomar una decisión más temeraria. Pendientes en todo momento de cualquier ruido de una posible persecución, permanecimos escondidos entre los matorrales que coronaban la duna todo el tiempo que pudimos resistir. Cuando estuvimos seguros de haber recuperado el resuello y haber recompuesto nuestro aspecto, decidimos acercarnos al grupo que había en torno al fuego aparentando estar muy tranquilos.

Era un traficante con sus negros, natural de Albany [56], en la provincia de Nueva York, que regresaba a su tierra desde las Indias con un cargamento a bordo, y cuyo nombre no recuerdo. Nos quedamos asombrados cuando nos enteramos de que había llegado allí por miedo a encontrarse con el Sarah, pues no pensábamos que nuestras hazañas fuesen tan famosas. Nada más saber el hombre de Albany que había sido capturado el día anterior, se puso en pie de un brinco, nos ofreció un trago por nuestras buenas noticias y mandó a sus negros a hacer los preparativos para zarpar. Nosotros aprovechamos el trago para sincerarnos un poco más y terminar ofreciéndonos como pasajeros. Mirando con recelo nuestra ropa manchada de alquitrán y nuestras pistolas, nos contestó muy educadamente que apenas tenía sitio para él mismo. Ni con ruegos ni con dinero, que ofrecimos por adelantado, logramos persuadirle.

—Veo que desconfiáis de nosotros —dijo Ballantrae—, pero os voy a demostrar que nosotros en cambio confiamos en vos contándoos la verdad. Somos jacobitas fugitivos, y ofrecen una recompensa por nuestras cabezas.

Entonces, el hombre de Albany se compadeció un poco. Nos hizo un montón de preguntas sobre la guerra en Escocia, a las que contestó Ballantrae pacientemente. Luego, nos guiñó un ojo y dijo con tono bastante ordinario:

—Yo creo que tanto vos como vuestro príncipe Carlos os encontrasteis con más de lo que deseabais.

—¡Pardiez, sí que es verdad! —dije yo—. Y os rogaría, mi querido amigo, que dieseis ejemplo dándonos mucho más.

Le hablé como los irlandeses, o sea, de esa forma que logra que la gente se interese. He de aclarar, pues es prueba del afecto que sienten por nuestro pueblo, que este modo de expresarnos rara vez falla entre la buena gente. Sería incapaz de decir cuántas veces he visto a un soldado raso librarse del potro y a los mendigos engatusar a las buenas almas gracias a su acento irlandés. Por tanto, en cuanto conseguí que el de Albany se riese, me sentí más tranquilo. No obstante, impuso muchas condiciones, entre ellas, quedarse con nuestras armas antes de admitirnos a bordo; ello supuso poder partir. Al instante, nos deslizábamos por la bahía con buena brisa y dando gracias a Dios por nuestra liberación. Más o menos a la altura de la desembocadura del estuario nos topamos con el crucero y, un poco después, con el Sarah y su tripulación cautiva. Ver ambas embarcaciones nos estremeció. Ir a bordo del barco de las Bermudas nos producía una cierta sensación de seguridad, y nuestro audaz golpe nos parecía realmente afortunado, y más al pensar en la suerte de nuestros compañeros. A pesar de todo, habíamos pasado de una trampa a otra, habíamos escapado del trueno al relámpago, del tablón al tajo del verdugo, librándonos de la abierta hostilidad del buque de guerra para estar a merced de la dudosa buena fe de nuestro traficante de Albany.

Pero gracias a una serie de circunstancias, resultó que estábamos mucho más seguros de lo que nos imaginábamos. En aquel momento, la ciudad de Albany se dedicaba al contrabando por el desierto con los indios y los franceses. Al tratarse de una actividad totalmente ilegal, habían relajado su lealtad y, al tener que relacionarse con el pueblo más cortés de la tierra, habían dividido sus simpatías. En resumen, eran

como el resto de los contrabandistas del mundo; eran espías y agentes dispuestos para cualquier interesado. Además, nuestro hombre de Albany era francamente honrado y muy ambicioso y, para colmo, estaba encantado con nuestra compañía. Antes de arribar a Nueva York habíamos llegado al mutuo acuerdo de que nos llevaría hasta Albany a bordo de su barco y allí nos indicaría cómo cruzar la frontera para unirnos a los franceses. Por todo ello tuvimos que pagar un precio muy elevado, pero el que mendiga no tiene opción de escoger, ni el fugitivo de negociar.

Navegamos por el río Hudson [57], que he de afirmar que es francamente imponente. En Albany nos alojamos en el
King's
Arms. La ciudad estaba invadida por la milicia de la provincia, ansiosa de matar franceses. Se hallaba allí el gobernador Clinton [58], un hombre muy ocupado y, por lo que pude saber, a punto de enloquecer por la facción surgida en su Asamblea. Los indios de ambos bandos estaban en pie de guerra y vimos algunos grupos que llevaban prisioneros y, lo que es peor, cabelleras tanto de hombres como de mujeres, por las que cobraban un precio fijo. Les aseguro que no era un espectáculo alentador. En resumen, no podíamos haber llegado en peor momento para llevar a cabo nuestros propósitos. Al encontrarnos alojados en la principal posada, nuestra presencia era terriblemente llamativa. El hombre de Albany nos engañaba con miles de dilaciones y parecía no querer cumplir sus compromisos. Como pobres fugitivos, no nos rodeaban más que peligros, y durante algún tiempo ahogamos nuestras preocupaciones llevando una vida desordenada.

Pero también esto nos traería suerte, y conviene resaltar que nuestra huida fue guiada providencialmente hasta el final. ¡Qué humillación para la dignidad humana! Ni mi filosofía, ni la extraordinaria genialidad de Ballantrae, ni nuestro valor, que, por descontado, era igual en ambos, habrían sido suficientes sin la intervención de la divina providencia. ¡Y cuán verdadero es, como nos indica la Iglesia, que las verdades de la religión son, con todo, perfectamente aplicables a los hechos cotidianos! Durante una de nuestras jaranas conocimos a un joven muy animado llamado Chew. Era uno de los más atrevidos de los que traficaban con los indios, conocía a la perfección los misteriosos senderos del desierto, era pobre, disoluto y, para colmo y por fortuna para nosotros, en malas relaciones con su familia. Lo convencimos para que nos ayudara, y nos proporcionó a escondidas todo lo que necesitábamos para la huida; y un buen día, escapamos de Albany, sin despedirnos de nuestro anterior amigo; en cuanto estuvimos a cierta distancia, subimos a una canoa.

Para ser totalmente justos a la hora de contar las fatigas y peligros de nuestro viaje haría falta una pluma más refinada que la mía. Deberá, pues, el lector imaginarse la terrible inmensidad que tuvimos que atravesar: espesuras, pantanos, rocas escarpadas, ríos impetuosos y asombrosas cascadas. En aquella naturaleza salvaje hubimos de avanzar día tras día, bien remando, bien con la canoa a cuestas, descansando por la noche junto al fuego, rodeados por los aullidos de los lobos y otras fieras. Nuestra intención era alcanzar la cabecera del Hudson, cerca de Crown Point, donde los franceses tenían un fuerte junto al lago Champlain [59]. Pero seguir esa ruta era demasiado peligroso, por lo que seguimos un laberinto de ríos, lagos y pasos cuyo recuerdo me produce vértigo. En circunstancias normales, esos caminos solían estar desiertos, pero el país se había alzado en armas, las tribus estaban en pie de guerra, y los bosques se hallaban llenos de exploradores indios. Constantemente nos encontrábamos con algún grupo cuando menos lo esperábamos. Especialmente, un día que nunca podré olvidar, al amanecer, nos vimos rodeados súbitamente por cinco o seis diablos pintarrajeados de esos, dando monótonos gritos y blandiendo sus hachas. No nos pasó nada, al igual que en ocasiones anteriores, ya que Chew era muy conocido y apreciado por las diferentes tribus. En efecto, era un joven valiente y respetado, pero, a pesar de que su compañía era una ventaja para nosotros, no se debe pensar que estos encuentros estaban exentos de peligro. Para dar muestras de amistad por nuestra parte, teníamos que recurrir a nuestras provisiones de ron, pues la verdad es que, en cualquier caso, el auténtico negocio del que trafica con los indios no es sino tener una taberna ambulante en los bosques. Pero una vez que los guerreros tenían la botella de *scaura* (así llaman ellos este detestable licor), había que salir remando a toda velocidad para salvar nuestras cabelleras, pues en cuanto empezaban a beber, adiós a la sensatez y a los buenos modales, ya que no pensaban en otra cosa que conseguir más *scaura*. Podrían habernos perseguido, y, de haberlo hecho, no habría escrito nunca estas memorias.

Habíamos llegado al punto crítico de nuestro camino, pues podíamos caer igualmente en manos de los franceses como de los ingleses, cuando nos pasó una terrible calamidad. Chew se sintió mal de repente. Tenía todos los síntomas de un envenenamiento y en cuestión de unas horas moría en el fondo de la canoa. Perdíamos a nuestro guía, nuestro intérprete, nuestro barquero y nuestro pasaporte, pues era todo en uno. Caímos, de golpe, en la más desesperada e irremediable angustia. Chew se sentía muy orgulloso de sus

conocimientos y a menudo nos había hablado de la geografía que habíamos ido recorriendo. Creo que Ballantrae le hacía caso, pero a mí siempre me ha aburrido muchísimo ese tipo de explicaciones, de modo que lo único que sabía es que nos encontrábamos en territorio de los indios adirondack y muy cerca de nuestro destino si hubiésemos encontrado el camino. Pero en seguida pude comprobar que, a pesar de toda su atención, Ballantrae sabía tan poco como yo. Sabía que teníamos que seguir remontando una comente y, luego, tras atravesar un paso, bajar por otra y volver a remontar una tercera. Pero hay que tener en cuenta la cantidad de corrientes de agua que discurren por todas partes en las zonas montañosas. Y ¿cómo iba a poder distinguirlas un caballero, un completo forastero en aquella parte del mundo? No era esta nuestra única desgracia; éramos, además, auténticos novatos en el manejo de la canoa; su acarreo sobrepasaba casi el límite de nuestras fuerzas y, desesperados, nos pasábamos sentados media hora sin decirnos una sola palabra; y la aparición de un solo indio habría supuesto, con toda probabilidad, nuestro fin, ya que no teníamos posibilidad alguna de comunicarnos con él. No es raro, por tanto, que Ballantrae se mostrase pesimista; su manía de culpar a otros, tan competentes como él, era intolerable, y su manera de hablar, inaceptable. La verdad es que a bordo del barco pirata había adoptado una forma de comportarse totalmente impropia de un cabañero y, ahora, que podríamos decir que se hallaba en un estado casi febril, se había acrecentado enormemente.

Al tercer día de marcha errante, cuando cruzábamos con la canoa a cuestas un paso rocoso, se nos cayó y quedó completamente destrozada. El paso se hallaba entre dos lagos bastante extensos y el sendero moría en el agua en ambos extremos, mientras que a los lados se extendía un bosque cerrado; la orilla de los lagos era intransitable debido al lodo, de modo que nos vimos obligados a continuar sin canoa y sin la mayor parte de nuestras provisiones, y adentrarnos en la impenetrable espesura, abandonando el único punto de referencia que poseíamos, es decir, el curso del río. Nos ajustamos las pistolas al cinto, nos colocamos el hacha al hombro, hicimos un fardo con el tesoro y con los víveres que éramos capaces de cargar, dejamos el resto de nuestras pertenencias, incluso las espadas, que nos habrían de estorbar en el bosque y emprendimos aquella lamentable aventura.

Los trabajos de Hércules, tan magistralmente descritos por Homero [60], son una juego de niños comparados con lo que tuvimos que sufrir. Algunas zonas del bosque eran tan espesas, incluso a ras del suelo, que teníamos que abrirnos paso como gusanos en un queso. En otras, el suelo era profundamente pantanoso, y los árboles completamente podridos. Di un salto en un tronco que había derribado y me hundí hasta la rodilla en la yesca; perdí el equilibrio y, para no caer, intenté agarrarme a algo que parecía un tronco sólido, pero al tocarlo se deshizo como una hoja de papel. Tropezando, cayendo y hundiéndonos hasta las rodillas, íbamos abriéndonos paso, cuidando de que las ramas no nos saltaran los ojos y con la ropa hecha jirones; avanzamos afanosamente todo el día, aunque no creo que lográsemos recorrer dos millas. Lo peor era que, como difícilmente lográbamos ver algo fuera del bosque y como los obstáculos frenaban continuamente nuestra marcha, nos resultaba imposible tener algún indicio de la dirección que estábamos siguiendo.

Poco antes del atardecer, llegamos a un claro junto a una corriente de agua rodeado de agrestes montañas, y Ballantrae tiró su carga.

—No puedo seguir más —dijo, y me mandó encender una hoguera, maldiciendo mi estirpe en términos impropios de una persona de su condición.

Le dije que procurara olvidar que había sido un pirata y que recordase que había sido un caballero.

—¿Estáis loco? —gritó—. ¡No me contrariéis ahora! —y levantando el puño amenazante a los montes prosiguió—: ¡Pensar que me voy a pudrir en este miserable desierto! ¡Si Dios me hubiera permitido morir en el patíbulo como un caballero! —y dijo esto declamando como un actor; luego, se sentó mordiéndose los nudillos y con la vista clavada en el suelo, algo indigno de un cristiano.

Este hombre empezó a inspirarme miedo, pues creo que un soldado y un caballero debe afrontar su destino con más filosofía. Decidí, por tanto, no contestarle y, como empezaba a hacer frío, encendí gustoso el fuego por mi propio bien. Bien sabe Dios que encender una hoguera en un sitio tan abierto y lleno de salvajes era una locura. Ballantrae parecía no estar pendiente de mí, pero cuando estaba a punto de tostar un poco de maíz levantó la vista.

—¿Tenéis hermanos? —me preguntó.

—Cinco, gracias a Dios —respondí.

—Yo solo tengo uno —dijo con tono extraño, e inmediatamente prosiguió—: Me las pagará por todo esto —y cuando le pregunté qué tenía que ver su hermano en nuestras desgracias, me gritó—: ¿Qué? ¡Ocupa mi puesto, lleva mi nombre y corteja a mi mujer, y yo estoy aquí con un condenado irlandés en estas heladas tierras desiertas! ¡Soy un perfecto idiota!

Esta reacción era tan impropia del carácter de mi amigo que acalló mi justificada susceptibilidad. Como es lógico, las palabras injuriosas, por muy desagradables que sean, parecen mucho menos graves en una situación tan extrema. Pero conviene resaltar algo bastante extraño. Hasta ese momento, solo había hecho referencia a su prometida una vez. Fue cuando nos hallábamos frente a Nueva York y me dijo que, si cada cual tuviese lo que le corresponde, estaríamos entonces ante sus propiedades, pues la señorita Graeme tenía importantes posesiones en la provincia. En aquella conversación se trataba de un comentario completamente normal, pero ahora volvía a hablar de ella por segunda vez, y conviene resaltar que estábamos en el mes de noviembre del 47, y *creo que aquel mismo día, mientras nos hallábamos en aquellas inhóspitas montañas*, su hermano y la señorita Graeme contraían matrimonio. Soy el hombre menos supersticioso, pero veo la mano de la providencia tan abiertamente desplegada aquí que me na parecido conveniente anotarlo [61].

El día siguiente y el otro pasaron del mismo modo. Ballantrae solía decidir la dirección que teníamos que seguir a cara o cruz y, al recriminarle lo infantil que me parecía su conducta, me hizo una insólita observación que no he olvidado nunca:

—No conozco mejor forma para expresar mi desprecio por la razón humana.

Creo recordar que al tercer día encontramos el cadáver de un cristiano que yacía en un charco de sangre horriblemente mutilado y con el cuero cabelludo arrancado. Las aves del desierto volaban alborotadas a su alrededor como moscas. No puedo describir el horror que nos causó la escena, pero me arrebató todas las fuerzas y esperanzas de seguir en este mundo. Aquel mismo día, un poco después, cuando atravesábamos una zona del bosque que había ardido, Ballantrae, que iba delante, se escondió de repente tras un tronco caído. Me coloqué junto a él, desde donde podíamos mirar sin ser vistos. Al fondo del valle avanzaba un grupo bastante numeroso de salvajes que se acercaba a donde estábamos nosotros. Equivaldrían a poco menos de un batallón y llevaban todos el torso desnudo; estaban embadurnados en grasa y tiznados de hollín, y pintarrajeados de albayalde y bermellón, según sus malditas costumbres. Iban uno tras otro como una hilera de gansos, a paso ligero, por lo que no tardaron en pasar y desaparecer en el bosque. Creo que la angustia, la incertidumbre y la ansiedad que tuvimos que soportar en tan breves momentos fueron muy superiores a las que podría experimentar una persona durante toda su vida. Si eran indios franceses o ingleses, si buscaban cabelleras o prisioneros, si debíamos arriesgarnos a salir o seguir escondidos y continuar nuestro angustioso viaje…, creo que todas estas preguntas habrían dejado perplejo al mismísimo Aristóteles. Ballantrae se volvió hacia mí con el ceño fruncido y enseñando los dientes, con el aspecto que dicen que tienen los que se mueren de hambre. No dijo nada, pero parecía atormentarle una espantosa duda.

—Puede que estén a favor de los ingleses —susurré—. Tened en cuenta que, si es así, lo mejor que podría pasarnos sería ¡empezar de nuevo!

—Lo sé, lo sé —dijo—. Pero tarde o temprano habrá que dar el paso decisivo —y de repente sacó la moneda de siempre, la agitó entre sus manos, la miró y se tumbó de cara contra el polvo.

Addenda del señor Mackellar

Dejo aquí el relato del caballero porque aquel mismo día discutieron y se separaron. La versión del caballero sobre la discusión me parece, debo confesarlo, totalmente incompatible con la manera de ser de ambos. A partir de entonces, continuaron en solitario, padeciendo increíbles sufrimientos; al final, primero uno y luego otro, fueron recogidos por un pelotón del fuerte St. Frederick. Solo destacar dos cosas. La primera, de suma importancia para mis intenciones, es que el señor de Ballantrae, en el transcurso de las penalidades, enterró su tesoro en un lugar que aún no se ha descubierto, pero dibujó un mapa con su propia sangre en el forro de su sombrero. La segunda es que, al llegar sin dinero al fuerte, fue recibido como un hermano por el caballero, que le pagó el pasaje a Francia. En este punto, la sencillez del señor Burke le lleva a elogiar excesivamente al señor de Ballantrae, pues una persona de mundo podría pensar que el único digno de alabanzas es el caballero. Es para mí un grandísimo placer señalar este noble rasgo de mi estimado amigo de correspondencia, pues temo haberle ofendido anteriormente. Me he abstenido de comentar sus increíbles y, a mi modo de ver, inmorales opiniones porque soy muy celoso en lo referente al respeto. Pero no puedo reproducir su versión de la discusión, pues yo conocía al señor de Ballantrae y es inconcebible un hombre menos miedoso. Lamento este descuido del caballero, sobre todo porque su narración, salvo alguna floritura, me ha impresionado por su gran candor.

Capítulo IV
La persecución que hubo de soportar el señor Henry

Es fácil imaginar en qué parte de sus aventuras se explayó más el coronel. En realidad, si nos lo hubiese contado todo, es probable que esta historia hubiese tomado un rumbo muy distinto; pero el episodio del barco pirata fue mencionado muy por encima. Tampoco pude escuchar hasta el final las revelaciones que el coronel sí estaba dispuesto a hacer, pues el señor Henry, que llevaba un rato sumido en sombrías meditaciones, se levantó finalmente de su asiento y, recordando al coronel que tenía algunos asuntos urgentes que atender, me pidió que lo siguiera a su despacho.

Una vez allí, no trató de seguir disimulando su preocupación, y comenzó a pasear de un lado a otro de la estancia con el rostro desencajado y pasándose repetidamente la mano por la frente.

—Tenemos algunos asuntos —comenzó por fin, pero inmediatamente se detuvo, y luego, declarando que necesitábamos beber algo, ordenó que nos trajeran vino del mejor. Este gesto era completamente ajeno a sus costumbres, y aún más el hecho de que comenzara a beber un vaso tras otro como si nada le importasen las apariencias. Sin embargo, la bebida logró tranquilizarle.

—Supongo, Mackellar —me dijo—, que no os sorprenderá demasiado saber qué mi hermano, que para alivio de todos parece estar sano y salvo, necesita algún dinero.

Le dije que ya me lo había figurado, pero que el momento no era el más propicio, pues nuestros fondos se hallaban algo mermados.

—No me refiero a mi dinero —replicó él—. Hablo del dinero de la hipoteca.

Le recordé que aquel dinero pertenecía a la señora Henry.

—¡Yo responderé ante ella! —gritó con violencia.

—Además —añadí—, es el dinero destinado a la hipoteca.

—Lo sé —repuso—, eso es precisamente lo que quería consultaros.

Le expliqué lo inoportuno que resultaría en aquel momento desviar aquel dinero de su destino, y cómo, si lo hacíamos, perderíamos los beneficios de nuestros anteriores ahorros, volviendo a hundir la hacienda en la miseria. Incluso me tomé la libertad de suplicarle, y al ver que se oponía a mis razones con un movimiento de cabeza y una amarga sonrisa, mi celo me llevó a extralimitarme.

—¡Esto es una locura! —exclamé—. ¡Y no pienso tomar parte en ella!

—Habláis como si hiciera esto por placer —dijo él—. Sin embargo, ahora tengo una hija; además, me gusta el orden. Y para ser sincero, Mackellar, había empezado a sentirme orgulloso de la hacienda —su rostro se ensombreció por un momento—. Pero ¿qué queréis que haga? Nada me pertenece, nada. Las noticias que hoy hemos recibido han sacudido los cimientos de mi vida. Solo poseo el nombre y la sombra de las cosas. Solo las sombras. Mis derechos no son reales.

—Son lo bastante reales como para esgrimirlos ante un tribunal —repuse yo.

Me miró con unos ojos que echaban chispas, tratando de reprimirse para no hablar, y al momento me arrepentí de lo que había dicho, pues me di cuenta de que, mientras se refería a la hacienda, en realidad estaba pensando en su matrimonio. Entonces, de repente, extrajo bruscamente la carta de su bolsillo, donde la había guardado toda arrugada, la alisó violentamente sobre la mesa y, con labios temblorosos, comenzó a leerme lo siguiente:

—«Mi querido Jacob»… ¡Así es como empieza! —exclamó—. «Mi querido Jacob, una vez te llamé así, tal vez lo recuerdes; y ahora, haciendo honor a ese nombre, me has puesto de un puntapié en Criffel [62]». ¿Qué os parece esto, Mackellar, viniendo de mi único hermano? Juro ante Dios que le quería mucho; siempre le he sido leal. ¡Y esto es lo que me escribe! Pero pienso rebatir esas acusaciones —dijo caminando frenéticamente de un lado a otro—. Soy tan bueno como él. ¡Soy mejor persona que él, y espero que Dios

me ayude a probarlo! No puedo darle la monstruosa cifra que reclama. Él sabe que la hacienda no da para tanto; pero le daré todo lo que tengo, que es más de lo que él espera. Llevo soportando esto demasiado tiempo. Mirad cómo sigue, leedlo vos mismo: «¡Sé que eres un perro tacaño!». ¡Un perro tacaño! ¿Soy tacaño? ¿Es eso cierto, Mackellar? ¿Creéis que es verdad? —en aquel momento pensé que iba a golpearme —. ¡Sí, todos lo creéis! Pues bien, ya veréis, ya verá él, hasta el propio Dios lo verá. Aunque tenga que arruinar la hacienda e ir descalzo, voy a hartar a esa sanguijuela. Dejemos que nos lo pida todo, todo… ¡Lo tendrá! Todo le pertenece por derecho. ¡Ay! ¡Ya veía venir todo esto, y cosas aún peores, cuando no me dejó partir!

Se sirvió otro vaso de vino, y estaba a punto de llevárselo a los labios cuando me atreví a tocarle en el brazo con un dedo. Por un momento se detuvo.

—Tenéis razón —dijo, y arrojó el vaso junto con su contenido a la chimenea—. Vamos, contemos el dinero.

No me atreví a seguir contrariándole. Lo cierto es que me sentía muy afectado al ver tan fuera de sí a un hombre habitualmente tan comedido. Nos sentamos juntos, contamos el dinero y lo distribuimos en paquetes para facilitarle el transporte al coronel Burke, que iba a actuar de intermediario. Una vez hecho esto, el señor Henry regresó al salón, donde el anciano *lord* había permanecido todo el tiempo acompañando a su invitado.

Poco antes del amanecer me llamaron para que acompañase al coronel. No creo que se sintiera satisfecho con semejante escolta, pues era un hombre muy pagado de sí mismo. Pero nosotros no podíamos permitirnos ofrecerle otra mejor, ya que el señor Henry no debía ser visto en compañía de contrabandistas. Era una desapacible mañana de viento, y cuando llegamos al bosque de matorrales, el coronel se embozó en su capa.

—Señor —dije yo—. Es una suma muy importante la que vuestro amigo ha pedido. Supongo que sus necesidades deben ser igualmente grandes.

—Eso es lo que hemos de suponer —respondió él con bastante sequedad, según me pareció, aunque tal vez fuese a causa de la capa, que le tapaba la boca.

—Yo soy solo un sirviente de la familia —dije—. Podéis hablarme abiertamente. No debemos esperar nada bueno de él, ¿verdad?

—Querido amigo —replicó el coronel—, Ballantrae es un caballero que posee grandes talentos naturales, un hombre al que admiro, y reverencio hasta el suelo que pisa.

Pero al llegar a ese punto, se interrumpió, y parecía sentir cierto apuro.

—Pero con todo eso —dije yo—, ¿tengo razón al pensar que no podemos esperar nada bueno de él?

—Desde luego, podéis pensar que tenéis razón, mi querido amigo —repuso el coronel.

Entre tanto, habíamos llegado ya a la orilla de la ensenada donde estaba esperando el barco.

—Y bien —dijo Burke—, estoy en deuda con vos por vuestra cortesía, señor como-os-llaméis. Solo una cosa más. Ya que habéis mostrado tan despierto interés, quisiera aludir a una circunstancia que tal vez resulte útil a la familia. Creo que mi amigo omitió mencionar que el Fondo Escocés [63] le ha concedido la pensión más cuantiosa de las que disfrutan los refugiados en París. Y lo más vergonzoso, señor —terminó el coronel acaloradamente—, es que no hay ni un asqueroso penique para mí.

Se ajustó el sombrero mirándome como si yo fuese el culpable de aquella injusticia. Luego, recobrando su pomposa cortesía habitual, me estrechó la mano y embarcó con el dinero bajo el brazo, silbando la melancólica canción llamada *Shule Aroon* mientras se alejaba. Era la primera vez que oía aquella melodía. Más tarde volvería a oírla con letra y todo, como pronto tendré ocasión de relatar; pero aún recuerdo cómo aquel corto fragmento continuó sonando en mi cabeza cuando los contrabandistas le gritaron al coronel que «por todos los diablos se callara» y el ruido de los remos remplazó a la cancioncilla, mientras yo contemplaba el amanecer sobre el mar, el bote que se iba y el velero que aguardaba con las velas recogidas.

La brecha abierta en nuestro capital nos metió en grandes apuros, y una de sus muchas consecuencias fue la de obligarme a ir a Edimburgo a solicitar un nuevo préstamo, en condiciones muy desfavorables, para hacer frente al anterior. Por esa razón, estuve ausente de Durrisdeer cerca de tres semanas.

Nadie me ha contado lo que sucedió en aquel intervalo de tiempo, pero a mi regreso encontré a la señora Henry muy cambiada en su comportamiento. Sus habituales charlas con *milord* eran cada vez más infrecuentes, y parecía mostrar cierta desaprobación hacia su marido, aunque me pareció que hablaba con él más a menudo que antes; además, ahora parecía enteramente dedicada a la pequeña Katharine. Tal vez pueda parecer que esta transformación favorecía al señor Henry. ¡Nada más lejos de la realidad! Al

contrario, cada uno de aquellos cambios era como una puñalada para él, pues en cada uno de ellos veía un regreso de los antiguos anhelos de su esposa. Aquella fidelidad al señor, que había sido un orgullo para ella mientras le creyó muerto, la hacía sonrojarse ahora que sabía que estaba vivo, y aquellos sonrojos eran la odiosa fuente de su nueva conducta. Como no deseo ocultar la verdad, he de decir sin rodeos que durante ese período el señor Henry sacó a relucir lo peor de sí mismo. En público lograba contenerse, pero una profunda irritación le roía por dentro. Conmigo se reprimía menos, y en varias ocasiones me trató de forma enormemente injusta. Incluso a su mujer le daba a veces una respuesta cortante, quizás porque ella había mostrado una amabilidad inusitada hacia él, o tal vez sin ningún motivo aparente, simplemente porque su mal humor le hacía estallar. Cuando perdía así los estribos (algo que resultaba tan poco acorde con los términos generales de su relación), todos los presentes se sobresaltaban, y ellos dos se miraban uno a otro con dolorosa sorpresa.

Al mismo tiempo, mientras se perjudicaba a sí mismo con los defectos de su carácter, contribuía a debilitar su posición manteniendo un obstinado silencio que no sé si era fruto de su generosidad o de su orgullo. Los contrabandistas volvieron una y otra vez trayendo mensajes del señor, y ninguno se fue con las manos vacías. Nunca me atreví a discutir con el señor Henry; él les daba lo que le pedían con una especie de noble rabia. Quizás porque sabía que su naturaleza se inclinaba más bien hacia la austeridad, encontraba un extraño placer en la temeraria liberalidad con que atendía las exigencias de su hermano. Tal vez la difícil posición en que se encontraba habría llevado a un hombre más humilde que él a los mismos excesos. Pero la hacienda se resentía, si se me permite decirlo. Nuestros gastos diarios fueron reduciéndose más y más, las cuadras se fueron vaciando hasta que solo quedaron cuatro caballos de tiro; algunos sirvientes fueron despedidos, lo cual provocó muchas murmuraciones en la comarca, reavivando la antigua antipatía hacia el señor Henry; y por último, hubo que anular la visita anual a Edimburgo.

Corría el año 1756. Durante siete años aquella sanguijuela había estado desangrando a Durrisdeer, y durante todo aquel tiempo mi patrón guardó silencio. El señor, con su diabólica malicia, dirigía sus demandas únicamente a su hermano, sin recurrir jamás a *milord*. La familia contemplaba con asombro nuestras economías. Estoy seguro de que se lamentaban por la creciente tacañería de mi patrón, pues, aunque este defecto es siempre despreciable, en una persona joven resulta repugnante, y el señor Henry aún no había cumplido los treinta años. Aun así, había llevado la hacienda desde que era un muchacho, por lo que su padre y su esposa soportaron los cambios en un silencio tan altivo y amargo como el suyo. Pero la supresión del viaje a Edimburgo fue la gota que colmó el vaso.

Para entonces creo que mi patrón y su esposa apenas se veían fuera de las comidas. Tras las revelaciones del coronel Burke, la señora Henry había hecho ostensibles esfuerzos por acercarse a su marido; podría decirse que le hacía tímidamente la corte. Su actitud, desde luego, no tenía nada que ver con la frialdad y la indiferencia de antes. Nunca he tenido valor para culpar al señor Henry por retroceder ante aquellas insinuaciones, ni tampoco para censurar a su esposa por sentirse herida ante su rechazo. Pero el resultado de aquello fue un completo distanciamiento, hasta el punto de que rara vez se dirigían la palabra, a no ser, como he dicho, en las comidas. De hecho, incluso el asunto del viaje a Edimburgo se discutió por primera vez en la mesa, y dio la casualidad de que aquel día la señora Henry se hallaba especialmente susceptible. En cuanto comprendió las intenciones de su marido, la sangre afluyó a su rostro y no pudo contenerse.

—¡Esto ya es demasiado! —exclamó—. El cielo sabe cuántos placeres me quedan en la vida para que encima me vea privada de mi único consuelo. Hay que acabar con estas vergonzosas inclinaciones. Nos estamos convirtiendo en el hazmerreír de toda la comarca. No pienso seguir soportando estas extravagancias.

—No puedo permitírmelo —replicó el señor Henry.

—¿Que no puedes permitírtelo? —gritó ella—. ¡Qué vergüenza! De todos modos, yo tengo mi propio dinero.

—Ese dinero, señora, me pertenece por matrimonio —gruñó el señor Henry, y acto seguido abandonó la habitación.

Milord alzó los brazos al cielo, y tanto él como su hija se retiraron al rincón de la chimenea, insinuando claramente que mi presencia estaba de más. Encontré a Henry en su habitual refugio, el despacho del administrador. Estaba sentado en el borde de la mesa y clavaba en ella su cortaplumas con expresión amenazadora.

—Señor Henry —dije yo—, estáis cometiendo una gran injusticia con vos mismo, y ya va siendo hora de poner fin a todo esto.

—¡Oh! —exclamó él—. ¿A quién le importa eso? Ellos creen que todo es muy natural. Creen que tengo vergonzosas inclinaciones, que soy un perro tacaño —y al decir esto, clavó el cortaplumas hasta el mango

—. Pero yo le enseñaré a ese tipo —añadió entre juramentos—. Ya veremos quién es el más generoso de los dos.

—Eso no es generosidad, sino soberbia —dije yo.

—¿Creéis que necesito consejos morales? —preguntó.

Me dio la impresión de que deseaba que le ayudasen, y decidí hacerlo con o sin su permiso. Así que, tan pronto como la señora Henry se retiró a sus aposentos, me presenté a su puerta y le rogué que me dejase entrar. Ella se mostró muy sorprendida.

—¿Qué queréis de mí, Mackellar? —preguntó.

—Dios sabe, señora, que nunca antes me había tomado estas libertades, pero llevo un peso muy grande sobre la conciencia y es necesario que me libere de él. ¿Cómo es posible que *milord* y vos estéis tan ciegos? ¿Cómo es posible que, después de convivir tantos años con un caballero tan noble como el señor Henry, conozcáis tan poco su carácter?

—¿Qué significa esto? —exclamó ella.

—¿Acaso no sabéis adónde va a parar todo ese dinero, el vuestro y el de él? ¿No sabéis adónde va ese dinero que ahorra privándose hasta del vino en su propia mesa? ¡Pues va a París, a manos de ese hombre! En estos siete años nos ha sacado ocho mil libras, ¡y mi patrón es tan tonto que lo mantiene en secreto!

—¡Ocho mil libras! —repitió—. Es imposible; la hacienda no da para tanto.

—Dios sabe cuánto hemos tenido que sudar para reunirlas —continué—, pero ocho mil sesenta libras es la suma exacta, además de algunos peniques sueltos. Y si después de esto seguís pensando que mi patrón es un avaro, no volveré a entrometerme.

—No necesitáis añadir más, Mackellar —dijo ella—. Habéis hecho muy bien entrometiéndoos, como tan modestamente decís. Yo he tenido mucha culpa. Seguramente debéis considerarme una esposa muy poco observadora —añadió mirándome con una extraña sonrisa—. Pero en seguida pondré remedio a todo esto. El señor siempre ha sido muy irreflexivo, pero tiene un corazón excelente, y es la generosidad personificada. Yo misma le escribiré. No sabéis cuánto me han apenado vuestras revelaciones.

—La verdad, señora, es que yo pensaba que os alegrarían —repliqué yo, pues me irritaba comprobar que aún seguía pensando en el señor.

—Y también me alegran —dijo—, por supuesto que me alegran.

Aquel mismo día (y no diré sino lo que vi), tuve la satisfacción de ver salir al señor Henry de la habitación de su esposa con un semblante que no parecía el suyo. Su rostro estaba enrojecido de llorar, y sin embargo parecía caminar entre nubes. Esto me hizo pensar que su mujer y él se habían reconciliado completamente.

«¡Ah! —pensé entonces—. Hoy he realizado una gran hazaña».

A la mañana siguiente, mientras me hallaba ocupado en mis libros, el señor Henry se me acercó de puntillas por detrás y, cogiéndome por los hombros, me zarandeó con aire juguetón.

—¡Ya veo que, después de todo, sois un tipo desleal! —me dijo.

Aquella fue la única alusión que hizo a mi intervención, pero el tono que empleó fue para mí más elocuente que un discurso. Y eso no fue lo único que conseguí; pues cuando llegó el siguiente mensajero del señor, lo cual ocurrió poco tiempo después, no se llevó de Durrisdeer más que una carta. Desde hacía algún tiempo era yo personalmente el encargado de aquellos asuntos, ya que el señor Henry era reacio a escribir a su hermano, de modo que era yo quien lo hacía, siempre en los términos más secos y formales. Pero aquella carta ni siquiera llegué a verla, aunque no creo que fuese muy agradable para su destinatario, pues por una vez el señor Henry se sentía respaldado por su mujer, y el día que la envió observé que una expresión satisfecha iluminaba su rostro.

En la familia las cosas habían mejorado, aunque tampoco podía decirse que marchasen bien. Pero al menos ahora no había malentendidos; reinaba la amabilidad por todas partes. Y creo que mi patrón y su esposa se habrían reconciliado si él se hubiese mostrado capaz de tragarse su orgullo y ella de dejar de pensar en otro hombre (pues esta era la raíz de todo el daño). Es asombroso cómo hasta el pensamiento más íntimo termina revelándose. Me sorprende recordar cómo la observábamos todos, siguiendo el curso de sus sentimientos. Y aunque ella se mostraba serena y afable, siempre sabíamos cuándo su imaginación volaba sobre París. ¿No habría pensado cualquiera que mis revelaciones bastaban para derribar al ídolo de su pedestal? Pero las mujeres llevan un demonio dentro, estoy convencido: Ni todos los años transcurridos sin noticias de él, ni los escasos recuerdos agradables que, según decían todos, podía conservar del tiempo que pasó a su lado, ni la época en que le dio por muerto, ni la cruda revelación posterior de su despiadada avaricia habían hecho mella en su corazón, donde el maldito rufián seguía conservando un lugar privilegiado. ¿No es como para provocar las iras de un hombre honesto? Nunca he sentido una simpatía

instintiva por la pasión amorosa; pero la insensatez de la esposa de mi señor aún me la hizo más desagradable. Recuerdo que regañé a una sirvienta por cantar tonterías sentimentales mientras yo me hacía estas reflexiones, granjeándome con mi aspereza la enemistad de todas las enaguas de la casa. Cosa que me importó muy poco, aunque divirtió enormemente a Henry, que a menudo bromeaba sobre nuestra común impopularidad. Es curioso, porque mi madre era la sal de la tierra, y mi tía Dickson, que costeó mi estancia en la universidad, fue también una mujer notable; sin embargo nunca me he mostrado demasiado tolerante con las mujeres. Es posible que nunca las haya comprendido, y, no siendo en absoluto un hombre atrevido, he procurado siempre evitar su trato. Nunca he tenido motivos para lamentar esta desconfianza mía, pues he comprobado invariablemente que aquellos que se muestran menos prudentes que yo terminan soportando las peores desgracias. He creído oportuno consignar aquí este rasgo de mi carácter, porque no deseo mostrarme injusto con la señora Henry. Además, son reflexiones surgidas espontáneamente al releer la carta que dio un nuevo giro a los acontecimientos, y que recibí personalmente, con verdadero asombro, una semana después de la partida del último mensajero.

Carta del coronel Burke, más tarde Caballero, al señor Mackellar

Troyes[64], Champagne
12 de julio de 1756

Estimado señor:

Sin duda os sorprenderá recibir una carta de alguien a quien conocéis tan poco. Pero cuando tuve la buena fortuna de conoceros en Durrisdeer, me parecisteis un joven de carácter serio y firme, cualidades estas que admiro y reverencio casi tanto como el genio natural o la valiente caballerosidad del soldado. Estaba, además, interesado en la noble familia a quien tenéis el honor de servir, o más bien, para hablar con propiedad, de quien sois humilde y respetado amigo. Y la conversación que tuve el placer de mantener con vos aquella mañana ha quedado vivamente impresa en mi recuerdo.

Estando el otro día en París, visitando esta famosa ciudad donde mi guarnición se encuentra acuartelada, tuve la ocasión de preguntar vuestro nombre (que confieso había olvidado) a mi amigo, el señor de B.; y, aprovechando la oportunidad, os escribo para enviaros las últimas noticias.

Creo haberos informado durante nuestra última charla de que el señor de B. recibía una sustanciosa pensión del Fondo Escocés. Poco después se hizo cargo de una compañía, y en seguida fue ascendido, llegando a mandar su propio regimiento. Estimado señor, no intentaré explicar estos acontecimientos, ni tampoco el hecho de que yo mismo, que he cabalgado a la derecha de algunos príncipes, me vea despachado con un par de condecoraciones y condenado a pudrirme en el último rincón de una provincia. Aunque estoy acostumbrado al ambiente de la corte, me doy cuenta de que no es lugar para un simple soldado; y jamás podría aspirar a un ascenso semejante, ni aun suponiendo que fuese capaz de utilizar los mismos métodos que nuestro amigo. Sin embargo, a él se le da muy bien triunfar por mediación de las damas; y, si es verdad cuanto he oído, gozaba de una protección muy especial. Parece que al final esto le ha perjudicado, pues cuando tuve el honor de estrecharle la mano acababa de salir de la Bastilla, adonde había sido enviado mediante una orden sellada. Y, aunque ahora está en libertad, ha perdido tanto su regimiento como su pensión. Mi querido señor, al final la lealtad de un sencillo irlandés triunfará sobre la sutileza, y estoy seguro de que un caballero honesto como vos así lo reconocerá.

El señor de B. es un hombre cuyo genio admiro más de lo que pueda decirse, y es, además, mi amigo; por todo ello he pensado que esta breve nota acerca de su cambio de situación no estaría fuera de lugar, pues en mi opinión el hombre se encuentra desesperado. Cuando le vi me habló de una aventura en la India (adonde yo también espero poder viajar en calidad de acompañante del señor Lally[65], mi ilustre compatriota). Pero para esto necesitará, según creí entender, más dinero del que tiene a su disposición. Tal vez hayáis oído el proverbio militar que dice «a enemigo que huye, puente de plata». Espero que entendáis lo que quiero decir.

Mi querido señor, presentad mis respetos a *lord* Durrisdeer, a su hijo y a la hermosísima señora Durie.

Vuestro seguro y humilde servidor,

Francis BURKE

Inmediatamente llevé la carta a Henry, y creo que ambos tuvimos el mismo pensamiento: había llegado con una semana de retraso. Me apresuré a contestar al señor Burke, rogándole que si veía al heredero le

asegurase que su próximo mensajero sería atendido. Pero a pesar de mi premura, no llegué a tiempo para impedir lo que se avecinaba. La flecha ya había sido disparada y ahora volaba hacia su destino. Casi llegué a dudar del poder de la divina providencia para detener el curso de los acontecimientos. Resulta curioso pensar durante cuánto tiempo todos nosotros fuimos tejiendo, con ciega ignorancia, los hilos de la catástrofe, inconscientes de lo que hacíamos.

Desde que recibí el mensaje del coronel Burke tenía un catalejo en mi cuarto y comencé a hacer preguntas a los arrendatarios. Los contrabandistas no eran muy cautelosos, y empleaban más la fuerza que el disimulo para imponer sus actividades en la comarca. Pronto aprendí las señales que utilizaban, y siempre sabía aproximadamente a qué hora se esperaba un mensajero. Pregunté entre los arrendatarios, como he dicho, porque deseaba evitar a toda costa el trato directo con aquellos individuos, gentes pendencieras que siempre iban armadas. Aún así, por una desdichada coincidencia, me convertí en blanco de las burlas de algunos de aquellos bravucones, que no solo me obsequiaron con un mote, sino que una noche me sorprendieron en un atajo, y hallándose todos un poco alegres, como ellos dicen, me obligaron a bailar para divertirse. Su método consistía en pinchar cruelmente los dedos de mis pies con sus alfanjes desnudos mientras gritaban llamándome «patoso»; y aunque no me infligieron daño físico alguno, quedé tan afectado que hube de guardar cama durante varios días. Este suceso muestra el escandaloso desorden que se había adueñado de Escocia, sobre el cual no añadiré más comentarios.

En la tarde del 7 de noviembre de aquel desdichado año me hallaba dando un paseo cuando divisé el humo del faro de Muckleross. Era ya casi la hora de regresar, pero un extraño desasosiego invadía mi espíritu aquel día, así que decidí internarme entre los arbustos para llegar al borde del cabo conocido como Craig Head. El sol se había puesto, pero aún quedaba una franja de luz al Oeste, gracias a la cual pude distinguir a los contrabandistas encendiendo sobre el Ross la fogata que empleaban como señal, y abajo, en la bahía, un barco con las velas recogidas. Era evidente que acababa de anclar, pero el bote de remos ya estaba en el agua y se dirigía al embarcadero situado detrás de los arbustos. Todo esto solo podía tener un significado: la llegada de un mensajero a Durrisdeer.

Desechando mis temores, descendí a gatas por la ladera, un lugar por el que jamás me había aventurado antes, y me Oculté entre los espesos matorrales de la orilla justo a tiempo de ver arribar el bote. El capitán Crail en persona llevaba el timón, lo que era poco habitual. Junto a él iba sentado un pasajero, y los hombres apenas tenían sitio para moverse entre la media docena de maletas de todos los tamaños que parecían ser su equipaje. No obstante, el desembarco se llevó a cabo con inusitada rapidez, y en cuanto los baúles estuvieron amontonados en la playa, el bote volvió de regreso al barco dejando al pasajero solo, en pie sobre una roca. Era un caballero de esbelta figura, vestido de negro, con una espada al cinto y un bastón en la mano. Desde el lugar en que se encontraba agitó su bastón en señal de despedida hacia el capitán Crail, y este gesto, entre cortés y burlón, habría de quedar profundamente grabado en mi memoria.

Apenas hubo desaparecido el bote con mis enemigos a bordo, recuperé en parte mi valor y avancé hasta la linde de la espesura, donde volví a detenerme, debatiéndome entre mi natural timidez y una negra premonición. Podría haberme quedado allí toda la noche si el desconocido, al darse la vuelta, no me hubiese descubierto entre la niebla que estaba empezando a caer, gritándome a continuación y haciéndome señas para que me aproximara. Y así lo hice, sintiendo que el corazón me pesaba como si fuese de plomo.

—Aquí, buen hombre —exclamó con marcado acento inglés—. Aquí hay algunas cosas para Durrisdeer.

Me encontraba ya lo bastante cerca como para verle con claridad. Era un hombre de rostro atezado y porte elegante, alto, esbelto, con una oscura y vivaz mirada, una mirada de luchador y de hombre acostumbrado a mandar. Tenía en la mejilla un lunar que no resultaba desfavorecedor, y en uno de sus dedos brillaba un gran diamante. Vestía ropas francesas de tono uniforme y corte sofisticado, y los volantes de las mangas, más largos de lo habitual, eran de un encaje exquisito. Me pareció extraño verlo vestido de esta guisa, teniendo en cuenta que acababa de salir de un sucio barco de contrabandistas. Él también me observaba con detenimiento, y después de haberme examinado de pies a cabeza, sonrió.

—Apuesto, amigo mío, a que conozco tanto vuestro nombre como vuestro apodo. Por vuestra letra he adivinado vuestro modo de vestir, señor Mackellar.

Al oír estas palabras me eché a temblar.

—No me temáis, prosiguió. No siento rencor hacia vos por vuestras aburridas cartas, y hasta tengo la intención de emplearos en mi servicio. Podéis llamarme señor Bally, es el nombre que he adoptado; o mejor

dicho, ya que me dirijo a un hombre que ama la precisión, es la abreviatura de mi nombre. Vamos, coged esta y esta —ordenó señalando dos de sus maletas—. Es todo lo que sois capaz de cargar, y el resto no corre prisa. Vamos, no perdamos tiempo, os lo ruego.

Su tono era tan cortante y yo estaba tan desconcertado, que instintivamente me sentí impulsado a obedecer sus órdenes. En cuanto hube cogido las maletas me dio la espalda y se encaminó hacia la espesura, donde comenzaba ya a oscurecer, pues los arbustos que la forman son frondosos y de hoja perenne. Le seguí como pude con mi pesada carga, aunque lo cierto es que apenas me daba cuenta de su peso. Mi espíritu estaba enteramente inmerso en el horror que aquel regreso me producía, y mi mente se agitaba como la lanzadera de un tejedor.

De repente me detuve, posando las maletas en el suelo. Él se volvió para mirarme.

—¿Y bien? —inquirió.

—¿Sois el señor de Ballantrae?

—En efecto —repuso—. Nunca he pretendido engañar al astuto Mackellar.

—¡En nombre de Dios! —exclamé—. ¿Por qué habéis venido? Regresad, aún estáis a tiempo.

—No, gracias —replicó—. Ha sido vuestro señor, y no yo, quien ha elegido esta vía. Pero una vez que ha hecho su elección, tanto él como vos tendréis que hacer frente a las consecuencias. Y ahora, recoged mis cosas del barro donde las habéis dejado y ocupaos de la tarea que os he encomendado.

Esta vez yo ya no estaba dispuesto a obedecerle. Me dirigí directamente hacia él.

—Si nada puede haceros regresar en unas circunstancias en que cualquier cristiano, cualquier caballero sentiría escrúpulos de seguir adelante…

—Me halagáis —terció él.

—Si nada puede deteneros —proseguí—, deberéis al menos observar ciertas conveniencias. Esperad aquí con vuestro equipaje, mientras yo me adelanto y preparo a vuestra familia. Vuestro padre es un anciano; y… —balbuceé— hay que observar ciertas normas de decencia…

—En verdad este Mackellar es aún mejor en persona que por carta. Pero fijaos bien, amigo, y tratad de entender de una vez por todas que desperdiciáis vuestra elocuencia conmigo, y que nada me apartará del camino que me he trazado.

—Ah, ¿sí? —contesté—. Ahora veremos.

Y dando media vuelta emprendí la carrera hacia Durrisdeer. Él trató de sujetarme mientras lanzaba un juramento, y luego creo haberle oído reír. Tengo la certeza de que avanzó unos pasos en persecución mía, aunque luego debió de renunciar a darme alcance. Lo cierto es que pocos minutos después me hallaba a la puerta de la mansión, casi ahogado por la falta de aliento, pero solo. Subí corriendo las escaleras e irrumpí en el salón, donde me detuve ante la familia, incapaz de pronunciar palabra. Pero debía llevar escrito en los ojos lo ocurrido, porque todos se alzaron de sus asientos y me miraron con rostros demudados.

—Ha venido —articulé por fin.

—¿Él mismo? —preguntó Henry.

—En persona.

—¿Mi hijo? —gritó el anciano—. ¡Qué imprudente! ¡Qué imprudente! ¿Por qué no se ha quedado donde estaba a salvo?

La señora Henry no despegó los labios y yo, no sé por qué, no me atreví a mirarla.

—Bien —dijo Henry con un profundo suspiro—, ¿y dónde está?

—Le he dejado en el bosque de matorrales.

—Llevadme hasta él —ordenó.

Partimos los dos juntos mientras los demás permanecían mudos. Encontramos al señor en el sendero de grava. Venía silbando y blandiendo en el aire su bastón. Aún quedaba luz suficiente para percibir su rostro, aunque no su expresión.

—Ah, Jacob —exclamó—. Aquí tenéis de regreso a Esaú.

—James —dijo el señor Henry—, por el amor de Dios, llámame por mi nombre. No fingiré que me alegro de verte, pero sé bienvenido a la casa de nuestros padres.

—¿Qué has estado a punto de decir, a *mi* casa? ¿O quizás a *tu* casa? Pero mejor será no seguir hurgando en las viejas heridas. Ya que no has querido ayudarme durante mi estancia en París, espero que al menos no le niegues a tu hermano mayor un *rincón* junto al fuego en Durrisdeer.

—Esas no son sino palabras vanas —replicó el señor Henry—. Sabes muy bien cuál es el poder de tu posición.

—Sí, eso creo —dijo el otro riendo. Y sin que los dos hermanos llegasen a estrecharse las manos parecieron dar por terminado el reencuentro, pues a continuación el señor se volvió hacia mí y me ordenó que fuese a buscar su equipaje.

Yo a mi vez miré a Henry para que me confirmara la orden; y en mi gesto había, creo, un leve matiz de desafío.

—Mientras el señor esté aquí, señor Mackellar, os quedaría sumamente agradecido si atendéis sus deseos como si fueran los míos —dijo el señor Henry—. Siempre os estamos causando molestias. ¿Tendríais la bondad de enviar a alguno de los criados? —añadió subrayando la última palabra.

Este ruego no tenía otra intención que la de reprochar al recién llegado su actitud para conmigo, pero su desvergüenza era tan diabólica que supo volverlo en contra mía.

—¿Hemos de ser vulgares y añadir que os larguéis? —preguntó suavemente y mirándome de reojo.

Me quedé sin habla. Ni siquiera fui capaz de encontrar las palabras para llamar a un criado. Prefería cumplir yo mismo el encargo a tener que hablar, así que di media vuelta en silencio y me adentré en la espesura ciego de rabia y desesperación. Bajo los árboles reinaba la oscuridad y yo caminaba como un autómata, sin recordar dónde me dirigía, hasta que finalmente tropecé con el equipaje. Entonces me di cuenta de algo extraño: porque las dos maletas que antes había llevado sin dificultad ahora pesaban tanto que apenas podía moverlas por separado. Esto me obligó a hacer dos viajes, manteniéndome así más tiempo alejado del castillo.

Cuando llegué, los trámites de la bienvenida ya habían concluido hacía rato, y la familia estaba comenzando a cenar. En seguida advertí que habían olvidado reservarme un sitio en la mesa, descuido que me hirió profundamente. Hasta entonces había conocido una de las caras del heredero, pero en seguida habría de conocer la otra. Él fue el primero en percatarse de mi entrada y de mi turbación. Inmediatamente saltó de su asiento.

—¡Vaya, creo que estoy ocupando el sitio de Mackellar! —exclamó—. John, pon otro cubierto para el señor Bally. Estoy seguro de que no molestará a nadie, y vuestra mesa es lo bastante grande para todos.

Apenas podía dar crédito a mis oídos ni a mis otras facultades cuando, asiéndome por los hombros, me arrojó, riendo, a mi asiento de costumbre. Su tono afectuoso y juguetón me desconcertaba. Y mientras John disponía un nuevo cubierto para él, fue a apoyarse en la silla de su padre y se inclinó para mirarle. El anciano giró la cabeza y devolvió la mirada a su hijo. Había entre ellos tanta ternura que a punto estuve, en mi perplejidad, de llevarme las manos a la cabeza.

Sin embargo todo habría de continuar en el mismo tono. En ningún momento se le escapó una palabra áspera ni esbozaron sus labios la más leve sonrisa burlona. Incluso había abandonado su brusca entonación inglesa, y hablaba el cálido dialecto escocés, que tanto realza las expresiones afectuosas. Aunque la desenvuelta elegancia de sus modales era del todo ajena a las costumbres de Durrisdeer, había en su cortesía un aire de familiaridad que, más que avergonzarnos, nos halagaba. Durante toda la cena se ocupó de que mi copa nunca estuviese vacía y me trató con gran respeto. De vez en cuando se volvía hacia John para dirigirle un comentario amable, o acariciaba la mano de su padre mientras relataba alguna breve y divertida anécdota de sus aventuras o recordaba los momentos felices del pasado. Todo lo que hacía resultaba encantador, y él mismo era tan apuesto que no me sorprendieron las expresiones radiantes de *milord* y la señora Henry, ni las lágrimas de John mientras nos servía.

En cuanto hubo concluido la cena, la señora Henry se levantó para retirarse.

—Antes no era esta vuestra costumbre, Alison —dijo el recién llegado.

—Ahora en cambio sí —replicó ella, aunque no era cierto—. Os deseo buenas noches, James, y sed bienvenido en vuestro regreso… de entre los muertos —y al decir esto su voz tembló levemente.

El pobre señor Henry, que había hecho un triste papel durante la cena, parecía más preocupado que nunca. Se alegraba de que su mujer hubiese decidido retirarse temprano, pero al pensar en la causa no podía evitar sentirse disgustado. Y cuando ella pronunció su fervorosa despedida se quedó completamente hundido.

Por mi parte pensé que empezaba a estar de más, y me disponía a seguir a la señora Henry cuando el heredero se percató de ello.

—Vamos, señor Mackellar —dijo—, si os vais ahora, lo tomaré como una ofensa. No puedo dejaros marchar: no podéis tratar al hijo pródigo como si fuera un extraño; y en la misma casa de su padre, no lo olvidéis. Vamos, volved a sentaros y tomad otro vaso de vino a la salud del señor Bally.

—Sí, sí, Mackellar —terció *milord*—, ni vos ni él debéis sentiros extraños aquí. He estado contándole a mi hijo lo mucho que estimamos vuestros amables servicios.

Al pronunciar la palabra «hijo» su voz había vibrado de emoción. Así pues, me senté y permanecí silencioso hasta la hora habitual de mi retirada. Casi había logrado engañarme a mí también acerca de su verdadero carácter, pero hubo un detalle en que su maldad volvió a ponerse de manifiesto. Esto fue lo ocurrido; el lector, que ya conoce las circunstancias del reencuentro entre los dos hermanos, podrá juzgar por sí mismo.

Henry, a pesar de todos sus esfuerzos por guardar las apariencias en presencia de su padre, tenía en

aquel momento una expresión un tanto sombría. Entonces el señor se puso en pie de un brinco y, acercándose a su hermano, le dio unos golpecitos en el hombro.

—Venga, venga, *Hairry* muchacho, —dijo exagerando su acento escocés y llamándole como solía hacerlo cuando eran niños—. No debes sentirte abatido porque tu hermano haya vuelto a casa. Todo es tuyo, nadie lo pone en duda, y no te guardo rencor. Pero tú tampoco debes mirarme con malos ojos porque ocupe mi lugar junto al fuego en casa de mi padre.

—Eso es muy cierto, Henry —dijo el anciano frunciendo el ceño, un gesto raro en él—. Has sido el hermano mayor de la parábola en el buen sentido. Cuida de no serlo también en el otro.

—Es fácil dejarme en mal lugar —repuso Henry.

—¿Quién te deja en mal lugar? —exclamó *milord* con una aspereza insólita en un hombre tan apacible —. Has conquistado mi gratitud y la de tu hermano una y mil veces. Puedes contar con ella, y eso debería bastarte.

—Así es, Harry, puedes estar seguro —añadió el señor, y me pareció que los ojos de Henry brillaban con una extraña fiereza.

Meditando sobre los desagradables acontecimientos que habrían de seguir, hubo cuatro preguntas que me repetí a mí mismo con frecuencia, y para las cuales aún no tengo repuesta: ¿Actuaba aquel hombre movido por el resentimiento que albergaba contra Henry? ¿O en lo que él creía que era la defensa de sus intereses? ¿Gozaba simplemente con su crueldad, como los gatos o el diablo, según las descripciones de los teólogos? ¿O quizá le impulsaba lo que él consideraba un sentimiento de amor? Mi opinión se decanta por una de las tres primeras opciones, pero quizás en el origen de su comportamiento hubiese un poco de las cuatro: si así fuera, el odio que sentía hacia Henry explicaría su detestable comportamiento con él cuando estaban a solas; los intereses que había venido a defender justificarían su encantadora actitud hacia *milord*; y sus posibles intenciones galantes estarían detrás de su empeño en quedar bien ante la señora Henry. En cuanto al placer del mal por el mal mismo, quizá sirva para explicar los trabajos que se tomaba mezclando y oponiendo continuamente todas estas líneas de conducta.

En parte por mi amistad con Henry, y en parte por la libertad con que le había expresado mi desaprobación en las cartas que le escribí a París, yo también me vi incluido en sus diabólicas diversiones. Cuando estaba a solas con él me hacía blanco constante de sus burlas; ante la familia, en cambio, me trataba con la mayor cordialidad. Esto no solo resultaba penoso en sí mismo, no solo me hacía quedar mal constantemente, sino que había en todo ello un elemento de insulto inexpresable. El hecho de que conmigo no se tomase siquiera la molestia de disimular, como si mi testimonio fuese demasiado despreciable como para ser tenido en cuenta, era algo que me revolvía las entrañas. Pero lo que a mí me hacía no es digno de mención. Me limito a consignarlo aquí porque tuvo una consecuencia positiva, y es que me hizo comprender aún mejor el martirio que sufría Henry.

Todo el peso de la situación cayó sobre él. ¿Cómo podía responder a las atenciones que recibía en público del mismo hombre que, en privado, le hacía objeto de continuas ofensas? ¿Cómo iba a devolver la sonrisa al farsante que acababa de insultarle? Estaba condenado a parecer grosero. No podía sino guardar silencio. Si hubiese sido menos orgulloso, si hubiese hablado, ¿quién le habría creído? La simulación y la calumnia ya habían surtido efecto. Milord y la señora Henry eran testigos diariamente de lo que ocurría. Ambos habrían jurado ante un tribunal que el señor era un modelo de buen carácter, y Henry, el vivo retrato de la ingratitud y los celos. Y aunque esto habría sido deshonroso para cualquiera, lo era diez veces más en el caso de Henry; porque ¿quién podía olvidar que la vida del señor estaba en peligro y que lo había perdido todo, su prometida, su título y su fortuna?

—Henry, ¿vienes a cabalgar conmigo? —preguntó un día el heredero.

Y el señor Henry, que durante toda la mañana había sido blanco de sus insultos y provocaciones, respondió con brusquedad:

—No, no quiero.

—A veces desearía que fueses más amable, Henry —repuso el otro consternado.

Esto no es sino una muestra de las escenas que continuamente se sucedían. No me sorprende que la gente censurase la conducta de Henry, y tampoco es extraño que estos episodios me hiciesen rozar con frecuencia el ataque de bilis; aún hoy el simple recuerdo de aquellos día me avinagra la sangre.

No creo que el mundo haya conocido jamás una estrategia tan simple y a la vez tan malvada, tan difícil de combatir. Era algo diabólico. Sin embargo, pienso ahora, como he pensado siempre, que la señora Henry podría haber leído entre líneas. Debería haber tenido un mayor conocimiento del carácter de su marido. Después de tantos años de matrimonio tendría que haber sido capaz de ganarse, o al menos de exigir, su confianza. Y lo mismo digo del viejo *lord* . ¿Qué había sido de sus dotes de observación, tan notables en

otras ocasiones? Pero, por un lado, el engaño en esta ocasión provenía de un maestro que habría podido confundir a los mismísimos ángeles, y por otro, en lo que atañe a la señora Henry, he observado que dos personas nunca se encuentran tan lejos una de otra como cuando forman un matrimonio desgraciado; es como si no pudieran oírse, como si no hablasen la misma lengua. Además, ambos espectadores estaban cegados por una predilección profundamente arraigada. Y por último, el riesgo en que supuestamente se hallaba el heredero (pronto sabrá el lector por qué recalco lo de supuestamente) hacía que cualquier crítica pareciese mezquina. Al mantener a todos perpetuamente preocupados por su vida, el señor se aseguraba de que no prestasen atención a sus faltas.

Fue en aquella época cuando percibí por vez primera la eficacia de los buenos modales y empecé a lamentar profundamente la sencillez de los míos. Henry era la esencia de un caballero; cuando las circunstancias lo exigían podía desempeñar su papel con gracia y dignidad, pero en el trato diario no se puede negar que le faltaba encanto. El heredero, por su parte, no hacía un movimiento que no le permitiese aparecer bajo una luz ventajosa. De tal forma que cada gesto parecía confirmar la elegancia del uno y la torpeza del otro. Y no era solo eso: cuanto más se enredaba Henry en las redes de su hermano, más ridículo parecía. Y cuanto más disfrutaba el señor con su malévolo pasatiempo, más seductor y alegre se mostraba. De manera que su plan, por su propia dinámica, avanzaba y se afianzaba cada vez más.

Una de las habilidades de aquel hombre consistía, como he dicho, en utilizar en provecho propio el peligro en que supuestamente se encontraba. Ante los que le amaban hablaba de ello con jovial ligereza, lo que resultaba aún más conmovedor. Con Henry lo empleaba cruelmente, como arma ofensiva. Recuerdo un día en que estábamos los tres solos en la sala. El heredero recorría distraídamente con el dedo el marco de una vidriera.

—Por aquí pasó tu guinea de la suerte, Jacob —dijo. Y cuando Henry le miró sombríamente añadió—: Vamos, mosquita muerta, no me mires con ese aire de impotente maldad. Puedes librarte de tu araña cuando gustes. ¿Hasta cuándo, Dios mío? ¿Cuánto tiempo más aguantará mi escrupuloso hermano sin denunciarme? Encontrar la respuesta es una de mis distracciones en este aburrido agujero. Siempre me han gustado los experimentos.

Pálido y con el ceño fruncido, Henry continuaba mirándolo. Finalmente el heredero estalló en carcajadas y lo asió de un hombro llamándolo «perrillo malhumorado». Al oír esto mi patrón retrocedió con una violencia que me pareció peligrosa, y creo que al señor también, pues no recuerdo que volviese a ponerle las manos encima.

Sin embargo, aunque de un modo u otro siempre se las arreglaba para hablar del peligro que corría, su conducta me parecía extrañamente despreocupada, y empecé a pensar que el Gobierno, que había puesto precio a su cabeza, se había dormido. No negaré que más de una vez sentí la tentación de denunciarle, pero me contuvieron dos consideraciones: una, que si el hombre moría honorablemente en el patíbulo, quedaría canonizado para siempre en las mentes de su padre y de la esposa de mi patrón; la otra, que si yo me mezclaba en el asunto, Henry difícilmente podría dejar de verse involucrado. Y mientras tanto, nuestro enemigo iba y venía con absoluta impunidad, y aunque el rumor de que se hallaba de nuevo en la mansión se había extendido por toda la comarca, no parecía inquieto en modo alguno. De las muchas personas de toda condición que sabían de su llegada, ninguna parecía sentir la menor codicia o el más mínimo atisbo de lealtad al Gobierno. Y el hombre cabalgaba de acá para allá siendo mejor recibido, a pesar de su antigua impopularidad, que el propio Henry, y se movía entre los contrabandistas con mucha mayor seguridad que yo.

Sin embargo se había metido en un problema que iba a tener las más graves consecuencias, y que a continuación relataré. El lector no se habrá olvidado aún de Jessie Broun. Su forma de vida estaba estrechamente ligada a los contrabandistas, y el mismo capitán Crail era uno de sus íntimos. No tardó en enterarse de la llegada del señor Bally a la mansión. En mi opinión, hacía mucho que la persona del heredero le importaba un comino, pero se había habituado a hablar continuamente de su relación con el señor, en la cual fundaba toda su comedia. Así pues, ahora que él había regresado, decidió que debía estar a la altura de su fama, y se dedicó a merodear por los alrededores de Durrisdeer. Cada vez que el señor salía, la hallaba esperándole; su aspecto era escandaloso, y no siempre estaba sobria. Lanzaba ardorosos gritos llamándole «su guapo mozo», le recitaba coplillas callejeras y, según me contaron, llegaba a colgarse de su cuello llorando. Confieso que me froté las manos ante esta persecución. Pero el señor, que tan a menudo ponía a prueba la paciencia de los demás, era sin embargo el menos paciente de los hombres. En el parque de la casa tuvieron lugar extrañas escenas. Según algunos la golpeó con el bastón, y Jessie se defendió con sus antiguas armas, las piedras. Una cosa al menos es segura: parece que el señor solicitó al capitán Crail que lo librase de aquella mujer, a lo que el capitán se negó con insólita vehemencia. Finalmente Jessie

resultó vencedora. Se reunió cierta cantidad de dinero; se concertó una cita, durante la cual el orgulloso caballero hubo de soportar llantos y besuqueos; y la mujer quedó bien establecida en una taberna de su propiedad situada en alguna parte de Solway [66] (no recuerdo el lugar exacto) que, según oí decir, frecuentaban rufianes de la peor calaña.

Pero esto es adelantarse a los acontecimientos. Poco después de que Jessie comenzase a acosarlo, el heredero vino un día a verme al despacho del administrador y, con mayor cortesía que de costumbre, me habló así:

—Mackellar, hay una maldita chiflada rondando por los alrededores. Yo no puedo encargarme del asunto personalmente, y por eso recurro a vos. Tened la bondad de ocuparos de ello. Hay que dar a los hombres orden estricta de echar de aquí a esa mujer.

—Señor —repuse yo con voz temblorosa—, encargaos vos mismo de vuestros trapos sucios.

No contestó ni palabra y abandonó el despacho.

Al momento entró Henry.

—¡Esto sí que es nuevo! —gritó—. ¡Como si no tuviera ya bastantes problemas, vos parecéis decidido a aumentarlos! Tengo entendido que habéis insultado al señor Bally.

—Con vuestro permiso, señor Henry —repliqué—, ha sido él quien me ha insultado, y, a mi parecer, con extrema grosería. Pero quizá no he tenido en cuenta vuestra posición al contestarle. Y si así lo creéis una vez que sepáis lo ocurrido, no tenéis más que decírmelo. A vos os obedecería en todo, aunque fuera pecado, y que Dios me perdone —y a continuación le relaté cuanto había sucedido.

Henry sonrió para sí; nunca he visto una sonrisa tan sombría.

—Habéis hecho lo que debíais, —dijo—. Va a tener Jessie Broun hasta que se harte —y, abriendo la ventana, llamó a su hermano por el nombre de señor Bally y le rogó que entrara.

—James —dijo cuando nuestro enemigo entró mirándome sonriente, seguro de que iba a asistir a mi humillación—. Has venido antes a quejarte del señor Mackellar. He estado preguntándole, y no necesito decirte que siempre daré más crédito a su palabra que a la tuya. Como estamos solos, voy a expresarme con la misma libertad con que tú sueles hacerlo. El señor Mackellar es un caballero al que aprecio mucho, y mientras te encuentres bajo mi techo no te conviene entrar en conflicto con alguien a quien estoy dispuesto a defender a cualquier precio. En cuanto al encargo que le has propuesto, tendrás que buscar por tu cuenta el modo de librarte de un embrollo al que te ha conducido tu propia crueldad, porque ninguno de mis sirvientes va a sacarte las castañas del fuego.

—Son los sirvientes de mi padre, según creo —contestó el señor.

—Vete entonces a contárselo a él —le espetó Henry.

El señor se puso muy pálido.

—Quiero que este hombre sea despedido —dijo señalándome con el dedo.

—De ningún modo —replicó Henry.

—Esto te costará muy caro.

—Me ha costado tan cara la maldad de mi hermano —dijo el señor Henry— que ya no me queda nada, ni siquiera miedo. No tienes por dónde atacarme.

—Ya veremos —contestó, y salió de la habitación.

—¿Qué creéis que hará ahora, Mackellar? —exclamó Henry.

—Dejad que me vaya —le rogué—. Querido patrón, dejad que me vaya. Quedándome, solo os causaré problemas.

—¿Seríais capaz de dejarme solo? —dijo, y su tono me conmovió.

No tuvimos que esperar mucho para saber por dónde vendría el ataque. Hasta entonces el señor se había mostrado muy cauto con la señora Henry. Evitaba ostensiblemente quedarse a solas con ella, lo que al principio me pareció un signo de decencia, aunque ahora creo que todo formaba parte de un insidioso plan. Solo coincidían en las comidas, durante las cuales se comportaba con ella como un hermano afectuoso. Hasta entonces puede decirse que apenas había interferido directamente en la relación entre el señor Henry y su esposa, aunque con sus artimañas había logrado que Henry apareciese ante su mujer bajo una luz más desfavorable que nunca. Pero a partir de entonces todo cambió. ¿Fue por sus deseos de venganza, o porque había decidido procurarse cierta diversión para matar el aburrimiento que le producía Durrisdeer? Solo el diablo puede saberlo.

Lo cierto es que a partir de aquel momento emprendió el asedio a la señora Henry. Y lo emprendió con tal habilidad, que dudo de que ella misma se diese cuenta; incluso su marido se vio obligado a observar en

silencio. El primer bastión fue derribado, según nos hizo ver, por accidente. La conversación recayó, como ocurría a menudo, sobre los exiliados en Francia, y alguien habló de sus canciones.

—Si os interesan estas coplillas, hay una que siempre me ha parecido muy conmovedora —intervino el heredero—. Los versos son algo toscos, pero, quizás por la situación en que me encuentro, siempre me han llegado al corazón. Se supone que ha de cantarla la prometida de un exiliado, y puede que no sea tan fiel a sus pensamientos como a las esperanzas que él ha puesto en ella, pobrecillo, en aquellas lejanas tierras —al llegar a este punto lanzó un suspiro—. Os aseguro que es tristísimo escuchar esta canción en boca de un montón de rudos irlandeses, simples soldados todos ellos; y, viendo sus lágrimas, uno comprende hasta qué punto añoran su patria. Es así, padre —y al decir esto simuló dirigirse únicamente a *milord*—. Si no consigo llegar al final, pensad tan solo que esto sucede a menudo entre los exiliados.

Y acto seguido entonó la misma melodía que había oído yo silbar al coronel, aunque en esta ocasión iba acompañada de una letra bastante rústica que, no obstante, expresaba con viva emoción la pena de una pobre muchacha que recuerda a su amante exiliado. Todavía guardo en la memoria una de las estrofas:

> *Voy a teñir de rojo mis enaguas,*
> *junto a mi amor me iré a mendigar el pan,*
> *aunque todos los míos quisieran verme muerta,*
> *por Willie entre los juncos, ¡ay de mí!* [67]

La cantó muy bien, pero su interpretación fue aún mejor. He asistido a grandes actuaciones en el teatro de Edimburgo, cuando ni un solo espectador podía contener las lágrimas; un espectáculo digno de verse, pero apenas comparable a la interpretación que el heredero realizó de aquella sencilla balada. Hizo vibrar las fibras más sensibles de su auditorio. A veces parecía a punto de desfallecer, pero luego fingía sobreponerse. Era como si la música brotase directamente de su propia alma y de su pasado, dirigiéndose sin ambages a la señora Henry. Pero su arte aún llegaba más lejos, pues supo desplegar tanta sutileza que nadie habría sospechado sus torvas intenciones. No hizo ningún alarde de emoción, y cualquiera habría jurado que luchaba por mantener la calma. Cuando terminó, todos permanecimos en silencio durante un buen rato; había elegido el momento de la puesta de sol, de modo que ninguno de nosotros podía ver el rostro de su vecino, pero todos parecíamos contener el aliento. Solo *milord* se atrevió a carraspear para aclararse la garganta. El primero en moverse fue el intérprete; se puso en pie de repente y comenzó a pasear silenciosamente por el extremo opuesto del salón, donde de ordinario se sentaba Henry. Quería hacernos ver que se esforzaba por recuperar el control de sus emociones. Al poco se acercó de nuevo y comenzó una larga disertación sobre el carácter irlandés (siempre tan incomprendido, según él), cuya defensa emprendió con su tono de voz habitual, de modo que cuando trajeron las lámparas la conversación había recuperado la fluidez de siempre. Pero aún entonces creo haber percibido una palidez inusitada en el semblante de la señora Henry, quien además no tardó en retirarse.

El siguiente paso fue la amistad que aquel diabólico intrigante trabó con la inocente señorita Katharine. Siempre estaban juntos, cogidos de la mano o sentada ella en sus rodillas, como un par de chiquillos. Al igual que todas sus maquinaciones, esta debía servirle a varios propósitos diferentes. Fue el golpe de gracia para Henry, que hubo de contemplar cómo el señor lograba volver en su contra a su propia hija, mientras él mismo, sin poder evitarlo, trataba a la pobre inocente cada vez con mayor aspereza, rebajándose con ello aún más, si cabe, ante los ojos de su esposa. Y además la niña se convirtió en un vínculo suplementario entre la dama y su cuñado. Bajo su influencia, la reserva con que ambos solían tratarse fue desapareciendo día a día. Luego vinieron los largos paseos por el bosque, las charlas en el mirador y una especie de tierna familiaridad entre ellos. Estoy convencido de que la señora Henry era como otras muchas mujeres honradas: tenía la conciencia tranquila; pero para ello debía cultivar una cierta miopía. Hasta para un mal observador como yo se hizo evidente que su inclinación excedía los límites del afecto entre hermanos. Su voz adquiría nuevos matices, sus ojos resplandecían con una nueva dulzura; se volvió más amable con todos, incluso con Henry y conmigo, y parecía inmersa en una melancólica felicidad.

¡Qué tormento para Henry el tener que presenciar todo esto! Y sin embargo, como en seguida se verá, fue aquí donde comenzó a fraguarse nuestra liberación.

El propósito último del señor, por mucho que intentase enmascararlo, no era otro que el de obtener dinero. Tenía el proyecto de hacer fortuna en las Indias Francesas, como ya Burke nos había contado, y había venido para conseguir la suma que necesitaba. Para el resto de la familia esto significaba la ruina; pero *milord*, en su increíble parcialidad, insistía en que se la entregasen. La familia era ya tan reducida (de hecho solo quedaban el padre y los dos hijos) que existía la posibilidad de romper los vínculos y vender algunas tierras. Al principio solo fueron insinuaciones, luego el anciano comenzó a presionar abiertamente;

al final Henry se vio obligado a ceder. Nunca lo habría hecho, estoy seguro, si no hubiese actuado bajo el peso de su angustia. De no ser por el ardiente deseo de ver partir a su hermano, jamás habría traicionado sus propios sentimientos y las tradiciones de su familia. Y aun así vendió caro su consentimiento, expresándose por una vez con franqueza y describiendo crudamente el verdadero cariz de aquel vergonzoso asunto.

—Os daréis cuenta de que cometéis una injusticia con el hijo que algún día pueda tener.

—No me parece probable que lo tengas —repuso *milord*.

—¡Solo Dios lo sabe! —dijo el señor Henry—. Debido a la falsa posición en que me ha colocado la crueldad de mi hermano y a los derechos que como padre tenéis sobre mí, no me queda alternativa: firmaré ese papel. Pero antes he de deciros algo. He sido presionado de forma poco generosa; y la próxima vez que caigáis en la tentación de hacer comparaciones entre vuestros dos hijos, *milord*, espero que recordéis lo que he hecho yo y lo que ha hecho él. Los actos hablan por sí mismos.

Nunca he visto a un hombre tan incómodo como en aquel momento parecía sentirse *milord*. A pesar de su edad, su rostro se tiñó de rubor.

—Has elegido un mal momento para quejarte, Henry —dijo—. Esto resta mérito a tu generosidad.

—No os engañéis, *milord* —contestó Henry—. No acepto esta injusticia por generosidad, sino por la obediencia que os debo.

—Pero en presencia de extraños… —comenzó a decir el anciano, cada vez más nervioso.

—Aquí no hay nadie sino Mackellar, que es mi amigo. Y ya que no le consideráis un extraño a la hora de acusarme, *milord*, no me parece justo que le tratéis como tal para una vez que se trata de mi defensa.

Creo que *milord* habría dado marcha atrás en su decisión de no ser por la presencia del primogénito.

—Ay, Henry, Henry —exclamó este—. Sigues siendo el mejor de todos nosotros. Rudo, pero franco. Me gustaría ser tan bueno como tú.

La generosidad de estas palabras disipó las dudas de *milord*, y finalmente se firmó la transacción.

Tan pronto como se presentó la ocasión, las tierras de Ochterhall fueron vendidas muy por debajo de su precio, y el dinero entregado a nuestra sanguijuela particular, que lo envió a Francia mediante un carruaje privado. El asunto podía darse ya por terminado, y los bolsillos del heredero estaban de nuevo repletos de oro. Sin embargo, este no parecía tener ninguna prisa por abandonar Durrisdeer, que era todo cuanto esperábamos obtener a cambio de nuestro sacrificio. No sé si lo hacía por malicia, o porque aún no había llegado el momento propicio para su aventura en las Indias, o por sus esperanzas en relación con la señora Henry, o quizá por orden del Gobierno. El caso es que pasaban las semanas y James no se marchaba.

Habréis observado que he mencionado una posible orden del Gobierno, pues para entonces el vergonzoso secreto del señor ya había sido descubierto.

La primera pista me la dio un colono que me habló sobre la estancia del heredero en Durrisdeer, y sobre todo de su impunidad. Este colono era simpatizante de los jacobitas y, habiendo perdido a su hijo en Culloden, tenía una visión muy crítica de los acontecimientos políticos.

—Hay una cosa —dijo— que no deja de parecerme extraña: ¿cómo se las arregló para llegar a Cockermouth?

—¿A Cockermouth? —pregunté, recordando de repente mi asombro al verle desembarcar hecho un pincel después de un viaje tan largo.

—Pues sí —dijo el colono—. Allí es donde el capitán Crail le recogió. ¿Pensasteis que había llegado de Francia por mar? Eso mismo nos hizo creer a todos.

Estuve dándole vueltas a esta extraña información, y al final decidí contárselo a Henry.

—¿Qué importa cómo haya llegado, Mackellar? Lo que importa es que sigue aquí —gruñó como respuesta.

—No, no, pensad en ello más despacio. ¿No veis la mano del Gobierno en todo esto? Recordad cuánto nos ha sorprendido siempre la impunidad de que parece gozar este hombre.

—Un momento —dijo Henry—, dejadme pensar.

Y mientras lo hacía, en su rostro fue dibujándose una feroz sonrisa que tenía un cierto parecido con la de su hermano.

—Traedme papel —dijo al cabo.

Y sin pronunciar ni una palabra más, se sentó y se puso a escribir a un caballero conocido suyo, cuyo nombre no viene ahora al caso; baste decir que ocupaba un puesto de gran importancia. Dadas las circunstancias, envié la carta por medio de la única persona en quien podía confiar: Macconochie. El viejo debió galopar sin descanso, porque estuvo de vuelta con la respuesta antes incluso de lo que yo, en mi impaciencia, había calculado. Al leer el mensaje, el rostro de Henry volvió a exhibir una terrible sonrisa.

—Esto es lo mejor que habéis hecho por mí hasta ahora, Mackellar —dijo—. Lo que tengo en mis manos puede significar una gran amenaza para mi hermano. ¡Estad atento durante la comida!

Y en efecto, durante el almuerzo el señor Henry propuso cierta aparición en público del primogénito. Tal y como él esperaba, *milord* se opuso al proyecto por considerarlo demasiado peligroso.

—Vamos —dijo Henry con desenvoltura—, no tenéis necesidad de seguir fingiendo ante mí. Conozco el secreto tan bien como vos mismo.

—¿Qué secreto? —preguntó *milord*—. ¿Qué quieres decir, Henry? Te doy mi palabra de que yo no te he ocultado ningún secreto.

El primogénito había cambiado de color; parecía haber recibido un golpe en su punto más vulnerable.

—¿Cómo? —exclamó Henry volviéndose hacia él con fingida sorpresa—. Veo que sirves fielmente a tus amos; pero pensé que al menos habrías tenido la humanidad de tranquilizar a tu padre.

—¿De qué estás hablando? Me niego a que mis asuntos se discutan públicamente. Te ordeno que te calles —gritó el señor, desencajado, y su reacción me pareció más la de un niño que la de un hombre.

—No hace falta tanta discreción, te lo aseguro —continuó Henry—. Mira lo que me han escrito —y desplegando la carta, leyó—; «Por supuesto, en interés tanto del Gobierno como del caballero al que quizá sea conveniente seguir llamando señor Bally, conviene conservar este acuerdo en secreto. Pero nunca tuvimos intención de mantener a su familia sumida en la angustia que tan sentidamente me pintáis, y me complace que sea mi mano el instrumento que ha de poner fin a vuestros temores. El señor Bally está tan a salvo en Gran Bretaña como vos mismo».

—¿Es posible? —exclamó *milord* mirando a su hijo con asombro y desconfianza.

—Querido padre —dijo el heredero, recobrando su sangre fría—. Me alivia profundamente que todo esto salga por fin a la luz. Las instrucciones que yo recibí por vía directa de Londres me exigían, al contrario de lo que se dice en esta carta, que mantuviese mi indulto en secreto, incluso para vos. La orden lo indicaba expresamente; os la mostraré…, aunque es posible que la haya destruido. Se ve que han cambiado de opinión hace poco, porque el asunto es todavía recentísimo. O quizás el amigo de Henry ha comprendido mal esa parte, al igual que todo el resto. La verdad, *milord* —continuó cada vez con mayor desenvoltura—, es que pensé que esta inexplicable indulgencia del Gobierno hacia un rebelde como yo se debía a vuestra mediación; y que las instrucciones de ocultarlo a la familia obedecían a vuestro deseo de no hacer pública vuestra bondad. Por eso fui tan cuidadoso a la hora de acatar las órdenes. Ahora solo queda averiguar quién, si no habéis sido vos, ha podido influir para que se perdone a alguien tan notoriamente culpable. Porque supongo que vuestro hijo no necesita defenderse de las insinuaciones que se hacen en la carta de Henry. Jamás he oído decir que un Durrisdeer fuera espía ni traidor —sentenció con orgullo.

Parecía que iba a salir airoso de aquel trance, y así habría sido de no ser por un error que cometió y que Henry supo aprovechar, demostrando que, cuando quería, podía parecerse a su hermano.

—¿Dices que el asunto todavía es reciente? —preguntó.

—Así es —contestó el señor con decisión, aunque su voz tembló ligeramente.

—¿Seguro que es tan reciente? —volvió a preguntar Henry con expresión de sorpresa, y desdobló de nuevo la carta.

En ella no había ninguna referencia a la fecha, pero ¿cómo iba a saberlo el heredero?

—A mí me parece que ha tardado mucho —dijo echándose a reír. Y al oír aquella carcajada, que sonó tan falsa como una campana rota, *milord* le echó una larga mirada desde el otro extremo de la mesa, y vi cómo apretaba los labios.

—Ya, pero recuerdo la expresión que acabas de utilizar. Has dicho que el asunto era recentísimo —insistió Henry con los ojos clavados en la carta.

Aquí teníamos una prueba a nuestro favor, y una nueva ocasión para que *milord* llevase su indulgencia hasta el último extremo; pues inmediatamente se precipitó en ayuda de su favorito, tratando de evitar que quedase en evidencia.

—Creo, Henry, que no es necesario seguir discutiendo —dijo con una ansiedad que resultaba patética—. Todos nos alegramos de que tu hermano se encuentre por fin a salvo. En eso todos estamos de acuerdo; y, como súbditos agradecidos, lo mínimo que podemos hacer es brindar a la salud del rey por su magnanimidad.

Así fue como el señor logró salir del paso. Pero al menos se había visto obligado a defenderse, saliendo bastante mal parado, y había perdido el atractivo que le confería el peligro en que supuestamente se encontraba. Milord, en lo más profundo de su conciencia, supo a partir de entonces que su hijo predilecto era un espía del Gobierno. Y la señora Henry, fuese cual fuese su interpretación de lo ocurrido, comenzó a tratar a su desacreditado héroe de romance con mucha mayor frialdad. Hasta en la más compleja trama de

hipocresía queda siempre algún cabo suelto, y si se tira de él la trama entera se deshace. Si no hubiésemos logrado con este golpe de buena fortuna hacer que el ídolo se tambaleara en su pedestal, quién sabe lo que habría sido de nosotros después, cuando sobrevino la catástrofe.

Sin embargo, en aquel momento pareció que no habíamos conseguido nada. Al cabo de un día o dos, el heredero había logrado disipar por completo la mala impresión que su desconcierto había producido, y en apariencia todo había vuelto a la normalidad. En cuanto a *milord* Durrisdeer, se había atrincherado en su favoritismo paternal. No se trataba en realidad de amor, que es, o debería ser, un sentimiento activo; sino de una especie de apatía que adormecía el resto de sus facultades. Su perdón (aunque esta noble palabra esté aquí fuera de lugar) era fruto de la pura debilidad, como las lágrimas de los viejos. El caso de la señora Henry era bien distinto; solo Dios sabe qué razones le dio el señor y cómo logró persuadirla de que no merecía su desprecio. Una de las peores consecuencias de la pasión es que concede más importancia al tono de voz que a las palabras, atendiendo, más que a lo que se dice, a quién y cómo lo dice. Pero el heredero debió de haber inventado alguna excusa, o tal vez se las arreglara para dar la vuelta a lo sucedido y obtener alguna ventaja de ello. Lo cierto es que, tras un corto período de distanciamiento, las cosas entre la señora Henry y su cuñado volvieron a estar como antes: de nuevo se los veía juntos a todas horas. No seré yo quien arroje una sombra de duda sobre el honor de la desgraciada dama, aunque le reproche su voluntaria ceguera; pero sí diré que en aquellos días estuvo jugando con fuego. Y aunque podría estar equivocado, no me parece probable, puesto que el propio Henry era de la misma opinión que yo. El pobre caballero permaneció durante varios días recluido en sus aposentos, y tenía tal aire de desesperación que yo apenas me atrevía a dirigirle la palabra, aunque me cabe el consuelo de suponer que encontraba cierto alivio en mi compañía y en la seguridad de contar con mis simpatías. También había ocasiones en las que hablábamos; nuestros diálogos eran entonces bastante curiosos, ya que nunca se mencionaban en ellos personas ni acontecimientos concretos, aunque sabíamos que nos rondaban pensamientos parecidos. De este modo fuimos perfeccionando un extraño arte, que consistía en hablar durante horas de algo sin llegar jamás a nombrarlo. Recuerdo haberme preguntado si el heredero no emplearía esta misma técnica para cortejar a la señora Henry durante todo el día sin que ella llegase a ser consciente del peligro, lo cual la habría vuelto más reservada.

Para demostrar hasta qué punto sufría Henry, citaré las palabras que él mismo pronunció el 26 de febrero de 1757 y que tengo motivos para no haber olvidado. El tiempo era desapacible, un retorno a lo más crudo del invierno. No soplaba el viento, pero hacía un frío intenso y un manto de escarcha cubría el mundo; el cielo aparecía poblado de nubarrones grises, y el mar, negro y silencioso como la entrada de una mina. Henry estaba sentado junto al fuego, y se preguntaba en voz alta (como solía hacer en los últimos tiempos) si «un hombre debe actuar», si «es prudente interferir», y otras generalidades por el estilo, a partir de las cuales cada uno de nosotros extraía para sí conclusiones más concretas. Yo me encontraba junto a la ventana, mirando hacia el exterior, cuando vi pasar al heredero con la señora Henry y la señorita Katharine, que ahora formaban un trío constante. La niña corría de acá para allá, encantada con la escarcha. El heredero decía algo al oído de la dama, e incluso desde donde yo estaba se percibía la diabólica gracia de sus insinuaciones; ella, por su parte, miraba al suelo totalmente absorta en lo que oía. Entonces decidí salir de mi reserva.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, señor Henry, apelaría directamente a *milord* —dije.

—Mackellar, Mackellar —contestó él—, no veis la debilidad de mi posición. No puedo confiar a nadie mis bajos pensamientos, y menos aún a mi padre; solo conseguiría ganarme su más profundo desprecio. La debilidad de mi posición reside en mí mismo. No soy alguien que inspire amor. Tengo su gratitud, todos me lo dicen, ¡ese es mi gran patrimonio! Pero no estoy presente en sus pensamientos, no piensan conmigo ni en mí. ¡Eso es lo que me ha sido negado! —se puso en pie y comenzó a dar paseos junto al fuego—. Pero hemos de encontrar algún medio, Mackellar —dijo, volviéndose de repente a mirarme—. Hemos de encontrarlo. Soy un hombre muy paciente, demasiado…, demasiado. Estoy empezando a despreciarme a mí mismo. ¡Aunque sin duda ningún hombre antes se había visto atrapado en una red semejante!

Y, tras esto, volvió a sumirse en silenciosas meditaciones.

—Ánimo —le dije—. Ya veréis cómo todo terminará cayendo por su propio peso.

—En este momento estoy por encima de la ira —dijo él, y su respuesta tenía tan poca coherencia con mi observación, que no tuve ganas de insistir.

Capítulo V
Relación de lo ocurrido la noche del 27 de febrero de 1757

La misma noche en que mantuvimos aquella conversación, el heredero salió de viaje y estuvo fuera la mayor parte del día siguiente, aquel fatídico 27. Pero no nos preocupamos de averiguar adonde había ido y qué había hecho hasta pasados unos días. Si lo hubiésemos hecho y hubiésemos tenido la fortuna de averiguarlo, quizá todo habría sido distinto. Nuestros actos fueron hijos de la ignorancia y así han de ser juzgados, por lo que narraré los hechos según los vivimos en aquellos momentos, reservándome cuanto he descubierto desde entonces para cuando lleguemos al punto en que me fue revelado. Me dispongo ahora a entrar en uno de los capítulos más oscuros de mi relato, y debo solicitar la indulgencia del lector para con mi patrón.

El mal tiempo se prolongó durante todo el día 27. El frío era insoportable, y la gente pasaba echando humo como las chimeneas. El gran hogar de la mansión estaba lleno de leña a rebosar. Errando en su camino al Norte, algunos pajarillos primaverales se estrellaban contra los cristales de las ventanas o trotaban aturdidos sobre el helado césped. Hacia el mediodía salió un débil rayo de sol, iluminando un bello y helado paisaje invernal de colinas y bosques blancos. Al fondo se divisaba el barco de Crail, que aguardaba un soplo de viento al pie de Craig Head, y todas las granjas y casas de campo aparecían coronadas por un penacho de humo. Al atardecer se levantó una espesa niebla, y cuando cayó la noche el frío era de nuevo intensísimo, no se movía ni una hoja y ninguna estrella brillaba en el cielo. En resumen, una noche de perros, y propicia a los más extraños acontecimientos.

La señora Henry se retiró muy temprano, como ahora tenía por costumbre. Desde hacía algún tiempo nos habíamos habituado a pasar las veladas jugando a las cartas, otra señal de que nuestro huésped comenzaba a aburrirse de su estancia en Durrisdeer. Llevábamos un rato jugando cuando *milord* se levantó del asiento que ocupaba junto al fuego y se fue sin decir ni una palabra a retirarse en el calor de su lecho. Los tres que allí quedamos no compartíamos afectos ni cortesías, ni hubiésemos demorado un segundo más la hora de acostarnos para complacer a los otros, Pero por la fuerza de la costumbre, y ya que los naipes estaban repartidos, continuamos mecánicamente la partida. He de decir que todos éramos bastante noctámbulos; y aunque *milord* se había retirado aquella noche antes de lo habitual, hacía tiempo que el reloj había dado las doce, y los sirvientes llevaban ya un buen rato en la cama. También debo reseñar que, aunque nunca vi al señor afectado por el alcohol, aquella noche había estado bebiendo con liberalidad, y quizás, aunque no lo parecía, estaba un poco achispado.

El caso es que puso en práctica una de sus transformaciones, y en cuanto *milord* hubo abandonado el salón pasó de la conversación cortés al torrente de insultos sin que su voz se alterase en lo más mínimo.

—Te toca jugar, mi querido Henry —era lo último que había dicho; y así fue como continuó—: Es curioso ver cómo despliegas tu rusticidad hasta en algo tan trivial como una partida de naipes. Juegas como un pobre destripaterrones o como un marinero de taberna, mi querido Jacob, con la misma sosería y la misma avaricia mezquina, *cette lenteur d'hébété qui me fait rager* [68]. No me explico cómo puedo tener un hermano así. Hasta este «patoso» demuestra cierta viveza cuando su dinero está en peligro, pero jugar contigo me produce tal tedio que no encuentro palabras para describirlo.

Henry continuó mirando sus cartas y parecía estudiar la próxima jugada, pero su mente ya no estaba en la partida.

—¡Dios bendito! ¿Es que no vamos a acabar nunca? —exclamó el señor—. *Quel lourdaud!* Pero no sé por qué me molesto en emplear expresiones francesas, que no entienden los ignorantes como tú. Un *lourdaud*, mi querido hermano, es lo que nosotros llamaríamos un patán, un bufón, un palurdo. Un tipo sin gracia, sin agilidad ni destreza; alguien sin ningún talento natural e incapaz de hacerse agradable a los demás. Si

quieres conocer a un tipo así, solo tienes que mirarte al espejo. Y te aseguro que todo esto lo digo por tu bien. Además, patoso —dijo mirándome mientras reprimía un bostezo— una de las pocas diversiones que tengo en este lugar tan aburrido es hacer que tú y tu amo os vayáis chamuscando como castañas en el fuego. En tu caso me produce un gran placer ver cómo te retuerces de rabia cada vez que te llaman por el mote, por rústico que sea. Pero a veces aquí el amigo, que parece haberse dormido mientras juega, me lo pone más difícil. ¿Ves lo bien que te cuadra el adjetivo cuyo significado acabo de explicarte, querido Henry? Te lo demostraré. Por ejemplo, con todas las sólidas virtudes que posees y que me complace admitir, nunca he conocido a una mujer que no me prefiera a mí, y que no siga prefiriéndome a mí —y al decir esto último, su voz adquirió un matiz suave e insidioso.

Henry dejó sus cartas sobre la mesa. Lentamente se puso en pie, y parecía absorto en sus pensamientos.

—Cobarde —dijo en voz baja, como si hablase consigo mismo. Y después, sin precipitarse y sin una especial violencia, golpeó a su hermano en la boca.

El señor se puso en pie de un salto, transfigurado; nunca le he visto tan hermoso como en aquel momento.

—¡Una bofetada! —gritó—. ¡Esto no se lo toleraría ni a Dios Todopoderoso!

—Baja la voz —advirtió Henry—. ¿O quieres que mi padre te saque otra vez del apuro?

—Caballeros, caballeros —grité yo, intentando interponerme.

El heredero me agarró por el hombro y me mantuvo a distancia mientras continuaba interpelando a su hermano.

—¿Sabes lo que significa esto? —dijo.

—Ha sido la acción más consciente y deliberada de mi vida —replicó Henry.

—Esto pide sangre, habrá sangre derramada por esto.

—Dios quiera que sea la tuya —contestó Henry; y se dirigió a la pared, de donde cogió dos espadas desnudas que se hallaban allí colgadas junto con otras. Las puso ante el señor apuntándole con ellas.

—Mackellar se encargará de vigilar que la lucha sea limpia. Tratándose de ti conviene tomar precauciones.

—No necesitas seguir insultándome —dijo el señor, asiendo una de las espadas—. Te he odiado toda mi vida.

—Mi padre acaba de acostarse —observó Henry—. Debemos alejarnos de la casa.

—Hay un lugar excelente en el bosque.

—Caballeros —intervine yo—, ¿no os da vergüenza? Sois hijos de la misma madre, ¿vais a atentar contra la vida que ella os dio?

—Es inevitable, Mackellar —dijo Henry con la misma calma que hasta entonces había demostrado.

—Yo lo impediré —grité.

Pero un gran baldón cayó sobre mí en aquel momento, porque al oír mis palabras el heredero puso en mi pecho la punta de su espada. Vi el reflejo de la luz en la hoja de acero y caí de rodillas.

—¡No, no! —exclamé como un niño.

—Ya no nos molestará más —dijo el primogénito—. Es estupendo tener un cobarde en casa.

—Necesitamos luz —dijo Henry, como si nada les hubiera interrumpido.

—Este miedica puede traernos un par de velas —propuso James.

He de decir, para mi vergüenza, que aún me hallaba tan impresionado por el brillo de aquella espada desnuda que me ofrecí a traer un farol.

—No necesitamos un fa-fa-farol —dijo el señor burlándose de mí—. No hay ni un soplo de viento. Venga, levántate; trae un par de candelabros y ve delante. Yo estaré detrás apuntándote con esto —e hizo centellear el acero mientras hablaba.

Cogí los candelabros y caminé ante ellos; daría mi mano derecha por desandar aquellos pasos, pero un cobarde no puede aspirar a ser sino un esclavo. Incluso mientras íbamos caminando me castañeteaban los dientes. Era como él había dicho: no se movía ni una hoja. El aire parecía apresado en una red de escarcha, y mientras avanzábamos a la luz de las velas, la oscuridad parecía formar una bóveda por encima de nuestras cabezas. No pronunciamos ni una palabra ni se oía ruido alguno aparte de nuestros pasos por el sendero helado. El frío de la noche me cayó encima como un cubo de agua. Iba temblando, y no solo de miedo. Sin embargo, mis compañeros, aunque iban con la cabeza descubierta, como yo, y acababan de abandonar la cálida mansión, no parecían haberse dado cuenta del cambio de temperatura.

—Este es el sitio —dijo el heredero—. Deja las velas en el suelo.

Hice lo que me ordenaba. Las llamas de las velas ascendían inmóviles como si estuviésemos dentro de una habitación. Los dos hermanos tomaron posiciones.

—La luz me da en los ojos —dijo el señor.

—Te daré todas las ventajas —replicó Henry cambiando de lado—, porque creo que estás a punto de morir.

Lo dijo más bien con tristeza, aunque en su voz había cierto matiz de burla.

—Henry Durie —dijo James—, dos palabras antes de empezar. Tú practicas la esgrima y manejas bien el florete, pero no sabes lo distinto que es combatir con espada. Y por eso sé que vas a caer. Piensa en lo segura que es mi posición. Si mueres, aunque tenga que salir del país, mi dinero ya me estará esperando. Pero si muero yo, ¿qué será de ti? Mi padre, tu esposa…, que está enamorada de mí, como bien sabes, incluso tu hija, que me quiere más a mí que a ti: todos ellos me vengarán. ¿Has pensado en eso, querido Henry?

Miró a su hermano con una sonrisa, y a continuación ejecutó un saludo de salón de esgrima.

Henry no dijo nada, pero devolvió el saludo, y luego las espadas chocaron.

No soy el mejor juez para un combate como aquel. Además, la cabeza me daba vueltas de frío y de terror. Pero parece que el señor Henry llevó la iniciativa, dominando el combate y acorralando a su enemigo con furia abrasadora, aunque controlada. Se iba acercando cada vez más a su enemigo, hasta que de repente el señor retrocedió soltando un juramento con voz quejumbrosa, y creo que al hacer este movimiento la luz volvió a darle de lleno en los ojos. Reanudaron el combate, y me pareció que Henry presionaba ahora con mayor violencia y que el señor había perdido confianza. Con toda seguridad, se sentía perdido, y comenzaba a sentir la terrible agonía del miedo; de lo contrario nunca habría intentado aquella sucia jugada. En aquel momento apenas la vi, pues mis inexpertos ojos no eran lo bastante rápidos como para captar los detalles, pero al parecer agarró la espada de su hermano con la mano izquierda, lo cual está prohibido. Henry solo consiguió salvarse saltando hacia un lado; y el heredero embistió al aire y perdió el equilibrio, cayendo sobre una rodilla. Antes de que pudiera reaccionar, la espada ya había atravesado su cuerpo.

Lancé un grito ahogado y corrí hacia él, pero su cuerpo ya había caído al suelo, y tras retorcerse un momento como un gusano pisoteado, se quedó inmóvil.

—Mirad su mano izquierda —dijo Henry.

—Está llena de sangre.

—¿Y la palma? —inquirió.

—La palma tiene un corte —dije yo.

—Lo sabía —dijo, y me dio la espalda.

Entreabrí las ropas del hombre. Su corazón había enmudecido, y no daba señales de vida.

—¡Qué Dios nos perdone, señor Henry! Está muerto.

—¿Muerto? —repitió aturdido. Y de nuevo, alzando cada vez más la voz—. ¿Muerto? ¿Muerto? —seguía diciendo, y súbitamente arrojó al suelo su ensangrentada espada.

—¿Qué podemos hacer? Recobraos, señor. Ahora ya es demasiado tarde. Debéis calmaros.

Volvió su rostro hacia mí con la misma mirada de aturdimiento.

—¿Hacer? —dijo, y sus ojos se posaron en el cadáver—. ¡Dios mío! —gritó llevándose la mano a la frente, como si solo entonces cayese en la cuenta de lo ocurrido; y, dándose la vuelta, salió corriendo hacia la mansión con un extraño ritmo bamboleante.

Me quedé absorto un momento. Estaba claro que mi deber era permanecer al lado del que había quedado con vida, así que corrí tras él, dejando el cuerpo del otro bajo los árboles, iluminado por las velas, que seguían luciendo sobre el suelo helado. Pero por mucho que corrí no pude darle alcance, y solo lo logré ya dentro de la casa. Lo encontré en el salón, de pie ante el fuego, con el rostro escondido de nuevo entre las manos, y mientras estaba así vi cómo se estremecía.

—¿Qué es lo que he hecho? —exclamó, y me miró con una expresión que jamás olvidaré—. ¿Quién va a decírselo al anciano?

Al oírle me dio un vuelco el corazón, pero no era el momento de flaquear. Me acerqué y le serví una copa de *brandy*.

—Bebed esto —dije—, bebedlo todo.

Le obligué a tragarlo domo si fuera un niño y, como el frío de la noche se me había metido en los huesos, seguí su ejemplo.

—Hay que contarlo, Mackellar —me dijo—, hay que contarlo.

Y se desplomó en un sillón, el mismo que su padre solía ocupar junto a la chimenea, convulsionado por un llanto sin lágrimas.

Una gran desolación invadía mi alma. Era obvio que no podía contar con la ayuda de Henry.

—Está bien; quedaos aquí sentado, que yo me ocuparé de todo —le aconsejé.

Cogí una vela y salí de la habitación, adentrándome en la oscuridad de la casa. Todo estaba tranquilo, por lo que supuse que nadie se había enterado aún de lo ocurrido. Debía actuar con la máxima discreción. No era momento para formalidades, así que abrí la puerta del cuarto de *milady* sin detenerme a llamar, y tuve la osadía de entrar.

—¡Ha ocurrido una desgracia! —gritó ella, incorporándose en el lecho.

—Señora —dije yo—. Voy a salir al pasillo para que podáis vestiros. Y os ruego que lo hagáis lo más rápido posible, pues tenemos mucho trabajo.

No me detuvo con preguntas, ni me hizo esperar largo rato. Antes de que me diera tiempo a preparar lo que debía decirle, ya estaba en el umbral indicándome que entrara.

—Señora, si no os creéis capaz de mostraros valiente, habré de recurrir a otra persona. He de encontrar ayuda, pues de lo contrario esta noche será el fin de la casa de Durrisdeer.

—Tendré valor —contestó ella—. Y me miró con una débil sonrisa, llena de dolor y de coraje.

—Ha habido un duelo —dije.

—¿Un duelo? —repitió—. ¡Un duelo! Henry y …

—Y el señor —terminé yo—. Hace ya mucho tiempo que esto venía fraguándose. Han ocurrido ciertos hechos de los que no tenéis ni idea, ni creo que me creyeseis en caso de que me decidiese a contároslos. Pero esta noche las cosas han llegado demasiado lejos, y cuando él os insultó…

—Un momento —me interrumpió ella—. ¿Quién es «él»?

—¡Ay, señora! —exclamé yo, dejando traslucir mi amargura—. ¿Cómo podéis hacerme semejante pregunta? Creo que tendré que buscar ayuda en otra parte, ¡con vos no hay nada que hacer!

—No sé qué es lo que he dicho que haya podido ofenderos —dijo ella—. Perdonadme y, por favor, sacadme de esta incertidumbre.

Pero no me atreví a decírselo todavía. No estaba seguro de poder confiar en ella, y las dudas me

produjeron un agudo sentimiento de impotencia. Reaccioné volviéndome contra la pobre mujer e increpándola duramente.

—Señora —dije—, estamos hablando de dos hombres. Uno de ellos os insultó y vos me preguntáis cuál. Os ayudaré a encontrar la respuesta. Con uno de esos hombres habéis pasado horas y horas. ¿Es que el otro os ha reprochado algo alguna vez? Con uno de ellos os habéis mostrado siempre amable, pero a Dios pongo por testigo de que no siempre ha sido así con el otro; y no obstante, ¿alguna vez os ha faltado su amor? Esta noche, uno de los dos hombres le dijo al otro delante de mí, es decir, en presencia de un extraño, de un asalariado, que vos estabais enamorada de él. Antes de que tenga que añadir una sola palabra, contestad vos misma la pregunta que me habéis formulado. ¿Quién fue el que lo dijo? O mejor, señora, contestadme a esto: si todo ha terminado de un modo tan horrible, ¿de quién es la culpa?

Clavó en mí una mirada atónita.

—¡Dios mío! —dijo con un agudo grito. Y después lo repitió en un susurro, como para sí misma—. ¡Dios mío! Por la misericordia divina, Mackellar, ¿qué ha sucedido? Estoy preparada, quiero saberlo todo.

—No merecéis saberlo —repliqué—, y no lo sabréis a menos que admitáis antes vuestra culpa.

—¡Este hombre va a volverme loca! —gritó retorciéndose las manos—. ¿No podéis alejar de mí vuestros pensamientos?

—No he pensado en vos ni por un momento —bramé—. No pienso en nadie excepto en mi querido y desdichado patrón.

—¡Ah! —exclamó, llevándose la mano al corazón—. ¿Ha muerto Henry?

—Bajad la voz. Ha sido el otro.

Fue como si una ráfaga de viento la hubiese golpeado. Y, no sé si por compasión o por cobardía, volví la cara y me quedé mirando el suelo.

—Es una noticia espantosa —dije al cabo de un rato, pues su largo silencio empezaba a preocuparme—. Y tanto vos como yo debemos mostrar la máxima valentía si queremos salvar esta casa —como no respondía, añadí—: Además, está la señorita Katharine, quien, a menos que logremos resolver el asunto, no heredará sino vergüenza.

No sé si fue el recuerdo de su hija o la crudeza de la palabra «vergüenza» lo que la hizo reaccionar. Pero lo cierto es que en cuanto terminé de hablar emitió un sonido, un sonido como nunca lo había oído antes. Era como si yaciese bajo una colina y estuviese intentando mover el peso que soportaba. Un instante después logró rescatar algo parecido a una voz.

—Ha sido un duelo —musitó—. ¿No ha sido…? —y se detuvo, incapaz de pronunciar aquella palabra.

—Fue una lucha limpia por parte de mi querido patrón —dije—. En cuanto al otro, cayó cuando intentaba un truco sucio.

—¡Por favor, ahora no! —gritó.

—Señora —dije—, el odio que siento por ese hombre me quema por dentro como un fuego encendido. Sí, incluso ahora, que está muerto. Bien sabe Dios que, si me hubiera atrevido, habría podido detener el combate. Me avergüenzo de no haberlo hecho. Pero cuando le vi caer, si me hubiese sido posible apartar por un momento mis pensamientos de la compasión que me inspiraba mi patrón, me habría alegrado de esta liberación.

No sé si me oyó, pero lo siguiente que dijo fue:

—¿Y *milord*?

—Yo me encargaré de decírselo.

—Espero que no le habléis a él como me habéis hablado a mí.

—Señora, yo me ocuparé de *milord* —dije—, pero ¿no deberíais ahora preocuparos por otra persona?

—¿Otra persona? —repitió.

—Vuestro esposo —repuse. Ella me miró con una expresión inescrutable—. ¿Vais a darle la espalda ahora?

Siguió mirándome durante un buen rato; luego se llevó de nuevo la mano al corazón.

—No —dijo.

—Dios os bendiga por esa respuesta. Id ahora con él, está sentado en el salón. Habladle de algo, de cualquier cosa, no importa. Dadle la mano, decidle que lo sabéis todo; y, si Dios os da fuerzas para ello, pedidle que os perdone.

—¡Que Dios os de fuerzas también a vos y os vuelva más misericordioso! —dijo ella—. Voy a buscar a mi marido.

—Permitidme que os alumbre —ofrecí, cogiendo la vela.

—Encontraré el camino a oscuras —dijo estremeciéndose, y creo que era por mi causa.

Así nos separamos; ella bajó las escaleras hacia la puerta del salón, donde se veía una débil luz, y yo avancé por el pasillo en dirección a los aposentos de *milord*. No sabría explicar por qué, pero no me atreví a irrumpir en el cuarto del anciano como lo había hecho en el de la joven dama. Aun así, hube de vencer mis escrúpulos y llamar a la puerta. Su sueño de anciano debía de ser muy ligero, o tal vez estuviese ya despierto; lo cierto es que a la primera llamada me ordenó que entrase.

Él también se había incorporado en la cama. Estaba más pálido que de costumbre, y parecía muy viejo. Aunque por el día, cuando se hallaba vestido, aparentaba mayor corpulencia, en aquel momento me pareció pequeño y frágil, y su rostro, sin la peluca que solía enmarcarlo, no era más grande que el de un niño. Me invadió el desaliento, que se acentuó cuando le miré a los ojos y los vi ensombrecidos por una negra premonición. Aun así, su voz sonó tranquila cuando me preguntó el motivo de mi intempestiva visita. Coloqué mi vela sobre una silla y, sentándome a los pies de la cama, le miré.

—Lord Durrisdeer —comencé—, no ignoráis que desde hace tiempo he tomado partido en esta familia.

—No creo que nadie necesite tomar partido en esta familia —repuso él—. Pero siempre me ha complacido reconocer el sincero afecto que sentís por mi hijo.

—Ay, *milord*, no es momento de perder el tiempo con cortesías —repliqué—. Si queremos salvar algo de la quema, debemos enfrentarnos a los hechos en toda su crudeza. He tomado partido; todos lo hemos hecho. Y como leal partidario del señor Henry vengo aquí, en medio de la noche, a haceros una súplica. Pero, escuchadme, en seguida sabréis el motivo de todo esto.

—Siempre os escucharé, señor Mackellar —dijo él—, a cualquier hora, de día o de noche, porque estoy seguro de que siempre que acudáis a mí tendréis buenas razones para ello. Ya en una ocasión hablasteis con gran sensatez; no creáis que lo he olvidado.

—Estoy aquí para interceder por mi patrón —dije—. No necesito recordaros cómo actúa siempre. Conocéis la posición en que se encuentra. No ignoráis con cuánta generosidad ha respondido a las demandas de vuestro otro…, a vuestras demandas —tuve que corregirme, pues no me sentía capaz de pronunciar la palabra «hijo»—. Sabéis…, debéis saber cuánto ha sufrido…, cuánto ha sufrido a causa de su esposa.

—¡Señor Mackellar! —exclamó *milord*, alzándose en el lecho como un león furioso.

—Dijisteis que me escucharíais —continué yo—. Lo que no sabéis, aunque deberíais saberlo, y es una de las cosas que estoy dispuesto a contaros, es el acoso al que últimamente se ha visto sometido el señor Henry. En cuanto os dais la vuelta, alguien que no me atrevo a nombrar cae sobre él con los más despiadados insultos. Se ríe de él y, perdonadme, *milord*…, le ridiculiza escudándose en vuestro favoritismo; le llama Jacob, le llama bufón, lo persigue con las más mezquinas burlas que ningún hombre podría soportar. Pero en cuanto alguien aparece, cambia instantáneamente; y mi patrón se ve obligado a sonreír y mostrarse cordial con el hombre que acaba de cubrirle de insultos. Sé de lo que hablo, porque también yo he tenido que soportar algo de esto en carne propia, y os aseguro que la vida se vuelve insoportable. Llevamos muchos meses en esta situación, que comenzó nada más desembarcar el señor. El primer saludo que recibió mi patrón aquella noche fue el apodo de «Jacob».

Milord hizo ademán de apartar las sábanas para levantarse.

—Si hay algo de verdad en todo esto… —comenzó.

—¿Os parezco un mentiroso? —le interrumpí, deteniéndolo con la mano.

—Debisteis decírmelo desde un principio.

—¡Ay, *milord*! ¡Desde luego que debí hacerlo, y por mi negligencia tal vez muy pronto comenzaréis a odiar el rostro de este indigno servidor! —exclamé yo.

—Voy a poner las cosas en orden inmediatamente —dijo con decisión, y de nuevo hizo ademán de levantarse, pero también esta vez se lo impedí.

—Aún no he terminado —dije—. ¡Ojalá lo hubiese hecho! Mi querido y desgraciado patrón ha tenido que soportar todo esto sin la ayuda y el consuelo de nadie. Lo más que ha obtenido de vos, *milord*, son palabras de gratitud. Y sin embargo, ¡él también es hijo vuestro! No tiene otro padre que vos. Ha sido odiado en la región, y Dios sabe cuán injustamente. No ha encontrado amor en su matrimonio. ¡Jamás ha recibido afecto y apoyo de nadie, querido y desdichado corazón lleno de nobleza!

—Vuestras lágrimas os honran y me avergüenzan —dijo *milord*, tembloroso—. Pero no sois del todo justo conmigo. Siempre he querido a Henry, le he querido mucho. James, no lo niego, Mackellar, James es quizá mi predilecto. Vos no le habéis conocido en las mejores circunstancias. Ha sufrido muchas desgracias, y no podemos olvidar que el destino ha sido cruel e injusto con él. Pero a pesar de todo, continúa comportándose como el más afectuoso de los hijos. Todo lo que habéis dicho de Henry es cierto; y no me sorprende, porque sé que es generoso por naturaleza. Quizá penséis que me he aprovechado de este

conocimiento: es posible. Hay virtudes que son peligrosas, porque invitan al abuso. Pero le compensaré, señor Mackellar. Voy a poner las cosas en orden. He sido débil; y, lo que es peor, he sido un necio.

—No quiero escuchar cómo os echáis las culpas, *milord*, con el peso de lo que aún me resta por contaros en la conciencia —repliqué—. No habéis sido débil; habéis sido engañado por un diabólico hipócrita. Vos mismo visteis cómo os había engañado respecto al riesgo que supuestamente corría. Os ha estado engañando durante toda su vida. Ojalá pudiese arrancarle de vuestro corazón. Ojalá pudiese haceros volver la mirada hacia vuestro otro hijo. ¡Ay, al menos tenéis un hijo!

—No, no —protestó—, dos hijos; tengo dos hijos.

Hice un gesto de desesperación que le sobresaltó. Me contempló con el rostro demudado.

—Hay algo peor, ¿no es así? —preguntó, y su voz se fue debilitando al pronunciar estas palabras.

—Mucho peor —repuse—. Esta noche, el señor Henry tuvo que escuchar de sus labios las siguientes palabras: «Nunca he conocido una mujer que no me prefiera a mí antes que a ti; y que no siga prefiriéndome a mí».

—¡No estoy dispuesto a escuchar nada que vaya en contra de mi hija! —gritó. Y por la precipitación con que intentó hacerme callar, comprendí que no estaba tan ciego como yo había imaginado, y que había percibido, no sin ansiedad, el acoso al que se había visto sometida la señora Henry.

—No es mi intención culparla a ella —exclamé yo—, no se trata de eso. El señor Henry tuvo que escuchar estas palabras en mi presencia. Y si no os parecen lo bastante claras, quizá sí os lo parezcan las que vinieron a continuación: «Tu mujer está enamorada de mí», le dijo.

—¿Se han peleado? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Debo ir allá en seguida —dijo, disponiéndose una vez más a salir de la cama.

—¡No, no! —grité, extendiendo los brazos.

—¿Es que no os dais cuenta? —dijo él—. Esas palabras son peligrosas.

—Milord, sois vos quien no quiere entender.

Me interrogó con la mirada, tratando de leer la verdad en mi rostro. Yo caí de rodillas junto a su cama.

—¡Milord, por favor, pensad en el hijo que os queda! Pensad en el pobre pecador al que disteis el ser, el que vuestra esposa llevó en su vientre; ese que nunca contó con el apoyo que todos nosotros habríamos debido ofrecerle. Pensad en él y no en vos. Él también está sufriendo. ¡Pensad en él! Aquí comienza nuestro calvario, el camino hacia Cristo, hacia Dios, y juntos habremos de recorrerlo. Pensad en él como él pensó en vos. «¿Quién va a decírselo al anciano?». Esas fueron sus palabras, y por eso estoy yo aquí, por eso estoy suplicando de rodillas ante vos.

—¡Dejad que me levante! —gritó, apartándome a un lado, y se puso en pie antes de que yo pudiese reaccionar. Su voz temblaba como una vela al viento, pero aun así habló bastante alto. Estaba pálido como la nieve, pero sus ojos parecían serenos, y no lloraba—. Ya está bien de palabrería. ¿Dónde ha ocurrido?

—En el bosque —respondí.

—¿Y el señor Henry? —preguntó; y cuando le hube respondido, su expresión se tornó pensativa.

—¿Y el señor James? —preguntó al cabo.

—Quedó allí tendido, junto a las velas —repuse.

—¿Velas? —exclamó. Echó a correr hacia la ventana y, tras abrirla, se asomó al exterior—. Alguien podría verlas desde el camino.

—A esta hora el camino está desierto —objeté.

—No importa. Podría pasar cualquiera. ¡Escuchad! ¿Qué es eso?

Era el ruido que hacían unos hombres que remaban sigilosamente en la bahía; se lo expliqué.

—Contrabandistas —dijo *milord*—. Daos prisa, Mackellar. Id a apagar esas velas. Mientras tanto voy a vestirme, y cuando volváis decidiremos qué es lo más prudente.

Descendí a tientas por las escaleras y salí de la casa. El débil fulgor de las velas se veía desde lejos, como un punto brillante en medio del bosque. En una noche tan oscura debían ser visibles a varias millas de distancia, y me reproché amargamente mi descuido. Pero aún me sentí más culpable cuando llegué al lugar. Uno de los candelabros había caído, apagándose. El otro seguía ardiendo serenamente, y en torno a él un amplio círculo de luz iluminaba el terreno helado. Por contraste con la oscuridad reinante, todo lo que había en aquel círculo parecía más brillante que a la luz del día. En el medio había una mancha de sangre, y un poco más allá la espada de Henry, cuya empuñadura era de plata. Pero del cadáver no había ni rastro. Mi corazón comenzó a latir con tal fuerza que parecía querer salírseme del pecho, y sentí cómo el cabello se me erizaba mientras permanecía allí, mirando. Los más negros temores me invadieron a la vista de aquel extraño espectáculo. Miré en todas direcciones. El suelo estaba tan endurecido por la helada que no había en él ninguna huella. Me quedé en pie, escuchando hasta que los oídos comenzaron a dolerme, pero el silencio de la noche era como el de una iglesia vacía. Ni siquiera se oía el ruido de las olas al chocar contra la costa. Me pareció que desde cualquier rincón del condado habría podido escucharse hasta la caída de un alfiler.

Apagué la vela, y las tinieblas cayeron sobre mí como un grueso manto. Sentí como si una multitud me estuviese rodeando. Emprendí el regreso a Durrisdeer, volviéndome a cada momento a mirar tras de mí. Me asaltaban las más alocadas suposiciones, y hasta el ruido de mis propios pasos me sobresaltaba. En la puerta de la mansión, una figura salió a mi encuentro, y estuve a punto de gritar de terror antes de reconocer a la señora Henry.

—¿Se lo habéis dicho? —me preguntó.

—Sí, es él quien me ha enviado —repuse—. Ha desaparecido. Pero ¿qué hacéis vos aquí?

—¡Desaparecido! —repitió ella—. ¿Qué es lo que ha desaparecido?

—El cadáver —dije—. Pero ¿por qué no estáis con vuestro esposo?

—¿Desaparecido? No habréis buscado bien. Volvamos.

—No me atrevo; ya no hay luz.

—Yo puedo ver en la oscuridad. Llevo aquí tanto tiempo…, tanto tiempo… —repitió—. Vamos, dadme la mano.

Cogidos de la mano, volvimos al bosque y encontramos el fatídico lugar.

—Tened cuidado con la sangre —dije yo.

—¿Sangre? —exclamó retrocediendo bruscamente.

—Supongo que debe haberla —contesté—. En estos momentos soy como un ciego.

—No, ¡aquí no hay nada! ¿No lo habréis soñado todo?

—¡Ay, ojalá fuese así! —me lamenté.

Entonces reparó en la espada y la recogió, pero al ver la sangre abrió las manos dejándola caer.

—¡Ah! —gritó.

Sin embargo, en seguida recobró el valor y la cogió por segunda vez.

—Me la llevaré para limpiarla —dijo echando una mirada a su alrededor—. Quizá no haya muerto —añadió.

—Su corazón había cesado de latir —dije; y luego, recordando de repente, le pregunté—: ¿Por qué no estáis con vuestro esposo?

—Es inútil. No quiere hablarme —repuso ella.

—¿No quiere hablar con vos? —repetí—. Ni siquiera lo habéis intentado.

—Tenéis derecho a dudar de mí —replicó con serena dignidad.

Entonces, por primera vez, sentí compasión por ella.

—Dios sabe, señora, que no soy tan insensible como parece. Pero en una noche tan espantosa como esta es mejor no andarse con rodeos. No obstante, podéis estar segura de que aquellos que no son enemigos de Henry Durrisdeer son mis amigos.

—En tal caso, es terrible que dudéis de su esposa.

De repente, como si se hubiera rasgado el velo que cubría mis ojos, comprendí cuán noblemente había soportado aquella inhumana catástrofe y con cuánta generosidad escuchaba mis reproches.

—Debemos regresar y contárselo a *milord* —dije.

—No, ¡eso sí que me sería imposible! —repuso ella.

—Veréis cómo es él, de todos nosotros, quien mejor ha sabido mantener la calma.

—Aun así, no sería capaz de enfrentarme a él —contestó.

—Está bien —dije entonces—, vos podéis volver con el señor Henry, y yo hablaré con *milord*.

Mientras regresábamos, yo con el candelabro en la mano y la señora Durie con la espada (extraña carga para una mujer como ella), se le ocurrió una nueva idea.

—¿Se lo decimos a Henry? —preguntó.

—Que lo decida *milord* —repuse.

Milord estaba terminando de vestirse cuando entré en su habitación. Me escuchó con el ceño fruncido.

—Los contrabandistas —dijo—. ¿Estaría vivo, o muerto?

—Yo creí que… —comencé, y me detuve turbado.

—Sí, ya sé. Pero bien podríais haberos equivocado. ¿Por qué iban a llevárselo si estaba muerto? ¡Oh, es una puerta abierta a la esperanza! Hay que hacer correr el rumor de que se marchó igual que vino, sin avisar. Hemos de evitar el escándalo.

Me di cuenta de que para él, al igual que para nosotros, el honor de su casa estaba por encima de todo. Ahora que todos los miembros de la familia se hallaban sumidos en la más profunda desesperación, resultaba curioso ver cómo nos refugiábamos en aquella imagen abstracta de la familia, esforzándonos en salvar algo tan intangible y vacío como su reputación. Y no solo los Durie; hasta el administrador a sueldo se comportaba de la misma forma.

—¿Vamos a decírselo al señor Henry? —pregunté a *milord*.

—Ya veremos —contestó él—. Primero voy a ir a hablar con él. Luego, vos y yo volveremos a inspeccionar el bosque y decidiremos lo que ha de hacerse.

Bajamos al salón. El señor Henry estaba sentado a la mesa con la cabeza apoyada entre las manos, y parecía una estatua de piedra. Su mujer se encontraba a su espalda y se cubría la boca con la mano; era evidente que no había logrado conmoverle. El anciano *lord* avanzó lentamente hacia el asiento que ocupaba su hijo. Su semblante aparecía sereno, tal vez un poco frío. Cuando llegó a su lado, le tendió ambas manos diciendo:

—¡Hijo mío!

Con un sollozo ahogado, el señor Henry se arrojó al cuello de su padre, gimiendo y llorando. Era la escena más penosa que un hombre haya tenido que contemplar.

—¡Padre! —sollozó—. Sabéis que le quería. Sabéis que al principio le quería. Habría dado mi vida por él, ¡vos lo sabéis! Habría dado mi vida por él y por vos. ¡Por Dios, decidlo! ¡Decid que podréis perdonarme! Padre, padre, ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¡Hemos crecido juntos! —se lamentaba entre lágrimas, acariciando al anciano y abrazándose a su cuello con la desesperación de un niño aterrorizado.

Entonces reparó por vez primera en su mujer, que allí de pie lloraba al escucharle, y al momento cayó de rodillas ante ella.

—¡Mi pequeña! —exclamó—. ¡Tú también debes perdonarme! No como esposo, pues he arruinado tu vida. Pero tú me conociste de niño; entonces no había maldad en Henry Durie. Quería ser tu amigo para siempre. A él, al muchacho que jugaba contigo, ¿podrás perdonarlo alguna vez?

Milord escuchó todo esto como un frío y cortés espectador, sin perder la calma un solo instante. Al primer sollozo, tan violento que habría podido alertar al resto de la casa, se había vuelto hacia mí para ordenarme que cerrase la puerta. Ahora asentía con la cabeza en silencio, como para sí mismo.

—Creo que debemos dejarlo a solas con su esposa —dijo—. Traed una luz, señor Mackellar.

Mientras regresaba al bosque con *milord*, llamó mi atención un extraño fenómeno: aunque aún estaba oscuro y la noche no muy avanzada, creí percibir el olor de la mañana. Al mismo tiempo, las ramas de los arbustos se agitaban produciendo un rumor semejante al de la mar en calma y, de vez en cuando, una ráfaga de viento nos daba en la cara, haciendo parpadear la llamita de la vela. Creo que la animación de todo cuanto nos rodeaba nos hizo avanzar más deprisa. Llegamos a la escena del duelo, y *milord* contempló estoicamente la sangre. Luego nos dirigimos al embarcadero, donde por fin encontramos huellas de lo que había sucedido. En primer lugar, hallamos al final del sendero un charco helado donde habían quedado impresas las pisadas de un hombre que sin lugar a dudas llevaba una pesada carga. Un poco más allá descubrimos un árbol joven tronchado, y junto al embarcadero, donde solían hallarse amarrados los botes de los contrabandistas, otra mancha de sangre indicaba el lugar donde el cuerpo había sido depositado mientras sus porteadores recuperaban el aliento.

Nos apresuramos a borrar la mancha, lavándola con agua del mar que transportamos en el sombrero de *milord*, y nos hallábamos ocupados en esto cuando una helada racha de viento se levantó con gran estruendo y apagó la vela, dejándonos completamente a oscuras.

—Va a nevar —observó *milord*—. Es lo mejor que podía ocurrir. Volvamos a casa. No podemos hacer nada en la oscuridad.

Mientras volvíamos, el viento amainó de nuevo, y pudimos oír el fuerte golpeteo de la lluvia que había comenzado a caer en medio de la noche. Cuando salimos del refugio que ofrecían los árboles, comprobamos que llovía a cántaros.

A lo largo de toda la noche no había dejado de asombrarme ante la increíble lucidez mental de *milord* y su no menos llamativa agilidad física. Pero mi admiración llegó a su punto culminante durante la conversación que mantuvimos a nuestro regreso. Estaba claro que los contrabandistas se habían llevado al señor, aunque ignorábamos si este se encontraba vivo o muerto. Antes de que llegase el día, la lluvia habría borrado todas las huellas de lo sucedido. Esto nos beneficiaba enormemente. El señor había llegado a casa bien entrada la noche; ahora debíamos hacer correr el rumor de que había partido repentinamente, antes de que despuntara el alba. Para hacer que nuestra versión resultase plausible, solo restaba que yo subiese a su habitación, hiciese su equipaje y lo ocultara. Bien es verdad que estábamos a merced de los contrabandistas, pero en una coartada falsa siempre hay un punto débil.

Como he dicho, escuché a *milord* con admiración, y me apresuré a obedecerle. El señor y la señora Henry habían abandonado el salón. El anciano, para entrar en calor, subió a acostarse en seguida. Aún no había señales de actividad entre los sirvientes, y mientras subía la escalera de la torre y entraba en los aposentos del muerto, me invadió una aterradora sensación de soledad. Para mi sorpresa, todo estaba sumido en el desorden que precede a los viajes. De sus tres baúles, dos ya estaban cerrados, y el tercero, aún abierto, se hallaba casi lleno. Inmediatamente sospeché la verdad. El hombre iba a marcharse, después de todo. Solo había estado esperando al capitán Crail, quien a su vez esperaba a que se levantase un poco de viento. Al anochecer, los marineros se habían dado cuenta de que iba a cambiar el tiempo. Habían enviado un bote para avisar del cambio y llevar al pasajero a bordo del barco, pero cuando los marineros se dirigían a cumplir su misión, se tropezaron con el señor tendido en el suelo y bañado en su propia sangre. Y había algo más: Estos preparativos de viaje arrojaban una nueva luz sobre las provocaciones de la noche anterior. Quiso despedirse de ese modo, aprovechando que ya no necesitaba seguir controlándose. Y, por otro lado, el carácter de sus insultos y la conducta de la señora Henry apuntan hacia una conclusión que nunca he podido verificar, ni podré hacerlo hasta el día del juicio final. Mi deducción es que el heredero había terminado por perder el control, había intentado propasarse con la dama y había sido rechazado.

Nunca podrá saberse con certeza, como ya he dicho; pero aquella mañana, mientras pensaba en ello rodeado de su equipaje, aquella idea me resultaba dulce como la miel.

Antes de cerrar el baúl abierto, decidí registrarlo. Contenía los más bellos encajes y la ropa interior más fina que yo hubiese visto jamás, así como unos cuantos trajes de corte sobrio e impecable, de los que solía llevar habitualmente. Había algunos libros, y por cierto muy buenos: los *Comentarios* de César, un tomo de Hobbes, la *Henriade* de Voltaire, un volumen sobre las Indias, y otro de Matemáticas de nivel muy avanzado [69]. Curioseé entre todo aquello invadido por sensaciones contradictorias. En el baúl no había ningún documento, y esto me dio que pensar. Era posible que el hombre hubiese muerto, pero, puesto que los contrabandistas se lo habían llevado, no parecía probable. También era posible que aún muriese a consecuencia de su herida; pero cabía la posibilidad de que sobreviviera y, en tal caso, yo estaba decidido a encontrar los medios para asegurar nuestra protección.

Uno tras otro llevé los baúles a una buhardilla situada en lo más alto de la casa y que solía estar cerrada. Volví a mi cuarto en busca de mis llaves, y al volver a la buhardilla comprobé con satisfacción que había dos que encajaban perfectamente en la cerradura. En uno de los baúles hallé un cofrecillo labrado que forcé con la ayuda de mi navaja. A partir de aquel momento tuve la seguridad de tener a aquel hombre en mis manos. El contenido del cofre era una colección de cartas galantes, la mayor parte de sus días de París, pero también había algunos otros papeles de mayor interés para mis propósitos, pues al examinarlos comprobé que se trataba de informes dirigidos al Secretario de Estado inglés y de las respuestas enviadas por este. Eran documentos muy comprometedores, pues su publicación habría significado la deshonra del señor y habría puesto en peligro su vida. A medida que los iba leyendo mi regocijo iba en aumento; me frotaba las manos y canturreaba en voz alta, incapaz de contener mi júbilo. La llegada del día me sorprendió absorto en esta agradable tarea, y ni siquiera entonces abandoné la lectura, excepto para asomarme a la ventana y mirar un momento al exterior. Comprobé entonces que la escarcha había desaparecido y la tierra volvía a ser oscura, en tanto que la lluvia y el viento seguían azotando la bahía. También quería cerciorarme de que el barco de Crail había partido y de que, vivo o muerto, el señor estaba ya balanceándose sobre las aguas del mar de Irlanda.

Al llegar a este punto debo referirme a lo difícil que me resultó posteriormente reunir alguna información sobre lo acaecido aquella noche. Me llevó muchísimo tiempo reunir algunos datos, porque no me atrevía a preguntar abiertamente, y los contrabandistas siempre me habían tratado con desconfianza y desprecio. Transcurrieron casi seis meses antes de que supiésemos con certeza que el heredero había sobrevivido, y solo muchos años después averigüé, a través de uno de los antiguos hombres de Crail (un marinero que había invertido sus sucias ganancias en abrir una taberna), algunos pormenores que me parecieron ciertos. Al parecer, los contrabandistas encontraron al señor en el suelo, apoyado sobre un codo y mirando alternativamente, con expresión aturdida, hacia la vela encendida y hacia su propia mano ensangrentada. Al verlos pareció recobrar su sangre fría, y les rogó que lo llevasen a bordo y mantuviesen la boca cerrada. Cuando el capitán le preguntó cómo había llegado a aquel estado, estalló en un torrente de insultos y juramentos, y luego se desmayó. Los contrabandistas discutieron el asunto brevemente; en aquel momento lo principal para ellos era aprovechar el viento; además, recibirían una buena recompensa si lograban introducir secretamente en Francia al pasajero, y un pequeño retraso no significaba nada en sus planes. Por otro lado, a aquellos abominables granujas les caía bien el caballero. Suponían que había sido condenado a la pena capital y no sabían a manos de quién había recibido sus heridas, por lo que creyeron hacer una buena obra librándolo del peligro. Así pues, lo subieron a bordo, y el señor fue recuperándose poco a poco en el tiempo que duró la travesía.

Cuando desembarcó en Le Havre-de-Grace se hallaba ya al final de su convalecencia. Sorprendentemente, no dijo a nadie ni una palabra sobre el duelo, y ningún contrabandista sabe, hasta el día de hoy, en qué lance recibió sus heridas ni quién fue el adversario que se las infligió. Si se tratase de otro hombre, podría atribuirse su silencio a un sentimiento de decoro; tratándose de él, solo puede ser atribuido a su orgullo. No soportaba la vergüenza de confesar, ni siquiera a sí mismo, que había sido vencido por el hombre a quien tan cruelmente había despreciado e insultado.

Capítulo VI

Resumen de los acontecimientos que tuvieron lugar durante la segunda ausencia del señor de Ballantrae

Al día siguiente mi patrón amaneció gravemente enfermo. Pero aquella nueva desgracia en su vida iba a ser la última, y quizás en el fondo supuso un alivio para él, ya que ningún dolor corporal podía compararse con los sufrimientos de su alma. La señora Henry y yo permanecimos todo el tiempo junto a su lecho. Milord llamaba de cuando en cuando para informarse de su estado, pero normalmente no pasaba de la puerta. Recuerdo que una vez, cuando casi habíamos perdido la esperanza, se acercó a la cama y contempló durante un rato el rostro de su hijo. Después, dándose la vuelta, hizo un extraño gesto con la cabeza y alzó una mano al cielo en actitud trágica, expresando de aquel modo el dolor que sentía y su profundo desprecio por las cosas terrenales.

Pero durante la mayor parte del tiempo, la señora Henry y yo estábamos solos junto al enfermo. Por las noches nos turnábamos, y de día nos hacíamos compañía, mitigando así la incertidumbre de la espera. Henry, con la cabeza afeitada y envuelta en un paño, se agitaba incesantemente mientras golpeaba la cama con sus puños. Su lengua no descansaba jamás, y su voz fluía monótona como la corriente de un río. Aquel sonido me llegaba al corazón, produciéndome la más insoportable angustia. Pero lo más curioso, y lo que más me mortificaba, era que hablaba continuamente de asuntos sin importancia: idas y venidas, caballos (siempre estaba ordenando que los ensillaran, creyendo quizá, el desgraciado, que podría escapar cabalgando de su sufrimiento), el cuidado de los jardines y las redes para pescar salmones. Pero lo más insufrible era para mí oírle hablar sin descanso de sus tareas cotidianas, citando cifras y discutiendo con los arrendatarios. Nunca mencionaba a su padre ni a su esposa, y tampoco al señor, excepto durante un día o dos en que su mente permaneció continuamente en el pasado y se creía niño de nuevo, ocupado en inocentes juegos infantiles con su hermano. A veces sus palabras nos conmovían profundamente, como en una ocasión en que el señor parecía hallarse en peligro, a juzgar por los gritos de Henry, que repetía con gran agitación:

—¡Jamie se esta ahogando! ¡Por Dios, salvad a Jamie!

Tanto la señora Henry como yo estábamos profundamente afectados. Pero, en general, los delirios de mi patrón no le hacían justicia. Parecía empeñado en justificar las calumnias de su hermano, en demostrar que era un hombre de carácter desabrido cuyo único interés consistía en acumular dinero. De haber estado a solas con él, no me habría importado lo más mínimo; pero mientras le escuchaba, no podía dejar de meditar sobre el efecto que aquellas palabras tendrían sobre su mujer, y para mis adentros pensaba que mi patrón caía cada día más bajo. Yo era el único sobre la faz de la Tierra que le comprendía, y estaba decidido a conseguir que esta comprensión naciese al menos en el corazón de otra persona. Tanto si había de morir, y con él todas sus virtudes, como si lograba salvarse para retornar a aquel legado de sufrimientos que era su memoria, yo estaba decidido a que hubiese alguien que llorase de corazón en el primer caso, y que se alegrase sin reservas en el segundo. Y esa persona debía ser la que él más amaba, es decir, su esposa.

Al no encontrar ocasión de expresarme con franqueza, se me ocurrió dejar por escrito mis revelaciones, y durante varias noches, una vez terminada mi tarea, robaba algunas horas al sueño para preparar lo que podríamos llamar «mi balance». Pero pronto comprobé que esta había sido la parte más sencilla de mi empresa, pues lo que me quedaba por hacer, que era ofrecérselo a mi señora, me parecía en aquel momento superior a mis fuerzas. Durante algunos días me paseé por todos lados con mis papeles bajo el brazo, esperando que algún fragmento de conversación me sirviese de pretexto para abordar el asunto. No puedo negar que se presentaron varias ocasiones propicias, pero siempre que esto sucedía se me hacía un nudo en

la garganta que me impedía hablar, y creo que todavía seguiría yendo por ahí con mi carpeta bajo el brazo de no haberse producido un afortunado incidente que puso fin a mis vacilaciones. Sucedió una noche en que estaba a punto de abandonar el cuarto de mi patrón con un fuerte sentimiento de desesperación por mi cobardía, ya que tampoco aquella vez me había atrevido a introducir el tema.

—¿Qué es lo que lleváis ahí, señor Mackellar? —preguntó la dama—. Hace varios días que os veo ir y venir con esa carga bajo el brazo.

Volví sobre mis pasos sin decir palabra y puse mis papeles sobre la mesa, abandonando la habitación en cuanto ella comenzó a leerlos. Para que el lector pueda hacerse una idea del contenido de aquel «balance», transcribiré a continuación una carta, escrita por mí, que servía de introducción a los documentos, y que, conforme a mi costumbre (una costumbre que considero excelente), todavía conservo. Espero además que este escrito ponga de manifiesto la moderación de mi conducta en aquellos días, algo que ciertas personas se han atrevido a poner en duda.

Durrisdeer, 1757

Mi estimada señora,

Confío en no haber olvidado mi lugar sin motivo. He visto cómo, en el pasado, mi desdichada tendencia a la reserva ha acarreado los mayores males a vuestra noble familia, y no deseo que esto se repita. Los papeles que me he atrevido a poner en vuestras manos son todos ellos documentos familiares que considero dignos de vuestro interés.

Incluyo también un índice con las necesarias aclaraciones.

Mi respetada señora, vuestro más agradecido y seguro servidor,

Ephraim MACKELLAR

ÍNDICE DE DOCUMENTOS

A. Diez cartas de Ephraim Mackellar al Honorable James Durie, señor de Ballantrae, correspondientes al período en que este último residió en París. Fechadas en… (*Siguen las fechas*).
Nota: Para leer en relación con
B. y C.

B. Siete cartas originales del mencionado señor de Ballantrae al mencionado E. Mackellar, fechadas en…
(*Siguen las fechas*).

C. Tres cartas originales del mencionado señor de Ballantrae al Honorable Henry Durie, fechadas en…
(*Siguen las fechas*).
Nota: El señor Henry me encargó que contestara algunas, por lo que incluyo copia de dichas repuestas (A4, A5 y A9). No existen copias de las respuestas del señor Henry, pero su contenido puede deducirse a partir de las cartas de su desnaturalizado hermano.

D. Originales y copias de la correspondencia que, durante un período de tres años que se extiende hasta enero del año en curso, mantuvo el mencionado señor de Ballantrae con el Secretario de Estado del Gobierno inglés; veintisiete en total.
Nota: Encontrado entre los documentos del señor de Ballantrae.

La larga vigilancia junto al enfermo y las continuas preocupaciones me habían dejado agotado, pero aun así aquella noche me fue imposible conciliar el sueño. Permanecí despierto paseando por mi cuarto, intentando imaginar cuáles serían las consecuencias de mi atrevimiento, y a veces me arrepentía de la temeridad que había cometido al inmiscuirme en asuntos tan privados. En cuanto despuntaron los primeros rayos del sol me dirigí a los aposentos del enfermo. La señora Henry había abierto las contraventanas e incluso la ventana, pues la temperatura exterior era muy agradable. Tenía la mirada fija en la distancia, donde no había nada que ver salvo el azul de la mañana sobre los bosques. Al oírme entrar ni siquiera se dio la vuelta, lo cual, según me pareció, no auguraba nada bueno.

—Señora… —comencé; y de nuevo repetí—: Señora… —pero me resultaba imposible pasar de ahí. Y la señora Henry no parecía dispuesta a facilitarme las cosas, pues no pronunció ni una sola palabra de aliento.

Entonces comencé a recoger los documentos, que se hallaban esparcidos sobre la mesa. En seguida me di cuenta de que su volumen había disminuido. Volví a repasarlos una vez y otra, pero la correspondencia con el Secretario de Estado, en la que yo había cifrado tantas esperanzas de cara al futuro, no aparecía por ninguna parte. Miré hacia la chimenea; entre el rescoldo de las brasas revoloteaban negras cenizas de papel quemado. Mi timidez se esfumó al instante.

—¡Por Dios Santo, señora! —exclamé en un tono bastante inadecuado para los aposentos de un enfermo —. Por Dios Santo, ¿qué habéis hecho con mis papeles?

—Los he quemado —repuso la señora Henry volviéndose por fin a mirarme—. Ya es bastante, ya es demasiado que vos y yo los hayamos visto.

—¡Magnífico trabajo el que habéis realizado esta noche! —grité—. Y todo para salvar la reputación de un hombre que se ganaba el pan derramando la sangre de sus camaradas como yo derramo la tinta.

—Para salvar la reputación de la familia a la que servís, señor Mackellar —replicó—, y por la que tanto habéis hecho.

—Una familia a la que no pienso servir por mucho tiempo —exclamé— porque está arruinando mi salud. Me habéis quitado la espada de las manos, dejándonos indefensos a todos. Solo tenía esas cartas para pararle los pies. Y ahora… ¿qué haremos ahora? Nuestra situación es tan delicada que, si regresa, no podríamos negarnos a recibirle; toda la comarca se nos echaría encima. Era la única arma que tenía contra él… y ahora ha desaparecido. Ahora, si quisiera, podría volver mañana mismo, y tendríamos que sentarnos a la mesa con él, pasear con él por la terraza y jugar una partida a los naipes o cualquier otra cosa para entretenerle. ¡No, señora! ¡Que Dios os perdone si puede, porque a mí me es imposible!

—Me asombra vuestra simpleza, señor Mackellar —dijo la señora Henry—. ¿Qué le importa a ese hombre la reputación? En cambio, él sabe lo mucho que significa para nosotros. Sabe que preferiríamos morir a ver esas cartas publicadas, y ¿suponéis que no intentaría aprovecharse de ello? Lo que llamáis vuestra espada, señor Mackellar, y que ciertamente lo habría sido para cualquier hombre con sentido de la dignidad, para él no sería más que una espada de papel. Se habría reído en vuestra cara ante semejante amenaza. No le importa su degradación, ha hecho de ella su fuerza, y es inútil luchar con esa clase de personas.

Al pronunciar estas últimas palabras me pareció que había cierta desesperación en su voz, pero en seguida prosiguió, más calmada.

—No, señor Mackellar; he estado pensando en ello toda la noche, y no hay otra salida. Con documentos o sin ellos, las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para él. ¡Es el heredero legítimo, después de todo! Si intentásemos excluirle, las consecuencias recaerían sobre Henry, y yo habría de ver nuevamente cómo le apedrean por las calles. Si Henry muriese, todo sería diferente. Los vínculos se rompieron a petición de James; así que mi hija heredará la hacienda, y no permitiré que nadie lo ponga en duda. Pero si Henry vive, mi pobre señor Mackellar, y ese hombre decide volver, continuaremos sufriendo. Aunque esta vez estaremos unidos.

En general, me complació mucho la actitud de la señora Henry, y tampoco se puede negar que había cierta lógica en lo que me dijo acerca de los documentos.

—No hablemos más de ello —repuse yo—. Solo lamento haber confiado los originales a una dama, lo cual ha sido, por mi parte, una gran falta de profesionalidad. En cuanto a lo que antes dije acerca de abandonar el servicio de esta familia, no lo dije de corazón. Podéis estar tranquila. Yo pertenezco a Durrisdeer, señora Henry, como si hubiera nacido aquí.

Para ser justo, debo decir que respiró aliviada. Y aquella mañana nació entre nosotros un vínculo de confianza y respeto que habría de durar muchos años.

Aquel mismo día, que en verdad parecía predestinado a la alegría, observamos los primeros signos de mejoría en el señor Henry, y hacia las tres de la tarde siguiente recobró por completo la consciencia y me llamó por mi nombre con grandes muestras de afecto. La señora Henry también se encontraba en la habitación, a los pies de la cama; sin embargo, él parecía no haberla visto. La fiebre había desaparecido, pero aún estaba tan débil que el menor esfuerzo le sumía en seguida en una especie de letargo. A partir de entonces la recuperación continuó lentamente, pero con regularidad. Su apetito mejoraba de día en día, y cada semana que pasaba se hacía más perceptible su aumento de peso y la mejoría de sus fuerzas. A finales de mes ya se levantaba de la cama, e incluso comenzamos a sacarle a la terraza en su sillón.

Fue tal vez en aquella época cuando la inquietud que sentíamos alcanzó su punto culminante. Habíamos dejado de temer por la vida de Henry, pero una nueva y terrible preocupación nos llenaba de angustia. Eramos conscientes de que, antes o después, mi patrón tendría que enfrentarse a la realidad. Sin embargo, los días pasaban y todo seguía igual. Henry iba recobrando las fuerzas, charlaba largamente con nosotros sobre los asuntos más variados, y su padre venía a hacerle compañía de vez en cuando; pero todavía no habíamos abordado en su presencia el tema de la reciente tragedia ni las complicaciones que después habían surgido. ¿Se acordaba el enfermo de lo ocurrido e intentaba desterrarlo de sus pensamientos, o lo había olvidado todo? Ante la duda, debíamos permanecer continuamente vigilantes mientras estábamos con él, y por las noches, en nuestros lechos solitarios, no éramos capaces de conciliar el sueño. Ni siquiera sabíamos cuál de las dos alternativas resultaba preferible, pues ambas nos parecían enfermizas y apuntaban a un trastorno de su cerebro. Estos temores me llevaron a observar su conducta meticulosamente. Descubrí

en él ciertas actitudes infantiles: un buen humor que no encajaba con su anterior carácter, así como un interés desmedido por asuntos intrascendentes que antes habría considerado despreciables. Cuando ocurrió la tragedia, yo era su único confidente y amigo, pues se hallaba distanciado de su esposa. Pero después de su convalecencia, todo cambió; el pasado quedó olvidado, y su mujer pasó a ser lo primero, si no lo único, en sus pensamientos. Vertía en ella todas sus emociones, como hacen los niños con sus madres, y parecía convencido de contar con su simpatía. Acudía a ella siempre que necesitaba algo, llamándola con esa quejumbrosa familiaridad que emplean quienes están seguros de que serán tratados con indulgencia. Y he de decir, para ser justo con la dama, que nunca se vio defraudado. Aquel cambio de comportamiento había afectado profundamente a la señora Henry, y creo que en su interior lo aceptaba como un reproche. Algunas veces, durante los primeros días, la vi escapar a toda prisa del cuarto de su marido para dar rienda suelta a sus lágrimas. Yo, sin embargo, encontraba poco natural aquella transformación, y al analizar en conjunto el estado mental del enfermo, comencé a preguntarme si no habría perdido la razón.

Aquellas dudas habrían de acompañarme muchos años, de hecho hasta la muerte de mi patrón, enturbiando para siempre nuestras relaciones. Cuando estuvo capacitado para retomar el control de sus asuntos, tuve muchas ocasiones para observarle de cerca. No le faltaba entendimiento, ni tampoco autoridad, pero su antiguo interés había desaparecido; en seguida se fatigaba y comenzaba a bostezar. En cuanto a los asuntos económicos, se comportaba con una despreocupación que rayaba en la negligencia, algo de todo punto inconveniente en materia tan delicada. Es cierto que, una vez libres de las continuas exigencias del señor, disfrutábamos de cierta holgura, y no necesitábamos andar regateando en los gastos. Tampoco sus descuidos eran excesivos, pues de haberlo sido, yo jamás le habría secundado. Pero en general, todo apuntaba a un cambio sutil, que no obstante se percibía con claridad; y aunque nadie podría afirmar que mi patrón había perdido el juicio, era innegable que su carácter se había transformado, y así habría de continuar hasta el final. Era como si en sus venas hubiese quedado un rescoldo de la desaparecida fiebre: sus movimientos se habían vuelto más rápidos y su discurso más desordenado, aunque sin llegar a la confusión. Su mente estaba siempre abierta a las sensaciones agradables, que sabía apreciar y aprovechar; pero ante el menor indicio de problemas o sufrimientos reaccionaba con ostensible impaciencia, y en cuanto podía se libraba de este género de impresiones con evidente alivio. Gracias a este temperamento logró la felicidad de sus últimos días, y aún así, su transformación no puede calificarse sino de locura. Una buena parte de esta vida nos la pasamos meditando sobre lo que ya no tiene remedio, pero Henry, cuando no podía evitar la preocupación mediante un esfuerzo de su mente, se proponía eliminar la causa a cualquier precio, de modo que su comportamiento oscilaba entre el del toro y el del avestruz. Esta tenaz cobardía ante el dolor fue, a mi juicio, la responsable de todos los excesos e infortunios que acompañaron a la conducta de mi patrón hasta el momento de su muerte. Fue ciertamente el motivo de que golpeara a
M’Manus,
el mozo de cuadra, algo totalmente contrario a sus antiguos principios, y que dio pie a muchos comentarios en la región. También perdimos por esta causa una suma de casi doscientas libras, cuando yo habría podido reducir estas pérdidas a la mitad si su impaciencia me lo hubiese permitido. Pero él prefería una pérdida segura o una salida desesperada a soportar una prolongación de su sufrimiento mental.

Todo esto me ha llevado a apartarme de nuestro principal problema: ¿Recordaba Henry aquella última y terrible acción suya, o la había olvidado? Y si la recordaba, ¿qué pensaba de lo ocurrido? La verdad me fue revelada bruscamente, produciéndome una de las mayores sorpresas de mi vida. Para entonces mi patrón ya salía de casa, y había comenzado a dar cortos paseos apoyándose en mi brazo o en el de su esposa. En aquella ocasión me había quedado a solas con él en la terraza. De repente se volvió hacia mí con una extraña sonrisa furtiva, como la de un colegial sorprendido en falta; y, sin el menor preámbulo, me susurró al oído:

—¿Dónde le habéis enterrado?

No conseguí articular respuesta. Él insistió:

—¿Dónde le habéis enterrado? Quiero ver su tumba.

Decidí que lo mejor era agarrar el toro por los cuernos.

—Señor Henry —dije—, he de daros una noticia que os alegrará muchísimo. Con toda probabilidad, vuestras manos están limpias de sangre. Todo parece indicar que vuestro hermano no murió en el duelo, sino que tan solo perdió el conocimiento, y fue conducido en ese estado a bordo de un barco. Así que en estos momentos es muy posible que ya se encuentre perfectamente restablecido.

Mientras me escuchaba, la expresión de su rostro era para mí un enigma indescifrable.

—¿James? —preguntó.

—Vuestro hermano James —repuse—. No quisiera alentar una esperanza que podría resultar frustrada,

pero, en el fondo, yo estoy convencido de que sigue con vida.

—¡Ah! —exclamó Henry por toda respuesta; luego, levantándose de su asiento con una agilidad que hasta entonces no había demostrado, puso un dedo sobre mi pecho y, en voz baja y alterada exclamó:

—Mackellar —estas fueron sus palabras—, nada puede matar a ese hombre. No es mortal. Estoy condenado a soportarle por toda la eternidad…, ¡por toda la eternidad de Dios! —y diciendo esto, se sentó de nuevo, cayendo en un porfiado silencio.

Un día o dos más tarde me abordó con la misma sonrisa furtiva, y, mirando en torno suyo como para asegurarse de que nos hallábamos solos, me dijo:

—Mackellar, si averiguáis algo, no dejéis de informarme. Debemos vigilarle, pues de lo contrario volverá a caer sobre nosotros cuando menos lo esperemos.

—No volverá a aparecer por aquí —repuse yo.

—Sí, ¡sí que aparecerá! Donde quiera que yo esté, allí estará él —dijo Henry, mirando de nuevo a su alrededor.

—No debéis obsesionaros con esas ideas, señor Henry.

—No, es cierto, es un buen consejo. No volveremos a pensar en ello, a menos que os lleguen noticias. Y, además, aún no hay nada seguro… Podría estar muerto.

Por la forma en que dijo esto último, tuve la absoluta certeza de algo que hasta entonces no me había atrevido siquiera a sospechar: lejos de arrepentirse de su acción, Henry lamentaba tan solo no haberla llevado a buen término. Pero me guardé este descubrimiento para mí mismo, pues de otro modo habría podido perjudicarle en su relación con su esposa. Lo cierto es que mis precauciones fueron inútiles, pues la dama lo había adivinado todo, y encontraba naturales los sentimientos de su marido. En el fondo los tres pensábamos lo mismo, y en Durrisdeer ninguna noticia habría sido tan bien recibida como la de la muerte del señor de Ballantrae.

Esto me impulsa a hablar de *milord*, que constituía una excepción en este sentido. En cuanto mi ansiedad por la salud de Henry comenzó a remitir, pude darme cuenta del cambio que se había operado en su anciano padre, un cambio que presagiaba las más fatales consecuencias. Su rostro aparecía hinchado y pálido, y cuando se sentaba junto al fuego con su batín, no tardaba en quedarse adormilado, dejando caer el libro entre las cenizas. Algunas veces caminaba arrastrando las piernas, y otras tartamudeaba al hablar. La gentileza de sus modales se había acentuado; al menor problema se deshacía en excusas y siempre estaba pendiente de todos. A mí me trataba con una cortesía que me resultaba extremadamente halagadora. Cierto día en que había mandado llamar a su abogado, manteniendo con él una larga entrevista privada, le sorprendí atravesando el salón con penosa dificultad. Entonces me cogió amablemente de la mano y me dijo:

—Señor Mackellar, he tenido muchas ocasiones de apreciar como es debido vuestros servicios. Y hoy, al rehacer mi testamento, me he tomado la libertad de nombraros uno de mis albaceas [70]. Creo que, por el amor que le tenéis a esta casa, accederéis a desempeñar el papel que os he encomendado.

En aquella época, se pasaba casi todo el día sumido en un sueño del que a veces era muy difícil sacarle. Parecía haber perdido la cuenta de los años y muchas veces (sobre todo al despertarse) llamaba a su mujer y a un sirviente sobre cuya tumba crecía el musgo hacía tiempo. De haberme visto obligado a prestar juramento, le habría declarado incapaz de testar. Y sin embargo, nunca vi un testamento redactado con mayor sensibilidad y sentido común, ni mayor perspicacia a la hora de juzgar hechos y personas.

Su deterioro, aunque no se prolongó demasiado, avanzaba con gran lentitud. Sus facultades fueron debilitándose poco a poco; la fuerza de sus miembros era cada vez menor y se había quedado completamente sordo. Su discurso fue convirtiéndose en un murmullo ininteligible, aunque conservó hasta el final algo de su antigua amabilidad, que afloraba de nuevo cuando apretaba la mano con calor a cualquiera que le ayudase, o cuando me obsequiaba con uno de sus libros en latín, en el que había escrito trabajosamente mi nombre, y en otras mil ocasiones, haciéndonos sentir con mayor viveza aún, si cabe, la magnitud de la pérdida que estábamos sufriendo. Hacia el final, recuperaba a ratos la capacidad de articular palabras; era como si hubiese olvidado el arte del discurso igual que un niño olvida la lección, aunque a veces volviese en parte a su memoria. En la última noche de su vida, quebró de repente el silencio del cuarto con estas palabras de Virgilio: «*Gnatique patrisque, alma, precor, miserere*» [71], que pronunció perfectamente, y con la entonación apropiada. Al oír el claro y repentino sonido de su voz, interrumpimos con sorpresa nuestras ocupaciones y nos volvimos hacia él, pero en vano, pues continuó sentado en silencio y con expresión vacía. Poco después le acostamos, y la tarea resultó más difícil que nunca. Luego, en algún momento de la noche y sin ningún sufrimiento físico, su espíritu le abandonó.

Pasado mucho tiempo tuve la oportunidad de comentar estos pormenores con un doctor en medicina, un

médico de tan alta reputación que creo preferible no mencionar aquí su nombre. En su opinión, tanto el padre como el hijo padecían la misma enfermedad, debida, en el caso de *milord*, a la tensión producida por su atroz dolor moral, y en el caso de Henry, a la excitación de la fiebre. Los dos habrían sufrido la rotura de un vaso sanguíneo en el cerebro; según el doctor, es probable que hubiese en la familia cierta predisposición a este tipo de accidentes. El padre sucumbió, el hijo recuperó la apariencia externa de un hombre saludable. Pero era como si algo hubiese quedado destruido en esos delicados tejidos donde el alma reside mientras se ocupa de los asuntos terrenos; pues en su existencia celeste, albergo la esperanza de que no se halle así sometida a los accidentes materiales. Aunque, meditándolo mejor, todo esto importaría muy poco, ya que Aquel que nos ha de juzgar por nuestras obras es el mismo que nos dotó de tal fragilidad.

La muerte del anciano caballero nos brindó una nueva sorpresa a los que vigilábamos la conducta de su sucesor. Para cualquiera que reflexionase un poco, era evidente que entre los dos hijos habían matado al padre; y del que había empuñado la espada casi podría decirse que lo había asesinado con sus propias manos. Sin embargo, estos pensamientos no parecían turbar el alma del nuevo *lord* . Su semblante mostraba la gravedad conveniente en estos casos. Parecía, todo lo más, levemente afectado, pero en su tristeza no había el menor rastro de amargura. Hablaba del fallecido con cariñosa nostalgia, contando viejas anécdotas de su carácter, y sonriendo, al recordarlas, con la conciencia limpia. Cuando llegó el día del funeral, hizo los honores con toda propiedad. Me di cuenta, además, de que experimentaba una gran satisfacción ante la herencia del título, mostrándose muy puntilloso a la hora de exigirlo.

Entra en escena ahora un nuevo personaje que también habría de representar un papel en esta historia. Me refiero al actual *lord* , Alexander, cuyo nacimiento, el 17 de julio de 1757, colmó de felicidad a mi pobre patrón. Ya no le quedaba nada que desear, ni tiempo libre para pensar en ello. No creo que haya existido jamás un padre tan amante y cariñoso como él. Siempre estaba inquieto cuando su hijo se hallaba ausente. ¿Había salido el niño? Se podía ver al padre vigilando las nubes por si llovía. ¿Era de noche? Se levantaba de la cama para contemplar el sueño de su hijo. Su conversación aburría a los desconocidos, ya que apenas hablaba de otra cosa que no fuera el niño. En los asuntos de la hacienda, todo se hacía pensando en Alexander; por ejemplo: «Pongamos manos a la obra en seguida, así el bosquecillo ya estará crecido cuando Alexander alcance la mayoría de edad»; o bien: «Esto coincidirá muy apropiadamente con la boda de Alexander». Cada día que pasaba se hacía más patente esta absoluta dedicación, que dio pie a muchas escenas tiernas y a alguna que otra bastante censurable.

Muy pronto el niño comenzó a andar solo y a salir con su padre, al principio solo hasta la terraza y de la mano, más tarde a lo largo y ancho de los jardines, convirtiéndose en la principal ocupación de *milord*. El sonido de sus voces (que se oía a gran distancia, ya que hablaban muy alto) se hizo familiar en todo el contorno, y yo, por mi parte, lo encontraba más agradable que el canto de los pájaros. Era hermoso verlos a los dos regresar llenos de brezo, ambos con las mejillas encendidas, y el padre a veces tan manchado de barro como el hijo, pues ambos participaban por igual en toda clase de juegos infantiles, excavando en la playa, construyendo diques en los arroyos y cosas por el estilo. Y los he visto a ambos contemplando el ganado desde una valla con la misma admiración infantil.

Estas divagaciones me traen a la memoria una extraña escena de la que fui testigo. Había un paseo que nunca dejaba de producirme una violenta emoción; muchas veces lo había emprendido para realizar misiones desagradables, y habían ocurrido en él acontecimientos desastrosos para la casa de Durrisdeer. Pero el sendero era fácilmente accesible desde cualquier punto más allá de Muckle Ross, y, muy a mi pesar, me veía obligado a recorrerlo al menos una vez cada dos meses. Sucedió cuando Alexander tenía unos seis o siete años. Aquella mañana yo había tenido que ocuparme de cierto asunto en la zona, y de regreso a casa, a eso de las nueve, me interné en la espesura. Era un día radiante. Estábamos en la época del año en que los bosques se visten con todos los colores de la primavera; todos los espinos habían florecido, y los pájaros se hallaban en plena temporada de canto. En contraste con aquel júbilo, el sendero entre los arbustos resultaba más lúgubre que nunca, y yo me sentía oprimido por los más negros recuerdos. Presa de semejante estado de ánimo, me desagradó oír voces un poco más adelante y reconocer en ellas a *milord* y Alexander. Apreté el paso y muy pronto los tuve ante mis ojos. Se encontraban juntos en el claro donde se había celebrado el duelo; *milord* apoyaba la mano en el hombro de su hijo y hablaba con gravedad. Pero cuando alzó la cabeza ante mi llegada, me pareció que su rostro se iluminaba.

—¡Ah! —dijo—. Aquí viene el bueno de Mackellar. Estaba contándole a Sandie la historia de este lugar, y cómo hubo un hombre al que el diablo trajo aquí para matarlo, y cómo luego se cambiaron las tornas y el hombre estuvo a punto de matar al diablo.

Ya me había parecido bastante raro que llevase al niño a aquel paraje; pero que encima le estuviese contando lo ocurrido era ya demasiado. Sin embargo, aún faltaba lo peor, pues volviéndose hacia su hijo, añadió:

—Puedes preguntarle a Mackellar; él estaba aquí y lo vio todo.

—¿De veras visteis al diablo? —preguntó el niño.

—No conozco ese cuento; y mis asuntos me apremian —dije ásperamente, tratando de evitar el embarazoso asunto; y de repente volvió a mi espíritu la amargura del pasado y el terror de aquella escena a la luz de las velas. Me asaltó el pensamiento de que, por unos segundos de diferencia en la rapidez del ataque, el muchachito que ahora tenía ante mí jamás habría llegado a nacer [72]; y la emoción que siempre me embargaba al internarme en la negra espesura estalló en palabras.

—¡Pero es cierto que en estos bosques conocí al diablo, y aquí mismo le vi caer aniquilado! —exclamé —. ¡Bendito sea Dios por habernos dejado escapar con vida! ¡Bendito sea Dios por permitir que los muros de Durrisdeer sigan en pie! Y si alguna vez pasáis por aquí de nuevo, señor Alexander, aunque sea dentro de cien años, y aunque vayáis en la más alegre y noble compañía, yo en vuestro lugar me detendría un momento a rezar una oración.

Milord asintió gravemente con la cabeza.

—¡Ah! Mackellar tiene razón, como siempre —dijo—. Ven, Alexander, quítate la gorra —él mismo se descubrió la cabeza y, alzando una mano hacia el cielo, exclamó—: Tanto yo como mi hijo te damos gracias, Dios mío, por las grandes mercedes que de ti hemos recibido. Permítenos disfrutar de un poco de paz, y defiéndenos del malvado. ¡Destruye, oh Dios, su mentirosa boca!

Sus últimas palabras se le escaparon como un grito. En aquel momento, la ira que despertaban en él los recuerdos debió ponerle un nudo en la garganta, o quizás cayera en la cuenta del extraño rumbo que había tomado su plegaria; lo cierto es que se interrumpió bruscamente, y al cabo de un momento volvió a ponerse el sombrero.

—Creo que habéis olvidado algo, *milord* —intervine yo—. Dios mío, perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Porque tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor. Amén.

—¡Ah, eso es fácil decirlo! —dijo *milord*—. Es muy fácil decirlo, Mackellar. ¡Perdonar yo! Sería un estúpido si pretendiese fingir que eso es posible.

—¡El pequeño, *milord*! —exclamé con severidad, pues juzgué que su modo de expresarse no era apropiado para los oídos de un niño.

—Sí, es verdad —repuso—. Todo esto es demasiado lúgubre para el chico. Vayamos a buscar nidos.

No recuerdo si fue aquel mismo día, pero no mucho después, *milord* me abordó a solas para hacerme nuevas confidencias.

—Mackellar —comenzó—. Ahora soy un hombre muy feliz.

—Así lo creo, *milord* —dije yo—, y el espectáculo de vuestra felicidad es algo que me llena de alegría.

—Pero la felicidad implica ciertas obligaciones, ¿no estáis de acuerdo? —inquirió, pensativo.

—Estoy de acuerdo, *milord* —repuse—, aunque lo mismo vale para la desgracia. Si no hemos venido a este mundo para hacer el bien, en mi humilde opinión sería mejor para todos abandonarlo cuanto antes.

—Ya, pero si estuvieseis en mi lugar, ¿le perdonaríais? —preguntó él.

El ataque fue tan directo que me desconcertó.

—Es un deber al que no podemos sustraernos —contesté.

—¡Bah! —exclamó—. ¡Eso es hacer frases! ¿Le habéis perdonado vos?

—Bueno… ¡No! ¡Qué Dios me perdone, no he podido!

—¡Estrechémonos las manos por eso! —dijo *milord* con cierta jovialidad.

—Es un mal sentimiento para que dos cristianos lo celebren con un apretón de manos —objeté yo—. Preferiría ofreceros la mía en otra ocasión más ejemplar.

Esto último lo dije con una leve sonrisa; pero *milord* salió de la habitación riendo a carcajadas.

No encuentro la expresión adecuada para describir la esclavitud en que había caído el caballero con respecto a su hijo. Su obsesión por él le estaba destruyendo. Todo lo demás, la hacienda, sus amigos y su esposa, quedaba ahora en un segundo plano, y solo se acordaba de ellos realizando un penoso esfuerzo, como quien tiene que vencer su repugnancia para tragar una amarga medicina. Lo más sorprendente era su actitud para con su esposa. Desde que llegué a Durrisdeer, ella siempre había estado presente en sus pensamientos, y sus ojos le atraían como una piedra imán. Pero ahora la descuidaba por completo. Recuerdo haberle visto entrar en una habitación y mirar en torno suyo, ignorando a mi señora como si fuera un perro sentado junto al fuego. Buscaba a Alexander, y ella lo sabía muy bien. Más de una vez le he

escuchado dirigirse a su mujer con tal brusquedad que he estado a punto de intervenir. El motivo siempre era el mismo: la dama se había opuesto de algún modo a los deseos de Alexander. Esto, sin duda, era una expresión de la Justicia divina; las tornas se habían vuelto contra la señora y ella, que durante tantos años había respondido con frialdad a cualquier gesto de ternura, se veía ahora desplazada.

De todo ello resultó una situación completamente insólita: había de nuevo dos bandos en la casa, pero esta vez yo militaba en el de la señora. No es que hubiese dejado de querer a mi patrón; pero, por un lado, él apenas frecuentaba ya mi compañía, y por otro, no podía dejar de comparar el caso de Alexander con el de Katharine, a quien *milord* jamás había hecho el menor caso. En tercer lugar, me sentía herido por su cambio de actitud respecto a su mujer, que a mis ojos era una especie de infidelidad. Además, no podía sino admirar la constancia y la gentileza con que la dama seguía prodigándole sus atenciones. Tal vez sus sentimientos por *milord*, nacidos de la compasión, eran más los de una madre que los de una esposa; quizás, si se me permite decirlo, le complacía ver a sus dos niños tan felices el uno con el otro, y más aún teniendo en cuenta que uno de ellos había sufrido tan injustamente en el pasado. Pero no obstante, y pese a que nunca observé en ella la menor muestra de celos, a partir de entonces se dedicó en cuerpo y alma a la olvidada Katharine; y yo, por mi parte, pasaba cada vez más tiempo junto a la madre y la hija. Sería fácil pecar de excesivo y exagerar la importancia de este alejamiento. En general era una familia agradable, parecida a otras muchas; pero la división existía. No estoy seguro de que *milord* fuese consciente de ello, pero todos los demás lo sabíamos, y, de un modo u otro, esta certeza nos hacía sufrir.

Lo que más nos preocupaba, sin embargo, era el grave y creciente peligro que el niño corría ante esta situación. Milord estaba repitiendo los errores de su padre, y era de temer que su hijo se convirtiese en un segundo señor de Ballantrae. El tiempo ha demostrado que nuestros temores eran exagerados. Lo cierto es que hoy en día no existe en Escocia un caballero más digno de aprecio que el séptimo *lord* Durrisdeer. En cuanto a los motivos que me han impulsado a abandonar su servicio, no sería apropiado que yo los relatase, pues estaría fuera de lugar en estas memorias, que tienen como objeto justificar a su padre…

> *Nota del Editor: Se omiten aquí cinco páginas del manuscrito de Mackellar. Su lectura me ha producido la impresión de que este se había transformado, con la edad, en un sirviente demasiado quisquilloso. No se alega nada preciso en contra del séptimo* lord *Durrisdeer, quien, en todo caso, queda fuera de esta historia. –*
> *R. L. S.*

… Pero en aquella época temíamos que *milord* terminase haciendo del niño una copia de su hermano. La señora había tratado de introducir ciertas dosis de sana disciplina, aunque se había rendido en seguida; pero ahora los observaba con secreta consternación, y a veces incluso aludía a ello de forma indirecta. En numerosas ocasiones, cuando llegaba a sus oídos alguna nueva muestra de la escandalosa indulgencia de *milord*, no podía reprimir un gesto o una exclamación que la traicionaban. En cuanto a mí, aquellos temores me perseguían día y noche, y no tanto por el hijo como por el padre. El hombre se había dormido, vivía en un sueño, y un brusco despertar tendría consecuencias funestas para él. Si su hijo moría, no era probable que sobreviviese a la tragedia; y la posibilidad de verle deshonrado me hacía esconder el rostro entre las manos.

Esta continua preocupación me condujo finalmente a reconvenirle. La cosa merece ser narrada con todo detalle. Milord y yo estábamos cierto día sentados en mi despacho, ocupados en un tedioso asunto que exigía gran meticulosidad. Como ya he dicho, el caballero había perdido todo su antiguo interés por estas tareas, y era evidente que ardía en deseos de acabar. Parecía aburrido y molesto, y nunca le había visto tan envejecido como entonces. Supongo que fue su lúgubre expresión lo que me impulsó de repente a hablar con claridad.

—Milord —comencé sin levantar la cabeza de mis papeles, fingiendo que seguía trabajando—, o mejor, permitidme que vuelva a llamaros señor Henry, porque temo vuestra cólera y deseo que tengáis presentes los viejos tiempos…

—Mi buen Mackellar —dijo él, y había tanta amabilidad en su voz que estuve a punto de abandonar mi propósito. Pero me recordé a mí mismo que lo que iba a decirle era por su bien, y decidí seguir adelante.

—¿Nunca os habéis parado a reflexionar sobre lo que estáis haciendo? —pregunté.

—¿Sobre lo que estoy haciendo? —repitió—. Nunca se me han dado bien los acertijos.

—Lo que estáis haciendo con vuestro hijo —dije yo.

—Bien —repuso en tono desafiante—, ¿y qué estoy haciendo con mi hijo?

—Vuestro padre era un hombre muy bueno —dije, rehuyendo una respuesta directa—. Pero ¿creéis que fue un padre prudente?

Tardó un rato en contestarme; finalmente, replicó:

—No tengo nada que decir contra él, aunque quizá me sobren motivos para hacerlo; pero no, no diré nada en su contra.

—Ahí lo tenéis. Al menos reconocéis que no os faltarían motivos. Sin embargo, vuestro padre era un buen hombre; nunca he conocido otro mejor, ni más prudente, excepto en un asunto. Y donde él tropezó, es muy posible que otros lo hagan. Tenía dos hijos…

Milord descargó un violento puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué significa esto? —gritó—. Vamos, ¡hablad!

—Lo haré —repuse con la voz casi ahogada por los latidos de mi corazón—. Si continuáis malcriando al señor Alexander, estaréis siguiendo los pasos de vuestro padre. Tened cuidado, *milord*, si no queréis que, cuando crezca, él siga los del señor de Ballantrae.

Yo no tenía intención de hablar con tanta crudeza, pero el terror extremo hace nacer en nosotros una especie de coraje brutal, el más brutal de todos. Al pronunciar aquellas sinceras palabras, había quemado mis naves. Nunca llegué a obtener una respuesta. Cuando alcé la cabeza, *milord* se había puesto en pie, y a continuación cayó pesadamente al suelo. El ataque no duró mucho. Cuando volvió en sí tenía la mirada perdida; se llevó las manos a la cabeza, que en aquel momento yo sujetaba entre las mías, y dijo, con la voz quebrada:

—Me he puesto enfermo —añadiendo en seguida—: Ayudadme.

Le ayudé a ponerse en pie; parecía mantener el equilibrio sin dificultad, aunque permanecía apoyado en la mesa.

—Me he puesto enfermo, Mackellar —repitió—. Sentí que algo se rompía, o que estaba a punto de romperse, y luego todo comenzó a darme vueltas. Creo que estaba muy enfadado, Mackellar; pero no os preocupéis, amigo mío. Nunca os tocaría un solo pelo de la cabeza. Han pasado muchas cosas, muchas cosas que nos unen. Pero creo, Mackellar, que voy a ir a buscar a la señora Henry —y, apenas dijo esto, salió con paso firme de la habitación, dejándome abrumado por mis remordimientos.

Al poco tiempo la puerta se abrió de golpe, y la señora irrumpió en el despacho echado chispas por los ojos.

—¿Qué es todo esto? —exclamó—. ¿Qué le habéis hecho a mi marido? ¿Es que nunca aprenderéis cuál es vuestro lugar en esta casa? ¿Nunca cesaréis de enredar y entrometeros?

—Señora —repliqué—. Desde que estoy en esta casa he tenido que escuchar muchas palabras duras. Durante algún tiempo fueron mi alimento diario, y me las tragué todas. Pero hoy podéis decirme lo que os plazca, pues nunca encontraréis términos lo bastante expresivos como para describir mi torpeza. Y sin embargo, mi intención era buena…

Describí lo ocurrido con sencillez, tal y como lo he hecho en estas páginas. Cuando me hubo escuchado, se quedó pensativa, y vi cómo su enfado se disipaba.

—Sí, es cierto que obrasteis de buena fe. También yo he tenido la misma idea, o mejor dicho, la misma tentación, y por eso os perdono. Pero ¡por Dios Santo! ¿No comprendéis que ya no puede más? ¡No puede más! —exclamó—. La cuerda está muy tensa y puede romperse en cualquier momento. ¿Qué importa el futuro si podemos disfrutar de unos pocos días felices?

—Amén —contesté yo—. No volveré a inmiscuirme. Me contento con que hayáis reconocido la rectitud de mis intenciones.

—Sí —repuso—, pero he de suponer que en el momento de la verdad os faltó el valor, pues lo que dijisteis lo dijisteis con crueldad —se detuvo y me miró en silencio; luego, sonriendo un poco, hizo una observación de lo más singular:

—¿Sabéis lo que sois, señor Mackellar? ¡Sois una vieja solterona!

No ocurrieron más incidentes dignos de mención en la familia hasta el retorno del malhadado señor de Ballantrae. Pero debo insertar aquí un segundo extracto de las memorias del caballero Burke, que, además de ser interesante en sí mismo, resulta necesario para el curso de la narración. Es lo único que sabemos sobre los viajes del señor por la India, y la primera vez que se menciona a Secundra Dass. Hay un hecho que aparece claramente establecido en estas páginas y que, de haberlo sabido hace veinte años, nos habría ahorrado un sinfín de sufrimientos y calamidades: ¡Secundra Dass hablaba inglés!

Capítulo VII

Aventuras del caballero Burke en la India

Extracto de sus Memorias

… Así que allí estaba yo, en las calles de aquella ciudad cuyo nombre no consigo recordar, pues incluso entonces estaba tan poco familiarizado con ella que no sabía si tirar hacia el Norte o hacia el Sur. La alarma había sido tan repentina, que había salido corriendo sin medias ni zapatos; luego, durante la refriega, perdí el sombrero, y todo mi equipo cayó en manos de los ingleses. No me quedaba más compañero que un cipayo [73], ni más arma que mi espada, y en el bolsillo no tenía ni un maldito penique. En resumen: mi situación era idéntica a la de esos personajes que el señor Galland [74] nos ha dado a conocer en sus elegantes historias. Como recordaréis, aquellos caballeros estaban siempre envueltos en extraordinarias peripecias; y yo, al igual que ellos, me encontraba a punto de correr una aventura tan sorprendente que ni siquiera hoy puedo hallarle explicación.

El cipayo era un hombre honrado. Había servido muchos años bajo la bandera francesa, y habría dado gustoso su vida por cualquiera de los valerosos compatriotas del señor Lally. Aunque he olvidado su nombre, se trata del mismo tipo que una vez se había portado tan generosamente con nosotros. Ya he contado antes que Fessac y yo estábamos completamente ebrios cuando él nos encontró detrás de la muralla, y nos cubrió de paja para ocultarnos a los ojos del comandante que pasaba por allí. Le consulté, por tanto, con total confianza. No sabíamos qué hacer, pero finalmente decidimos escalar las tapias de un jardín para dormir a la sombra de los árboles y, si la ocasión se presentaba, hacernos con un turbante y un par de zapatillas. En aquella zona de la ciudad, la única dificultad residía en escoger, pues abundaban las casas con jardín, y los senderos que separaban unas de otras estaban desiertos a esa hora de la noche. Ayudé a trepar al cipayo y pronto estuvimos ambos al otro lado, en un amplio recinto lleno de árboles. La hierba se hallaba cubierta de rocío, que en esas regiones es muy nocivo para la salud, sobre todo para los blancos. Pero era tal mi cansancio que ya me había quedado medio dormido, cuando súbitamente el cipayo me hizo volver a la realidad. De repente, una intensa luz había iluminado el fondo del jardín, y allí continuaba, brillando entre las hojas. Era algo totalmente inusual en aquel paraje y a aquella hora; dada nuestra situación, debíamos actuar con cautela. Envié al cipayo a reconocer el terreno y al poco rato volvió para informarme de que no habíamos podido caer en peor sitio, ya que la casa pertenecía a un blanco que tenía todo el aspecto de ser inglés.

—¡A fe mía! Si hay por aquí un hombre blanco, iré a echarle un vistazo. Porque, gracias a Dios, ¡no todos son de la misma clase!

El cipayo me condujo hacia un lugar desde donde se podía ver la casa con toda claridad. Estaba rodeada de una amplia galería, y una lámpara bien alimentada ardía en el suelo. A cada lado de la lámpara había un hombre sentado con las piernas cruzadas, a la manera oriental. Ambos vestían ropas de muselina, como los nativos, pero uno de ellos no solo era blanco, sino que además se trataba de alguien bien conocido, tanto para mí como para el lector, pues no era otro que el mismísimo señor de Ballantrae, cuyo ingenio y valor ya he destacado en más de una ocasión. Me habían llegado rumores de que estaba en la India, aunque nunca nos habíamos encontrado, y apenas sabía cuáles eran sus ocupaciones. Tan pronto como le hube reconocido, y recordando nuestra antigua camaradería, pensé que mis tribulaciones estaban a punto de concluir. Avancé abiertamente a la luz de la luna, que brillaba con inusitada fuerza, y, llamándole por el nombre de Ballantrae, en pocos minutos le puse al corriente de mi penosa situación. Él se volvió sin demostrar sorpresa alguna y me miró fijamente a la cara mientras hablaba. En cuanto hube terminado, se dirigió a su acompañante utilizando el bárbaro dialecto local. El otro hombre, de aspecto extraordinariamente delicado, con las piernas largas como bastones y los dedos semejantes a la caña de una pipa [75], se puso en pie.

—El *sahib* [76] no entiende lengua inglesa —dijo—. Yo sí entiendo, y veo que tú haber cometido pequeño error; ¡oh!, eso ser bastante frecuente. Pero *sahib* quiere saber cómo tú haber entrado en el jardín.

—¡Ballantrae! —exclamé—. ¿Tenéis el descaro de negar en mi propia cara que nos conocemos?

Sin mover ni un músculo, Ballantrae me contempló con ojos inexpresivos, como la estatua de una pagoda.

—El *sahib* no entiende lengua inglesa —repitió el nativo con la misma hipocresía de antes—. Querer saber cómo tú haber entrado en el jardín.

—¡Que el diablo se lo lleve! —exclamé yo—. Así que le gustaría saber cómo he entrado en el jardín, ¿no es eso? Muy bien; ahora, buen hombre, si sois tan amable, decidle al *sahib*, con todo mi cariño, que somos dos soldados a los que nunca ha visto y de los que nunca ha oído hablar, pero que el cipayo es un tipo de cuidado, y yo también; y si no nos ofrece un buen plato de carne, un turbante y unas zapatillas, además de un mohur [77] de oro en moneda pequeña, para mayor comodidad, os aseguro que podría señalaros un jardín en el que va a haber bronca.

Llevaron su comedia hasta el extremo de conversar en indostano [78] durante un rato, tras lo cual el indio dijo sin perder la sonrisa, aunque suspirando como si estuviese cansado de repetir lo mismo:

—El *sahib* quiere saber cómo tú haber entrado en el jardín.

—¡Conque esas tenemos! —dije; y, desenvainando mi espada, ordené al cipayo que hiciese lo propio.

El hindú, sin dejar de sonreír, sacó una pistola de entre sus ropas, y aunque Ballantrae no hizo el menor movimiento, yo le conocía lo suficiente como para saber que estaba en guardia.

—*Sahib* cree que tú mejor marcharte —dijo el hindú.

Bueno, para ser franco, era lo mismo que estaba pensando yo; porque el sonido de un disparo, a menos que hubiese intervenido la divina providencia, habría bastado para llevarnos a ambos a la horca.

—Decidle al *sahib* que no es un caballero —dije, y les volví la espalda con un gesto de desprecio.

Apenas había avanzado tres pasos cuando la voz del hindú me llamó de nuevo.

—El *sahib* quiere saber si tu ser un maldito y rastrero irlandés —dijo, mientras Ballantrae sonreía haciendo una profunda reverencia.

—¿A qué os referís? —le interrogué.

—El *sahib* dice que tú preguntar a tu amigo Mackellar —repuso el hindú—. El *sahib* dice que ahora vosotros estar empatados.

—Decidle al *sahib* que la próxima vez que me lo encuentre le daré un buen remedio para su marrullería escocesa —grité.

Ambos me contemplaron mientras me alejaba, todavía con la sonrisa en sus labios.

Indudablemente, no puede decirse que mi proceder haya sido siempre impecable. Y cuando un hombre, por valiente que sea, apela a la posteridad con un relato de sus hazañas, debe estar preparado para compartir el destino de César y Alejandro, haciendo frente a los posibles detractores. En todo caso, nadie podrá acusar jamás a Francis Burke de haberle vuelto la espalda a un amigo…

(Sigue aquí un pasaje que el caballero Burke se ha tomado el trabajo de tachar antes de enviarme su manuscrito. Sin duda se trata de una queja, muy natural por otro lado, respecto a la indiscreción que, a su modo de ver, yo había cometido. Lo cierto es que no recuerdo haber hecho tal cosa. Quizás el señor Henry fue menos precavido. También es posible que el señor de Ballantrae encontrase la forma de registrar mi correspondencia, y que él mismo hubiese leído la carta de Troyes; luego, cuando tuvo oportunidad se vengó del señor Burke con aquella broma cruel, en un momento de extrema necesidad para el pobre caballero. El señor de Ballantrae, a pesar de su maldad, no carecía de afectos humanos, y yo creo que al principio apreciaba sinceramente al señor Burke; pero la sospecha de una traición había secado las fuentes de aquella superficial amistad, sacando a relucir su detestable carácter. –E. MACKELLAR).

Capítulo VIII
El enemigo en casa

Es muy raro que yo no recuerde con precisión una fecha; una fecha, además, en la que ocurrió un incidente que iba a cambiar el curso de mi vida, y que nos envió a todos a tierras extranjeras. Pero lo cierto es que mis costumbres se vieron alteradas, y aquel desorden se refleja en mi diario; durante una o dos semanas ni siquiera escribí la fecha y, en conjunto, cuanto allí se dice da la impresión de haber sido escrito por un hombre desesperado.

En cualquier caso, fue a finales de marzo o a comienzos de abril de 1764. Tras un pesado sueño, me desperté con la premonición de que algo malo iba a sucedernos. Aquella sensación se apoderó con tal fuerza de mi espíritu que me lancé escaleras abajo en camisa, y recuerdo que la mano me temblaba sobre la balaustrada. La mañana era fría y el sol brillaba sobre un espeso manto de escarcha. Los mirlos gorjeaban con indescriptible dulzura en torno a la mansión de Durrisdeer, y el rumor del mar se oía en todas las habitaciones. Al llegar a las puertas del salón, me detuvo el sonido de unas voces. Me acerqué un poco más y de nuevo me paré a escuchar, mientras me invadía la impresión de hallarme en mitad de un sueño. Se trataba, sin duda, de una voz humana, y estábamos en la casa de mi patrón, pero yo no podía reconocerla. Hablaba en una lengua humana, y estábamos en mi país natal, pero yo no entendía ni una palabra. Me vino a la mente un cuento antiguo, acerca de un hada (aunque quizás fuese tan solo una vagabunda desconocida) que llegó a la aldea de mis padres hace algunas generaciones y se quedó allí durante una semana, hablando a menudo en una lengua que no tenía ningún significado para sus oyentes; después partió como había llegado, amparándose en la oscuridad de la noche, sin haber revelado ni siquiera su nombre. Tenía cierto miedo, pero la curiosidad era más fuerte; así que abrí la puerta del salón, y entré.

Los restos de la cena aún se encontraban sobre la mesa. Las contraventanas permanecían cerradas, aunque el sol se filtraba ya por las rendijas, y la amplia estancia se hallaba iluminada por una sola vela y por el resplandor del fuego. Junto a la chimenea estaban sentados dos hombres. A uno de ellos, que iba envuelto en una capa y calzaba botas, lo reconocí en seguida: era aquel pájaro de mal agüero, que había regresado. El otro, que se había arrimado a las brasas de la chimenea, llevaba sus ropas enrolladas al cuerpo como las momias, y solo pude deducir que se trataba de un extranjero, de tez más oscura que la de ningún europeo, de complexión frágil, con una frente singularmente despejada y una mirada impenetrable. En el suelo había varios paquetes y una maleta pequeña. A juzgar por lo reducido del equipaje y por el estado en que se encontraban las botas del señor, torpemente remendadas por algún zapatero poco escrupuloso, parecía que su maldad no le había ayudado a prosperar.

Al oírme entrar se puso en pie; nuestras miradas se cruzaron y, no sé por qué razón, mi audacia tomó alas como una alondra en una mañana de mayo.

—¡Ja! ¿Conque sois vos? —dije, y me sentí complacido por el tono despreocupado de mi voz.

—Yo mismo en persona, mi apreciado Mackellar —contestó el señor de Ballantrae.

—Esta vez os habéis traído el perro negro detrás —continué.

—¿Os referís a Secundra Dass? —preguntó el señor—. Permitidme que os presente. Este caballero es natural de la India.

—¡Hum! —exclamé—. No me gustáis ni vos ni vuestros amigos, señor Bally. Pero voy a hacer que entre un poco de claridad para veros mejor —y, diciendo esto, abrí las contraventanas del lado este.

A la luz del día advertí los cambios que se habían operado en él. Más tarde, cuando ya estábamos todos reunidos, me sorprendió comprobar que el paso de los años apenas había dejado huellas en su físico; pero mi primera impresión fue muy distinta.

—Os estáis haciendo viejo —observé. Su semblante se ensombreció.

—Si pudierais veros, quizás no sacaríais a relucir ese tema —dijo.

—Bah —repliqué—. Los años no significan nada para mí. Gracias a Dios, ahora soy más conocido y respetado que en mi juventud, ¡cosa que no todo el mundo puede decir, señor Bally! Las arrugas de vuestra frente son huellas de otras tantas calamidades; vuestra vida se cierra sobre vos como una prisión, y muy pronto la muerte empezará a rondar vuestra puerta. ¡No sé hacia dónde podríais volveros en busca de consuelo!

En ese momento, el señor se dirigió a Secundra Dass en indostano, por lo que deduje (con gran placer, lo confieso) que mis palabras le habían molestado. Pero durante todo aquel tiempo mi mente, como puede suponerse, estaba ocupada en otras cavilaciones, incluso mientras me burlaba de mi enemigo. Pensaba, sobre todo, en la forma de comunicarme rápidamente y en secreto con *milord*. Aprovechando el respiro que en aquel instante se me ofrecía, traté de concentrar todas las fuerzas de mi espíritu en este problema. Pero de repente, al alzar los ojos me di cuenta de que mi patrón en persona se hallaba allí, de pie, junto a la puerta, y en apariencia bastante tranquilo. Apenas se cruzaron nuestras miradas, avanzó para traspasar el umbral. El señor le oyó llegar y se dirigió hacia él; ambos se detuvieron cuando se encontraban a unos cuatro pies de distancia, mirándose serenamente a los ojos. Finalmente, *milord* sonrió, hizo una leve inclinación de cabeza y se volvió bruscamente.

—Mackellar —dijo—, hay que dar de desayunar a estos viajeros.

Era evidente que el señor estaba un tanto desconcertado, pero no por ello sus palabras y sus modales fueron menos desvergonzados que de costumbre.

—Estoy tan hambriento como un halcón —respondió—. Procura que nos sirvan algo bueno, Henry.

Milord se volvió hacia él con la misma dura sonrisa.

—Lord Durrisdeer —corrigió.

—¡Oh, pero no para la familia! —repuso el señor.

—Todo el mundo en esta casa me llama por el título que me corresponde —dijo *milord*—. Si te complace hacer una excepción, eres tú quien debe considerar la impresión que esto causará a los extraños, que tal vez lo interpreten como una expresiva muestra de tus celos impotentes.

Estuve a punto de aplaudir, y mi regocijo aumentó cuando *milord*, sin darle tiempo a su hermano para responder, me indicó que le siguiera, tras lo cual abandonamos juntos el salón.

—Vamos —me dijo—; hay que limpiar la casa de sabandijas.

Dicho esto, se precipitó por los corredores a tal velocidad, que yo apenas podía seguirle, hasta que finalmente llegamos ante la puerta de John Paul. No se detuvo a llamar, sino que abrió y entró sin más preámbulos. John estaba, en apariencia, profundamente dormido, pero *milord* no se molestó en fingir que le despertaba.

—John Paul —dijo, y su tono era el más reposado que jamás le haya oído emplear—. De no ser porque estuviste muchos años al servicio de mi padre, te echaría de esta casa como a un perro. Si en el plazo de media hora compruebo que te has ido, seguirás recibiendo tu paga en Edimburgo. Pero si te quedas aquí o en St. Bride, aunque seas un anciano y un antiguo sirviente de esta casa, encontraré la forma de castigarte por tu deslealtad. Levántate y vete; puedes salir por la misma puerta que utilizaste para dejarles entrar. No quiero que mi hijo tenga que volver a ver tu cara.

—Me alegra que os lo toméis con tanta calma —dije cuando volvimos a estar solos.

—¿Con calma? —exclamó, y tomó una de mis manos para ponerla sobre su corazón, cuyos latidos parecían golpes de martillo.

Esta revelación me produjo sorpresa y temor, pues ni la constitución más recia podría soportar una tensión semejante, y mucho menos la suya, que se hallaba ya tan deteriorada. Entonces decidí que debíamos poner fin a aquella monstruosa situación cuanto antes.

—Creo que debería ir a avisar a milady —sugerí. En realidad, lo apropiado habría sido que se hubiese encargado de ello su marido, pero yo contaba, y no en vano, con su indiferencia.

—Sí —dijo él—, hacedlo. Yo iré a dar las órdenes para que se adelante el desayuno. Debemos estar todos en la mesa, incluso Alexander; tiene que dar la impresión de que no estamos preocupados.

Corrí a los aposentos de *milady* y, prescindiendo de los crueles preliminares, le conté lo que ocurría.

—Hace mucho tiempo que he tomado una resolución —dijo ella—. Debemos hacer el equipaje con discreción y partir en secreto esta misma noche. ¡Gracias al Cielo, tenemos otra casa! Zarparemos en el primer barco que salga para Nueva York.

—Pero ¿y él? —pregunté.

—Le dejaremos en Durrisdeer —exclamó—. ¡Y buen provecho le haga!

—Con vuestro permiso, no será así —dije yo—. Habrá siempre un perro pegado a sus talones, vigilándole. Tendrá cama y comida, y hasta un caballo para montar, si se porta bien. Pero las llaves… pensadlo bien, *milady*. Es mejor que se las dejéis a Mackellar. Él se ocupará de todo; confiad en él.

—Señor Mackellar —exclamó ella—, no sabéis cuánto os lo agradezco. Lo dejaremos todo en vuestras manos. Ya que nos vemos obligados a partir hacia un país salvaje, os ruego que venguéis nuestro nombre. Enviad a Macconochie a St. Bride para que prepare los caballos con discreción, y decidle que avise al abogado. Milord debe dejar un apoderado.

En aquel momento entró *milord*, y le expusimos nuestro plan.

—¡No quiero ni oír hablar de eso! —gritó—. Creerá que le tengo miedo. Me quedaré en mi casa, si Dios quiere, hasta el día de mi muerte. No ha nacido el hombre que pueda echarme de aquí. ¡Que quede claro de una vez por todas! Aquí estoy y aquí me quedo, aunque se opongan todos los demonios del infierno.

No encuentro palabras para describir la vehemencia con que dijo aquello; nos dejó anonadados, y en especial a mí, que había sido testigo de su anterior comedimiento.

Milady me miró con ojos suplicantes, y aquel gesto me llegó a lo más profundo del corazón, devolviéndome el sentido común. Le indiqué disimuladamente que saliera, y cuando mi patrón y yo estuvimos solos, me dirigí al otro extremo de la habitación, por donde *milord* paseaba furioso, con la expresión de un loco en su rostro, y le puse una mano en el hombro.

—Milord —dije—, voy a ser franco una vez más, y espero que sea la última, porque ya me estoy cansando de este papel.

—Nada me hará cambiar —contestó—. Dios no permita que alguna vez me niegue a escucharos; pero nada me hará cambiar.

Había hablado con firmeza, pero en su tono no había ya violencia; y eso me hizo concebir ciertas esperanzas.

—Muy bien —proseguí—. Puedo permitirme el lujo de perder el tiempo.

Le indiqué una silla, tomó asiento y me miró.

—Recuerdo que en una época *milady* os descuidó bastante.

—Nunca hablé de ello mientras duró —repuso *milord* ruborizándose intensamente—. Ahora todo ha cambiado.

—Pero ¿tenéis idea de hasta qué punto? ¿Tenéis idea de hasta qué punto han cambiado las cosas? ¡Se han vuelto las tornas, *milord*! Ahora es *milady* la que mendiga una palabra o una mirada vuestra, pero en vano. ¿Sabéis con quién pasa los días mientras vos andáis deambulando por los campos? Le agrada pasarlos con cierto administrador viejo y antipático llamado Ephraim Mackellar, y creo que recordaréis lo que eso significa, *milord*, pues, si no me equivoco, vos os visteis obligado una vez a frecuentar idéntica compañía.

—¡Mackellar! —exclamó *milord* poniéndose en pie—. ¡Oh Dios mío, Mackellar!

—Ni el nombre de Mackellar ni el de Dios pueden cambiar la verdad —repliqué—, y lo que os estoy diciendo es un hecho cierto. Y ahora decidme: Vos, que tanto habéis sufrido, ¿creéis que es de cristianos hacer sufrir a otros? Pero estáis tan entusiasmado con vuestro nuevo amigo, que habéis olvidado a los viejos. Se han desvanecido de vuestra memoria. Y sin embargo, estuvieron a vuestro lado en los momentos más difíciles, *milady* la primera. ¿Alguna vez pensáis en ella? ¿Alguna vez habéis pensado en lo que debió sufrir aquella noche? ¿O en qué clase de esposa ha sido para vos desde entonces? ¿O en qué estado se encuentra en este momento? Nunca. Habéis decidido, por orgullo, quedaros y enfrentaros con él, y ella debe quedarse con vos. ¡El orgullo de *milord*, eso es lo principal! Pero ella es una mujer y vos un hombre hecho y derecho. Es la mujer a quien una vez jurasteis proteger y, sobre todo, ¡es la madre de vuestro queridísimo hijo!

—Habláis con gran amargura, Mackellar —dijo él—. Pero me temo que tenéis razón, bien lo sabe Dios. No merezco tanta felicidad. Decidle a mi esposa que entre.

Milady estaba esperando allí cerca, ansiosa por conocer el resultado de nuestra conversación. Cuando entró, *milord* nos tomó una mano a cada uno y las puso contra su pecho.

—He tenido dos amigos en mi vida —dijo—. Y todo el consuelo que he recibido me ha venido del uno o del otro. Si ambos estáis de acuerdo, no quiero comportarme como un perro desagradecido —apretó los labios y nos miró con los ojos llenos de lágrimas—. Haced lo que queráis conmigo con tal de que no creáis… —se detuvo, y luego repitió—: Haced lo que queráis conmigo; Dios sabe que os respeto y os quiero —y, soltando nuestras manos, se dio la vuelta y contempló el parque a través de la ventana. Pero *milady* lo siguió, llamándolo por su nombre, y se arrojó en sus brazos bañada en llanto.

Salí cerrando la puerta tras de mí, y allí mismo di las gracias a Dios con todo mi corazón.

Tal y como *milord* había dispuesto, nos reunimos todos para el desayuno. El señor para entonces ya se había quitado sus botas remendadas, y llevaba un atuendo bastante apropiado para la ocasión. Secundra Dass ya no iba envuelto en aquella especie de túnica, y se había puesto un sencillo y discreto traje negro que no le sentaba nada bien. Ambos estaban mirando por la ventana cuando entró la familia. Se dieron la vuelta, y el negro (como habían empezado a llamarle en la casa) se inclinó profundamente, hasta casi tocar las rodillas con la cabeza. El señor, en cambio, avanzó para saludar como alguien perteneciente a la familia, pero *milady* lo detuvo desde el otro extremo, haciendo una breve reverencia y sujetando a los niños, mientras *milord* permanecía en pie y se adelantaba un poco. De nuevo se encontraban cara a cara los tres primos de Durrisdeer. El paso del tiempo había dejado huellas en todos ellos, y en sus cambiados rostros me pareció leer un *memento mori*[79]. Pero lo que más me molestó fue comprobar que, de los tres, el malvado era el que mejor se conservaba. *Milady* se había transformado en una matrona, una hermosa mujer para presidir una mesa llena de niños y parientes. Milord había perdido la fuerza de sus miembros, y caminaba encorvado, con pasos pequeños y apresurados, como si hubiese aprendido de Alexander. Su demacrado rostro parecía algo más alargado que antes y mantenía una extraña sonrisa, a la vez amarga y patética. Sin embargo, el señor continuaba caminando erguido, aunque quizá con cierto esfuerzo; las profundas arrugas verticales que habían aparecido en su frente acentuaban la expresión imperiosa de su rostro, y su boca seguía siendo la de un hombre dotado para el mando. Tenía toda la gravedad y algo del esplendor de Satán en *El paraíso perdido*[80]. Aunque no podía evitar contemplarle con cierta admiración, me sorprendió comprobar hasta qué punto le había perdido el miedo.

Lo cierto es que, mientras estuvimos sentados a la mesa, se hizo evidente que su autoridad casi había desaparecido, y vimos también que había perdido prácticamente todos los dientes. En otros tiempos le veíamos como a un mago capaz de controlar los elementos; ahora estaba allí, transformado en un caballero vulgar y corriente que conversa como cualquiera de sus vecinos durante el desayuno. Porque, una vez muerto el anciano *lord* y reconciliados mi patrón y su esposa, ¿en qué oído podía verter sus calumnias? De repente, como en una visión, comprendí lo mucho que había sobrestimado la astucia de aquel hombre. Aún conservaba su malicia, y seguía siendo tan falso como siempre. Pero, como no se daban ya las circunstancias que le habían otorgado su fuerza, se veía reducido a la impotencia. Aún era una víbora, pero ahora malgastaba su veneno mordiendo una lima. Tuve, además, otros dos pensamientos mientras desayunábamos: el primero, que el señor se sentía desconcertado —incluso desesperado, diría yo— ante la inutilidad de su perfidia; el segundo, que tal vez *milord* tuviese razón, y fuese un error salir huyendo de un enemigo tan desvalido. Pero me vinieron a la memoria los desordenados latidos de aquel corazón tan maltrecho, y recordé que habíamos elegido la cobardía para salvar la vida de mi pobre patrón.

Una vez terminado el desayuno, el señor me siguió hasta mi habitación y sin esperar una invitación mía se acomodó en una silla. Quería preguntarme que íbamos a hacer con él.

—Bueno, señor Bally, las puertas de esta casa seguirán abiertas para vos, al menos por un tiempo.

—¿Por un tiempo? Me parece que no entiendo lo que queréis decir —repuso.

—Está bastante claro —dije yo—. Os mantendremos aquí para no manchar nuestra reputación. Pero en cuanto hagáis alguna de vuestras fechorías y quedéis deshonrado públicamente, os echaremos.

—Os habéis convertido en un pícaro descarado —dijo el señor frunciendo amenazadoramente el ceño.

—He tenido un buen maestro —repliqué—. Y supongo que ya os habéis dado cuenta de que, con la muerte del anciano *lord* , vuestro poder se ha esfumado para siempre. Ya no os temo, señor Bally; e incluso, que Dios me perdone, creo que empieza a complacerme vuestra compañía.

Estalló en una sonora carcajada, aunque se veía claramente que era fingida.

—He llegado con los bolsillos vacíos —informó tras una pausa.

—Pues no creo que aquí vayáis a llenarlos, y os aconsejo que no alberguéis esperanzas al respecto.

—Me parece que tengo algo que decir sobre eso —protestó.

—¿De veras? No me imagino de qué puede tratarse.

—¡Oh! Fingís estar muy seguro —dijo el señor—. Pero aún me quedan cartas que jugar. Todos vosotros teméis el escándalo; en cambio, a mí me encanta.

—Perdonad, señor Bally —repuse—. No tenemos ningún miedo a que vos os veáis envuelto en un escándalo.

Nuevamente se echó a reír.

—Os habéis vuelto muy hábil replicando —dijo—. Es fácil hablar, pero las palabras a menudo resultan engañosas. Quedáis advertido: puedo ser vitriolo puro para esta casa. Lo más sensato sería que me dieseis el dinero si es que queréis que me largue.

Y dicho esto, hizo un gesto de adiós con la mano y abandonó la habitación.

Poco después entró *milord* con el abogado, el señor Carlyle. Mandamos traer una botella de vino añejo, y los tres bebimos un vaso antes de ponernos a trabajar. Se prepararon y firmaron las escrituras pertinentes, y las propiedades escocesas quedaron confiadas al señor Carlyle y a mí.

—Todavía queda un asunto, señor Carlyle —dijo *milord* cuando hubimos terminado—. Quisiera que me hicieseis un favor. Nuestra repentina partida coincide con el regreso de mi hermano, y eso tal vez provoque comentarios. Me gustaría que desmintieseis cualquier conexión entre ambas circunstancias.

—Pondré en ello todo mi empeño, *milord* —dijo el señor Carlyle—. Y el señor de… el señor Bally, entonces, ¿no os acompaña?

—También de eso quería hablaros. El señor Bally se queda en Durrisdeer, al cuidado del señor Mackellar. Tampoco tengo la intención de comunicarle a dónde nos dirigimos.

—Pero la gente lo comentará… —comenzó a decir el abogado.

—Veréis, señor Carlyle, esto ha de quedar en secreto entre nosotros —le interrumpió *milord*—. Excepto vos y Mackellar, nadie debe estar al corriente de mis movimientos.

—¿Y el señor Bally se queda aquí? Está bien —dijo Carlyle—. La responsabilidad que delegáis… —de nuevo se detuvo, vacilante—. Mackellar, esto va a ser una pesada carga para nosotros.

—Sin duda, señor —dije yo.

—Sin duda —repitió él—. ¿Y el señor Bally no tiene voz en este asunto?

—Ninguna —respondió *milord*—. Y espero que tampoco ejerza ninguna influencia. El señor Bally no es un buen consejero.

—Comprendo —dijo el abogado—. Por cierto: ¿Cuenta el señor Bally con recursos propios?

—Tengo entendido que no —repuso *milord*—. En esta casa tendrá alimento, el calor de un buen fuego y velas para alumbrarse.

—¿Y no se le asignará una renta? Si voy a asumir esta responsabilidad, comprenderéis que lo mejor es que yo esté al tanto de vuestra opinión al respecto. ¿Habrá una renta?

—No habrá ninguna renta —contestó *milord*—. Deseo que el señor Bally lleve una vida retirada. Su conducta no suele dejar en buen lugar a la familia.

—Además, en lo referente al dinero —añadí—, ha demostrado ser un pésimo administrador. Echad una ojeada a esta lista, donde he registrado las diferentes cantidades que ha obtenido de la hacienda durante los últimos quince o veinte años. En total es una bonita suma.

El señor Carlyle hizo ademán de emitir un silbido.

—No tenía ni idea de esto —dijo—. Perdonadme una vez más, *milord*, por mi insistencia, pero me parece sumamente importante que me informéis detalladamente de vuestras intenciones. El señor Mackellar podría morir, y yo me encontraría con toda la responsabilidad sobre mis hombros. ¿No preferiríais que el señor Bally… ejem… abandonara el país?

Milord miró con fijeza al señor Carlyle.

—¿Por qué me hacéis esa pregunta?

—Sospecho, *milord*, que el señor Bally no es precisamente un consuelo para vuestra familia.

El rostro de *milord* se nubló de repente.

—¡Ojalá estuviese en el infierno! —exclamó, e intentó servirse un vaso de vino, pero su mano temblaba de tal modo que derramó la mitad en su pechera. Por segunda vez, en medio de la más moderada y prudente conducta, su ira había estallado de repente. Aquello sorprendió a Carlyle, que a partir de entonces observó a *milord* con velada curiosidad, y a mí me devolvió la certeza de que lo que hacíamos era por el bien de mi patrón, para salvar la salud de su cuerpo y de su mente.

A pesar del estallido de violencia de *milord*, la reunión había sido provechosa. No había duda de que Carlyle, como suelen hacer los abogados, iría poco a poco revelando aquellas informaciones. Eso contribuiría a cimentar en la comarca una buena disposición hacia nuestra causa, y la mala conducta del señor terminaría lo que nosotros habíamos empezado. De hecho, ya antes de nuestra partida, el abogado

nos habló de ciertos rumores que circulaban entre los habitantes de la región.

—Tal vez debería confesaros, *milord* —dijo, deteniéndose con el sombrero en la mano—, que vuestras disposiciones en relación con el señor Bally no me han cogido de sorpresa. La última vez que estuvo en Durrisdeer la gente ya sospechaba algo de esta naturaleza. Hubo algunos comentarios sobre una mujer de St. Bride a quien, según se decía, vos habíais tratado con gran generosidad, mientras que el señor Bally fue extremadamente cruel con ella. También se habló mucho de la ruptura del vínculo. En resumen, no han dejado de correr los rumores, y algunos sabihondos parecían muy seguros de sus opiniones. Yo me mantuve a la expectativa, como conviene a los de mi oficio. Pero las sumas que me ha mostrado Mackellar me han abierto por fin los ojos. Y creo que ni vos ni yo, señor Mackellar, le permitiremos en lo sucesivo que se tome demasiadas libertades.

El resto de aquel día crucial transcurrió sin contratiempos. Decidimos mantener al enemigo bajo vigilancia, y yo me turné con los demás para hacer de centinela. Creo que la atención que le dispensábamos le ayudó a cobrar nuevos ánimos, mientras que los míos iban debilitándose poco a poco. Lo que más me preocupaba era su increíble habilidad para entrometerse en nuestros asuntos. Quizás hayáis observado alguna vez, tras una caída de caballo, la destreza con que las manos del ensalmador [81] exploran los músculos, como interrogándolos, y la precisión con la que finalmente localizan el punto dañado. Así trabajaba la lengua del señor de Ballantrae, sonsacando a unos y otros con disimulo, mientras ningún detalle parecía escapar a su mirada. Yo apenas había dejado entrever nada, y sin embargo era como si lo hubiera contado todo.

Antes de que me diera cuenta, aquel malvado estaba ya compadeciéndose del abandono que *milady* y yo sufríamos y lamentando la peligrosa indulgencia de *milord* para con su hijo. Me di cuenta, aterrado, de que insistía especialmente en este último punto. El pequeño había mostrado cierta reticencia ante su tío; eso me hizo sospechar que su padre había cometido la torpeza de aleccionarle, lo cual me pareció un comienzo bastante imprudente. Y al contemplar al hombre que tenía frente a mí, tan apuesto aún, tan buen conversador y con tantas aventuras que contar, comprendí que era el personaje ideal para cautivar la imaginación de un niño. John Paul se había marchado aquella misma mañana, y no era lógico suponer que hubiese guardado silencio sobre su tema favorito.

Así que allí estaban, Alexander en el papel de Dido, ardiendo de curiosidad, y su tío como un diabólico Eneas [82], capaz de relatar mil historias fascinantes para un muchacho, historias sobre batallas, naufragios, fugas, selvas vírgenes y antiguas ciudades de la India. En aquel momento vi con claridad lo que podían significar aquellos anzuelos si se empleaban con astucia, y la inmensa influencia que, poco a poco, podía ganarse de este modo sobre un espíritu infantil. Mientras permaneciésemos en la casa, ningún obstáculo podría impedir que aquella relación prosperase. Porque tal vez sea difícil encantar serpientes, pero hechizar la mente de un hombrecito que apenas ha comenzado a llevar pantalones es cosa bastante sencilla.

Recordé a un viejo marino que vivía en una solitaria casa más allá de Figgate Whins (creo que le había puesto el nombre de Portobello), y cómo los sábados acudía allí toda la chiquillería de Leith para escuchar sus historias salpicadas de juramentos; los pequeños se arremolinaban en torno a él como los cuervos alrededor de la carroña. Siendo un joven estudiante, siempre reparaba en ellos al pasar por allí, mientras disfrutaba de mi día libre de una forma mucho más contemplativa. Algunos de los niños acudían, sin duda, obligados; muchos de ellos le temían, e incluso odiaban a aquel viejo brutal a quien habían convertido en su héroe. Más de una vez los vi salir huyendo cuando estaba algo achispado, y tirarle piedras cuando le encontraban completamente borracho. ¡Y sin embargo allí estaban siempre, sábado tras sábado! ¡Cuánto más fácil sería que un muchacho como Alexander sucumbiese ante un aventurero de alta cuna, apuesto y refinado como el señor de Ballantrae, si este se proponía atraparle! Y una vez asegurada su influencia, ¡qué sencillo resultaría emplearla para pervertir al niño!

Creo que nuestro enemigo no había mencionado ni tres veces a Alexander cuando me percaté de lo que tramaba. En un segundo pasó por mi mente un torbellino de ideas y recuerdos, y me sobresalté como si de repente se hubiese abierto un abismo ante mí. Alexander: él era el más vulnerable, la Eva de nuestro precario paraíso, y la serpiente ya había empezado a actuar.

Así pues, me hice cargo de los preparativos con redoblada urgencia. Mis últimas dudas se habían disipado, y el peligro que suponía demorar la partida aparecía escrito ante mí con grandes caracteres. A partir de aquel momento no me concedí ni un instante de reposo. Tan pronto estaba en mi puesto, vigilando al señor y a su criado hindú, como en el desván, cerrando alguna maleta para luego encargar a Macconochie que saliese con ella por la puerta de atrás y la llevase por el camino del bosque hasta el lugar acordado, tras lo cual volvía corriendo junto a *milady* para tratar de confortarla con mis palabras. Así transcurrió aquel día en las candilejas de la mansión de Durrisdeer, mientras en escena todo parecía

desarrollarse con normalidad, como cualquier día en la vida de una familia cómodamente instalada. Y si el señor observó cierta agitación, sin duda debió atribuirla a la sorpresa que nos había producido su intempestiva llegada y al miedo que solían inspirar sus apariciones.

La cena transcurrió sin contratiempos, y tras intercambiar fríos saludos, cada cual se retiró rápidamente a su cuarto. Yo me quedé atendiendo al señor hasta el último momento. Él y su hindú habían sido instalados en dos habitaciones contiguas del ala norte, ya que aquella era la parte más distante de la casa, y podíamos dejarla aislada del resto cerrando las puertas de comunicación. Comprobé que trataba a Secundra Dass con la amabilidad de un buen amigo o de un amo benevolente: Estaba pendiente de su comodidad, atizaba el fuego con sus propias manos cuando el hindú se quejaba de frío, se ocupaba de que se le sirviese el arroz que constituía la base de su alimentación, y charlaba con él en tono cordial, empleando siempre el idioma indostano. Mientras tanto yo permanecía al margen, sosteniendo una vela en la mano y fingiéndome rendido de fatiga. Al cabo de un rato, el señor pareció reparar en mi cansancio.

—Ya veo que no habéis variado vuestras antiguas costumbres —observó—. Acostarse temprano y madrugar. ¡Vamos, id a bostezar a otro lado!

Una vez en mi alcoba, simulé realizar todos y cada uno de los gestos que habitualmente preceden al momento de acostarse, pues así me aseguraba de no perder la noción del tiempo. Cuando hube completado el ciclo, dejé a mano el mechero y apagué la vela. Una hora más tarde la encendí de nuevo, me puse las zapatillas que había usado para atender a *milord* en su lecho de enfermo y me dirigí a buscar a los viajeros.

Todos estaban ya vestidos y a la espera: *milord*, *milady*, la señorita Katharine, Alexander y Christie, la doncella de *milady*. Observé que en todos ellos pesaba la inquietud del secreto, que afecta incluso a aquellos que no son culpables de nada. Uno tras otro, fueron apareciendo en el umbral de sus respectivos cuartos con los rostros más blancos que el papel. Nos deslizamos por el postigo lateral para adentrarnos en la oscuridad de la noche, quebrada tan solo por una o dos estrellas. Al principio avanzábamos a tientas, tropezando a cada paso con los arbustos. Un poco más adelante, a unos cientos de yardas, nos aguardaba Macconochie con una gran linterna, lo que nos permitió recorrer el resto del camino con facilidad, aunque en medio de un silencio sepulcral. Pasada la abadía, el sendero desembocaba en la carretera principal y, un cuarto de milla más allá, en un lugar llamado Eagles, donde comienzan los páramos, divisamos las luces de los dos carruajes que nos esperaban a un lado del camino. Al despedirnos, apenas pronunciamos un par de frases en relación con la casa. Intercambiamos un silencioso apretón de manos y nos alejamos; eso fue todo. Los caballos partieron al trote, y la luz del coche parecía deslizarse con la rapidez de un fuego fatuo por los agrestes páramos, hasta que finalmente desapareció detrás de Stony Brae.

Allí nos quedamos Macconochie y yo con la linterna, solos en medio de la carretera. Esperamos a que el coche reapareciera de nuevo sobre Cartmore. Se detuvo un momento en la cima, y cuando sus ocupantes miraron atrás por última vez debieron de ver nuestra linterna, pues sacaron una lámpara del coche y la agitaron tres veces en señal de despedida. Y luego, tras dirigir una última mirada al amable techo de Durrisdeer, prosiguieron el viaje hacia aquel bárbaro país que iba a ser su nuevo hogar. Nunca me había parecido tan inmensa la bóveda del cielo nocturno como en aquel momento en que su oscuridad se abatió sobre nosotros, dos pobres sirvientes, anciano el uno, el otro próximo a adentrarse en la vejez, y ambos con la sensación, nueva para nosotros, de haber quedado abandonados. Hasta entonces no supe cuánto dependía de aquellos que ahora se alejaban. La soledad me quemaba las entrañas como un fuego encendido. Era como si nosotros, los que nos quedábamos en casa, fuésemos los verdaderos exiliados, y tuve la sensación de que tanto Durrisdeer como Solway y todo lo que hacía de aquellos lugares mi hogar, lo que convertía el acento de sus gentes en un sonido entrañable y el aire de sus campos en un alimento para mi espíritu, se alejaba ahora para cruzar el mar junto con mis antiguos amos.

Pasé el resto de la noche caminando de arriba abajo por la lisa superficie de la carretera mientras reflexionaba sobre el futuro y el pasado. Mis pensamientos, que al principio evocaban tiernamente a aquellos que acababan de partir, adoptaron un carácter más viril cuando me detuve a considerar todo lo que me quedaba por hacer. El alba comenzó a despuntar sobre las cumbres del interior, cantaron los gallos y el humo de los hogares se elevó sobre la parda extensión de los pantanos, antes de que emprendiese el regreso a casa por el estrecho sendero, desde donde podía ya divisarse el brillante tejado de Durrisdeer recortado sobre el mar a la luz de la mañana.

A la hora de costumbre hice despertar al señor y, con la mente serena, lo esperé en el vestíbulo. Echó una mirada a la habitación vacía y advirtió que la mesa solo estaba dispuesta para tres.

—Reducida compañía —observó—. ¿Cómo es eso?

—Es la compañía a la que habremos de habituarnos —repuse yo.

Me miró con repentina desconfianza.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Vos y yo, junto con vuestro amigo Secundra Dass, seremos toda la compañía a partir de hoy —repliqué—. Milord, *milady* y los niños se han ido de viaje.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Es posible? ¡Parece que he ahuyentado a vuestros volscos hacia Corioli [83]! Pero esa no es razón para dejar que se enfríe el desayuno. Sentaos, Mackellar, os lo ruego —y mientras hablaba, se sentó a la cabecera de la mesa, donde iba a colocarme yo—. Mientras comemos, podéis contarme los detalles de la fuga.

Me di cuenta de que estaba más afectado de lo que sus palabras dejaban traslucir, y decidí imitar la frialdad de su tono.

—Iba a rogaros que presidieseis la mesa —dije—; pues, aunque ahora sea yo el encargado de actuar como anfitrión, no olvido que, después de todo, sois un miembro más de la familia.

Durante un rato jugó a ser el dueño de la casa, dando órdenes a Macconochie, que le obedecía de mala gana, y prodigando atenciones constantes a Secundra.

—¿Y adónde se ha retirado mi querida familia? —inquirió en un momento dado con despreocupación.

—¡Ah, señor Bally, esa es otra cuestión! —repliqué—. Me han dejado instrucciones de no revelar su paradero.

—De no revelármelo a mí —corrigió.

—De no revelárselo a nadie —dije.

—Claro, así es menos evidente —observó el señor—. *C'est de bon ton* [84]; mi hermano va mejorando con el tiempo. ¿Y yo, mi querido Mackellar?

—Vos tendréis comida y cama, señor Bally —repuse—. Y me han permitido poner a vuestra disposición la bodega, que está bien surtida. Solo tenéis que llevaros bien conmigo, que no es cosa difícil, y nunca os faltará ni vino ni cabalgadura.

Con una excusa, hizo salir a Macconochie de la habitación.

—¿Y el dinero? —quiso saber—. ¿También tengo que llevarme bien con mi buen amigo Mackellar para conseguir la paga? Es un agradable regreso a los comienzos de la adolescencia.

—No se os ha asignado ninguna renta —repliqué—. Pero yo me ocuparé de atender moderadamente vuestras necesidades.

—Moderadamente —repitió—. ¿Y lo haréis a vuestras expensas? —irguiéndose, paseó la mirada sobre los oscuros cuadros que se alineaban sobre las paredes del salón—. En nombre de mis antepasados, os doy las gracias —dijo, y sin perder el tono irónico, prosiguió—: Pero seguramente se le habrá concedido una renta a Secundra Dass. No es posible que lo hayan olvidado, ¿verdad?

—Lo tendré en cuenta, y solicitaré instrucciones al respecto cuando escriba —concedí.

Con un súbito cambio de actitud, el señor se inclinó hacia delante, apoyando un codo en la mesa.

¿Os parece prudente todo esto?

—Yo solo cumplo órdenes, señor Bally —repliqué.

—Sois muy modesto —dijo él—, aunque quizás no tan ingenuo como pretendéis hacerme creer. Ayer me dijisteis que mi poder había decaído tras la muerte de mi padre. ¿Cómo se explica, entonces, que un par del reino huya al amparo de la noche de la casa en la que sus antepasados resistieron tantos asedios? ¿Y que oculte su paradero, lo cual habrá de ser motivo de preocupación para su Graciosa Majestad y para la república entera? Esto me huele a miedo, a un miedo genuino y profundamente intenso.

Traté de desmentirle con una negativa rotunda, aunque bastante insincera, pero me interrumpió con impaciencia para reanudar su discurso.

—Digo que huele a miedo —prosiguió—, pero iré más allá: creo que esa aprensión está sobradamente justificada. He venido a esta casa con cierta repugnancia. Después del modo en que hube de partir la última vez, nada, excepto la necesidad, podría haberme inducido a volver. He venido en busca de dinero, y lo conseguiré. Parece que no estáis dispuestos a dármelo de buen grado. Es igual, lo obtendré por la fuerza. En menos de una semana, y sin salir de Durrisdeer, habré averiguado dónde han huido esos necios. Iré tras ellos, y cuando los tenga acorralados, abriré una grieta en esa familia que la hará estallar en mil pedazos. Ya veremos entonces si *lord* Durrisdeer no está dispuesto a comprar mi ausencia —dijo con una ira y un desprecio indescriptibles—. Y entonces comprobaréis, todos vosotros, si me decido por el dinero o por la venganza.

Me quedé atónito al oírle expresarse con tanta franqueza. Lo cierto era que el éxito de la fuga de *milord* le consumía de rabia, pues sentía que había quedado como un tonto, y no estaba de humor para cuidar su lenguaje.

—¿Os parece prudente todo esto? —dije, repitiendo sus palabras.

—Llevo veinte años viviendo de mi prudencia —repuso con una sonrisa que, de puro vanidosa, casi resultaba estúpida.

—Y al final, os habéis convertido en un mendigo, aunque no sé si este calificativo basta para describir vuestra bajeza.

—Debo haceros notar, señor Mackellar, que estoy siendo escrupulosamente cortés con vos. ¡Imitadme en eso si queréis que nos llevemos bien! —exclamó en un súbito arranque de autoridad que no pude dejar de admirar.

Durante toda aquella conversación, la atenta mirada de Secundra Dass no había cesado de incomodarme. Desde que intercambiamos las primeras palabras, ninguno de nosotros había probado bocado, pues teníamos la mirada clavada en el rostro del otro, o, para ser más exactos, en las intenciones que se adivinaban en sus ojos. Y los del hindú me inquietaban con sus brillos cambiantes, que parecían reflejar cierta comprensión. Pero traté de disipar aquellas sensaciones, que según yo creía entonces no podían ser sino meras fantasías, ya que estaba seguro de que aquel hombre no entendía el inglés. Pensé que tal vez la gravedad de nuestras voces, junto con las expresiones de ira y desprecio que ocasionalmente se reflejaban en el rostro del señor, le habían hecho sospechar la importancia de lo que se trataba.

Durante las tres semanas que siguieron, continuamos viviendo juntos bajo el techo de Durrisdeer. Comenzó entonces el capítulo más extraño de mi vida, lo que podríamos llamar mi etapa de intimidad con el señor. Al principio se mostró muy voluble en el trato conmigo: tan pronto era perfectamente cortés como volvía a su antiguo hábito de burlarse de mí en mi propia cara; pero en ambos casos yo le salía al paso. Gracias al Cielo, ya no tenía que guardar las apariencias con aquel hombre; y nunca he temido los ceños fruncidos, solo las espadas desnudas. Así, sus explosiones de grosería empezaron a resultarme divertidas, y mis respuestas no siempre eran poco inspiradas. Finalmente un día, mientras cenábamos, tuve una salida tan graciosa, que pareció darse por vencido. No podía parar de reírse.

—¿Quién iba a pensar que esta vieja guardaba tanto ingenio bajo sus enaguas? —exclamó, riendo todavía.

—No es ingenio, señor Bally, solo humor escocés, y del más seco, os lo aseguro. De hecho, nunca he tenido la menor pretensión de pasar por ingenioso.

A partir de aquel momento no volvió a mostrarse grosero conmigo, y nuestro trato se convirtió en una especie de chanza permanente. Bromeábamos, por ejemplo, siempre que él acudía a mí para pedirme un caballo, una botella o algo de dinero. Se me acercaba como un colegial y yo le seguía el juego haciendo de padre, lo que nos divertía enormemente a ambos. Me daba cuenta de que su opinión sobre mí había mejorado, algo que no puede dejar de halagar a la parte más débil del corazón humano: la vanidad. Adoptó, supongo que de forma inconsciente, una actitud no solo familiar, sino amistosa; y esto, en un hombre que durante tanto tiempo me había detestado, fue su mayor insidia. Apenas salía de casa; a veces incluso rechazaba las invitaciones que recibía. «No —decía—, ¿qué me importan a mí esos torpes hidalgos pueblerinos? Me quedaré en casa, Mackellar; compartiremos tranquilamente una botella, y tendremos una buena charla de las nuestras». En verdad, las comidas de Durrisdeer habrían resultado una delicia para cualquiera capaz de apreciar la brillantez de una conversación.

A menudo expresaba su asombro por haberse mostrado indiferente a mi compañía en épocas pasadas. «Aunque, como sabéis, —añadía—, estábamos en bandos opuestos. Y aún seguimos estándolo, pero no hablemos nunca de ese asunto. Creedme, no os apreciaría tanto si no fueseis leal con vuestro patrón». Hay que tener presente que yo pensaba haberlo reducido a la impotencia, y no temía que pudiese hacer más daño. Además, no hay adulación más seductora que la que, después de muchos años de desprecio, hace por fin justicia al carácter y las cualidades de un hombre. Pero no tengo intención de justificarme. Me dejé engatusar, y he de reconocer que el perro guardián que llevaba dentro se hallaba profundamente dormido, hasta que un sobresalto consiguió despertarlo.

Mientras tanto, el hindú andaba siempre por la casa de un lado para otro. No hablaba nunca, salvo cuando se dirigía al señor en su propio idioma. Caminaba sin ruido, y solía aparecer cuando menos se lo esperaba uno, siempre con aire ausente y abstraído; se sobresaltaba cada vez que tropezaba con uno de nosotros, pero en seguida saludaba con una de sus serviles reverencias, que casi parecían una burla. Tenía un aspecto tan apacible, tan frágil y absorto en sus propias fantasías, que llegué a pasar junto a él sin notar apenas su presencia, e incluso le compadecía como a cualquier exiliado inofensivo que se encuentra muy lejos de su país. Sin embargo, es indudable que aquel individuo estaba permanentemente al acecho; y gracias a su disimulo y a mi exceso de confianza, el señor terminó descubriendo nuestro secreto.

La noticia cayó sobre mí como un golpe. Era una noche tempestuosa, y después de la cena, que había resultado más alegre que de costumbre, el señor abordó bruscamente el asunto.

—Todo esto está muy bien —dijo—, pero mejor sería que nos ocupásemos de las maletas.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Os marcháis?

—Nos vamos mañana por la mañana —contestó—. Primero al puerto de Glasgow, y desde allí a la provincia de Nueva York.

Supongo que dejé escapar un gemido.

—Sí —continuó—; fui excesivamente presuntuoso. Dije que tardaría una semana, y me ha llevado casi veinte días. Pero no importa, recuperaré el tiempo perdido yendo más deprisa.

—¿Tenéis dinero para el viaje? —pregunté.

—Mi querida e inocente criatura, claro que lo tengo —repuso—. Podéis acusarme de duplicidad, si queréis. Pero lo cierto es que mientras trataba de sacar unos chelines a mi papaíto, tenía reservas propias a las que recurrir en caso necesario. Vos deberéis costearos el pasaje, si es que decidís acompañarnos en nuestras aventuras. Tengo lo suficiente para Secundra Dass y para mí, pero no más… Lo suficiente como para ser peligroso, pero no tanto como para pasar por desprendido. No obstante, sobra un asiento exterior en el carruaje, que os permitiré ocupar a cambio de una módica suma. Así la casa de fieras viajará al completo: el perro guardián, el mono y el tigre.

—Iré con vos —dije.

—Cuento con ello —repuso el señor—. Me habéis visto derrotado; ahora tengo la intención de que me veáis victorioso. Y para lograrlo, me arriesgaré a haceros salir con este tiempo, aunque os pongáis como una sopa.

—Al menos sabéis que no podréis libraros de mí —añadí.

—No resultaría fácil —respondió—. Una vez más, con vuestro excelente sentido común, habéis puesto el dedo en la llaga. Nunca lucho con lo inevitable.

—Supongo que sería inútil suplicaros.

—Completamente, os lo aseguro —replicó.

—Si al menos me concedieseis algo de tiempo, podría escribir… —comencé.

—¿Y cuál creéis que sería la respuesta de *lord* Durrisdeer? —preguntó.

—Bueno, ese es el quid de la cuestión.

—En cualquier caso, será mucho más rápido que vayáis en persona —afirmó el señor—. Pero todo esto es una pérdida de tiempo. Mañana a las siete el coche nos estará esperando a la puerta. Porque yo salgo de aquí en coche, Mackellar; no pienso ir a buscarlo a la carretera escabulléndome a través del bosque a escondidas, digamos hasta… ¿Eagles, quizás?

Mi decisión estaba tomada.

—¿Podríais concederme media hora en St. Bride? —pregunté—. He de arreglar algunos pormenores con Carlyle.

—Y hasta una hora, si lo preferís —replicó—. No negaré que el dinero de vuestro asiento es importante para mí. Además, sé que podríais llegar a Glasgow sin mi ayuda, e incluso antes que yo, si utilizaseis un caballo.

—Bueno, ¡jamás pensé que abandonaría la vieja Escocia!

—Así espabilaréis —sentenció.

—Este viaje ha de ser nefasto para alguien, y creo, señor, que será para vos —dije—. Lo presiento; algo me dice que sobre este viaje pesa un mal augurio.

—Si os gustan las profecías —replicó—, escuchad esta.

Una violenta ventisca se abatía sobre Solway, y la lluvia azotaba los amplios ventanales.

—¿Sabéis lo que dice, viejo zorro? —prosiguió en el más puro dialecto escocés—: Que un tal Mackellar se mareará como una peonza cuando lleguemos a alta mar…

Cuando estuve en mi cuarto me sentí presa de una dolorosa excitación. Me quedé escuchando el rugido de la tempestad, que batía con fuerza sobre los muros de la casa. Aquel tumulto, unido a la agitación de mi alma, a los angustiosos silbidos del viento en los torreones y a los continuos crujidos de las vigas, hizo que el sueño huyese de mis párpados. Permanecí sentado a la luz de una vela contemplando los negros cristales de mi ventana, por donde la tormenta parecía a punto de irrumpir. Mientras estaba allí, con la mirada fija en aquel desolado cuadro, fue desfilando ante mí una procesión de horribles perspectivas que me pusieron los pelos de punta: el niño corrompido, el hogar deshecho, mi patrón muerto o, algo peor todavía, *milady* hundida en la desesperación… Todas estas imágenes surgían ante mis ojos con los más vívidos colores en medio de la oscuridad nocturna; y el viento, con sus gemidos, parecía burlarse de mi impotencia.

Capítulo IX
El viaje de Mackellar con el señor de Ballantrae

El coche llegó envuelto en una densa y húmeda niebla. Partimos en silencio, dejando la mansión de Durrisdeer con los ventanales cerrados y las gárgolas [85] vomitando agua, sumida en una profunda melancolía. Observé que el señor, asomado a la ventanilla, volvía la vista atrás para contemplar los muros calados por la lluvia y los rutilantes tejados, hasta que finalmente se los tragó por completo la bruma. Supongo que nuestra partida le producía cierta tristeza, o tal vez le asaltase el presentimiento de que el final estaba próximo. Lo cierto es que, mientras ascendíamos por la empinada ladera de Durrisdeer, caminando uno junto al otro bajo la lluvia, comenzó a silbar primero, y luego a cantar una de las canciones más tristes del repertorio tradicional, una canción que hace llorar a los hombres en las tabernas, y que se titula *Willie el vagabundo*. La letra que él cantó, sin embargo, no la había oído en parte alguna, y tampoco he logrado después conseguir una copia escrita; no obstante, me quedaron grabados en la memoria algunos fragmentos que parecían escritos especialmente para describir nuestro éxodo. Había una estrofa que comenzaba así:

> *Entonces el hogar era un hogar, querida, lleno de amables rostros;*
> *un verdadero hogar, era un hogar, querida, feliz para los niños* [86].

Y recuerdo que terminaba:

> *Y ahora, cuando amanece sobre los tristes páramos,*
> *desierta está la casa y apagado el hogar.*
> *Desierta, abandonada, pues ya no queda nadie*
> *de los que tanto amaron un día este lugar* [87].

Nunca he podido juzgar el mérito de estos versos; era tal la melancolía de la música, tanta la maestría del intérprete y la ocasión tan propicia, que me dejaron completamente subyugado. Cuando terminó de cantar, el señor me miró a la cara y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ay, Mackellar! ¿Pensáis que alguna vez siento nostalgia?

—Creo que no podríais ser tan malvado si no poseyeseis todas las cualidades para ser lo contrario —repuse yo.

—No, no todas —dijo él—, no todas. En eso estáis equivocado. Nunca siento nostalgia de nada, esa es mi enfermedad.

Viajamos durante toda la jornada sin que el tiempo mejorase. La niebla nos cercaba por todas partes, y los cielos no dejaban de llorar sobre nuestras cabezas. La carretera discurría entre agrestes colinas, donde no se oía otro sonido que el chillar de las aves salvajes entre los húmedos brezos y el murmullo de los caudalosos arroyos que surcaban los páramos. De vez en cuando me quedaba dormido, e inmediatamente me asaltaban horrendas pesadillas llenas de los más oscuros presagios, hasta que terminaba despertándome sobresaltado. A veces, cuando el camino era muy empinado y el coche rodaba lentamente, me llegaban las voces del interior del carruaje hablando en aquel idioma tropical que sonaba en mis oídos tan inarticulado como el estridente cacareo de los gallos. Cuando el tramo de ascenso era más largo, el señor se apeaba y caminaba junto a mí sin apenas pronunciar palabra. Durante todo el trayecto, tanto dormido como despierto, no dejó de rondarme la oscura premonición de una ruina inminente. Continuamente me asaltaban las mismas imágenes de desolación de la noche anterior, proyectadas ahora sobre la niebla que envolvía las colinas. Recuerdo que una de aquellas visiones se pintaba ante mis ojos con tal viveza, que casi parecía real. Veía a *milord* sentado a la mesa en un cuarto pequeño; al principio tenía el rostro oculto entre las manos, pero luego alzaba lentamente la cabeza, y su expresión era la de un hombre que ha perdido por

completo la esperanza. Ya había tenido la misma visión en Durrisdeer, mientras miraba fijamente los oscuros cristales de mi ventana. A lo largo del viaje volvió a apoderarse de mí una y otra vez, y no creo que fuera producto de mi locura, pues, si bien me hallaba ya próximo a la vejez, mi mente aún se conservaba lúcida y mi inteligencia intacta. Tampoco se trataba, como supuse entonces, de una advertencia del Cielo; en realidad, aunque fueron muchas las calamidades que poco después cayeron sobre nosotros, aquella en concreto nunca se presentó, y aunque hube de presenciar muchas escenas trágicas, aquella nunca llegué a verla.

Habíamos decidido continuar viajando durante la noche y, por extraño que parezca, mi estado de ánimo mejoró cuando la oscuridad se adueñó del paisaje. La luz brillante de los faroles iluminaba la bruma, reflejándose en la grupa sudorosa de los caballos y en el rostro del postillón, y la vista que se ofrecía a mis ojos era mucho más alegre que antes del ocaso; o tal vez mi mente se había hastiado de tanta melancolía. El caso es que me mantuve despierto en las horas siguientes, y aunque la humedad y la fatiga pesaban sobre mi cuerpo, encontré alguna satisfacción en mis pensamientos, hasta que finalmente caí en un sueño profundo y sin pesadillas. Aún así, mi mente debió seguir trabajando, y no sin aplicar ciertas dosis de inteligencia, porque me desperté de golpe gritándome a mí mismo:

Era un hogar, querida, feliz para los niños.

Y me sobresalté intensamente al encontrar en aquellas palabras un significado que se me había escapado por completo el día anterior, y que guardaba relación con los detestables propósitos que el señor albergaba en aquel viaje.

Nos encontrábamos ya cerca de la ciudad de Glasgow, y pronto estuvimos desayunando todos juntos en una posada, donde, como si el diablo lo hubiera dispuesto, nos enteramos de que había un barco a punto de zarpar. Solicitamos los pasajes y dos días después subimos a bordo el equipaje. El buque se llamaba el Nonesuch; era una embarcación viejísima, y verdaderamente hacía honor a su nombre [88]. Se rumoreaba que este iba a ser su último viaje, y la gente, al verlo en el muelle, movía la cabeza con preocupación. Varios desconocidos me abordaron en la calle para advertirme de que estaba podrido como un queso, que iba demasiado cargado y que se hundiría sin remedio si nos sorprendía una tormenta. No era de extrañar, pues, que fuésemos los únicos pasajeros. El capitán,
M'Murtrie,
era un hombre taciturno y abstraído, con acento de Glasgow (también llamado gaélico), y la tripulación estaba compuesta de rudos e ignorantes marineros, así que el señor y yo nos vimos obligados a hacernos mutua compañía.

El Nonesuch partió del Clyde [89] con buen viento; durante casi una semana disfrutamos de un tiempo radiante, y teníamos la sensación de ir avanzando en nuestra ruta. Descubrí con asombro que yo era un marino nato, aunque, si bien nunca me mareaba, mi estado de salud distaba mucho de ser tan bueno como en tierra. No sé si se debía al balanceo del barco entre las olas, al confinamiento o a las salazones con que nos alimentábamos, o tal vez a una combinación de todo ello; lo cierto es que sufría de un terrible mal humor y de una dolorosa tensión que afectaba a mi carácter. Quizás contribuyese a este estado la naturaleza de mi misión en aquel viaje, aunque no lo creo. La enfermedad, fuese cual fuese, brotaba de mi entorno; y si la culpa no era del barco, entonces hay que atribuírsela al señor. El odio y el temor son malos compañeros de cama, pero he de reconocer, para mi vergüenza, que ya había convivido con ellos en otras ocasiones, acostándome y levantándome, comiendo y bebiendo en su compañía; sin embargo, nunca antes ni después me he sentido tan envenenado, en la carne y en el espíritu, como en aquellos días a bordo del Nonesuch.

Debo confesar que mi enemigo me dio un gran ejemplo de tolerancia. En las peores horas desplegaba todo su ingenio y paciencia, llevando el peso de la conversación hasta que yo me hastiaba, y, cuando yo rechazaba sus cortesías, se tumbaba a leer en cubierta. El libro que llevaba consigo durante el viaje era *Clarisa*, la célebre novela de Richardson [90], y entre las muchas atenciones que tenía conmigo, una era la de leerme en voz alta algunos fragmentos de esta obra, cuyo patetismo lograba expresar con mayor intensidad que el mejor profesor de declamación. Yo le correspondía leyéndole pasajes de la Biblia, que constituía toda mi biblioteca. Muchos de estos pasajes eran nuevos para mí, pues he de admitir, no sin pesar, que durante toda mi vida he sido extremadamente descuidado en mis deberes religiosos, y continúo siéndolo en el día de hoy. El señor, como buen conocedor que era, apreciaba los méritos de este libro, e incluso a veces me lo arrebataba de las manos y ojeaba sus páginas con la seguridad de alguien familiarizado con el texto, hasta dar con el pasaje que buscaba; entonces me lo leía con su magnífica entonación, ofreciéndome un Rolando a cambio de mi Oliver [91]. Era curioso ver cuán poco se aplicaba a sí mismo estas lecturas, que parecían pasar sobre él como una leve tormenta de verano: Lovelace y Clarisa, la generosidad del rey David, los salmos de su penitencia, las solemnes preguntas del libro de Job, la conmovedora poesía de Isaías [92]… para él no eran sino una fuente de diversión, como el chirrido de un violín en la taberna.

Esta sensibilidad superficial, que tanto contrastaba con la brutal indiferencia de su ser más íntimo, me llevó a volverme contra él con más violencia que nunca. Parecía encajar en una sola pieza con la desvergonzada grosería que anidaba bajo su barniz de refinamiento, como yo sabía muy bien. Algunas veces, en su presencia, se me revolvían las entrañas como ante un ser deforme, y otras me alejaba de él

como si se tratase de una visión medio espectral. Hubo momentos en que lo contemplaba como a un hombre de cartón, como si su rostro fuese una delgada máscara que pudiera rasgarse de un solo tajo, dejando ver un interior absolutamente vacío. Este horror, que no era solo, me parece, fruto de mi fantasía, incrementó considerablemente la aversión que me producía su presencia. Comencé a estremecerme cada vez que se acercaba, y en algunas ocasiones sentía deseos de gritar; hubo días en que podría haberle golpeado. A este estado de ánimo contribuyó, y no poco, la vergüenza que experimentaba al recordar la última temporada en Durrisdeer, en que me había descuidado hasta el punto de llegar a tolerarle. Si alguien me hubiese dicho entonces que aquello habría de repetirse, me habría reído en su cara.

Es posible que él no se diese cuenta del extremado ardor de mi resentimiento, aunque creo que era demasiado listo para eso. Mas bien creo que, tras una larga existencia dedicada a la ociosidad, no sabía ya vivir sin compañía, y por eso se veía obligado a afrontar y soportar mi mal disimulada repugnancia. Al menos, es evidente que adoraba el sonido de su propia voz, así como todos los demás aspectos y cualidades de su persona: señal de que también él había sucumbido a esa especie de imbecilidad que casi indefectiblemente va unida a la perfidia. Más de una vez le vi recurrir, cuando yo me mostraba recalcitrante, a la sociedad del capitán, asediándole con larguísimos discursos, incluso cuando el pobre hombre manifestaba claramente su hastío, moviendo manos y pies con impaciencia y respondiendo con gruñidos.

Tras la primera semana de viaje cambió el tiempo y los vientos empeoraron. La mar estaba muy brava. Parecía increíble que el antiguo y desvencijado Nonesuch pudiese, a pesar de la carga que transportaba, balancearse de aquel modo. El capitán comenzó a temer por sus mástiles y yo, por mi vida. No parecíamos avanzar en nuestra ruta. Una insoportable desazón se instaló en el barco, y todos, el señor, los marineros y el patrón, se pasaban el día discutiendo entre sí. Una palabra descarada de un lado, un golpe de otro, y ya teníamos el incidente asegurado. Hubo momentos en que la tripulación entera se negó a cumplir con sus obligaciones, y por dos veces nos vimos obligados a armarnos (era la primera vez que yo lo hacía) por temor a un motín.

En mitad de aquel horrible período se desató un violento huracán, y todos creímos que el barco se hundiría. Yo permanecí encerrado en mi camarote desde el mediodía hasta el atardecer del día siguiente. El señor se había atado a algún poste de cubierta, y Secundra Dass debió de tomar alguna droga, pues tenía el aspecto de un hombre dormido, así que puede decirse que pasé todas aquellas horas en la más completa soledad. Al principio me sentía paralizado de terror; tanto mi cuerpo como mi mente parecían haberse petrificado. Pero de repente me iluminó un rayo de consuelo. Si el Nonesuch naufragaba, arrastraría con él hasta lo más profundo del océano a aquella criatura odiada y temida por todos. El señor de Ballantrae dejaría de existir, los peces juguetearían entre sus costillas, sus planes se disolverían en la nada y sus inofensivas víctimas quedarían en paz.

Al principio, como he dicho, solo fue un rayo de consuelo; pero poco a poco fue creciendo hasta convertirse en una luz cegadora. La idea de su muerte, de la desaparición de aquel hombre que había amargado a tantos la existencia, se apoderó enteramente de mi espíritu. Fui paladeándola lentamente, y la encontré más dulce que la miel. Me imaginaba el barco yéndose a pique, el agua irrumpiendo en el camarote por todas las rendijas, el breve episodio de mi muerte, yo solo, en aquel lugar cerrado. Fui recorriendo con satisfacción, uno por uno, todos aquellos horrores. Sentía que podría soportar todo eso y más con tal de que el Nonesuch arrastrase en su fatal destino al enemigo de mi pobre patrón y de toda su familia.

Hacia el mediodía de la segunda jornada, los aullidos del viento se debilitaron, el barco ya no se balanceaba tan peligrosamente como antes, y comencé a comprender que lo peor de la tempestad había pasado. Recibí aquella clemencia de los elementos con sombría decepción. Absorbido egoístamente en la vileza de mi odio, me olvidé de todos los inocentes que viajaban también en el barco, y solo pensaba en mí y en el señor.

En cuanto a mí, me sentía ya viejo; en realidad nunca había sido joven, no había nacido para los placeres mundanos, y me quedaban pocos afectos. Poco importaba que muriera allí, en medio del Atlántico, o que sobreviviese unos años más para acabar muriendo de un modo quizá no menos terrible, en la soledad de una cama de enfermo. Caí de rodillas (tuve que aferrarme al armario para no salir rodando por el suelo del camarote) y, alzando mi voz en el fragor de la tormenta que aún se abatía sobre nosotros, recé una impía oración pidiendo mi muerte. «¡Dios mío! —grité—, sería más digno de llamarme hombre si me alzase contra esa criatura y la aniquilase; pero tú me hiciste un cobarde en el vientre de mi madre. Oh Dios, tú me hiciste así, tú conoces mis flaquezas, tú sabes que la sola idea de la muerte me hace temblar de la cabeza a los pies. ¡Pero mira, aquí tienes a tu siervo, dispuesto a todo, sobreponiéndose a su debilidad! Permíteme

ofrecer mi vida a cambio de la de esa criatura. Llévate a los dos, ¡oh Dios, llévanos y ten piedad de los inocentes!». Con palabras semejantes, aunque aún más irreverentes, e intercalando las más sacrílegas súplicas, continué durante largo rato desahogando mi alma. Dios no me escuchó, he de suponer que por misericordia.

Aún estaba absorto en mi agónico delirio cuando alguien retiró la alquitranada lona que cubría la ventana y la luz del crepúsculo inundó el camarote. Me puse en pie de un salto, avergonzado, y descubrí con sorpresa que estaba tan cojo y dolorido como si me hubiesen torturado en el potro. Secundra Dass, que había despertado tras disiparse los efectos de la droga, estaba de pie en un rincón, no muy lejos, contemplándome con sus ojos salvajes; y desde fuera, el capitán me daba las gracias por mis oraciones.

—¡Sois vos quien ha salvado el barco, señor Mackellar! —decía—. Ni la buena voluntad ni la pericia de los hombres habrían bastado para mantenerlo a flote. Bien podemos decir aquello de que «si el Señor Dios no protege la ciudad, en vano vigilan los centinelas».

Me sentí avergonzado por la equivocación del capitán, y también por el miedo y la perplejidad que reflejaban los ojos del hindú, quien, tan pronto como se repuso del susto, comenzó a abrumarme con sus serviles cortesías. Ahora sé que debió de oír y comprender la peculiar naturaleza de mis plegarias, y sin duda no tardaría mucho en contárselo a su amo. Ahora, mirando hacia atrás con un mayor conocimiento de las cosas, puedo entender ciertas reacciones que entonces me dejaron intrigadísimo; me refiero a las extrañas sonrisas de aprobación que el señor me dedicaba en aquellos días. También comprendo ahora el significado de unas palabras que pronunció aquella misma noche.

—Ah, Mackellar —me dijo alzando las manos y sonriendo—. Ningún hombre es tan cobarde como él cree… Ni tampoco tan buen cristiano.

¡No sospechaba hasta qué punto eran certeras sus palabras! Porque, en realidad, los pensamientos que me habían asaltado en lo más violento de la tormenta aún seguían ejerciendo su influjo sobre mi espíritu; y las palabras que habían acudido espontáneamente a mis labios en la urgencia de la oración continuaban resonando en mis oídos. Esta obsesión tuvo las más vergonzosas consecuencias, cuyo relato dejaré aquí consignado para no pecar de deshonesto, pues sería demasiado desleal si, tras hablar de los pecados ajenos, ocultase los míos.

El viento amainó, pero la mar estaba más agitada que nunca. Durante toda la noche, el Nonesuch volvió a balancearse espantosamente. Amaneció aquel día, y el siguiente, sin que se produjera cambio alguno. Apenas era posible cruzar el camarote. Los curtidos marineros, a pesar de su experiencia, caían rodando en la cubierta, y uno de ellos quedó gravemente herido por los golpes. Todos y cada uno de los maderos del viejo barco parecían gemir en voz alta, y la campana grande que estaba junto a la bita [93] no cesaba de tañer con lúgubre sonido.

Uno de aquellos días, el señor y yo nos encontrábamos sentados, los dos solos, en la popa del barco. Debo decir que el Nonesuch tenía una popa muy alta, con la parte superior unida a las batayolas [94], lo que hacía ingobernable el barco. Estas, a su vez, descendían hacia los laterales en forma de delicadas volutas labradas al viejo estilo, para unirse finalmente a la batayola de la borda. Dicha estructura resultaba más adecuada al ornamento que a la utilidad, ya que dejaba desprotegido el borde superior de la popa justo donde la protección era más necesaria, especialmente en ciertas maniobras. Y era precisamente allí donde nos habíamos sentado nosotros, con las piernas colgando, el señor en el borde mismo de la cubierta y yo un poco más atrás, agarrado a las rejas que protegían el tragaluz del camarote, pues aquella posición me parecía un tanto peligrosa, sobre todo cuando veía el efecto de nuestras oscilaciones en la persona del señor, cuya silueta se recortaba a contraluz sobre la batayola. Tan pronto su cabeza llegaba al cenit y su sombra se proyectaba más allá del Nonesuch, como caía hasta quedar por debajo de mis pies, mientras la línea del horizonte se dibujaba muy por encima de él, como si fuese el techo de una habitación.

Yo seguía aquellos movimientos con creciente fascinación, igual que los pájaros cuando contemplan una serpiente, si es cierto lo que se cuenta. Además, mi mente se hallaba perturbada por una atronadora variedad de sonidos, ya que se habían desplegado todas las velas con la vana esperanza de enderezar el rumbo de la embarcación, y esta retumbaba como una fábrica debido a las vibraciones.

Comenzamos hablando del motín que nos había tenido amenazados, y luego la conversación fue derivando hacia el asesinato en general. El señor entonces no pudo resistir la tentación; tenía que contar cierta historia para demostrarme lo inteligente y lo malvado que era. Era algo que hacía siempre con gran afectación y grandilocuencia, lo cual generalmente le daba muy buen resultado. Pero aquella historia en particular, contada a gritos en medio de un gran estruendo, y por un narrador que tan pronto me miraba desde elcielo como me espiaba por debajo de las suelas de mis zapatos, me impresionó de un modo indescriptible.

—Mi amigo el conde —así es como dio comienzo a su relato— tenía por enemigo a cierto barón alemán que vivía como extranjero en Roma. No viene al caso ahora cuál había sido el origen de aquella enemistad con el conde; baste decir que este tenía la firme intención de vengarse, aunque no deseaba correr el menor riesgo en la empresa, por lo que decidió no revelar a nadie sus propósitos, ni siquiera al barón. En realidad, este es el principio esencial de toda venganza, pues el odio declarado es odio impotente. El conde era un hombre de mente ágil y curiosa, y tenía algo de artista. Si se proponía hacer algo, debía llevarlo a término con una perfección absoluta, y no solo en lo que atañe al resultado, sino también en los medios e instrumentos que empleaba, ya que de otro modo su obra le parecía malograda.

»Quiso la casualidad que un día, mientras cabalgaba a las afueras de Roma, viniese a dar con un olvidado camino comarcal que llevaba a los páramos que circundan la ciudad. Había a un lado del sendero una antigua tumba romana, y al otro, una casa abandonada rodeada de un jardín de coníferas. El camino le condujo a un campo de ruinas en cuyo centro vio una colina; había en su base una especie de abertura con una puertecilla, y muy cerca se alzaba un pino deforme, tan pequeño como una mata de grosellas. El lugar estaba desierto y muy escondido; una voz interior le dijo al conde que podría obtener alguna ventaja de aquello. Ató su caballo a un pino y, sacando eslabón y pedernal para prender un fuego que le permitiese ver con más claridad, se dirigió hacia la colina. La puertecilla daba a un pasadizo de antigua mampostería romana que poco después se bifurcaba en dos. El conde tomó la rama de la derecha y avanzó a trompicones en la oscuridad hasta tropezar con una especie de valla que tendría aproximadamente un codo de altura y se extendía de pared a pared. Tanteando con el pie, descubrió un reborde de piedras muy pulidas, y detrás, el vacío. Entonces, lleno de curiosidad, recogió del suelo algunas maderas podridas y encendió un fuego. Lo que había ante él era un profundo pozo. Sin duda había sido empleado en otros tiempos por algún campesino de los alrededores para sacar agua, y seguramente había sido este mismo campesino quien había construido la valla. El conde permaneció largo rato apoyado en ella mientras contemplaba el pozo. Era de factura romana, y, como todo lo que aquel pueblo levantó, parecía construido para durar toda la eternidad. Los lados aún se conservaban rectos y las juntas pulidas; si un hombre caía dentro, no habría salvación posible para él.

»“Y bien —se dijo el conde—, un fuerte impulso me ha traído a este lugar. Pero ¿para qué? ¿Qué puedo sacar de todo esto? ¿Por qué he sido enviado a contemplar este pozo?”. Estaba absorto en estas cavilaciones cuando la valla cedió de repente bajo su peso, y poco faltó para que cayese al abismo de cabeza. Retrocedió de un salto para ponerse a salvo, y al hacerlo pisó sin querer los últimos rescoldos de su fogata, apagándola del todo y quedándose sin luz, aunque rodeado de un humo molestísimo. “¿He sido enviado aquí para morir?”, se preguntaba temblando de arriba abajo.

»Y entonces una idea iluminó su mente. Arrastrándose a gatas, consiguió llegar de nuevo al borde del pozo y tanteó el aire con las manos. Antes del accidente, la valla estaba sujeta a dos postes, y tras lo ocurrido solo se había soltado de un lado, quedando colgada del otro. El conde volvió a colocarla tal y como la había encontrado, convirtiéndola en una trampa mortal de necesidad para el primero que acertase a llegar hasta ella; después salió de aquella catacumba con el semblante totalmente descompuesto.

»Al día siguiente, mientras cabalga con el barón por el Corso, fingió sentirse muy preocupado. El otro, tal como él había previsto, le preguntó la causa, y él, tras hacerse de rogar un rato, admitió por fin que se sentía abatido a causa de un extraño sueño. Todo había sido calculado para despertar el interés del barón, un hombre muy supersticioso, aunque se jactaba de lo contrario. Intercambiaron algunas chanzas, y luego el conde, como dejándose llevar por las palabras, advirtió al barón que debía tener cuidado, pues con quien había soñado era con él. Conocéis lo suficiente la naturaleza humana, mi apreciado Mackellar, como para poder predecir lo que vino después: El barón no quedó tranquilo hasta haber escuchado el relato del sueño. El conde, convencido de que su enemigo no cejaría en su empeño, estuvo jugando con él hasta llevar al límite su curiosidad, y solo entonces se dejó persuadir, aunque aparentando cierta reticencia.

»—Os lo advierto —le dijo—; esto no traerá nada bueno, lo presiento. Pero como ni vos ni yo tendremos paz mientras no acceda a vuestra petición, al menos, que la culpa recaiga sobre vos. Esto fue lo que soñé: Os veía cabalgando en un lugar desconocido para mí, aunque podría afirmar que era a las afueras de Roma, porque a un lado del camino había una tumba antigua, y al otro un jardín de coníferas. Yo os llamaba a gritos para que regresaseis, presa del más angustioso terror; no sé si vos me oíais o no, el caso es que continuabais avanzando. El sendero os condujo a un lugar desierto y sembrado de ruinas, donde había una puerta al pie de una colina, y al lado de la puerta se alzaba un pino deforme. Allí desmontasteis, mientras yo continuaba gritando para preveniros, atasteis vuestro caballo a un pino y atravesasteis resueltamente la entrada. Dentro reinaba la oscuridad, pero yo aún podía veros y seguía rogándoos a voces que regresaseis. Avanzasteis a tientas guiándoos por la pared de la derecha, llegasteis a una bifurcación y seguisteis por la

rama derecha, que os condujo a una pequeña estancia donde había un pozo y una valla. En este punto, no sé por qué, el miedo que sentía por vos se hizo mil veces más intenso, y al final me quedé ronco de tanto gritaros mis advertencias, diciéndoos que aún estabais a tiempo y suplicándoos que salieseis en seguida de aquella antesala. Esa fue, en efecto, la palabra que empleé en el sueño; entonces su significado parecía estar muy claro, pero ahora, de día y despierto, os juro que no lo recuerdo. Vos no prestabais ninguna atención a mis llamadas, pues en aquel momento os inclinabais sobre la valla y contemplabais absorto el agua. Entonces recibisteis una revelación. Cuál pudiera ser su contenido, no lo sé, pues en mi sueño no llegaba ni a imaginarlo, pero el terror que sentí era tan intenso que me desperté bruscamente temblando y llorando. Y ahora —continuó el conde—, he de agradeceros vuestra insistencia, porque este sueño era para mí una pesada carga, y sin embargo, ahora que os lo he contado en palabras sencillas y a plena luz del día, ya no parece tener ninguna importancia.

»—No lo sé —repuso el barón—. Es bastante extraño en algunos puntos. ¿Habéis mencionado una revelación? ¡Vaya, qué sueño tan singular! Una buena historia para entretener a nuestros amigos.

»—No estoy tan seguro —replicó el conde—. Todo esto me produce cierta aprensión. Será mejor que lo olvidemos.

»—Como gustéis —dijo el barón.

»Y en efecto, no volvieron a hablar de ello. Unos días después, el conde le propuso al barón dar un paseo por el campo, y este aceptó encantado, como era de esperar, ya que su amistad iba en aumento. En el camino de regreso a Roma, el conde se desvió disimuladamente en una determinada dirección. De repente detuvo su caballo y, cubriéndose los ojos con la mano, dejó escapar un grito. Al retirar la mano, su semblante estaba más pálido que la nieve (en realidad, era un magnífico actor), y se quedó mirando fijamente al barón.

»—¿Qué os pasa? —preguntó alarmado el barón.

»—Nada —repuso el conde—, no es nada. Un ataque…, no sé qué puede ser. Volvamos en seguida a Roma.

»Pero entre tanto, el barón había echado una mirada a su alrededor. Y allí, a la izquierda del camino que habían tomado para regresar a la ciudad, vio un polvoriento sendero con una tumba a un lado y un jardín de coníferas al otro.

»—Sí —dijo con acento demudado—, volvamos cuanto antes a Roma, deprisa. Me temo que no os encontráis bien de salud.

»—¡Por amor de Dios! —gritó el conde estremeciéndose—. ¡Derechos a Roma! ¡Necesito meterme en la cama!

»Hicieron el camino de regreso sin apenas cruzar palabra, y el conde, que aquella noche tenía ciertos compromisos sociales, se acostó temprano, alegando haber contraído unas fiebres en el campo. Al día siguiente encontraron el caballo del barón atado a un pino, pero del caballero nunca más se supo.

—Y ahora, decidme: ¿fue un asesinato? —preguntó el señor, terminando bruscamente su relato.

—¿Estáis seguro de que se trataba de un conde? —le interrogué.

—No estoy muy seguro en cuanto al título —repuso él—; en cualquier caso, era un caballero de buena familia. ¡Y que Dios os guarde, Mackellar, de un enemigo tan sutil!

Estas últimas palabras me las dijo mirándome sonriente desde arriba, pero al instante su cabeza estuvo de nuevo por debajo de mis pies. Continué observando sus oscilaciones con una especie de fascinación infantil hasta que me sentí mareado y aturdido; entonces comencé a hablar como en sueños.

—¿Sentía un odio muy profundo por el barón? —pregunté.

—Se le revolvían las tripas cuando le tenía cerca —contestó el señor.

—Yo también he sentido lo mismo —dije.

—¿De veras? —exclamó él—. ¡Esto sí que es nuevo! Me pregunto… No quisiera pecar de vanidoso, pero… ¿no seré yo la causa de vuestras perturbaciones intestinales?

Al señor le gustaba adoptar poses elegantes incluso cuando no había nadie para contemplarle salvo yo, especialmente si la ocasión entrañaba cierto peligro. En aquel momento estaba sentado con una rodilla encima de la otra y los brazos cruzados sobre el pecho, adaptándose al balanceo del barco en un alarde de exquisito equilibrio, aunque el peso de una pluma habría bastado para romperlo. Súbitamente vi de nuevo en mi imaginación a mi patrón sentado a una mesa y con el rostro entre las manos; solo que ahora, cuando volvía su rostro hacia mí tenía una amarga expresión de reproche. Al mismo tiempo recordé las palabras que había pronunciado poco antes, mientras rezaba: «Dios, sería más digno de llamarme hombre si me alzase contra esa criatura y la aniquilase». Reuní todas mis fuerzas y, cuando el barco se inclinó del lado de mi enemigo, le lancé un violento puntapié. Pero estaba escrito que de aquel intento habría de cosechar tan

solo la culpa, y no el fruto. No sé si se debió a mi torpeza o a su increíble agilidad, pero lo cierto es que esquivó el golpe poniéndose en pie de un salto al tiempo que lograba asirse a un cabo de cuerda.

Perdí la noción del tiempo. Me quedé tendido en la cubierta, sin moverme, abrumado de terror, de vergüenza y de remordimientos, mientras él permanecía de pie con la cuerda aún en la mano y apoyado en la batayola, estudiándome con extraña expresión que dejaba adivinar la complejidad de sus sentimientos. Finalmente habló.

—Mackellar —dijo—, no os haré ningún reproche, pero os ofrezco un trato. Por vuestra parte, supongo que no tenéis ningún deseo de que esta hazaña vuestra se haga pública, y yo, por la mía, os confieso sinceramente que no me seduce la idea de vivir con el continuo temor de ser asesinado por el hombre con quien comparto la mesa. Prometedme…, pero no —se interrumpió—; aún no estáis en plena posesión de vuestras facultades, y más tarde podríais pensar que os he arrancado esta promesa aprovechando vuestra actual debilidad. No quiero dejar ninguna puerta abierta a la casuística, que es la deshonestidad de los escrupulosos. Tomaos un tiempo para meditar.

Dicho esto, se deslizó por la resbaladiza cubierta como una ardilla y desapareció en el camarote. Al cabo de una media hora regresó; yo seguía tendido en el mismo lugar en que me había dejado.

—Y bien —me dijo—: Ahora, como cristiano que sois, y como fiel servidor de mi hermano, ¿me dais vuestra palabra de que nunca más habré de temer nada de vos?

—Os doy mi palabra —repuse.

—Exijo que me deis la mano para sellar el pacto.

—Tenéis derecho a imponer las condiciones —repliqué, y nos estrechamos la mano.

Entonces volvió a sentarse en el mismo sitio de antes y adoptando la misma postura, un tanto peligrosa.

—¡Sujetaos bien! —grité, cubriéndome los ojos—. No puedo soportar veros en esa postura. Una ligera sacudida del mar bastaría para lanzaros por la borda.

—Sois muy poco consecuente —repuso sonriendo; y, accediendo a mis ruegos, se situó en una posición más segura—. Con todo, quiero que sepáis, Mackellar, que habéis ganado muchísimo en mi estima. ¿Pensáis que no soy capaz de apreciar la lealtad? ¿Por qué creéis entonces que llevo conmigo a Secundra Dass allá donde voy? Porque sé que moriría o mataría por mí si fuese necesario; y por eso le quiero. Bueno, tal vez os parezca extraño, pero después de lo de esta tarde os aprecio mucho más. Pensaba que los Diez Mandamientos os tenían hechizado, pero no. ¡Que Dios me condene! ¡Resulta que, después de todo, esta vieja tiene sangre en las venas! Aunque todo esto —prosiguió, volviendo a sonreír— no debe haceros pensar que habéis obrado mal dándome vuestra promesa; pues me temo que nunca habríais llegado a brillar en vuestro nuevo oficio.

—Supongo que debería suplicar vuestro perdón y el de Dios por mi fallido intento —dije yo—. En cualquier caso, os he dado mi palabra, y la cumpliré fielmente. Pero cuando pienso en aquellos a quienes perseguís…

—La vida es curiosa —repuso él—, y la humanidad forma una raza muy singular. Vos creéis amar a mi hermano. Es solo la fuerza de la costumbre, os lo aseguro. Interrogad a vuestra memoria y recordaréis que cuando llegasteis por vez primera a Durrisdeer os pareció un joven simple y vulgar. Y hoy día sigue siendo tan vulgar y tan simple como entonces, aunque ya no tan joven. Si en su lugar os hubieseis encontrado conmigo, ahora seríais un leal partidario mío, y no suyo.

—Nunca podría decir de vos que sois un hombre vulgar, señor Bally —repliqué—. Pero en esta ocasión sois vos quien habla como un simple. Acabáis de confiar en mi palabra, que es tanto como decir en mi conciencia… y esa misma conciencia es la que instintivamente os rehuye, como huye el ojo de la luz hiriente.

—¡Ah! —exclamó—. No es eso a lo que me refiero, sino a lo que habría pasado si me hubieseis conocido en mi juventud. Debéis tener en cuenta que no siempre he sido como ahora; ni creo que hubiese llegado a serlo de haber contado con un amigo como vos.

—Vamos, señor Bally —dije yo—; os habríais burlado de mí. Jamás habríais llegado a cruzar ni diez palabras de cortesía con semejante «patoso».

Sin embargo, el señor parecía encantado con el nuevo curso que habían tomado sus justificaciones, e insistió en abrumarme con ellas durante el resto de la travesía. No cabe duda de que en el pasado se había divertido retratándose a sí mismo en tintes innecesariamente oscuros, jactándose de su maldad y ostentándola como su escudo de armas. Tampoco era tan inconsecuente como para negar ahora una sola de sus antiguas confesiones.

—Pero ahora que sé que sois un ser humano —solía decir—, puedo tomarme la molestia de justificarme. Porque os aseguro que también yo soy humano y tengo mis virtudes como cualquiera.

Ya he dicho que me abrumaba con su insistencia, y yo le replicaba invariablemente con la siguiente respuesta:

—Abandonad vuestros actuales propósitos y regresad conmigo a Durrisdeer; solo así os creeré.

Al oír esto, me miraba sacudiendo la cabeza en señal de negación.

—¡Ay, Mackellar! Ni aunque viváis mil años llegaréis a entender mi carácter —decía entonces—. Esta batalla es inevitable; el tiempo de la reflexión ha pasado ya, y el de la clemencia no ha llegado aún. Todo

empezó cuando lanzamos aquella moneda al aire en el salón de Durrisdeer, hace ya veinte años. Ambos hemos tenido victorias y derrotas, pero ninguno de los dos ha pensado jamás en rendirse. Por mi parte, cuando arrojo el guante en señal de desafío, mi honor y mi vida van con él.

—¡Al diablo con vuestro honor! —replicaba yo—. Y, con vuestro permiso, encuentro vuestras metáforas guerreras demasiado altisonantes para el caso que nos ocupa. Lo que vos queréis no es más que el cochino dinero; esa es la raíz de la disputa. Y en cuanto a vuestros métodos, ¿cuáles son? Sembrar el dolor en una familia que nunca os ha hecho el menor daño; pervertir, si es que podéis, a vuestro propio sobrino; desgarrar el corazón de vuestro hermano de sangre. Sois como un salteador de caminos que asesinara a palos a una pobre anciana, y todo para robarle una moneda de un chelín y un poco de rapé [95]. Esa es la clase de guerrero que sois.

Cuando yo le atacaba con estos argumentos o con otros similares, el señor sonreía y suspiraba como un hombre incomprendido. Recuerdo que una vez se defendió con mayor insistencia que de costumbre, utilizando para ello algunos curiosísimos sofismas que vale la pena repetir aquí para arrojar nueva luz sobre su carácter.

—Es muy propio de los civiles, como vos, pensar que la guerra consiste en tambores y estandartes —explicó—. La guerra, como decían sabiamente los antiguos, es la *ultima ratio* [96]. Hacemos la guerra cuando aprovechamos nuestra ventaja sin misericordia. ¡Vamos, Mackellar, vos mismo sois un demonio de soldado en vuestro despacho de Durrisdeer, si es cierto lo que cuentan los arrendatarios!

—Poco me importa cómo sea en realidad la guerra —repuse yo—. Pero me estáis cansando con vuestros intentos de ganaros mi respeto. Vuestro hermano es un buen hombre, y vos sois un malvado; ni más, ni menos.

—Si yo hubiera sido Alejandro… —comenzó a decir.

—¡Así es como nos engañamos todos a nosotros mismos! —bramé yo—. Si yo hubiese sido san Pablo, habría dado igual: habría estropeado su brillante carrera lo mismo que ahora estropeo la mía.

—Os digo —continuó, ignorando mi interrupción— que si yo hubiese sido el más humilde jefe de las Highlands o el último reyezuelo de unos negros desnudos en medio de un desierto africano, mi pueblo me hubiese adorado. ¿Un malvado, decís? ¡Ay, pero yo nací para ser un bondadoso tirano! Preguntad a Secundra Dass; os dirá que le trato como a un hijo. Unid vuestra suerte a la mía mañana, convertíos en mi esclavo, en un objeto de mi propiedad, en algo que yo pueda gobernar como gobierno mis miembros y mi espíritu… y no veréis más ese lado oscuro que muestro airadamente al mundo. He de tenerlo todo, o nada. Pero cuando todo me ha sido entregado, yo lo devuelvo con intereses. Tengo alma de rey, ¡esa ha sido mi perdición!

—Hasta ahora ha sido más bien la perdición de los demás —observé—, lo cual me parece un poco por debajo de la realeza.

—¡Tonterías! —exclamó—. Incluso ahora podría llegar a apiadarme de esa familia por la que tanto os interesáis, os lo aseguro. Sí, me apiadaría de ellos. Mañana mismo los dejaría en sus mezquinas batallas cotidianas y desaparecería en esa jungla de truhanes y asesinos que llamamos mundo. ¡Lo haría mañana mismo! —repitió—. Solo que… solo que…

—¿Qué? —pregunté yo.

—Solo que deberían suplicármelo de rodillas. Y creo que en público, además —añadió sonriendo—. De hecho, Mackellar, dudo que exista un salón lo bastante grande como para celebrar ese acto de reparación…

—¡Vanidad de vanidades! —exclamé en tono moralizante—. ¡Y pensar que estas poderosas fuerzas del mal nacen del mismo impulso que empuja a las muchachas a hacer melindres ante el espejo!

—¡Oh! Hay palabras para todo: palabras que engrandecen y palabras que empequeñecen. No podéis enfrentaros a mí con palabras —dijo él—. El otro día decíais que yo confiaba en vuestra conciencia. Si yo fuese tan inclinado como vos a la crítica, diría que confío en vuestra vanidad. Tenéis la pretensión de ser un *homme de parole12;* la mía es no aceptar la derrota. Llamadlo vanidad, virtud, grandeza de alma…, ¿qué significan todas esas expresiones? Pero al menos reconoceréis que ambos tenemos algo en común: los dos vivimos para una idea.

Como se desprende de estas charlas íntimas con tanta paciencia por ambas partes, ambos volvíamos a convivir en excelentes términos. Así era en realidad, aunque esta vez se trataba de algo mucho más serio que en ocasiones anteriores. Aparte de algunas discusiones como la que he intentado reproducir aquí, me atrevería a afirmar que reinaba no solo la consideración, sino también la cordialidad. Cuando caí enfermo (lo cual ocurrió poco después de la tempestad), él acudía a sentarse junto a mi cama para entretenerme con su conversación, y me aplicó excelentes remedios que yo aceptaba con total confianza. Él mismo hizo algún comentario al respecto.

—Veis —me dijo—, ya comenzáis a conocerme mejor. Hasta hace poco, en este solitario barco donde soy el único en poseer los rudimentos de la ciencia, habríais estado seguro de que me proponía atentar contra vuestra vida. Y fijaos, desde que vos atentasteis contra la mía os he tratado con mayor respeto que nunca. Vos me diréis si esto demuestra un carácter mezquino.

No supe qué contestar. En lo referente a mi persona, yo creía en sus buenas intenciones. Tal vez yo fuese el más engañado de todos, pero entonces yo creía que su amabilidad para conmigo era auténtica, y aún lo creo en el día de hoy. Y, por extraño y triste que pueda resultar, lo cierto es que en cuanto se produjo este cambio, mi animosidad contra él desapareció, y aquellas obsesionantes visiones de *milord* no volvieron a repetirse jamás. Así que tal vez hubiese algo de verdad en las jactanciosas palabras que el señor me dirigió al término de nuestro viaje, un veintidós de julio, cuando entrábamos en el gigantesco puerto de Nueva York. El mar estaba en calma y hacía un calor sofocante, que de repente dio paso a un sorprendente chaparrón. Yo estaba en la popa, contemplando las verdes costas cercanas, y volviendo de vez en cuando la vista a la ligera humareda que coronaba aquella pequeña ciudad, nuestro lugar de destino. Pero incluso entonces estaba meditando el modo de adelantarme a mi enemigo. Sentí un gran embarazo cuando le vi venir hacia mí con la mano extendida.

—Vengo a despedirme de vos —dijo—, y para siempre, ya que ahora, al volver a convivir con mis enemigos, todos vuestros antiguos prejuicios contra mí volverán a aparecer. Cuando me propongo seducir a alguien, siempre lo consigo. Incluso a vos, mi querido amigo, permitidme que os llame así por una vez… Incluso vos conservaréis ahora en vuestro recuerdo una imagen mía muy distinta de la que teníais, y estoy seguro de que nunca la olvidaréis. El viaje no ha durado lo suficiente; si no, os hubiera causado una impresión aún más profunda. Pero ahora todo ha terminado, y volvemos a estar en guerra. Juzgad por esta breve tregua cuán peligroso puedo llegar a ser, y decid a esos necios —dijo señalando hacia la ciudad— que se lo piensen dos veces antes de desafiarme.

Capítulo X
En Nueva York

Tal y como he contado, yo estaba resuelto a anticiparme al señor, y logré hacerlo con facilidad gracias a la ayuda del capitán
M'Murtrie.
Mientras el señor era conducido a un bote medio lleno en un costado del barco, del otro lado partía velozmente una lancha conmigo como único pasajero. No tuve problemas para averiguar la dirección de *milord*, adonde me dirigí a toda prisa. Estaba a las afueras de la ciudad, y era una mansión muy distinguida, con un hermoso jardín y una enorme construcción que hacía las veces de granero, vaquería y establo, todo en uno. Fue allí donde encontré a *milord* cuando llegué. De hecho, parece ser que se había convertido en su lugar favorito, y los asuntos de la granja absorbían todos sus pensamientos. Me abalancé sobre él y, casi sin aliento, le di mis noticias; noticias que no resultaron ser ninguna novedad para él, ya que en al transcurso del viaje varios barcos habían adelantado al Nonesuch.

—Hace mucho tiempo que os esperábamos —dijo *milord*—. Lo cierto es que en los últimos días ya habíamos dejado de esperaros. Me alegro de estrechar de nuevo vuestra mano, Mackellar. Temía que estuvieseis en el fondo del mar.

—¡Ay, *milord*, ojalá Dios lo hubiese querido así! —me lamenté—. Las cosas ahora os irían mejor.

—En absoluto —contestó sombríamente—. No habría podido desear nada mejor. Hay muchas deudas pendientes y ahora, por fin, podré comenzar a saldarlas.

Protesté, alarmado ante su exceso de confianza.

—Oh, esto no es Durrisdeer, y he tomado mis precauciones —repuso él—. Su reputación le ha precedido. Le he preparado a mi hermano una gran bienvenida. En realidad, la casualidad me ha favorecido, ya que he encontrado aquí a un comerciante de Albany que le conoció después del año 45 y dice tener poderosas razones para atribuirle cierto asesinato: al parecer se trataba de otro hombre de Albany llamado Chew. Aquí nadie se sorprenderá si le cierro mis puertas. No consentiré que tenga trato alguno con mis hijos, ni siquiera que salude a mi esposa. En cuanto a mí, haré una excepción, puesto que se trata de mi hermano. Además, no quiero perderme esa diversión —terminó *milord*, frotándose las manos.

En seguida, tras reflexionar un rato, envió rápidamente a varios hombres con mensajes dirigidos a distintas direcciones convocando a los magnates de la provincia. No recuerdo qué pretexto utilizó, pero consiguió lo que se proponía, y cuando nuestro enemigo hizo su aparición, encontró a *milord* paseando delante de su casa a la sombra de los árboles acompañado del gobernador y de otros personajes notables de la ciudad. *Milady*, que estaba sentada en la veranda, se levantó con expresión indignada y entró en la casa con los niños.

El señor, muy bien vestido y luciendo una elegante espada de paseo, saludó graciosamente a la compañía y dirigió a *milord* una inclinación de cabeza con aire familiar. Milord no respondió al saludo y se quedó mirando a su hermano con el ceño fruncido.

—Y bien, señor —dijo por fin—, ¿qué mal viento os ha traído a este lugar, entre todos los rincones del mundo, a este lugar donde, para nuestra común desgracia, vuestra reputación os ha precedido?

—Milord, espero que tengáis el buen gusto de mostraros cortés —repuso el señor, aturdido por la sorpresa.

—Tengo el buen gusto de ser franco —replicó *milord*—, porque es preciso que entendáis claramente la situación. En nuestra patria, donde se os conocía tan poco, aún era posible guardar las apariencias; pero en esta provincia sería inútil intentarlo; y he de deciros que tengo la intención de lavarme las manos en lo que a vos se refiere. Habéis estado a punto de arruinarme por completo, como antes hicisteis con mi padre, rompiéndole además el corazón. Quizá vuestros crímenes puedan escapar de la ley. Pero mi amigo el

gobernador ha prometido proteger a mi familia. ¡Tened cuidado, señor! —gritó *milord*, apuntándole con su bastón—. Si alguien os sorprende dirigiendo la palabra a cualquier miembro inocente de mi casa, la ley se hará más flexible, si es preciso, para castigaros por ello.

—¡Vaya! —dijo el señor muy lentamente—. ¡Así que estas son las ventajas de las tierras extranjeras! Estos caballeros no están al corriente de nuestra historia, por lo que veo. Ellos no saben que yo soy el verdadero *lord* Durrisdeer; no saben que sois mi hermano menor y que habéis usurpado mi lugar con el pretexto de un juramento de familia. Tampoco saben, pues si lo supieran no querrían ser vistos en vuestra compañía, que cada acre de terreno me pertenece ante Dios nuestro Señor, y que el dinero que ahora me negáis lo habéis obtenido como un ladrón, un perjuro y un hermano desleal.

—¡General Clinton! —exclamé—. No escuchéis sus mentiras. Soy el administrador de la hacienda, y no hay ni una palabra de verdad en lo que dice. Este hombre es un rebelde declarado que más tarde se convirtió en un espía a sueldo. Su historia puede resumirse en esos dos calificativos.

De esta manera, en el acaloramiento del instante, revelé a todos la infamia que le cubría.

—Amigo —dijo el gobernador volviéndose hacia el señor de Ballantrae con rostro severo—, sé mucho más de vos de lo que pensáis. Nos han llegado algunos rumores de vuestras aventuras en las provincias, y haríais bien en no obligarme a investigar. Está, por ejemplo, la desaparición de Jacob Chew junto con toda su mercancía; tampoco se sabe de dónde veníais cuando llegasteis cargado de joyas y dinero a aquel barco de las Bermudas que os sacó de Albany. Creedme, si no remuevo estos asuntos es por consideración a vuestra familia y por respeto hacia mi apreciado amigo, *lord* Durrisdeer.

Entre sus conciudadanos se escuchó un murmullo de aprobación.

—Debería haber recordado el brillo que cobra un título en un agujero como este —dijo el señor, blanco como una sábana—, aunque se haya obtenido injustamente. No me queda otra cosa que dejarme morir a la puerta de *milord*, donde mi cadáver resultará un adorno muy alegre.

—¡Basta de teatro! —exclamó *milord*—. Sabéis muy bien que no son esas mis intenciones. Solo deseo protegerme de la calumnia y evitar que os entrometáis en mi familia. Os doy a elegir. Estoy dispuesto a pagaros el pasaje de vuelta a casa en el primer barco, y una vez allí tal vez podáis reanudar vuestras actividades en relación con el Gobierno, aunque Dios sabe que preferiría veros convertido en un salteador de caminos. Y, si esto no os agrada, quedaos aquí y sed bienvenido. Me he informado acerca de la cantidad mínima que se necesita en Nueva York para cubrir dignamente las necesidades del cuerpo y del espíritu. Esa es la cantidad que recibiréis, pagada semanalmente. Y si no sois capaz de trabajar para mejorar vuestra situación, ya va siendo hora de que aprendáis. La condición que impongo es que no habléis con ningún miembro de mi familia, excepto conmigo —añadió.

Creo que jamás he visto a un hombre tan pálido como el señor en aquel momento. Pero se mantenía erguido y con expresión firme.

—He sido recibido aquí con insultos que de ningún modo merezco —dijo—, pero no tengo intención de salir huyendo para protegerme. Dadme vuestra limosna; la aceptaré sin avergonzarme, puesto que me pertenece, al igual que la camisa que os cubre. Me quedaré aquí hasta que estos caballeros me comprendan mejor. Tal vez comiencen ya a adivinar vuestro verdadero carácter al ver que, al mismo tiempo que fingís tanta preocupación por el honor de la familia, os complacéis degradándolo en mi persona.

—Todo eso está muy bien —dijo *milord*—; pero para nosotros, que os conocemos de antiguo, podéis estar seguro de que no significa nada. Habéis elegido esta alternativa porque pensáis que con ella obtendréis mayor provecho. Aceptadla en silencio, si es que sois capaz. Este silencio, a la larga, os será más beneficioso que vuestros alardes de ingratitud, podéis creerme.

—¡Oh, gratitud, *milord*! —exclamó el señor de Ballantrae elevando el tono de voz y alzando el dedo índice con gesto amenazador—. Quedaos tranquilo, no os faltará. Solo me resta saludar a estos señores, a quienes hemos estado aburriendo con nuestros problemas familiares.

Hizo una breve reverencia a cada uno de los presentes y, tras ajustarse la espada de paseo, se despidió dejando a todo el mundo asombrado por su comportamiento, aunque a mí me había sorprendido todavía más el de *milord*.

A partir de entonces comenzó una fase diferente dentro de la división familiar. El señor no se encontraba tan desprovisto de medios como había supuesto mi patrón, ya que tenía junto a él y enteramente a su servicio a un gran artista de la orfebrería. Con la renta que le daba *milord*, que no era en modo alguno tan exigua como él había sugerido, podían mantenerse los dos, lo cual les permitía ahorrar las ganancias de Secundra Dass para cualquier eventualidad que pudiese presentarse en el futuro. Y eso fue lo que hicieron, no me cabe la menor duda. Es probable que el propósito del señor fuese reunir la suma necesaria para emprender la búsqueda de aquel tesoro que mucho tiempo atrás había enterrado en las montañas. Si se

hubiera limitado a esto, su idea habría resultado bastante buena. Pero, por desgracia para él y para todos nosotros, se dejó llevar por la ira. La vergüenza pública que tuvo que soportar a su llegada (y a la que muchas veces me he preguntado cómo logró sobrevivir) le pudría las entrañas. Su estado de ánimo era comparable al de aquel hombre que, según el viejo proverbio, se cortó la nariz para fastidiar al resto de la cara. Y decidió convertir su persona en un permanente escándalo con la esperanza de salpicar a *milord*.

Eligió para vivir una casa de madera rodeada de acacias, pequeña y solitaria, situada en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Tenía delante una especie de choza semejante a una caseta de perro y no más alta que una mesa, donde el pobre hombre que la había construido solía desplegar su mercancía. Esto bastó, probablemente, para disparar la imaginación del señor, inspirándole su nueva estrategia. Parece ser que, durante su estancia en el barco pirata, había adquirido cierta habilidad con la aguja…, la suficiente, al menos, para interpretar el papel de sastre de cara al público, que era cuanto necesitaba para su venganza. Colocó un letrero sobre la caseta donde podían leerse, no sé si en este mismo orden, las siguientes palabras:

JAMES DURIE,
ANTES SEÑOR DE BALLANTRAE.
SASTRE REMENDÓN.
—
SECUNDRA DASS,
CABALLERO ARRUINADO DE LA
INDIA.
ORFEBRERÍA FINA.

Bajo este rótulo, cuando tenía algún encargo, nuestro caballero se sentaba a la manera de los sastres y cosía afanosamente. He dicho cuando tenía algún encargo, porque la mayor parte de los clientes que acudían eran para Secundra Dass y no para él; lo cierto es que la costura del señor recordaba un poco a la de Pénélope[97]. Con semejante medio de subsistencia no habría podido ganarse ni la mantequilla que untaba en el pan. Pero a él le bastaba con ver el nombre de Durie arrastrado por el lodo gracias a aquella placa, y al antiguo heredero de la orgullosa familia sentado en público con las piernas cruzadas como reproche a la tacañería de su hermano. Su táctica dio tan buen resultado que muy pronto comenzaron a correr rumores en la ciudad, formándose una facción muy contraria a *milord*. La amistad de este con el gobernador contribuía además a granjearle la antipatía de sus adversarios. *Milady*, que nunca había sido tan bien recibida en la colonia como su esposo, tuvo que soportar dolorosas insinuaciones. En las reuniones femeninas, donde es natural que el tema surgiese a menudo, se sentía excluida cada vez que alguien mencionaba la costura, y en más de una ocasión la vi regresar con el rostro enrojecido y jurando que no volvería a salir de casa.

Mientras tanto, *milord* continuaba viviendo en su hermosa mansión entregado a los asuntos de la granja. Era un hombre apreciado por sus íntimos, y el resto de la gente le importaba muy poco, o tal vez ni siquiera reparase en su existencia. Había ganado peso y su rostro tenía la expresión radiante de los hombres muy ocupados. Hasta el calor le sentaba bien, y *milady*, a pesar de sus preocupaciones, daba gracias al Cielo cada día por el paraíso que su padre le dejara en herencia. Había contemplado la humillación del señor desde una ventana, y a partir de entonces parecía haber recobrado la tranquilidad. Yo no me sentía tan seguro.

Con el paso del tiempo, comencé a advertir ciertos rasgos enfermizos en la conducta de *milord*. Era feliz, sin duda, pero guardaba en secreto los motivos de aquella felicidad. Incluso en el seno familiar le veíamos a menudo absorto en algún pensamiento privado con profundo deleite, y finalmente concebí la sospecha (bastante indigna de ambos) de que tenía una amante en la ciudad. Sin embargo salía poco de casa, y se mantenía atareado durante todo el día. El único momento de la jornada en que yo ignoraba sus ocupaciones era por la mañana temprano, mientras yo daba clases a Alexander.

Para entender lo que entonces hice hay que tener presente que yo seguía albergando algunos temores acerca de la salud mental de *milord*; y con el enemigo tranquilamente instalado en la misma ciudad, creo que hacía bien en no bajar la guardia. Por esta razón inventé un pretexto para cambiar la hora que dedicaba diariamente a enseñar a Alexander los rudimentos de la aritmética y las matemáticas, y me dispuse a seguir como un perro de caza las huellas de *milord*.

Descubrí que cada mañana, hiciese buen o mal tiempo, cogía un bastón con la empuñadura de oro, se ponía el sombrero echándolo hacia atrás (un hábito recientemente adquirido, y que tal vez estuviese relacionado con el calor febril de su frente), y salía para realizar un determinado recorrido. Al principio su camino discurría a través de una agradable arboleda, y al llegar junto a un cementerio se sentaba un rato a

meditar si el tiempo lo permitía. Luego se desviaba hacia la orilla del mar y regresaba por los muelles, donde se encontraba la tienda de su hermano. Al acercarse a este segundo tramo de su paseo, *lord* Durrisdeer comenzaba a caminar más despacio, como si se deleitase con el aire o con la escena que contemplaba; y al pasar por delante de la caseta, a medio camino entre esta y el mar, se detenía un rato apoyándose en su bastón. Era la hora en que el señor se sentaba allí dentro a coser. Los dos hermanos se miraban entonces con dureza, y después *milord* continuaba su paseo sonriendo para sí.

Me bastó con realizar por dos veces esta ingrata labor de espionaje para saber con certeza lo que *milord* se proponía con sus paseos y cuál era la secreta fuente de su felicidad. Así que aquella era su amante; era el odio, y no el amor, el responsable del saludable color de sus mejillas. Quizá algunos moralistas se habrían sentido aliviados con este descubrimiento, pero en cuanto a mí he de confesar que solo sentí consternación. El estado de cosas entre los dos hermanos no solo me parecía detestable en sí mismo, sino que prometía traer nuevas y mayores desgracias. Así que tomé por costumbre, siempre que mis ocupaciones me lo permitían, acudir al lugar por un camino más corto y presenciar a escondidas sus encuentros.

Cierto día, después de haber pasado casi una semana sin acercarme por allí, llegué un poco tarde y descubrí sorprendido que la escena había variado sustancialmente. Debo decir que ante la casa del señor había un banco donde los clientes podían sentarse a hablar con el tendero; fue justamente allí donde encontré sentado a *milord* acariciando su bastón mientras contemplaba apaciblemente la bahía, y a menos de tres pies de él estaba sentado el señor, cosiendo. Ninguno de los dos hablaba, y *milord*, en esta nueva situación, ni siquiera echaba una mirada a su hermano. Supongo que saboreaba mejor su cercanía allí, en la desnuda presencia de su enemigo, apurando hasta las heces el dulce licor que el odio destila.

En cuanto se hubo alejado del lugar, le abordé directamente.

—Milord, *milord* —le dije—, esta no es manera de comportarse.

—Así engordo —replicó, y me quedé perplejo no solo por sus palabras, que eran de por sí bastante extrañas, sino por la expresión de su rostro, que me pareció extraordinariamente chocante.

—Milord, he de advertiros de lo arriesgada que puede resultar esta complacencia vuestra en los malos sentimientos —dije yo—. No sé para quién será más peligroso, si para vuestra razón o para vuestra alma; pero por este camino terminaréis destruyéndolas a ambas.

—No podéis entenderlo —repuso él—. Vos nunca habéis soportado tales montañas de amargura en vuestro corazón.

—Dejando aparte otras consideraciones, podéis estar seguro de que estáis empujando a ese hombre a cometer un disparate —añadí.

—Al contrario, lo estoy desmoralizando —fue la respuesta de *milord*.

Durante toda la semana, *milord* siguió sentándose cada día en aquel mismo banco. Era un lugar agradable, bajo las verdes acacias, con vistas al puerto y a la bahía y el rumor lejano de los marineros cantando mientras trabajaban. Allí se sentaban los dos sin intercambiar palabra ni hacer un solo movimiento, como no fueran los del señor al coser con la aguja o al llevarse una hebra a la boca para romperla con los dientes, pues seguía empeñado en mantener su simulacro de laboriosidad. Yo me decidí finalmente a unirme a ellos, y no dejaba de asombrarme tanto de mi propio comportamiento como del de mis compañeros. Si acertaba a pasar por allí algún amigo de *milord*, este le saludaba alegremente y le explicaba que se encontraba allí con el fin de dar buenos consejos a su hermano, que para su contento se había vuelto muy trabajador. Incluso aquello lo soportaba el señor con semblante impasible, pero Dios sabe lo que pasaría por su mente (o tal vez solo Satanás lo sepa).

De repente, un apacible día de lo que llaman allí el verano indio, cuando los bosques se visten de oro, rosa y escarlata, el señor dejó a un lado su aguja y estalló en carcajadas. Seguramente había estado preparando aquello desde hacía mucho tiempo, porque el estallido sonó de lo más natural. Sin embargo, aquel repentino ataque en medio del más sepulcral silencio y en circunstancias tan poco propicias a la alegría, resonó en mis oídos como algo siniestro.

—Henry —dijo por fin—, por vez primera he dado un paso en falso y por vez primera tú has mostrado tener el ingenio suficiente como para sacar provecho de mi error. La farsa del remendón termina hoy; y he de admitir que has llevado en ella la mejor parte. Te felicito: por fin has demostrado que somos de la misma sangre, y ciertamente tienes una habilidad poco común para hacerte odioso.

Milord no pronunció ni una sola palabra. Era como si el señor no hubiera roto el silencio.

—Vamos, no seas resentido —continuó el señor—. Eso estropearía tu hazaña. Créeme, ahora puedes permitirte mostrarte un poco magnánimo, ya que tengo que aceptar algo más que una derrota. Mi intención era seguir con esta farsa hasta haber reunido la cantidad de dinero que necesito para cierta empresa, pero confieso sinceramente que no tengo ánimos para seguir adelante. Como es natural, tú deseas que abandone la ciudad, y yo he llegado por otro camino a desear lo mismo. Por eso quiero hacerte una propuesta, o, si *milord* lo prefiere, solicitar un favor.

—Habla —ordenó Henry.

—Tal vez haya llegado a tus oídos que en una ocasión, hallándome en este país, conseguí un magnífico tesoro —explicó el señor—. Poco importa que lo hayas oído o no; el caso es que es cierto. Conseguí un tesoro y me vi obligado a enterrarlo en un lugar del que conservo suficientes referencias. Toda mi ambición se reduce ahora a recuperarlo y, ya que me pertenece, espero que no pongas ningún reparo.

—Ve a por él —dijo, *milord*—. Yo no me opongo.

—Sí, pero para eso necesito hombres y transporte. El camino es largo y dificultoso, y la región está plagada de indios salvajes. Adelántame solo la suma necesaria, como anticipo de mi renta, o, si lo prefieres, como un préstamo que te devolveré a mi regreso. Si decides aceptar, tal vez no tengas que volver a verme.

Milord le miró tranquilamente a los ojos. En su rostro había una dura sonrisa, pero no dijo nada.

—Henry —dijo el señor con imponente serenidad, al tiempo que retrocedía ligeramente—. Henry, he tenido mucho gusto en saludarte.

—Volvamos a casa —dijo *milord* dirigiéndose a mí, que había estado tirándole de la manga. Y dicho esto, se puso en pie estirándose, se colocó el sombrero y, sin pronunciar ni una sola sílaba como respuesta, comenzó a caminar tranquilamente por la orilla.

—¿Estáis loco? —exclamé tan pronto como le di alcance—. ¿Vais a desaprovechar una ocasión como esta?

—¿Es posible que aún le creáis? —preguntó *milord* casi con desprecio.

—¡Quisiera verle muy lejos de esta ciudad! —grité—. ¡Quisiera verle en cualquier parte menos aquí!

—He dicho cuanto tenía que decir —repuso *milord*—, y vos también. Dejémoslo así.

Pero yo estaba decidido a alejar al señor. El recuerdo del momento en que lo vi regresar pacientemente a su costura era más de lo que mi imaginación podía digerir. No hay hombre que pueda soportar tal cantidad de insultos, y menos que nadie un hombre como el señor de Ballantrae. Sentía el olor de la sangre en el aire, y me juré a mí mismo que, si aún había la más mínima posibilidad de evitar la catástrofe, no quedaría desaprovechada por una negligencia de mi parte. Así pues, aquel mismo día fui a ver a *milord* a su despacho, donde se encontraba ocupado en algún asunto sin importancia.

—Milord —comencé—. Se me ha ocurrido una excelente manera de invertir mis pequeños ahorros. Pero, desgraciadamente, los tengo en Escocia. Me llevará algún tiempo conseguir que me los envíen, y el asunto es urgente. ¿No podríais adelantarme la cantidad que necesito a través de un préstamo formal?

Milord me lanzó una larga mirada escrutadora.

—Nunca he querido inmiscuirme en vuestros asuntos, Mackellar —dijo—, pero por lo que sé, aparte de vuestro sueldo, es muy posible que no tengáis un cuarto.

—He estado mucho tiempo a vuestro servicio y nunca os he mentido, y tampoco os he pedido ningún favor para mí hasta el día de hoy.

—Un favor para mi hermano —replicó tranquilamente—. ¿Me tomáis por tonto, Mackellar? Debéis entender de una vez por todas que con esa bestia quiero tratar a mi manera; ni el temor ni la amistad conseguirán conmoverme. Y para engañarme, se necesita un mentiroso menos transparente que vos. Necesito que me sirváis con lealtad, y no que andéis haciendo y deshaciendo a espaldas mías y tratando de robarme para luego vencerme con mi propio dinero.

—Milord —intervine yo—, vuestras palabras son imperdonables.

—Pensadlo bien, Mackellar, y veréis que son las más adecuadas para este caso. Lo que resulta imperdonable es vuestra argucia. Negad si os atrevéis que os proponíais usar ese dinero para desobedecer mis órdenes y os presentaré mis excusas. Pero si no podéis negarlo, tened al menos el valor de soportar que llame a las cosas por su nombre.

—Si creéis que mi propósito era otro que salvaros… —comencé.

—¡Vamos, viejo amigo! Sabéis muy bien lo que creo. Aquí está mi mano, de todo corazón. Pero de dinero, ni un ochavo.

Tras esta derrota me encaminé directamente a mi cuarto, escribí una carta y salí corriendo en dirección al puerto, pues sabía que había un barco a punto de zarpar. Antes de que oscureciera me hallaba nuevamente frente a la casa del señor. Entré sin llamar y lo encontré sentado con su amigo hindú tomando una sencilla comida compuesta de unas gachas de maíz y un poco de leche. El interior de la casa era pobre, pero estaba muy limpio. Todo el ornamento consistía en un estante con libros y, en un rincón, el banco de trabajo de Secundra.

—Señor Bally —le dije—, en Escocia tengo cerca de quinientas libras que son los ahorros de toda una vida de trabajo. Acaba de zarpar un barco que lleva a bordo una carta mía donde solicito que me los envíen. Tened paciencia hasta que el barco regrese y serán vuestros bajo las mismas condiciones que ofrecisteis a *milord* esta mañana.

El señor se levantó de la mesa, se acercó a mí y, asiéndome por los hombros, me miró a los ojos sonriendo.

—¡Con lo que os gusta el dinero! —exclamó—. ¡Amáis al dinero más que a nada en el mundo, e excepción de mi hermano!

—Me asustan la vejez y la pobreza, que es distinto —repliqué yo.

—Llamadlo como queráis, no voy a discutir por las palabras —repuso—. ¡Ay, Mackellar, Mackellar! Si esto lo hicieseis por amor hacia mí, ¡cuán gustosamente aceptaría vuestra oferta!

—Y sin embargo —me apresuré a decir—, he de reconocer, para mi vergüenza, que no puedo evitar sentirme afligido al veros en un lugar tan miserable como este. No es mi único sentimiento, desde luego; ni siquiera el principal, ¡pero ahí está! Me gustaría veros salir de esta situación. No os hago esta oferta con amor, ni mucho menos, pero tampoco con odio. Que Dios me juzgue por ello; yo mismo estoy asombrado.

—¡Ah! —prosiguió asiéndome aún por los hombros y zarandeándome suavemente—. Pensáis en mí más de lo que suponéis. Yo también estoy asombrado —añadió imitando mis últimas palabras e incluso mi voz, según me pareció—. Sois un hombre honrado y por esa razón me apiadaré de vos.

—¿Cómo que os apiadaréis? —exclamé.

—Sí, me apiadaré de vos —repitió, soltándome y dándome la espalda. Pero en seguida se volvió de nuevo hacia mí y añadió—: ¡No tenéis ni idea de lo que pienso hacer con él, Mackellar! ¿Creíais que me

había tragado esta derrota? Escuchad: mi vida ha sido una secuencia de fracasos inmerecidos. Aquel imbécil, el príncipe Carlos, echó a perder una empresa de lo más prometedora; ese fue mi primer infortunio. En París logré de nuevo llegar muy alto, pero sucedió un accidente: cierta carta llegó a manos de la persona equivocada y volví a encontrarme en la miseria. La tercera vez fue la oportunidad de mi vida; con infinita paciencia logré hacerme un sitio en la India, pero entonces llegó Clive [98], mi rajá desapareció del mapa y yo escapé de la revuelta como otro Eneas, con Secundra Dass a la espalda. Por tres veces he tocado la gloria con la mano, y eso que aún no he cumplido los cuarenta y tres años. Conozco el mundo como muy pocos hombres llegan a conocerlo antes de morir: la corte y el campo, Oriente y Occidente. Sé adonde dirigirme, veo miles de posibilidades. Ahora me encuentro en la cima de mis recursos, mi salud es perfecta y mi ambición desmedida. Pues bien, renuncio a todo esto. No me importa morir y que el mundo no vuelva a saber de mí. Solo me importa una cosa, y esta vez sí la conseguiré. Tened cuidado, no sea que cuando el tejado se derrumbe también vos quedéis sepultado bajo las ruinas.

Salí de la casa con todas mis esperanzas de mediación destruidas. En seguida me di cuenta de que había mucho movimiento en los muelles, y al alzar la vista descubrí un gran barco que acababa de echar el ancla. Resulta extraño que en aquel momento pudiera contemplarlo con tanta indiferencia, pues aquel barco habría de significar la muerte para los hermanos de Durrisdeer. Después de todos los desgraciados episodios de aquella guerra, de los insultos, de los intereses encontrados y del duelo fratricida en el bosque, estaba escrito que fuese un pobre diablo de Grub Street [99], emborronador de oficio e ignorante de lo que hacía, el que lanzase el conjuro que, atravesando cuatro mil millas de agua salada, habría de enviar a aquellos dos hermanos al salvaje e inhóspito desierto donde finalmente morirían.

Pero mi mente estaba muy lejos de albergar tales ideas, y mientras aquellos provincianos se agolpaban en torno mío para contemplar la inusual animación que reinaba en el puerto, yo pasé de largo en mi camino de regreso a casa, absorto en el recuerdo de mi reciente visita y de las últimas palabras del señor.

Aquella misma noche nos enviaron desde el barco un paquete de panfletos. Al día siguiente, *milord* estaba citado con el gobernador para una excursión de placer. Ya era casi la hora de partir, así que lo dejé a solas en su cuarto unos momentos para que pudiese ojear los documentos que había recibido. Cuando volví lo encontré derrumbado sobre la mesa con los brazos extendidos sobre los arrugados papeles.

—¡Milord, *milord*! —grité corriendo hacia él, pues supuse que se trataba de un ataque.

Se puso en pie como impulsado por un resorte y con el semblante hasta tal punto deformado por la furia, que de habérmelo encontrado en un lugar distinto no lo habría reconocido. Al mismo tiempo, alzó una mano por encima de su cabeza, como si tuviese intención de golpearme.

—¡Dejadme solo! —chilló, y yo salí corriendo tan deprisa como mis débiles piernas me lo permitieron en busca de *milady*. Ella tampoco perdió un segundo; pero cuando volvimos, él ya había cerrado la puerta por dentro, y desde el otro lado no hacía más que gritar que le dejásemos en paz. Nos miramos el uno al otro; ambos estábamos muy pálidos y nos temíamos que el golpe fatal había llegado por fin.

—Voy a escribir al gobernador para disculparle —dijo ella—. Debemos conservar nuestras amistades influyentes.

Pero al coger la pluma, se le cayó de entre los dedos.

—No puedo escribir. ¿Podéis hacerlo vos? —preguntó.

—Algo se me ocurrirá, *milady* —contesté yo.

Mientras escribía, ella miraba por encima de mi hombro.

—Eso será suficiente —dijo cuando hube terminado—. ¡Mackellar, gracias a Dios que os tengo a mi lado! Pero ¿qué habrá sucedido esta vez? ¿Qué puede ser, qué puede haber sido?

Yo pensaba para mis adentros que no había explicación posible, y que tampoco había que buscarla. Temía que la locura de mi patrón hubiese estallado finalmente, como las llamas de un volcán largo tiempo contenidas. Pero, por compasión hacia *milady*, no me atreví a expresar en voz alta mis temores.

—Creo que lo más conveniente ahora sería meditar la conducta que hemos de seguir —dije—. ¿Debemos dejarle ahí solo?

—Yo no osaría molestarle ahora —repuso ella—. Tal vez la Naturaleza sea más sabia que nosotros. Tal vez sea la Naturaleza la que le impulsa a buscar la soledad mientras nosotros andamos a tientas. Sí, yo le dejaría tal y como está.

—En tal caso, *milady*, voy a enviar esta carta, y luego regresaré para haceros compañía, si os parece bien.

—Os lo ruego —exclamó ella.

Permanecimos juntos toda la tarde, la mayor parte del tiempo en silencio, vigilando la puerta de *milord*. Mis pensamientos volvían una y otra vez a la escena que acababa de producirse, y que guardaba un extraño

parecido con mi antigua visión. Quiero referirme más detenidamente a este asunto, ya que la historia que ha circulado contiene algunas exageraciones. Incluso he llegado a verla impresa con alusiones directas a mi nombre en relación con ciertos detalles. Las similitudes se reducían a lo siguiente: en ambos casos aparecía *milord* en una habitación, derrumbado sobre la mesa, y cuando alzaba la cabeza tenía una expresión que me destrozaba el alma. Pero la habitación era distinta, la actitud de *milord* sentado a la mesa no coincidía exactamente, y su rostro, cuando por fin lo mostró, tenía una dolorosa expresión de furia en lugar de aquella horrible desesperanza que, salvoˆen una ocasión que ya he citado, mostraba siempre en mi visión. Esta es la verdadera historia que el público debe conocer.

Lo cierto es que, si bien las diferencias eran notorias, el parecido resultaba lo bastante patente como para llenarme de aprensión. Durante toda la tarde, como he dicho, estuve dándole vueltas en silencio, pues *milady* ya tenía suficientes preocupaciones, y lo último que yo deseaba era importunarla con mis fantasías. Hacia la mitad de nuestra espera, ella tuvo una ingeniosa ocurrencia: mandó venir a Alexander y le pidió que fuese a llamar a la puerta de su padre. Milord le dijo al chico que se fuese, pero no había el menor resto de violencia ni en su semblante ni en sus palabras, lo que me hizo concebir ciertas esperanzas de que el ataque estuviese a punto de terminar.

Finalmente, a la caída de la noche, estaba yo encendiendo una de las lámparas cuando la puerta se abrió y *milord* apareció en el umbral. La luz no era lo bastante intensa como para permitirnos ver su expresión. Cuando habló, su voz me pareció algo cambiada, pero aun así sonaba perfectamente tranquila.

—Mackellar —me dijo—. Llevad personalmente esta carta a su destinatario. Es estrictamente confidencial. Aseguraos de que estáis a solas con él antes de entregarla.

—Henry, ¿no estarás enfermo? —preguntó *milady*.

—No, no —repuso *milord* en tono quejumbroso—, en absoluto. Estoy ocupado, eso es todo. ¡Es curioso que a los hombres se les tome por enfermos cada vez que tienen algún asunto urgente que atender! Enviadme la cena a mi habitación, y también una garrafa de vino: espero la visita de un amigo. Por lo demás, no quiero que se me moleste bajo ningún pretexto.

Y dicho esto, volvió a encerrarse en su cuarto.

La carta iba dirigida a un tal capitán Harris, que se alojaba en una taberna del puerto. Yo conocía a Harris de oídas, pues tenía la reputación de ser un peligroso aventurero y se sospechaba, no sin motivos, que en el pasado había practicado la piratería, aunque en los últimos tiempos se dedicaba al rudo negocio del comercio con los indios. Lo que *milord* pudiera tener que decirle, o él a *milord*, estaba más allá de lo que mi imaginación era capaz de concebir. Tampoco lograba explicarme de qué modo había llegado a enterarse *milord* de la existencia de aquel individuo, como no fuese a través de un infamante proceso que aún estaba reciente, y del cual el hombre había logrado finalmente salir indemne.

Todas estas consideraciones hacían que la tarea que se me había encomendado me resultase francamente repugnante, y lo poco que llegué a ver del capitán no sirvió para aliviar mi malestar. Lo encontré en un cuarto maloliente, sentado ante una vela medio derretida y una botella vacía. En su actitud quedaban restos de una antigua arrogancia militar, aunque es posible que se tratase de pura afectación, ya que sus modales eran muy vulgares.

—Decidle a *milord*, con mis respetos, que estaré en casa de su Señoría en menos de media hora —dijo cuando hubo leído la nota, y después tuvo el descaro de señalar la botella vacía, insinuándome que le comprase más licor.

Aunque regresé lo más deprisa que pude, el capitán llegó a la casa pisándome los talones, y permaneció allí hasta altas horas de la madrugada. El gallo estaba cantando por segunda vez cuando, desde mi ventana, vi cómo *milord* le acompañaba a la verja alumbrándole el camino. Ambos parecían bastante achispados, y a cada paso se apoyaban uno en el otro con aire de conspiradores. Aún así, a la mañana siguiente, *milord* salió de casa muy temprano con cíen libras en el bolsillo. Me parece que volvió sin ellas; sin embargo tengo la completa seguridad de que no se las entregó a su hermano, ya que estuve toda la mañana vigilando la caseta. Aquella fue la última vez que *lord* Durrisdeer traspasó el umbral de su hacienda antes de salir de Nueva York. Pasaba el tiempo en la granja o charlando con su familia, como de costumbre; pero en la ciudad no se le volvió a ver, y sus visitas diarias al señor parecían haber caído en el olvido. Tampoco Harris volvió a aparecer, o por lo menos, no hasta el final.

Yo me sentía oprimido por los misterios que comenzaban a pesar sobre nuestra vida diaria. Resultaba evidente, aunque no fuese más que por aquel cambio de costumbres, que *milord* estaba planeando algo muy serio, pero yo no tenía la menor idea ni de lo que era, ni de cuándo sucedería, ni de la razón por la cual se mantenía confinado en su casa y su jardín. No había duda de que aquellos panfletos que había recibido tenían mucho que ver con su transformación. Leí todos los que pude encontrar y me parecieron

insignificantes; contenían las habituales acusaciones e insultos que se lanzan entre sí los partidos. Ni siquiera un alto cargo político habría hallado en ellos motivo alguno de ofensa, y *milord* solía mostrarse bastante indiferente respecto de los asuntos públicos.

En realidad, el panfleto que había desatado aquella revolución permaneció todo el tiempo oculto entre las ropas de mi patrón. Allí fue donde lo encontré tras su muerte, en los salvajes territorios del Norte. En dicho lugar y en dichas circunstancias habría yo de leer por vez primera aquellas líneas plagadas de chismorreos y embustes, escritas por un libelista del partido de los Whigs [100] para protestar por la indulgencia con que se trataba a los jacobitas. Pero en cierto pasaje se afirmaba lo siguiente: «Otro rebelde declarado, el *s…r de B…e*, se verá restaurado en su título. Este asunto ha estado preparándose durante mucho tiempo, desde que el mencionado caballero prestó algunos servicios altamente deshonrosos en Escocia y en Francia. Se sabe que su hermano, *L…d D…r*, no tiene mejores inclinaciones, y el supuesto heredero, que ahora perderá sus derechos, ha sido educado bajo los principios más detestables. Como dice el refrán, tanto da doce que una docena; pero el favor que supone esta restauración llega a tal extremo que es imposible pasarlo por alto».

Ningún hombre en su sano juicio habría dado la menor importancia a una historia tan manifiestamente falsa. Para cualquier criatura con uso de razón (excepto tal vez para el necio que lo escribió) resultaba inconcebible que el Gobierno pudiese albergar semejantes intenciones. Y *milord*, sin ser un hombre brillante, había destacado siempre por su sentido común. El hecho de que llegase a dar crédito a tales fanfarronadas, llevando durante tanto tiempo el panfleto junto a su pecho y sus palabras en el corazón, es para mí una prueba concluyente de su demencia. Sin duda, la sola mención a Alexander y la amenaza vertida sobre los derechos de sucesión del pequeño precipitaron aquello que durante tanto tiempo había permanecido latente. Aunque es posible que *milord* estuviese loco desde mucho antes, y nosotros, por exceso de torpeza o de costumbre, no hubiésemos percibido el alcance de su enfermedad.

Una semana después de la llegada de los panfletos, me encontraba yo en los alrededores del puerto. Estaba anocheciendo, y antes de regresar decidí acercarme a la casa del señor, como hacía a menudo. De repente la puerta se abrió y la luz del interior inundó la calle, iluminando a un hombre que se despedía desde el umbral con gestos amigables. Me estremecí al reconocer en él al aventurero Harris. No podía dejar de pensar que era la mano de *milord* la que le había conducido hasta allí, y durante el resto de mi paseo me invadieron las más lúgubres aprensiones. Cuando llegué a casa era ya muy tarde, y encontré a *milord* preparando el equipaje para salir de viaje.

—¿Por qué llegáis tan tarde? —exclamó—. Salimos mañana para Albany, los dos juntos, vos y yo. Así que ya va siendo hora de que hagáis vuestros preparativos.

—¿A Albany, *milord*? —pregunté yo—. Santo Dios, ¿y por qué motivo?

—Para cambiar de aires —repuso él.

Milady, que parecía haber estado llorando, me hizo señas para que obedeciese sin replicar. Poco después, cuando tuvimos ocasión de intercambiar unas palabras, me contó que *milord* había anunciado repentinamente sus intenciones tras recibir una visita del capitán Harris, y que todos sus esfuerzos para disuadirle del viaje, o para obtener al menos alguna explicación, habían resultado inútiles.

Capítulo XI
Por tierras salvajes

Hicimos un agradable viaje remontando el hermoso río Hudson. El tiempo era magnífico y las colinas, revestidas de colores otoñales, ofrecían un espectáculo de singular belleza. Al llegar a Albany nos alojamos en una posada. Pero yo no estaba ciego, y *milord* no era lo bastante astuto como para no dejar entrever sus intenciones: Se proponía retenerme allí como a un prisionero.

Aparte de algunos documentos imprescindibles, el trabajo que me encomendó no era tan urgente que hubiese que despacharlo desde la alcoba de una posada, ni tan importante como para obligarme a hacer cuatro o cinco copias de un mismo documento. Yo fingí someterme a su voluntad, pero secretamente tomé mis propias medidas. Gracias a la colaboración del hospedero, me enteraba cada día de las noticias que corrían por la ciudad, hasta que finalmente me llegó por este conducto la información que había estado esperando. Me comunicaron que el capitán Harris y un cierto traficante llamado Mountain habían partido río arriba en un barco. Temí que el posadero advirtiese mi turbación, pues estaba seguro de que *milord* tenía algo que ver con todo aquello; finalmente logré dominarme y en tono casual comenté que había oído hablar del capitán, pero nunca del tal Mountain. Luego pregunté quién más formaba parte de la expedición. Mi informante no lo sabía. Me dijo que el señor Mountain había bajado a tierra para hacer las compras necesarias y había recorrido la ciudad comprando, bebiendo y parloteando. Al parecer él y su grupo iban a emprender una prometedora aventura, pues había estado hablando de las grandes cosas que haría a su regreso. Eso era todo cuanto había trascendido, pues el resto del grupo se había quedado en el barco, y se decía que tenían prisa por llegar a cierto lugar antes de que cayesen las primeras nieves.

Al día siguiente, en efecto, cayeron algunos copos incluso en Albany, pero en seguida dejó de nevar; aquello no era más que el preludio de lo que nos aguardaba. Entonces no le di mucha importancia, ya que apenas sabía nada de aquella inhóspita provincia. Sin embargo más tarde, al recordarlo, he pensado a menudo que tal vez los horribles acontecimientos cuyo relato estoy a punto de hacer fueron una respuesta a los cielos tempestuosos, a los salvajes vientos y al mortal frío que entonces soportamos.

Puesto que el barco ya había pasado, al principio creí que abandonaríamos la ciudad, pero no fue así. Milord prolongó su estancia en Albany, donde aparentemente no tenía nada que hacer, y me mantuvo a su lado, alejado de mi verdadero trabajo y ocupado en tareas inútiles. Al llegar a este punto supongo que se me harán algunas críticas, y tal vez sean merecidas. No es que yo fuera tan necio como para no albergar ciertas sospechas. Sabía que no era probable que el señor confiase en Harris sin que esto le acarrease alguna desgracia. Harris tenía fama de ser un villano, y había estado conspirando en secreto con *milord*. Tras realizar algunas averiguaciones descubrí que Mountain, el traficante, era de la misma calaña que el otro. La empresa en la que participaban consistía en recuperar un tesoro de dudosa procedencia, lo cual habría bastado para incitar a más de uno a jugar sucio. Además, el singular carácter de la región que atravesaban garantizaba casi por completo la impunidad en los delitos de sangre.

Pues bien, es cierto que yo albergaba todos estos temores y me imaginaba cuál iba a ser el destino del señor. Pero no debe olvidarse que yo era el mismo hombre que había intentado arrojarle por la borda de un barco en alta mar; el mismo que, poco antes, había tratado de hacer con Dios el más impío de los pactos, pidiendo de todo corazón que lo matase por mí. También es verdad que posteriormente mis sentimientos hacia el enemigo se habían ablandado bastante, pero yo siempre consideré esta actitud como una debilidad de la carne, e incluso me sentía culpable por ello, ya que mi mente seguía absolutamente volcada contra él. Y además, una cosa era asumir personalmente el peligro y la culpa de un acto criminal, y otra muy distinta mantenerse al margen contemplando cómo *milord* se arriesgaba y se cubría de oprobio. Esta fue la verdadera razón de mi pasividad; porque si me hubiese mezclado en el asunto, posiblemente no habría logrado salvar al señor, pero lo que sí es seguro es que habría puesto en evidencia a *milord*.

Así pues, no hice nada; y, por las mismas razones que antes he citado, aún me restan fuerzas para justificar mi decisión. Milord llevaba consigo varias cartas de presentación para algunos personajes importantes de la ciudad y sus alrededores. También había allí viejos conocidos suyos de Nueva York. El caso es que salía mucho, y siento tener que decir que se había vuelto excesivamente sociable. A menudo regresaba cuando yo ya me había acostado, aunque sin lograr conciliar el sueño. Y apenas había una noche en la que no le traicionase el exceso de alcohol. De día continuaba abrumándome con tareas interminables, que se esforzaba en variar y renovar con la mayor ingenuidad, como si del velo de Pénélope se tratase. Como ya he dicho, yo nunca me negué a realizarlas, ya que después de todo había sido contratado para cumplir su voluntad; pero tampoco me molestaba en fingir que ignoraba lo que estaba ocurriendo, y a veces hasta me sonreía en su propia cara.

—Por lo que veo me ha tocado hacer el papel del diablo, y a vos el de Michael Scott —le dije un día—. Yo tendí el puente sobre el Tweed y separé los Eildons, y ahora vos me mandáis fabricar una cuerda de arena[101].

Me contempló con ojos brillantes y después apartó la mirada moviendo los labios, pero sin llegar a decir una sola palabra.

—Bien, bien, *milord* —continué yo—. Vuestros deseos son órdenes para mí. Lo haré por cuarta vez, pero os ruego que para mañana me busquéis otra tarea, porque a fe mía que esta ya me tiene aburrido.

—No sabéis lo que estáis diciendo —repuso *milord* poniéndose el sombrero y dándome la espalda—. Es extraño que os complazcáis en enojarme. Un amigo…, pero dejémoslo. Soy un hombre a quien la mala suerte no ha dejado de perseguir. Y la desdicha sigue acorralándome. Siempre me veo rodeado de trampas —estalló—. El mundo entero se ha vuelto contra mí.

—Yo en vuestro lugar no diría esas absurdas iniquidades —contesté—. Os diré lo que haría yo en vuestro lugar: meter la cabeza en agua fría, porque esta última noche habéis bebido más de lo que vuestro cuerpo puede resistir.

Estas palabras parecieron despertar en él un vivo interés.

—¿De veras pensáis así? —preguntó—. ¿Creéis que eso me sentaría bien? Es algo que nunca he probado.

—Echo de menos los días en que no teníais que probar tales remedios, y desearía que volviesen, *milord* —repuse yo—. Si continuáis excediéndoos de este modo, labraréis vuestra propia desgracia.

—Creo que ya no tolero la bebida tan bien como antes —dijo él—. Consigue dominarme, Mackellar. Pero intentaré tener más cuidado.

—Eso es lo que yo os pediría, *milord* —respondí—. No debéis olvidar que sois el padre de Alexander: Dadle al muchacho la oportunidad de llevar un apellido del que no tenga que avergonzarse.

—Sí, sí —replicó—. Sois un hombre muy prudente, Mackellar, y habéis estado mucho tiempo a mi servicio. Pero creo que, si no tenéis nada más que decirme, voy a salir. ¿Hay algo que queráis añadir? —preguntó con la impaciente ansiedad infantil que últimamente le caracterizaba.

—No, *milord*, nada más —repuse secamente.

—Entonces creo que voy a salir —dijo *milord*, y se quedó parado mirándome mientras jugueteaba con su sombrero, que había vuelto a quitarse—. Supongo que no tenéis que hacer ningún recado, ¿no? Voy a ver a *sir* William Johnson[102], pero esta vez tendré más cuidado —se quedó callado un rato, y luego, sonriendo, añadió—: Mackellar, ¿os acordáis de un lugar…, un poco más abajo de Eagles…, donde un profundo arroyo corre a la sombra de los serbales? Recuerdo haber ido allí de muchacho… ¡Dios mío, me vuelve a la mente igual que una vieja melodía!… Había ido a pescar, y pesqué mucho, por cierto. Ay, entonces era feliz. Me pregunto, Mackellar, por qué ahora nunca lo soy.

—Milord —dije yo—, si bebieseis con más moderación, tendríais más oportunidades de serlo. Dice la sabiduría popular que la botella es un falso consuelo.

—Sin duda, sin duda —replicó—. Bueno, creo que debo irme.

—Buenos días, *milord* —dije a modo de despedida.

—Buenos días, buenos días —contestó él, y por fin abandonó la habitación.

La escena que acabo de describir da una idea bastante aproximada del estado en que se encontraba *milord* por las mañanas; y si el lector no ha notado el grave deterioro que se había producido en sus facultades, es que no he sabido contarlo bien. Ver a un hombre caer de esa manera; saber que sus amistades lo recibían como a un pobre y desmañado borrachín a quien solo se aceptaba por consideración a su título; recordar las virtudes que en otro tiempo le habían ayudado a enfrentarse a los reveses de la fortuna… ¿No era como para sentir a un tiempo rabia y humillación?

Su afición al alcohol fue haciéndose cada vez más incontrolable. Como ejemplo describiré una sola escena que se produjo cerca ya del final, una escena que en su momento me afectó hasta el horror y que he

llevado grabada en la memoria hasta el día de hoy.

Me encontraba en la cama, sin poder conciliar el sueño, cuando le oí cantar mientras subía a trompicones la escalera. Milord no estaba dotado para la música, pues era su hermano quien parecía haber heredado todos los talentos de la familia; así que cuando digo «cantar» me refiero más bien a una especie de alaridos que en realidad no eran ni palabras ni música, algo parecido a los ruidos que emiten los niños antes de tener edad para avergonzarse, y que en boca de una persona adulta producían el más extraño efecto. Abrió la puerta con ruidosas precauciones y echó una ojeada ocultando la luz de la vela con la mano. Luego, creyéndome dormido, entró en la habitación, dejó la vela sobre la mesa y se quitó el sombrero. Yo le veía con toda claridad. Una febril excitación parecía hervir en sus venas; se quedó allí en pie, sonriendo afectadamente a la luz de la vela. De repente alzó un brazo y chasqueó los dedos, y luego comenzó a desvestirse. Olvidando mi presencia, se puso de nuevo a cantar, y esta vez pude entender sus palabras; se trataba de un fragmento de la vieja balada de los *Dos Corbies* que repetía una y otra vez:

> *¡Y sobre sus pelados huesos*
> *soplará eternamente el viento!* [103]

Como ya he dicho, el hombre no tenía oído. Las notas que emitía no seguían orden lógico alguno, aunque recordaban vagamente una melodía en modo menor [104]. No obstante, aquel canto tenía una extraña intensidad emocional, y letra y música parecían expresar a la perfección el estado de ánimo del intérprete. Al principio empleó el estilo y la cadencia de un solemne discurso, pero luego aquella desdichada grandilocuencia decayó, y comenzó a concentrarse en las notas con mayor sentimiento, hundiéndose al final en un patetismo exagerado y cursi que me resultaba casi insoportable. También fue disminuyendo la brusquedad de sus movimientos al quitarse la ropa, y cuando llegó a los pantalones se sentó en la cama sollozando. Para mí no hay nada tan indigno como las lágrimas de un borracho, así que me giré en la cama con impaciencia para evitar el triste espectáculo.

Supongo que, una vez que había empezado a deslizarse por la resbaladiza pendiente de la autocompasión, ya no podía parar; a un hombre trastornado a la vez por penas antiguas y licor reciente solo le rinde el cansancio. Siguió allí sentado, medio desnudo, expuesto al frío aire de la alcoba, dando rienda suelta a sus lágrimas. Yo oscilaba entre el desprecio y la compasión; tan pronto me incorporaba a medias en la cama para tratar de intervenir como me imponía a mí mismo la más absoluta indiferencia, llegando casi a quedarme dormido. En cierto momento me vino a la mente el *quantum mutatus ab illo* [105], y al recordar su antigua prudencia y la constancia y paciencia que en otros tiempos solía mostrar, sentí una profunda piedad no solo por mi patrón, sino por la humanidad entera.

Entonces salté de la cama, me senté a su lado y le puse una mano en el hombro, que estaba frío como una piedra. Él se destapó la cara, que estaba hinchada y surcada de lagrimones, como la un chiquillo. Al verlo así mi irritación reapareció.

—¿No os da vergüenza? —dije—. Vuestra conducta es infantil. Seguramente yo también andaría gimoteando por ahí si me hubiese llenado la panza de vino. Pero me he ido a la cama sobrio, como un hombre. Vamos: acostaos y acabad con este lamentable espectáculo.

—¡Ah, Mackellar! —exclamó—. ¡Tengo el corazón destrozado!

—¿Destrozado? —bramé—. ¡Y no os faltan motivos, me parece! ¿Qué versos eran esos que cantabais al entrar? Mostrad un poco más de compasión por los demás y entonces podréis empezar a exigirla vos. Podéis tirar por un camino o por otro, pero yo no daré mi apoyo a un indeciso. ¡Si sois un luchador, luchad, y si sois un llorón, llorad!

—¡Exacto! —estalló—. ¡Eso es, luchar! ¡Así se habla! Amigo, lo he soportado todo durante mucho tiempo…, demasiado. Pero cuando se metieron con el niño, cuando lo amenazaron… —su repentina energía pareció abandonarle, y comenzó de nuevo a lloriquear—. ¡Mi pequeño, mi Alexander!

Le agarré por los hombros y comencé a zarandearle.

—¡Alexander! —exclamé—. ¿Es que pensáis en él alguna vez? ¡Lo dudo! Tened el valor de miraros a la cara y veréis que os estáis engañando. Vuestra esposa, vuestro hijo, vuestro amigo, ¡a todos los habéis olvidado para revolcaros en el barro de vuestro propio egoísmo!

—Mackellar —dijo recobrando de forma sorprendente los modales y la apariencia de otras épocas—, podéis decir de mí lo que queráis, pero si hay algo que jamás he sido es un egoísta.

—He de abriros los ojos, aun a pesar vuestro —repliqué yo—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? ¿Y cuántas veces habéis escrito a vuestra familia? Creo que esta es la primera vez que os separáis de ellos. ¿Acaso habéis escrito? ¿Saben siquiera si estáis vivo o muerto?

Le había herido en los más vivo, y aquello le hizo reaccionar y mostrar lo mejor de sí mismo. Dejando de

llorar, me dio las gracias muy arrepentido y se fue a la cama, quedándose dormido en seguida. A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue sentarse a escribir a *milady*. Comenzó una carta llena de ternura, pero no llegó a terminarla. En realidad, era yo quien se hacía cargo de la correspondencia con Nueva York, y es fácil comprender lo ingrata que me resultaba aquella tarea. No sabía qué decirle a *milady*, ni qué palabras emplear para que no sonasen ni demasiado crueles ni demasiado falsas, y a menudo le daba tantas vueltas que me quitaba el sueño.

Sin duda, *milord* pasó aquellos días esperando con creciente ansiedad alguna noticia de sus cómplices. Es de suponer que Harris le había prometido actuar con rapidez, pero ya había transcurrido demasiado tiempo sin que se supiese nada de ellos. Por desgracia, la incertidumbre es mala consejera para un hombre con las facultades mermadas. Milord pensaba día y noche en las tierras salvajes, tratando de seguir mentalmente los pasos de aquella expedición que tanto le interesaba. Continuamente estaba imaginando sus acampadas, sus avances, los paisajes que atravesaban y los mil modos diferentes en que podrían realizarse sus horrendos planes, así como la escena final con los huesos del señor desparramados en la tierra y atravesados por el viento. Yo me dedicaba constantemente a espiar el curso de sus íntimas y culpables reflexiones, que a veces se dejaban entrever en sus palabras como conejos sorprendidos lejos de su madriguera. Así, no es extraño que comenzase a sentir una atracción física por los lugares que servían de escenario a sus meditaciones.

El pretexto que utilizó es de sobra conocido. *Sir* William Johnson tenía que visitar aquellas tierras en misión diplomática, y *milord* y yo le acompañamos por curiosidad, según la versión oficial. *Sir* William iba muy bien equipado y provisto de todo lo necesario. Los cazadores nos traían carne de venado y todos los días había pescado fresco de los ríos y arroyos que atravesábamos. En cuanto al *brandy*, corría como el agua. Durante el día avanzábamos, y por la noche acampábamos al estilo militar. Se designaban centinelas, que se turnaban para montar guardia. Cada hombre tenía asignada una tarea, y *sir* William lo dirigía todo. Había muchos aspectos de la expedición que me resultaban interesantes, pero desgraciadamente, el tiempo era desapacible en extremo; al principio tuvimos algunos días claros; lo malo era que todas las noches helaba, y casi continuamente soplaba un viento gélido y cortante, así que íbamos sentados en el barco con los dedos morados de frío, y de noche, mientras nos chamuscábamos las cejas de tanto acercarnos al fuego, el aire helado nos hería en la espalda atravesando nuestras ropas como si fuesen de papel. Nos movíamos en medio de la más espantosa soledad. La región parecía casi despoblada, no se divisaba el humo de ninguna fogata y, excepto un barco de comerciantes que encontramos el segundo día, no nos cruzamos con más viajeros. La estación estaba ya muy avanzada, pero la ausencia de actividad humana incluso junto a los cursos de agua dejó muy impresionado a *sir* Williams, y más de una vez le oí decir que se sentía intimidado.

—Me temo que he llegado demasiado tarde; ya deben de haber desenterrado el hacha de guerra —decía; y sus sospechas no tardaron en confirmarse.

Jamás podré describir la negra tristeza de mi alma en aquel viaje. Mi espíritu no es de esos que se enamoran de lo desconocido. Tener que dormir en el campo lejos de cualquier lugar habitado, y con el invierno cada día más cerca, se me antojaba una oprimente pesadilla. Todo aquello me parecía un desafío al poder de Dios, y este temor, que seguramente habrá de interpretarse como un indicio de cobardía, crecía hasta límites insoportables cuando pensaba en los secretos motivos que nos habían guiado a aquellos parajes. Además, me sentía abrumado por mis deberes hacia *sir* Williams, ya que el peso de nuestras obligaciones sociales para con él había recaído enteramente sobre mí, pues *milord* se encontraba sumido en un estado que bordeaba el *pervigilium* [106]. Apenas dormía, y se pasaba el día contemplando los bosques con expresión arrebatada. A veces no pronunciaba ni veinte palabras en un día, y cuando hablaba, aunque decía cosas coherentes, se refería invariablemente a aquellos a quienes perseguía con su absurda vigilancia. Cada poco le decía a *sir* Williams, como si se tratase de algo nuevo, que por aquellos bosques andaba también un hermano suyo, y le rogaba que diese instrucciones a los centinelas para que hiciesen averiguaciones sobre él.

—Estoy ansioso por tener noticias de mi hermano —decía.

Y a veces, cuando nos poníamos en camino, imaginaba haber visto a lo lejos una canoa o un campamento en la orilla, mientras daba muestras de una penosa agitación. Es imposible que a *sir* Williams le pasaran desapercibidas todas estas excentricidades. Finalmente un día me llevó aparte y me insinuó su preocupación. Yo me llevé un dedo a la sien haciendo un gesto bastante elocuente. Me alegraba de tener aquella oportunidad para dar mi testimonio, que tal vez sirviera para protegernos si todo sé descubría.

—Pero en tal caso… ¿es prudente dejarle suelto? —preguntó *sir* William.

—Los que le conocen bien están convencidos de que lo mejor es seguirle la corriente.

—Vaya, vaya —repuso el caballero—. Bueno, no es asunto mío. Pero os aseguro que, de haberlo sabido, no habría permitido que nos acompañaseis.

Llevábamos una semana avanzando sin contratiempos por aquella salvaje región, cuando una noche acampamos junto al río en un lugar rodeado de altas montañas cubiertas de bosques. Encendimos hogueras en la parte más nivelada del terreno, cerca de la orilla, y después de la cena nos dispusimos a dormir de la forma acostumbrada. Aquella noche el frío resultaba insoportable. El aire helado penetraba entre las mantas atravesándome la piel, y el dolor era tan punzante que me mantenía despierto. Antes del alba ya me había levantado para arrebujarme lo más cerca posible del fuego, y de vez en cuando saltaba y corría un poco a la orilla del río para desentumecer mis ateridos miembros. Por fin la aurora comenzó a despuntar sobre las montañas y los bosque escarchados. Los durmientes comenzaron a agitarse bajo las mantas mientras crecía el rumor del río, que corría entre carámbanos de hielo. Yo estaba allí de pie, envuelto en un rígido abrigo de piel de toro, mirando a mi alrededor y sintiendo el humo de mi aliento en mi nariz abrasada de frío, cuando de repente oí un extraño y penetrante grito que procedía de los límites del bosque. Los centinelas respondieron y los durmientes se levantaron de un salto. Uno de ellos señaló con la mano hacia determinado lugar y los demás dirigimos hacia allí la vista. Y entonces vimos entre dos árboles, en el lindero del bosque, una figura de hombre que alzaba los brazos al cielo como si estuviese en éxtasis. Pero en seguida se levantó y, echando a correr hacia nosotros, cayó de rodillas al llegar al campamento y estalló en sollozos.

Era John Mountain, el traficante, que había logrado escapar de los más espantosos peligros. Y en cuanto recuperó el habla, lo primero que hizo fue preguntar si habíamos visto a Secundra Dass.

—¿A quién? —exclamó *sir* William.

—No —dije yo—, no sabemos nada de él. ¿Por qué?

—¿Nada? Entonces tenía yo razón, después de todo —dijo Mountain dándose una palmada en la frente —. Pero ¿por qué ha vuelto? ¿Por qué volver a un lugar donde solo quedan cadáveres? ¿Qué maldito misterio hay en todo esto?

Aquellas palabras excitaron vivamente nuestra curiosidad. Pero será mejor que narre los acontecimientos según el orden en que ocurrieron. El relato que viene a continuación lo he compilado a partir de tres fuentes distintas que no siempre coinciden en su descripción de los hechos. Mis fuentes han sido:

Primero, una declaración escrita de Mountain en la cual disfraza hábilmente los aspectos criminales del suceso.

Segundo, dos conversaciones con Secundra Dass.

Tercero, varias conversaciones con el propio Mountain, quien no tuvo reparos en mostrarse totalmente franco conmigo, ya que me consideraba un cómplice más de la trama.

Relato de Mountain, el traficante

La expedición que remontó el río bajo el mando del capitán Harris y del señor de Ballantrae estaba compuesta por nueve miembros, entre los cuales, exceptuando a Secundra Dass, no había uno solo que no mereciese la horca. De Harris para abajo, todos tenían fama en la colonia de miserables, sanguinarios e impíos. Algunos eran conocidos piratas, o como mínimo traficantes de ron. Todos eran borrachos y pendencieros, individuos perfectos para embarcarse sin remordimientos en una aventura tan criminal y deshonrosa como aquella. Que yo sepa, la banda no tenía ningún capitán reconocido ni había en ella mucha disciplina. Pero Harry y otros cuatro (el propio Mountain, dos escoceses llamados Pinkerton y Hastie y un zapatero alcoholizado conocido como Hicks) se pusieron de acuerdo para trazar un plan.

En el aspecto material iban bastante bien provistos, especialmente el señor, el cual llevaba una tienda de campaña que, además de servirle de refugio, le permitía disfrutar de cierta privacidad.

Esta pequeña indulgencia le granjeó la antipatía de sus compañeros. En realidad, su posición resultaba enteramente falsa, incluso ridícula, y tanto sus dotes de mando como sus habilidades sociales estaban allí fuera de lugar. Excepto Secundra Dass, todos le veían como a un pobre infeliz destinado a convertirse en su víctima. Sin darse cuenta, iba derecho a la muerte. Sin embargo, él se creía el organizador y el jefe de la expedición, y no podía evitar conducirse como tal, provocando las risas de sus verdugos cada vez que hacía el menor gesto de autoridad o de condescendencia. Yo estaba tan acostumbrado a imaginarlo en su actitud altiva e imperiosa de siempre, que cuando tuve conocimiento de lo ocurrido en aquel viaje me sentí tan dolido e indignado que podría haberme sonrojado de vergüenza. Nunca llegaremos a saber en qué momento comenzó a sospechar; pero debió tardar bastante tiempo, pues cuando por fin comprendió la verdad se hallaban ya muy avanzados en el viaje y muy lejos de cualquier posible ayuda.

He aquí cómo ocurrieron los hechos: Harris y algunos otros se habían internado en el bosque para deliberar, cuando les sobresaltó un crujido en la maleza. Todos ellos estaban habituados a las costumbres guerreras de los indios, y en especial Mountain, que no solo había vivido y cazado con los salvajes, sino que además había luchado junto a ellos, ganándose cierta reputación. Había aprendido a moverse sin ruido por los bosques y a seguir un rastro como un perro de caza. Así pues, ante la alarma surgida, sus compañeros lo eligieron a él para que se adentrase en la espesura e investigara. En seguida se dio cuenta de que había un hombre en los alrededores, un hombre que avanzaba con cautela, pero sin habilidad, entre hojas y ramas. Al momento encontró una posición ventajosa y pudo distinguir a Secundra Dass huyendo precipitadamente sin dejar de mirar atrás. Ante aquello no supo si reír o llorar, y lo mismo sintieron sus cómplices cuando Mountain regresó y les contó lo ocurrido. Por un lado, ahora sabían que no había peligro de un ataque de los indios, pero por otro, el hecho de que Secundra Dass se tomase la molestia de espiarles les hizo suponer que debía hablar inglés, y si hablaba inglés, indudablemente el señor estaría ya enterado de sus propósitos. Sin embargo, se daba una curiosa coincidencia: Secundra Dass sabía inglés y lo ocultaba, mientras que Harris conocía bastante bien algunas lenguas de la India, pero como su carrera en aquella parte del mundo había sido bastante bochornosa, no le había parecido oportuno mencionar aquella circunstancia. De ese modo, cada bando podía espiar los planes del otro. Los conspiradores, tan pronto como el capitán les contó su secreto, regresaron al campamento. Tras comprobar que el hindú estaba reunido con su amo, se situó junto a la tienda. Los demás, mientras tanto, se quedaron fumando en torno a la hoguera y esperando con impaciencia sus noticias. Cuando finalmente llegó, su expresión era muy sombría. Había oído lo suficiente como para confirmar sus peores sospechas. Secundra Dass era un buen conocedor del inglés. Durante los últimos días había estado escondiéndose y espiando, de modo que el señor conocía perfectamente la conspiración, y ambos tenían la intención de huir a la mañana siguiente adentrándose en los bosques a la ventura. Al parecer, preferían arriesgarse a pasar hambre y a enfrentarse con las fieras y los indios antes que seguir allí, rodeados de traidores.

Y bien, ¿qué debían hacer? Algunos eran partidarios de matar al señor en el acto, pero Harris los convenció de que aquel crimen no les reportaría ningún beneficio, pues el secreto del tesoro se iría con él a la tumba. Otros querían renunciar a sus planes y volver en seguida a Nueva York. Pero la mención de la palabra «tesoro» y el recuerdo del largo camino que habían recorrido bastaron para disuadir a la mayoría. Supongo que en general debían ser bastante tontos. Cierto que Harris poseía algunos conocimientos, que Mountain no tenía nada de imbécil y que Hastie era un hombre cultivado. Pero incluso ellos habían fracasado en la vida, y los demás eran la escoria del hampa colonial. En cualquier caso, la decisión que tomaron fue más bien fruto de la esperanza y la codicia que de la razón. Acordaron tratar de contemporizar, mantenerse en guardia y vigilar al señor, guardando silencio en lo sucesivo para no alimentar sus sospechas y confiando, según deduzco, en que sus perseguidos fuesen tan necios y codiciosos como ellos, de manera que al final tal vez lograrían quitarles la vida y el tesoro.

En el curso de la siguiente jornada, por dos veces creyeron el señor y Secundra que habían logrado escapar, pero ambas veces fueron descubiertos. El señor, salvo por la palidez que cubrió su rostro en la segunda ocasión, no dio señal alguna de sentirse contrariado; pidió disculpas por su estupidez al desviarse del camino, dio las gracias a sus captores como si estos le hubiesen prestado un valioso servicio y se unió al grupo con su habitual cortesía y presencia de ánimo. Sin embargo, no h$y duda de que se olía algo, ya que a partir de aquel momento él y Secundra solo se hablaban al oído, y Harris estuvo a punto de congelarse mientras espiaba junto a la tienda sin conseguir enterarse de nada. Aquella misma noche les anunciaron que iban a abandonar las barcas y proseguir a pie, circunstancia esta que ponía fin a los momentos de confusión provocados por el transporte de las embarcaciones, con lo cual disminuían considerablemente las oportunidades de escapar.

Comenzó entonces entre los dos bandos una silenciosa batalla, en la que unos luchaban por su vida y otros por las riquezas. Se encontraban ya cerca de la región desértica donde el señor debía convertirse en guía de la expedición, y con este pretexto Harris y sus hombres se sentaban con él junto al fuego noche tras noche, tratando de sacarle alguna información. El señor sabía muy bien que si dejaba escapar su secreto estaría firmando su sentencia de muerte; pero, por otro lado, no podía rechazar sus preguntas, y debía dar la sensación de que los ayudaba todo lo posible para no traicionar su desconfianza. A pesar de todo, Mountain asegura que jamás le vio con el ceño fruncido. Se sentaba entre aquellos chacales, con la vida pendiente de un hilo, como un anfitrión agradable e ingenioso junto al hogar de su casa. Tenía respuestas para todo, y casi siempre humorísticas. Hablaba, reía y escuchaba con expresión confiada. En resumen, su forma de conducirse era la apropiada para disipar cualquier sospecha y hacer dudar a los hombres de lo que hasta entonces creían saber. Mountain me confesó que muchos habrían dejado de creer en la historia del

capitán, suponiendo a la víctima completamente ignorante de sus propósitos, de no ser porque continuaba eludiendo sus preguntas (con gran ingenio, todo hay que decirlo) y por sus repetidos intentos de escapar, que reafirmaban aún más sus sospechas.

A continuación relataré la última de estas tentativas, que habría de llevar los acontecimientos a su punto culminante. En primer lugar debo señalar que, a aquellas alturas del viaje, los compañeros de Harris estaban completamente agotados, y apenas se molestaban ya en fingir cortesía. Además, aprovechando un insignificante incidente como excusa, Secundra y el señor habían sido despojados de sus armas. Por su parte, la amenazada pareja mantenía dignamente su simulacro de cordialidad; Secundra era todo reverencias, y el señor, todo sonrisas. En la última noche de la tregua, llegó incluso a cantar para entretener a la concurrencia, y sus compañeros observaron además que comía y bebía con inusual apetito, seguramente a propósito.

La misma noche, hacia las tres de la madrugada, el señor salió de la tienda quejándose y lamentándose ruidosamente, mostrando todos los síntomas de una indigestión. Durante un rato, Secundra atendió a su amo a la vista de todos, y este se fue tranquilizando hasta que por fin se quedó dormido sobre el helado suelo detrás de la tienda, tras lo cual el hindú volvió al interior. Poco después se produjo el cambio de guardia, y el nuevo centinela, una vez que le señalaron el lugar donde descansaba el señor envuelto en una piel de búfalo, no le quitó ojo ni un momento (o al menos eso fue lo que declaró). Al despuntar el día, una ráfaga de viento barrió el campamento, abriendo la piel de búfalo por un lado, mientras el sombrero del señor salía volando por los aires, cayendo al suelo a pocas yardas de distancia. Al centinela le pareció extraño que el durmiente no se despertara y decidió acercarse a él. Al momento, con un agudo grito, avisó a los demás de que el prisionero había escapado abandonando al hindú, el cual, en la confusión de los primeros momentos, estuvo a punto de pagar su complicidad con su vida y fue maltratado de modo inhumano. Pero Secundra, en medio de amenazas y torturas, se comportó con extraordinaria lealtad, asegurando que ignoraba totalmente los planes de su amo (lo cual bien podría ser cierto) y la manera en que se había fugado (lo cual era manifiestamente falso). A los conspiradores no les quedaba otra salida que confiar en las habilidades de Mountain. La noche había sido muy fría y el suelo estaba endurecido por la helada, pero, nada más salir el sol, comenzó a reblandecerse con rapidez. Mountain se jactaba de que pocos hombres habrían sido capaces de seguir aquel rastro, y aún menos de encontrarlo, incluso siendo indios. Así pues, el señor sacaba mucha ventaja a sus perseguidores cuando estos lograron por fin dar con su pista, y debió avanzar con una energía sorprendente tratándose de alguien tan poco habituado a caminar, porque ya era casi mediodía cuando Mountain alcanzó a divisarle. En aquel momento el traficante se encontraba solo, pues el resto de los hombres, siguiendo sus instrucciones, le seguían a unos cientos de yardas de distancia. Pero sabía que el señor iba desarmado; además, se sentía excitado por el ejercicio físico y la emoción de la caza, y viendo a su presa tan cerca, tan indefensa y aparentemente tan fatigada, se dejó llevar por su vanidad y decidió capturarla por sí mismo. Tras avanzar uno o dos pasos llegó al borde de un pequeño claro, al otro extremo del cual se hallaba sentado el señor apoyado en una enorme roca. Es posible que Mountain hiciese algún ruido; el caso es que el señor alzó la cabeza y miró directamente a aquel lugar de la espesura donde se agazapaba su perseguidor. «No estaba seguro de que me hubiese visto —me contó Mountain—; simplemente miró hacia donde yo estaba con la expresión de un hombre que ha tomado una decisión, y eso bastó para que el valor huyese de mí como el ron de una botella». En seguida, en cuanto el señor miró hacia otro lado y pareció sumirse de nuevo en las reflexiones que le ocupaban antes de la llegada del traficante, Mountain se escabulló rápidamente entre la maleza volviendo sobre sus pasos para pedir ayuda a sus compañeros.

Y aquí comienza el capítulo de las sorpresas, pues apenas había terminado el explorador de informar a los otros acerca de su descubrimiento y estos se disponían a preparar las armas para dar caza al fugitivo, cuando se presentó el señor en persona, caminando tranquilamente y con aire confiado, con las manos a la espalda.

—¡Ah, muchachos! —dijo en cuanto los vio—. Este sí que es un encuentro afortunado. Volvamos al campamento.

Mountain no había mencionado su momento de debilidad ante la desconcertante mirada que el señor dirigiera a los arbustos, así que su regreso pareció espontáneo. A pesar de todo, un murmullo amenazador se levantó entre los hombres, que en seguida comenzaron a jurar, a agitar los puños en el aire y a apuntar con sus pistolas al recién llegado.

—Volvamos al campamento —repitió al señor—. Debo daros una explicación, pero ha de ser delante de todos. Y mientras tanto, yo guardaría esas armas, pues es fácil que una se dispare y termine con vuestras esperanzas de encontrar el tesoro. Yo en vuestro lugar no mataría a la gallina de los huevos de oro —añadió

sonriendo.

Una vez más el encanto de su superioridad logró triunfar, y el grupo emprendió el regreso en desorden. Por el camino, el señor tuvo ocasión de cambiar unas palabras a solas con Mountain.

—Sois un tipo listo, y un valiente —le dijo—, pero me parece que no os hacéis justicia. Os invito a que consideréis si no sería mejor para vos y para vuestra seguridad que me sirvieseis a mí en lugar de a un vulgar delincuente como Harris. Pensad en ello —añadió, dándole una suave palmada en la espalda—, y no lo hagáis deprisa. Vivo o muerto, descubriréis que no es bueno tenerme como enemigo.

Cuando llegaron al campamento, donde Harris y Pinkerton se habían quedado vigilando a Secundra, ambos se abalanzaron sobre el señor como fieras, y su perplejidad no tuvo límite cuando sus camaradas les pidieron que «se hiciesen a un lado y escuchasen lo que el caballero tenía que decir». El señor no se había dejado intimidar por el ataque, y tampoco dejó que se le escapara el menor gesto de alivio ante el terreno ganado.

—No nos apresuremos —dijo—. Primero la comida y luego los discursos.

De modo que hicieron un rápido almuerzo y, tan pronto como acabaron, el señor, apoyado en un codo, comenzó su disertación. Habló largo y tendido, dirigiéndose en particular a cada uno de los presentes a excepción de Harris y encontrando para cada uno de ellos (con la misma excepción) una palabra de lisonja. Los llamó «espadas honestas y valientes» y declaró que jamás había visto gentes tan joviales, ni trabajo tan bien hecho, ni mayor capacidad para sobrellevar los contratiempos con alegría.

—Y bien —continuó—, quizás alguno se pregunte por qué diablos he huido. Pero casi no es necesario que responda, porque creo que todos vosotros sabéis muy bien la respuesta. Sin embargo, hay algo que no sabéis, como en seguida os demostraré, y os ruego que estéis preparados para entender las revelaciones que voy a haceros. Aquí hay un traidor, un doble traidor. Os daré su nombre antes de terminar mi explicación, pero de momento basta con lo que he dicho. Es posible que algún otro caballero desee preguntarme por qué diablos he vuelto. Y bien, antes de responder a esta pregunta, he de haceros yo una. ¿Es ese tipo de ahí, ese tal Harris, el que habla indostano? —gritó alzándose sobre una rodilla y señalando directamente al rostro de aquel hombre con gesto indescriptiblemente amenazador. Y cuando obtuvo una respuesta afirmativa, exclamó—: ¡Ah! ¡Entonces mis sospechas se confirman, e hice bien en regresar! Ahora, muchachos, escucharéis la verdad por vez primera.

Y se lanzó a contar con extraordinaria habilidad una larga historia acerca de cómo, desde hacía largo tiempo, había comenzado a sospechar de Harris y cómo sus temores se habían visto confirmados, pues era indudable que Harris había mentido al relatar las conversaciones entre Secundra Dass y él. Llegado a este punto, el señor recurrió a un audaz golpe de efecto que produjo excelentes resultados.

—Supongo —dijo— que vosotros creéis que vais a medias con Harris, y seguramente pensáis que ya os encargaréis vosotros de que así sea. Creéis, como es natural, que este rufián es demasiado torpe como para engañaros. Sin embargo, deberíais tener cuidado. Estos que parecen medio idiotas poseen cierta astucia, como las mofetas su desagradable olor; y tal vez os sorprenda enteraros de que Harris ha tomado ya ciertas precauciones. Sí, para él el tesoro representa un negocio seguro. Vosotros tenéis que encontrarlo si no queréis pasar hambre, pero a él ya le han pagado de antemano. Mi hermano le pagó para que me destruyera. Miradle, si es que dudáis…, ¡mirad cómo traga saliva y trata de sonreír como un ladrón cogido con las manos en la masa!

Tras conseguir con estas palabras producir una impresión favorable entre los hombres, procedió a relatar cómo había escapado y cómo, después de pensarlo mejor, había decidido finalmente regresar y exponer la verdad ante todos para conseguir una segunda oportunidad, ya que estaba seguro de que, una vez enterados de lo ocurrido, depondrían a Harris inmediatamente y elegirían un nuevo jefe.

—Esa es toda la verdad —dijo—, y ahora me pongo en manos de todos vosotros, con una sola excepción… ¿Cuál? La de ese hombre que veis ahí —dijo señalando una vez más a Harris—. ¡Ese hombre debe morir! Poco me importan las armas y las condiciones. Dejadme cara a cara con él, y aunque no me deis más que un palo, en cinco minutos os mostraré una piltrafa de carroña que solo servirá para que los perros se den un festín.

Cuando terminó de hablar era ya noche cerrada. Le habían escuchado en un silencio casi absoluto, pero a la luz del fuego, que apenas permitía a cada uno de los allí presentes adivinar la expresión de sus vecinos, resultaba difícil saber hasta qué punto había logrado convencer a su auditorio. En realidad, el señor había elegido el lugar más luminoso, y permanecía allí, con su rostro en el centro de todas las miradas. Sin duda todo esto lo tenía cuidadosamente calculado. Durante un rato reinó el silencio, y luego el grupo entero se vio enzarzado en una discusión. Mientras tanto, el señor permaneció tumbado con las manos cruzadas tras la nuca y una pierna sobre otra, como si el resultado de la disputa le fuese por completo indiferente. Me

atrevería a decir que en aquel momento llevó su bravata demasiado lejos y que esto le perjudicó. En cualquier caso, después de numerosas vacilaciones y cambios de opinión, los hombres decidieron finalmente declararlo culpable. Es posible que él albergase la esperanza de repetir su hazaña del barco pirata y ser elegido como líder si el asunto se complicaba lo suficiente. De hecho, las cosas llegaron tan lejos que Mountain incluso lanzó la propuesta.

Pero el señor no había contado con la habilidad de Hastie. Se trataba de un tipo agrio, de reacciones lentas, y su carácter hosco e irascible le había vuelto impopular. No obstante, había estudiado algún tiempo para clérigo en la Universidad de Edimburgo antes de que su mala conducta terminara con sus expectativas de hacer carrera en la Iglesia, y en aquella apurada ocasión logró desenterrar y poner en práctica todo lo que allí había aprendido. Lo cierto es que no llevaba mucho tiempo hablando cuando el señor se apartó a un lado como por azar, aunque según Mountain lo hizo para ocultar la desesperación que comenzaba a adueñarse de su rostro. Hastie despachó la mayor parte de los argumentos que había expuesto el señor como si no tuviesen nada que ver con el asunto. Lo que ellos querían era el tesoro. Tal vez fuese cierto todo lo que se había dicho sobre Harris, y ya habría tiempo de aclarar la verdad, pero ¿qué tenía que ver todo aquello con el tesoro? Acababan de escuchar un montón de palabrería, pero la única verdad era que el señor Durie estaba muerto de miedo y había intentado escapar varias veces. Para Hastie, lo mismo daba que hubiese sido capturado o que hubiese vuelto por su propia voluntad. Lo importante era que lo tenían allí, y lo que había que hacer era acabar de una vez con aquel asunto. En cuanto a las sugerencias acerca de deponer y nombrar capitanes, esperaba que todos ellos fuesen hombres libres y capaces de resolver sus propios problemas. Aquello no era más que un puñado de arena que el señor les había lanzado a los ojos para cegarlos, igual que su propuesta de batirse con Harris.

—Pero no se batirá con nadie en este campamento, eso os lo aseguro —añadió Hastie—. Ya nos tomamos bastantes molestias para quitarle las armas, y seríamos unos necios si ahora se las devolviésemos. Claro que, si lo que el caballero desea son emociones, puedo procurarle algunas que tal vez superen sus expectativas. Porque yo no tengo intención de pasarme el resto de mi vida en estas montañas; ya llevo en ellas demasiado tiempo. Y propongo que nos diga inmediatamente dónde está el tesoro, y, si no lo hace, que le matemos en el acto. Aquí está la pistola que pienso usar —dijo, mostrando a todos el arma.

—¡Vaya, sois lo que yo llamaría todo un hombre! —exclamó el señor incorporándose y contemplando al orador con cierta admiración.

—No os he pedido que me llaméis nada —replicó Hastie—. ¿Qué preferís?

—Esa pregunta sobra —dijo el señor—. La necesidad manda. En realidad, estamos tan cerca del lugar que se puede ir a pie; mañana os guiaré hasta allí.

Y a continuación, como si todo hubiese quedado arreglado, y arreglado conforme a sus deseos, se retiró a su tienda, donde Secundra Dass ya le estaba esperando.

Al recordar estos últimos forcejeos y maquinaciones de mi antiguo enemigo, no puedo sentir por él más que una gran admiración apenas mezclada de piedad, pues soportó su desgracia con una fuerza y un coraje inigualables. Incluso en aquel momento, cuando ya se sentía perdido, cuando veía que lo único que había conseguido era un cambio de enemigos, derribando a Harris para encumbrar a Hastie, no mostró ningún indicio de debilidad en su comportamiento, y supongo que se retiró a su tienda decidido ya a afrontar el increíble riesgo de su última aventura con la expresión desenvuelta, segura y elegante que hubiese exhibido a la salida del teatro, antes de dirigirse a una cena de sociedad. Pero si hubiese sido posible espiar en su interior, sin duda habríamos percibido la zozobra que agitaba su alma.

A primeras horas de la noche, corrió el rumor en el campamento de que el señor estaba enfermo, y lo primero que hizo a la mañana siguiente fue mandar llamar a Hastie y preguntarle ansiosamente si tenía conocimientos médicos. En realidad, dichos conocimientos constituían el mayor orgullo de aquel malogrado estudiante de teología, y el señor, con su habitual astucia, decidió sacar partido de aquella debilidad de su adversario. Hastie lo examinó, y entre lo halagado que se sentía, lo poco que sabía y lo suspicaz que era, no consiguió averiguar si el hombre estaba enfermo de verdad o era todo una comedia. Finalmente se decidió por la opción que le daría más importancia ante los demás y anunció que el paciente se encontraba a punto de morir.

—Pero a pesar de todo —añadió con un juramento—, esta mañana ha de conducirnos hasta el tesoro, así reviente por el camino.

Sin embargo, hubo algunos hombres de la expedición (Mountain entre ellos) que expresaron su repugnancia ante semejante brutalidad. Habrían visto morir de un tiro al señor sin pestañear, e incluso habrían sido capaces de dispararle ellos mismos. Pero su valiente defensa del día anterior y su inequívoca derrota habían logrado conmoverlos. Es posible también que estuviesen empezando a cansarse de su nuevo

jefe. Sea como fuere, declararon que, si el hombre estaba enfermo, le concederían un día de descanso a pesar de lo que dijese Hastie.

A la mañana siguiente comprobaron que el paciente había empeorado, e incluso Hastie comenzó a preocuparse y a dar muestras de cierta humanidad, pues el ejercicio de la medicina despierta los buenos sentimientos de los hombres incluso cuando es simulado. Al tercer día, el señor llamó a su tienda a Mountain y a Hastie y les anunció que se estaba muriendo, tras lo cual les dio toda suerte de indicaciones sobre el escondrijo del tesoro, rogándoles que emprendiesen la búsqueda sin demora para comprobar que no les engañaba; además, en caso de no encontrarlo podrían regresar a tiempo para exigirle que corrigiese su error.

Pero llegados a ese punto surgió una dificultad con la que sin duda contaba el señor. Ninguno de los hombres confiaba en los otros y ninguno quería quedarse a esperar. Por otro lado, aunque el señor parecía encontrarse extremadamente mal, permaneciendo inconsciente la mayor parte del tiempo y hablando con un hilo de voz en sus momentos lúcidos, cabía aún la posibilidad de que se tratase de una enfermedad fingida; y si se iban todos en busca del tesoro, al final podría resultar que hubiesen estado corriendo tras una sombra y que al volver se encontrasen con que el prisionero había desaparecido. Por tanto, decidieron seguir en el campamento sin hacer nada, alegando que se sentían muy afectados por el estado del señor. Y hasta cierto punto decían la verdad, pues es tan compleja la naturaleza humana que muchos de ellos estaban sinceramente preocupados por la salud de aquel mismo hombre a quien con toda frialdad se habían propuesto matar. Aquella tarde, Hastie fue requerido para rezar junto al lecho del moribundo, cosa que, por increíble que parezca, hizo con gran devoción. Hacia las ocho de la tarde, los gemidos de Secundra anunciaron que todo había terminado, y antes de las diez el hindú había comenzado ya a cavar una tumba. Al amanecer del día siguiente se celebró el entierro del señor, y todos los presentes se comportaron con gran corrección. El cadáver fue depositado en la tierra envuelto en un manto de pieles que solo dejaba al descubierto la cara, la cual aparecía blanca como la cera y con los orificios nasales taponados según un antiguo rito oriental practicado por Secundra. Tan pronto como terminaron de cubrir la tumba de tierra, comenzaron de nuevo los lamentos del hindú, que llenaron de pesadumbre a los allí congregados. Y parece ser que aquella banda de asesinos no solo permitió que continuasen aquellos gemidos, a pesar de lo lúgubres que sonaban y de lo peligrosos que resultaban en aquella salvaje región, sino que además intentaron con ruda amabilidad consolar al extranjero.

Pero, si bien es verdad que hasta en el peor de los hombres existe algún resto de bondad, no es menos cierto que la naturaleza humana es por encima de todo codiciosa. Así que aquellos bandidos no tardaron en abandonar al doliente Secundra para ocuparse de sus propios asuntos. Aunque aún no habían identificado el escondrijo exacto del tesoro, estaban seguros de que se hallaba cerca, por lo que resolvieron no levantar el campamento. Los miembros de la expedición pasaron el día explorando los bosques infructuosamente, en tanto que Secundra permanecía tendido sobre la tumba de su amo. Aquella noche no designaron centinelas y se acostaron todos alrededor del fuego al modo de los leñadores, distribuidos como los radios de una rueda y con las cabezas hacia fuera. La mañana los encontró en aquella misma postura, aunque con una excepción: Pinkerton, que estaba tumbado a la derecha de Mountain y tenía a Hastie al otro lado, había sido asesinado sigilosamente en la oscuridad de la noche y seguía allí tendido, con el cuerpo envuelto todavía en su manto, mientras la cabeza ofrecía un horrendo e impío espectáculo, ya que le habían arrancado la cabellera. Aquella mañana los componentes del grupo estaban tan pálidos como una compañía de fantasmas, porque todos ellos conocían demasiado bien la crueldad de los indios en la guerra (o mejor dicho, en el asesinato). Sin embargo, atribuyeron lo ocurrido a la ausencia de centinelas, e inflamados como estaban por la proximidad del tesoro, determinaron permanecer en el mismo sitio. Pinkerton fue enterrado junto al señor, y los supervivientes volvieron a dedicar el día a la exploración, regresando al atardecer con sentimientos mezclados de angustia y esperanza, pues por un lado tenían la certeza de encontrarse a punto de hallar lo que habían venido a buscar, pero por otro, a la caída de la noche, les invadió de nuevo el miedo ante un posible ataque indio. A Mountain le tocó realizar la primera guardia, y él asegura que ni se durmió ni se sentó siquiera, sino que se mantuvo alerta efectuando una constante vigilancia, y cuando vio por la posición de las estrellas que su turno había concluido, se acercó al fuego para despertar a su relevo sin ningún sentimiento de preocupación. Le tocaba ahora el turno a Hicks el zapatero, que dormía en un rincón abrigado del círculo, un poco alejado de los que dormían expuestos al viento, en un lugar oscurecido por la humareda de la fogata. Mountain se detuvo al llegar junto a él y lo agarró por el hombro; al momento su mano quedó empapada de una sustancia húmeda y pegajosa. En aquel instante el viento cambió de dirección y la luz de la hoguera cayó directamente sobre el durmiente, desvelando que estaba muerto y sin cabellera, como Pinkerton.

Estaba claro que habían caído en manos de uno de esos indios bravucones que son capaces de seguir a una expedición durante días y que, a pesar del fatigoso viaje y de la falta de sueño producida por su constante vigilancia, no pierde terreno, añadiendo en cada parada una nueva cabellera a su colección. Con este descubrimiento, los buscadores del tesoro, reducidos ahora a una media docena, perdieron los pocos ánimos que les quedaban; recogieron algunos enseres imprescindibles y, abandonando el resto de sus pertenencias, huyeron rápidamente al interior del bosque. Dejaron el fuego encendido y a su último camarada muerto sin enterrar, y no cesaron de huir en todo el día, comiendo en el camino sin siquiera detenerse. Como tenían miedo de dormirse, continuaron avanzando sin rumbo tras la caída de la noche. Pero el hombre alcanza pronto el límite de su resistencia, y cuando finalmente hicieron un alto para descansar cayeron en un sueño demasiado profundo. Al despertar, descubrieron que el enemigo seguía pisándoles los talones, sembrando de nuevo la muerte y la mutilación en la compañía.

Para entonces la locura se había adueñado ya de ellos. Se habían perdido en el bosque y las provisiones comenzaban a escasear. No voy a narrar aquí los horrores que se produjeron a continuación, pues esto alargaría innecesariamente mi relato, ya de por sí bastante largo. Baste decir que, para cuando por fin se sintieron a salvo y empezaron a respirar aliviados al convencerse de que el asesino había dejado de perseguirlos, solo quedaban Mountain y Secundra Dass. El traficante dice tener la seguridad de que el indio que los perseguía debía de ser algún guerrero que le conocía personalmente y que decidió perdonarle la vida. El hecho de que este perdón alcanzase también a Secundra se debió, según él, a que el hindú parecía haber perdido la razón por completo. En opinión de Mountain, solo este estado de locura podía explicar por qué, a pesar de todos los hechos horribles acaecidos durante la huida, y mientras sus compañeros se desprendían hasta de la comida y de las armas, Secundra seguía acarreando penosamente un pesado azadón, así como el hecho de que en los últimos días hablase continuamente consigo mismo en su propio idioma y dando muestras de gran acaloramiento. Sin embargo, cuando se expresaba en inglés parecía bastante cuerdo.

—¿Tú creer que ha marchado para siempre? —preguntó al despertar aquella mañana en que por fin se sintieron a salvo.

—Ruego a Dios que así sea. Sí, creo que sí, yo me atrevería a creer que sí —replicó Mountain con cierta incoherencia, según él mismo me contó.

En realidad estaba tan alterado que hasta el momento en que nos encontró, a la mañana siguiente, apenas sabía si lo había soñado todo o si realmente Secundra, sin añadir una sola palabra, había emprendido inmediatamente la marcha, volviendo sobre sus pasos y enfrentándose él solo a aquellos lúgubres y desolados parajes a lo largo de un camino jalonado de cuerpos mutilados.

Capítulo XII
Por tierras salvajes
(continuación)

La historia que Mountain contó a *milord* y a *sir* William Johnson omitía, como es lógico, los pormenores que he relatado al principio. En la narración que hizo parecía que la expedición hubiese transcurrido sin incidentes hasta que el señor cayó enfermo. No obstante, describió con gran viveza la última parte del viaje, y era evidente que se estremecía al recordar aquellos sucesos. Además, nuestra propia situación, al hallarnos a punto de entrar en los mismos parajes descritos por Mountain, así como los intereses particulares de cada uno, contribuyeron a proporcionarle una audiencia dispuesta a compartir intensamente sus emociones. Porque la historia de Mountain no solo transformaba el mundo para *lord* Durrisdeer, sino que habría de afectar también los planes de *sir* William Johnson.

Creo que debo explicar más detalladamente al lector esta última circunstancia. Habían llegado a Albany noticias cuya importancia no era fácil valorar. Corría el rumor de que la guerra estaba a punto de estallar. Esa era la razón de que el diplomático encargado de los asuntos indios hubiese partido rápidamente hacia aquellas tierras a pesar de la proximidad del invierno, con el propósito de extirpar el mal en su raíz. Pero allí, al llegar a la frontera, comprendió que había llegado demasiado tarde, y aquel hombre, que en general no era más valeroso que prudente, tuvo que enfrentarse a una difícil elección. Su presencia entre los pintarrajeados guerreros podría compararse a la del *lord* Presidente Culloden [107] entre los jefecillos de los Highlanders en el 45, es decir, él era la única voz razonable que escucharían aquellos hombres, y ningún intento de restablecer la paz y la moderación tenía posibilidades de prosperar como no fuese a través de su influencia. Por lo tanto, si decidía volver, la provincia quedaría abandonada a todas las abominables tragedias que lleva consigo la guerra india: casas incendiadas, rutas cortadas y la habitual y repugnante cosecha de cabelleras humanas. Por otro lado, avanzar hacia el Norte, arriesgándose a internarse en aquellas inhóspitas regiones con una partida tan reducida para llevar un mensaje de paz a aquellos belicosos salvajes, que ya se regocijaban ante la perspectiva de volver a la guerra, era una solución extrema que le desagradaba enormemente, según pudimos percibir.

—He llegado demasiado tarde —decía una y otra vez, y luego, con la cabeza escondida entre las manos, se sumía en profundas meditaciones mientras golpeaba nerviosamente el suelo con el pie.

Finalmente alzó la cabeza y miró hacia nosotros, es decir, hacia donde *milord*, Mountain y yo mismo permanecíamos sentados en torno a un pequeño fuego que habíamos encendido en un rincón del campamento para disfrutar de una mayor privacidad.

—Milord, para ser franco con vos, me encuentro ante un dilema —dijo—. Me parece totalmente necesario proseguir mi camino, pero creo que sería inapropiado seguir disfrutando por más tiempo de vuestra compañía. Aún estamos cerca del río, y la ruta hacia el Sur no me parece demasiado arriesgada. Os sugiero que vos y Mackellar toméis uno de los barcos pequeños para regresar a Albany.

Debo señalar que *milord* había escuchado la narración de Mountain con una dolorosa intensidad en su expresión, y desde que el relato había concluido, había estado sumido en una especie de sueño. Había algo tremendamente inquietante en su mirada, algo no del todo humano, según me pareció. Su rostro tenía un aspecto sombrío, demacrado y envejecido, con los dientes expuestos en una especie de rictus permanente y los globos oculares desorbitados e inyectados en sangre. Yo no podía mirarle sin sentir una violenta irritación, un sentimiento, en mi opinión, harto frecuente cuando nos enfrentamos a la enfermedad de un ser querido. Los demás, aunque me duela decirlo, apenas soportaban ya su compañía; *sir* William evitaba acercarse a él, mientras que Mountain esquivaba sus miradas, y cada vez que tropezaba con él palidecía y dejaba de hablar. No obstante, la sugerencia de *sir* William pareció devolver a *milord* el dominio de sí mismo.

—¿A Albany? —preguntó con una voz bastante normal.

—Al menos hasta allí, sí —repuso *sir* William—. Más cerca no existe ningún lugar seguro.

—No tengo ninguna gana de regresar —dijo *milord*—. No tengo miedo… de los indios —añadió dando un respingo.

—Desearía poder decir otro tanto —replicó *sir* William, sonriendo—. Aunque, si hay alguien que pueda decirlo, debo ser yo. Pero os ruego que tengáis en cuenta mis responsabilidades. Dado que el viaje se ha vuelto extremadamente peligroso, y puesto que los propósitos que os condujeron hasta aquí, si es que alguna vez los tuvisteis, carecen ya de sentido ante las penosas noticias familiares que acabáis de recibir, no puedo encontrar justificación alguna para consentir que sigáis con nosotros, exponiéndome a ser blanco de injustas calumnias en caso de que suceda alguna desgracia.

Milord se volvió entonces hacia Mountain.

—¿De qué fingió morir? —preguntó.

—Creo que no comprendo a vuestra Señoría —dijo el traficante lentamente, con la expresión de alguien que sufre lo indecible mientras le curan sus llagas.

Por un momento dio la impresión de que *milord* no pensaba insistir, pero luego añadió con cierta irritación:

—Os preguntó de qué murió. Me parece que es una pregunta bastante clara.

—¡Oh, no lo sé! —exclamó Mountain—. Ni siquiera Hastie llegó a saberlo. Parecía una enfermedad natural, y luego simplemente pasó a mejor vida.

—Ahí está, ¿lo veis? —dijo *milord*, volviéndose hacia *sir* William.

—Milord, me temo que vuestras palabras son demasiado misteriosas para mí.

—Veréis, se trata de un problema de sucesión. Los derechos de mi hijo a heredar el título podrían ser cuestionados; y si no queda claro de qué ha muerto mi hermano, surgirán muchas sospechas, como es natural.

—Pero ¡qué Dios me condene, ese hombre está ya enterrado! —gritó *sir* William.

—¡Jamás creeré tal cosa! —replicó *milord* temblando de un modo penoso—. ¡Jamás lo creeré! —repitió, poniéndose en pie de un brinco—. ¿Parecía muerto? —preguntó, dirigiéndose a Mountain.

—¿Que si parecía muerto? —dijo el traficante—. Estaba muy blanco. ¿Por qué, acaso pensáis que fue un truco suyo? Os aseguro que yo mismo le cubrí de tierra.

Milord asió a *sir* William por el abrigo con una mano que más bien parecía un garfio.

—Ese hombre se hace pasar por mi hermano, pero es bien sabido que nunca fue normal.

—¿Normal? —preguntó *sir* William—. ¿Qué queréis decir?

—Que no es de este mundo —susurró *milord*—; ni él ni ese demonio negro que le sirve. ¡Yo he atravesado sus entrañas con mi espada, he oído cómo la empuñadura chocaba con su esternón y he sentido cómo su sangre caliente me salpicaba en la cara una y otra vez, una y otra vez! —dijo con un gesto indescriptible—. Pero no por eso murió —añadió, suspirando profundamente—. ¿Por qué habría de creer que esta vez sí ha muerto? No, no mientras no lo vea pudrirse.

Sir William me lanzó una mirada llena de gravedad.

—Milord, os ruego que tratéis de dominaros —dije yo. Pero mi garganta estaba tan reseca y mis facultades tan alteradas, que no fui capaz de añadir nada más.

—No —prosiguió *milord*—, no cabe esperar que él me entienda. Mackellar sí que me entiende, porque lo sabe todo, y ya ha visto su tumba en otra ocasión. Este hombre me ha servido muy bien, *sir* William, este Mackellar. Él lo enterró con sus propias manos… él y mi padre, a la luz de dos candelabros de plata. En cuanto al otro, es un espíritu familiar que se trajo de Coromandel [108]. Os habría contado todo esto hace mucho tiempo, *sir* William, pero se trataba de un asunto familiar.

Había dicho estas últimas palabras con melancólica tranquilidad, y daba la impresión de que su ataque de locura había pasado.

—Sin duda os preguntaréis qué significa todo esto —continuó—. Mi hermano cae enfermo, muere y es enterrado, según dicen; todo parece bastante sencillo. Pero ¿por qué su demonio particular volvió sobre sus pasos? Creo que os daréis cuenta de que es preciso aclarar ese punto.

—Estaré a vuestra disposición en un instante, *milord* —dijo *sir* William levantándose—. Señor Mackellar, quisiera hablar un momento con vos.

Me condujo a un lugar apartado, fuera del campamento, mientras el suelo helado crujía bajo nuestros pies, como aquella noche en los bosques de Durrisdeer.

—Es evidente que estamos ante un caso de locura transitoria —dijo *sir* William tan pronto como estuvo seguro de que no nos oían.

—Sí, ciertamente —repuse—. El hombre está loco, creo que es indudable.

—¿Creéis que debo sorprenderle y maniatarle? —inquirió *sir* William—. Lo haré si me autorizáis a ello. Si está desvariando, sería lo más sensato.

Dirigí la vista a lo lejos, hacia el campamento, con sus brillantes hogueras y los hombres que nos observaban, y luego a mi alrededor, a los bosques y las montañas. Solo había un lugar adonde no podía mirar, y era el rostro de *sir* William.

—*Sir* William —dije finalmente—, creo que *milord* no está en su sano juicio, y llevo creyéndolo mucho tiempo. Pero existen distintos grados de locura. Y en cuanto a la conveniencia de restringir sus movimientos…, *sir* William, yo no soy quién para decidir.

—Entonces lo decidiré yo —replicó él—. Solo os pido hechos. ¿Había en toda esa cháchara, una sola palabra de verdad o de cordura? —preguntó—. ¿He de creer que realmente habéis enterrado a ese hombre en otra ocasión?

—Enterrarle, no —dije yo; y luego, armándome por fin de valor, añadí—: *Sir* William, es imposible que entendáis nada de este asunto a menos que os cuente una larga historia que no me atañe a mí en absoluto, sino a una familia de alto linaje. Si queréis que os la cuente no tenéis más que decirlo y lo haré, tanto si es correcto como si no. En cualquier caso, sí os diré que *milord* no está tan loco como parece. Se trata de una historia muy extraña en la que, por desgracia, ya estáis involucrado.

—No me interesan vuestros secretos —replicó *sir* William—; pero debo hablaros sinceramente, aún a riesgo de parecer descortés. Debo confesaros que vuestra presencia en la expedición no me resulta precisamente grata, tal y como están las cosas.

—Lo comprendo, y yo sería el último en censuraros por ello —dije yo.

—No os he pedido ni vuestras censuras ni vuestras alabanzas —repuso *sir* William—. Simplemente, deseo verme libre de vuestra compañía, y con ese fin he puesto a vuestra disposición un barco con todo su equipamiento de hombres y provisiones.

—Vuestro ofrecimiento es muy generoso —dije, tras un momento de reflexión—. Pero os ruego que me permitáis proponer una alternativa. Todos sentimos cierta curiosidad por saber qué hay de verdad en este asunto; yo, desde luego, la siento, y está claro que a *milord* ese sentimiento le devora. El regreso del hindú resulta bastante enigmático.

—Sí, a mi también me lo parece —me interrumpió *sir* William—. Y, puesto que hemos de avanzar en esa dirección, me propongo llegar hasta el fondo del asunto. Sea o no cierto que el hombre ha vuelto a morir como un perro sobre la tumba de su amo, de lo que sí podemos estar seguros es de que su vida corre peligro; y, si es posible, me gustaría salvarlo. ¿Tenéis algo que decir en su contra?

—Nada, *sir* William —contesté.

—¿Y sobre el otro? —preguntó—. Por supuesto, ya he oído lo que ha dicho *milord*. Pero la lealtad que ha demostrado el sirviente me lleva a suponer que debía poseer algunas cualidades nobles.

—¡No me hagáis esa pregunta! —exclamé—. Hasta en el infierno podría hallarse algún resto de nobleza. Le he tratado durante muchos años, y siempre le he odiado, admirado y temido más de lo que puedo expresar.

—Parece que una vez más me he entrometido en vuestros secretos —dijo *sir* William—. Creedme, no era esa mi intención. Me bastará con ver la tumba y, si es posible, rescatar al hindú. En estas condiciones, ¿podréis convencer a vuestro patrón de que regrese a Albany?

—*Sir* William, dejad que os explique cómo están las cosas. Vos no podéis tener una opinión favorable de *milord* en estas circunstancias, e incluso es probable que os extrañe el cariño que siento por él. Pero yo le quiero, y no soy el único. Si regresa a Albany, tendrá que ser a la fuerza, y eso podría significar el golpe de gracia a su estado mental y quizás incluso a su vida. Sinceramente, eso es lo que creo. Pero me encuentro en vuestras manos y estoy dispuesto a obedeceros si es que queréis asumir la responsabilidad de darme una orden semejante.

—No pienso cargar con ninguna responsabilidad; ¡precisamente es eso lo que intento evitar! —exclamó *sir* William—. ¡Si insistís en continuar el viaje, que así sea! ¡Yo me lavo las manos!

Y dicho esto volvió sobre sus pasos y dio orden de levantar el campamento. Al momento *milord*, que había estado merodeando no lejos de allí, se acercó a hablar conmigo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Os habéis salido con la vuestra —repuse yo—. Vais a ver la tumba.

A un guía como Mountain no le fue difícil describir el emplazamiento de la tumba del señor. En realidad, se

encontraba en un lugar muy señalado de aquellos parajes, junto a una hilera de picos que destacan por su altura y su silueta, y que son el lugar de nacimiento de muchos de los arroyos que alimentan ese mar interior conocido como lago Champlain. Gracias a esto, nos fue posible dirigirnos directamente hacia allí sin tener que seguir el sangriento rastro que habían dejado los fugitivos, y cubriendo en unas dieciséis horas de marcha la misma distancia que a ellos, en su frenética huida, les había llevado más de sesenta.

Dejamos los barcos amarrados a la orilla del río bajo la custodia de unos centinelas; en realidad, era probable que a nuestro regreso los hallásemos atrapados en el hielo. El reducido equipo que llevábamos con nosotros incluía no solo gran cantidad de pieles para protegernos del frío, sino todo un arsenal de calzado para la nieve que nos permitiría viajar cuando esta comenzase a caer, como era inevitable que ocurriese. Nuestra precipitada partida había hecho cundir la alarma entre los hombres. Avanzábamos en medio de precauciones militares. Por las noches, se elegía cuidadosamente el lugar de acampada y se organizaban patrullas. Este tipo de consideraciones fueron las que nos hicieron detenernos a unos cientos de yardas de nuestro destino, al final del segundo día de marcha. La noche estaba a punto de caer y el lugar era muy apropiado para establecer un campamento bien fortificado y del tamaño preciso para nuestro grupo. Por todo ello, *sir* William tomó repentinamente la decisión de que nos detuviésemos allí.

Ante nosotros se extendía la alta hilera de montañas hacia la cual habíamos estado avanzando trabajosamente durante todo el día. Con las primeras luces del alba, habíamos partido en dirección a aquellos picos plateados atravesando un bosque de tupidos matorrales sembrado de caudalosos arroyos y salpicado de monstruosas rocas. Los picos, como he dicho, parecían de plata, pues en las zonas altas nevaba ya todas las noches. Sin embargo, en los bosques y la llanura no había otra cosa que escarcha. Durante e día, los cielos habían ido cubriéndose de amenazadores nubarrones, y el sol brillaba débilmente entre ellos como una moneda de un chelín. Todo el tiempo nos habíamos visto azotados por un gélido viento que nos golpeaba, sobre todo, en la mejilla izquierda. Era un viento espantosamente frío, pero muy puro y vivificante para nuestros pulmones. Al final de la tarde, no obstante, había cesado, y las nubes, sin su empuje, fueron dispersándose y desapareciendo. Después, el sol se puso en todo su invernal esplendor mientras la blanca corona de montañas reflejaba sus últimos resplandores.

Cuando nos dispusimos a cenar era ya noche cerrada. Comimos en silencio, y apenas habíamos terminado cuando *milord* se alejó del fuego en dirección al borde del campamento. Naturalmente, yo me apresuré a seguirle. El campamento estaba situado sobre una elevación del terreno, frente a un lago helado que tendría, como mucho, una milla de longitud en su parte más ancha. A nuestro alrededor, el bosque se extendía por valles y alturas coronado por las blancas montañas, y por encima de ellas brillaba la luna en un cielo despejado. No había ni un soplo de aire, no se oía ni el crujido de una rama, y los sonidos procedentes del campamento quedaban ahogados por la tranquilidad que nos rodeaba. Ahora que habían desaparecido el sol y el viento, el aire casi parecía tibio, como en una noche de julio. Era una extraña ilusión de los sentidos, pues en la tierra, el aire y el agua se estaba fraguando una feroz helada.

Encontré a *milord* (a aquel ser al que seguía llamando por tan querido nombre) de pie, con el codo apoyado en una mano y la barbilla hundida en la otra, observando la superficie del bosque que se extendía ante él. Mis ojos siguieron los suyos, deteniéndose con agrado en la helada textura de los pinos que se alzaban en las colinas iluminadas por la luna o se sumían en las sombras de las pequeñas cañadas. Muy cerca, recordé, estaba la tumba de nuestro enemigo, hundido ahora en ese lugar donde los malvados ya no pueden seguir haciendo el mal. La tierra cubriría para siempre aquellos miembros en otro tiempo tan llenos de vida. No pude evitar el pensamiento de que, en cierto modo, era afortunado por haberse librado de las ansiedades y preocupaciones humanas, del desgaste diario del espíritu y de esa corriente de circunstancias que diariamente hemos de atravesar a nado, expuestos a toda suerte de azares y bajo las amenazas de la vergüenza y de la muerte. No pude evitar pensar en lo agradable que sería poner fin a tan largo viaje, y estas reflexiones me condujeron de nuevo a *milord*. ¿O acaso *milord* no estaba muerto también? ¿Acaso no se arrastraba cojeando ridículamente como un soldado mutilado en el campo de batalla, esperando en vano la licencia? Lo recordaba como un hombre amable, prudente, con cierta orgullosa dignidad, como un hijo quizá demasiado abnegado y un esposo que tal vez amaba en exceso, un hombre capaz de sufrir en silencio, alguien cuya mano me gustaba estrechar. De repente, la tristeza me puso un nudo en la garganta y no pude reprimir un sollozo. Podría haber llorado a gritos al comparar mis recuerdos con lo que ahora veía. Y allí, codo a codo con él bajo la espléndida luna, recé fervorosamente rogando a Dios que lo liberase, o al menos que me concediese la fuerza necesaria para seguir amándolo.

«Dios mío, él fue en otro tiempo el mejor de los hombres conmigo y consigo mismo, y ahora le rehuyo. Nunca hizo mal a nadie, al menos hasta que el sufrimiento lo trastornó. Son sus heridas, honorablemente adquiridas, las que ahora nos producen rechazo. ¡Dios mío, escóndelas! ¡Llévatelo antes de que lleguemos a

odiarle!».

Aún me encontraba inmerso en estos pensamientos cuando un extraño sonido rasgó repentinamente la noche. No era muy fuerte ni muy cercano, pero al romper de aquel modo un hondo y prolongado silencio, sobresaltó a todo el campamento como un coro de trompetas. Antes de que tuviese tiempo de respirar ya tenía a *sir* William a mi lado y al resto de los viajeros detrás, escuchando atentamente. Al volver la cabeza para mirarlos, me pareció que la palidez de sus mejillas no se debía solo a la fría luz de la luna, cuyo reflejo chispeaba en los ojos de algunos hombres, en tanto que otros permanecían con el rostro sumido en la sombra (según alzasen o bajasen la cabeza mientras escuchaban). Aquel cambiante claroscuro daba un curioso aspecto de ansiedad y animación al grupo. Milord estaba delante, algo encorvado, con una mano en alto como para pedir silencio, inmóvil como una estatua de piedra. El sonido seguía llegando a nosotros, renovándose sin cesar a un ritmo cada vez más trepidante.

De repente Mountain comenzó a hablar en voz baja, aunque audible, y entrecortada. Parecía aliviado.

—Ya lo tengo —dijo; y cuando nos volvimos a mirarle, añadió—: El hindú debía conocer el escondrijo. Es él; está desenterrando el tesoro.

—¡Claro, no hay duda! —exclamó *sir* William—. Hemos sido unos necios al no adivinarlo.

—Lo que me extraña —continuó Mountain— es que el sonido parece provenir de nuestro anterior campamento. ¡Además, no comprendo cómo ha podido llegar antes que nosotros, a menos que tenga alas!

—La codicia y el miedo son alas suficientes —observó *sir* William—. Pero ese rufián nos ha dado un buen susto, y pienso devolverle el favor. ¿Qué les parecería una cacería nocturna, caballeros?

Todos estuvieron de acuerdo, y se trazó un plan para rodear a Secundra mientras se hallaba absorto en su tarea. Algunos de los indios que acompañaban a *sir* William fueron por delante, y los demás, dejando un destacamento de guardia en nuestro cuartel general, emprendimos el camino a través de la abrupta superficie del bosque. La escarcha crujía bajo nuestros pies, que a veces rompían ruidosamente algún charco de hielo. Sobre nosotros reinaba la oscuridad de los pinos, interrumpida a intervalos por el esplendor de la luna. Nuestro camino nos condujo a una hondonada del terreno, y al descender, los sonidos se amortiguaron, llegando casi a desaparecer. Tras remontar la ladera opuesta nos encontramos en un espacio más abierto, salpicado tan solo por escasos pinos y algunas enormes rocas diseminadas entre ellos, que arrojaban su sombra de tinta sobre el suelo iluminado por la luna. Allí los sonidos nos llegaban con mucha mayor nitidez, y podíamos percibir claramente el choque metálico del hierro y el ritmo frenético con que el excavador manejaba su instrumento. Mientras ascendíamos al punto más alto, uno o dos pájaros alzaron el vuelo y sus negras siluetas se recortaron en el claro cielo nocturno. Un momento después contemplábamos, tras una hilera de árboles, una escena sorprendente.

Ante nosotros, bañada en la luz de la luna, se extendía una estrecha planicie dominada por las blancas montañas y rodeada de bosques. Algunos enseres, de esos que resultan imprescindibles para la vida en el bosque, aparecían esparcidos en desorden alrededor de una tienda cubierta de plateada escarcha. La entrada de la tienda estaba abierta y permitía discernir su oscuro interior. A un lado de aquel pequeño escenario, se veían en el suelo los miembros descuartizados de un hombre. Sin duda, habíamos llegado al antiguo campamento de Harris. Allí estaban los objetos y provisiones que habían abandonado en el pánico de la huida, así como la tienda donde el señor había exhalado su último aliento; y aquel helado despojo que yacía ante nosotros era el cuerpo del zapatero borrachín. Siempre resulta conmovedor contemplar la escena de una tragedia, pero llegar a ella después de tantos días y encontrarla allí, en medio de un desolado desierto, totalmente intacta, es algo que impresionaría hasta al más insensible de los hombres. Sin embargo, no fue este espectáculo lo que nos dejó de piedra, sino la visión (que hasta cierto punto esperábamos) de Secundra Dass… ¡hundido hasta los tobillos en la tumba de su antiguo amo! Se había quitado la mayor parte de sus vestiduras, pero aún así sus frágiles brazos brillaban bajo la luna bañados en sudor. Su rostro parecía contraído por la ansiedad y la expectación; sus golpes resonaban en la tumba como gemidos, y tras él, extrañamente deformada y negra como la pez, su sombra repetía y parodiaba cada uno de sus rápidos movimientos sobre el helado suelo. Algunas aves nocturnas se alzaron volando desde los arbustos a nuestra llegada, volviendo a posarse en seguida. Pero Secundra estaba tan absorto en su tarea, que no oía ni veía.

Oí que Mountain susurraba al oído de *sir* William:

—¡Dios mío, es la tumba! ¡Está desenterrándolo!

Era lo que todos pensábamos, pero al oírlo expresado en palabras me dio un escalofrío. *Sir* William reaccionó violentamente.

—¡Tú, maldito perro sacrílego! —bramó—. ¿Qué estás haciendo?

Secundra dio un salto y dejó escapar un débil grito. La herramienta que tenía en la mano cayó al suelo. Durante un instante miró al hombre que lo había interpelado, y al momento, rápido como una flecha, salió corriendo hacia los bosques, aunque un instante después, levantando las manos, volvió sobre sus pasos con expresión resuelta.

—Bueno, vosotros aquí, vosotros ayudar —dijo. Pero para entonces *milord* se había adelantado hasta colocarse a la altura de *sir* William, y antes de terminar de hablar, Secundra lo vio, reconociendo en él al enemigo de su amo—. ¡Él! —gritó uniendo las manos y estremeciéndose.

—¡Vamos, vamos! —dijo *sir* William—. Ninguno de los aquí presentes va a hacerte ningún daño, si es que eres inocente. Y si eres culpable, no tienes ninguna posibilidad de escapar. Habla: ¿Qué estás haciendo aquí, rodeado de tumbas y de muertos insepultos?

—¿Vos no asesino? —preguntó Secundra—. ¿Ser hombre honesto? ¿Vos protegerme?

—Te protegeré si eres inocente —replicó *sir* William—. Ya te lo he dicho, y no veo por qué habrías de dudar de mi palabra.

—¡Ser todos asesinos! —gritó Secundra—. ¡Por eso! El matar…, ¡asesino! —dijo señalando a Mountain —. ¡Y esos dos pagar a los asesinos! —dijo, apuntándonos a *milord* y a mí—. ¡Todos merecer la horca! ¡Ah! ¡Yo ver a todos colgando de una cuerda! Ahora querer salvar al *sahib*; ¡él ver a todos colgando de una cuerda! —y luego, señalando a la sepultura, añadió—: El *sahib* no muerto. Enterrado, pero no muerto.

Milord emitió un débil sonido, avanzó hacia la tumba y se quedó allí contemplándola.

—¿Enterrado pero no muerto? —exclamó *sir* William—. ¿Qué tontería es esa?

—Escuchar, *sahib* —dijo Secundra—. El *sahib* y yo, solos entre asesinos. Muchas veces querer escapar, pero imposible. Entonces intentar esta forma; ser buen remedio en climas calurosos, ser buen remedio en la India. Aquí, en este maldito país helado, ¿quién sabe? Os digo mejor darnos prisa: vosotros ayudar, encender fuego, ayudar con masajes.

—¿De qué está hablando esta criatura? —exclamó *sir* William—. La cabeza empieza a darme vueltas.

—Digo que yo enterrarle vivo —repuso Secundra—. Yo enseñarle a tragarse la lengua. Ahora nosotros darnos prisa para desenterrarlo, así él no ponerse peor. Vosotros encender fuego.

Sir William se volvió hacia el hombre que tenía más próximo.

—Encended fuego —ordenó—. Parece que estoy destinado a verme rodeado de locos.

—Vos un buen hombre —dijo Secundra—. Yo ahora desenterrar al *sahib*.

Y tal como había dicho, regresó a la tumba y reanudó su anterior tarea. Milord parecía haber echado raíces, y yo permanecía a su lado lleno de temor, aunque no sabía por qué.

La helada no era aún demasiado intensa. De repente, el hindú arrojó a un lado su herramienta y comenzó a apartar la tierra a puñados. Luego sacó el borde de una piel de búfalo, y después vi que tenía cabello entre sus dedos. Un momento después, la luna iluminó algo blanco. Durante un rato Secundra, en cuclillas, se dedicó a raspar delicadamente con los dedos mientras respiraba ruidosamente a través de sus labios hinchados, y cuando finalmente se apartó, pude contemplar el rostro desencajado del señor. Estaba mortalmente pálido, con los ojos cerrados, los oídos y los orificios nasales tapados, y tenía las mejillas hundidas y la nariz afilada, como los muertos. Pero a pesar de los muchos días que había permanecido bajo tierra, no había ninguna señal de corrupción, y a todos nos produjo una extraña impresión comprobar que sus mejillas y sus labios estaban cubiertos de una oscura barba.

—¡Dios mío! —gritó Mountain—. ¡Su cara estaba imberbe como la de un niño cuando le enterramos ahí!

—Dicen que a los muertos también puede crecerles el pelo —observó *sir* William, pero su voz sonaba pastosa e insegura.

Secundra no prestó atención a nuestros comentarios y siguió excavando como un terrier en la esponjosa tierra. A cada momento veíamos con más nitidez la forma del señor, envuelto en su piel de búfalo, en el fondo del hoyo. La luna brillaba con fuerza, y las sombras de los espectadores que avanzaban y retrocedían en torno a la tumba se movían sobre el cuerpo que iba emergiendo. Aquella visión nos produjo un horror que jamás habíamos experimentado antes. Yo no me atrevía a mirar a *milord* a la cara, pero durante todo el tiempo que duró aquella operación, ni una sola vez le oí respirar. Un poco más atrás, uno de los hombres (no sé quién) estalló en sollozos.

—Ahora —dijo Secundra—, vosotros ayudarme a subirlo.

No tengo ni idea del tiempo que transcurrió; lo mismo podrían haber sido tres horas que cinco las que Secundra Dass dedicó a intentar reanimar el cuerpo de su amo. Lo único que sé es que aún era de noche y la luna no se había puesto, aunque ya estaba muy cerca del horizonte y arrojaba largas sombras sobre la llanura, cuando Secundra emitió una pequeña exclamación de alegría. Entonces, inclinándome rápidamente para mirar, yo mismo pude ver el cambio que se había operado en el glacial semblante del cuerpo exhumado.

Un segundo después sus párpados se movieron, y al instante siguiente se abrieron por completo, y aquel cadáver de una semana me miró por un momento a los ojos.

Aquel fue todo el indicio de vida que llegué contemplar, y puedo jurar que lo vi con mis propios ojos. Me han contado que luego le vieron luchar desesperadamente por hablar, mostrando los dientes entre la barba, y que su rostro se contrajo por la agonía del dolor y del esfuerzo. Es posible que fuese así, pero no lo sé, porque para entonces yo tenía otras preocupaciones, ya que en el mismo momento en que el muerto abrió los ojos, *lord* Durrisdeer cayó al suelo, y cuando traté de levantarlo no era ya más que un cadáver.

Llegó el día y Secundra persistía en sus inútiles esfuerzos por reanimar al señor. Nadie podía convencerle de que se diera por vencido.

Sir William, dejando un pequeño destacamento bajo mi mando, reanudó su camino con las primeras luces, mientras el hindú seguía frotando los miembros del muerto y respirando en su boca. Tal vez piense el lector que semejantes esfuerzos deberían haber insuflado vida hasta a una roca. Pero, salvo aquel instante que significó la muerte para *milord*, el negro espíritu del señor de Ballantrae no volvió a unirse a su envoltura terrenal, y hacia el mediodía incluso su fiel sirviente se convenció de que todo era inútil. Su reacción fue sorprendentemente serena.

—Demasiado frío —dijo—. Buen remedio en la India, no bueno aquí [109].

Luego pidió algo de comer y, sentándose a mi lado junto al fuego, devoró en seguida todo lo que le sirvieron, tras lo cual cayó en un sueño tan profundo como el de un niño. Yo mismo tuve que despertarle unas horas después para que tomase parte en el doble funeral. Se mantuvo impasible durante toda la ceremonia, como si de golpe hubiese olvidado tanto la pena que sentía por la muerte de su amo como el terror que le inspirábamos Mountain y yo.

Uno de los hombres que se habían quedado con nosotros sabía tallar la piedra, y antes de que *sir* William regresara a buscarnos hice que grabara en una roca la inscripción que transcribiré a continuación, y que será, según creo, el broche más apropiado para poner fin a este relato:

J. D.,
HEREDERO DE UN TÍTULO ESCOCÉS,
MAESTRO DEL ARTE Y LA ELEGANCIA,
ADMIRADO EN EUROPA, ASIA Y AMÉRICA,
EN LA GUERRA Y EN LA PAZ,
EN LAS TIENDAS DE LOS SALVAJES
Y EN LAS CORTES DE LOS REYES,
TRAS HABER APRENDIDO, CONSEGUIDO
Y SUFRIDO TANTO,
YACE AQUÍ OLVIDADO.

———

H. D.,
SU HERMANO,
TRAS UNA VIDA DE INMERECIDO SUFRIMIENTO
SOPORTADO CON ENORME CORAJE,
MURIÓ CASI A LA MISMA HORA
Y REPOSA EN LA MISMA TUMBA
QUE SU FRATERNO ENEMIGO.

———

SU DEVOTA ESPOSA
Y UN ANTIGUO SERVIDOR
ERIGIERON ESTA LÁPIDA

EN RECUERDO DE AMBOS.

La génesis de *El señor de Ballantrae*

Una noche me hallaba yo paseando por la veranda de una casita en la que vivía, a las afueras de la aldea de Saranac[110]. Estábamos en invierno; la noche era muy oscura y el aire, extraordinariamente claro y frío, tenía la suavidad y la pureza de los bosques. Desde muy abajo llegaba el rumor del río luchando con el hielo y los cantos rodados. Se veían algunas luces diseminadas irregularmente en la oscuridad, pero tan lejos que no disminuían en nada la sensación de aislamiento. Las condiciones del lugar eran idóneas para la creación de historias. Además, me invadía cierto espíritu de emulación, pues acababa de releer por tercera o cuarta vez *El buque fantasma*[111]. «Vamos —me dije—, hagamos un cuento, una historia que abarque muchos años y países, que hable del mar y de la tierra, de regiones salvajes y civilizadas; una historia de la misma amplitud que la que acabas de leer y admirar y que pueda tratarse con el mismo método de resúmenes y elipsis». Llegado a ese punto, me dejé llevar por una reflexión que en esencia me parece correcta, aunque no pude beneficiarme directamente de ella, como se verá a continuación. Me di cuenta de que Marryat, lo mismo que Homero, Virgilio y Milton, había mostrado gran acierto al elegir un tema familiar y legendario, que preparaba a los lectores desde el mismo título. Durante un rato estuve devanándome los sesos, intentando dar con algún tema o creencia similar que pudiese convertirse en el nudo central de la ficción que proyectaba. En el transcurso de esta infructuosa búsqueda, me vino a la memoria el extraño caso de un faquir enterrado y resucitado luego, una historia que solía contarme un tío mío que había fallecido recientemente, el inspector general John Balfour. En una hermosa noche de escarcha como aquella, con el termómetro por debajo de cero y sin un soplo de viento, el cerebro trabaja con gran vivacidad, y al momento siguiente ya había trasladado aquel suceso desde la India tropical a los salvajes territorios de Adirondacks y al riguroso frío de la frontera canadiense. Ya tenía ante mí, casi antes de comenzar mi historia, dos países que representaban los dos confines de la Tierra. Así, aunque la idea del hombre resucitado ofrecía grandes dificultades, no ya para ser aceptada, sino para resultar mínimamente aceptable, encajaba a la perfección en mi proyecto de un cuento desarrollado en varios países, y esto me decidió a considerar con más detenimiento sus posibilidades. La primera cuestión era el hombre que habría de ser enterrado en aquellas circunstancias: ¿Debía ser una buena persona cuyo retorno a la vida fuese recibido con alegría por el lector y por el resto de los personajes? Las reminiscencias cristianas de esta idea me llevaron a desecharla. Para que aquella historia pudiera serme de alguna utilidad, tenía que crear una especie de genio maligno, tanto para sus amigos como para su familia, y hacerlo pasar por varias desapariciones sucesivas, de manera que su retorno final de entre los muertos en los helados bosques de América fuese tan solo el último y el más macabro episodio de la serie. A mis hermanos en el oficio no hace falta explicarles que, llegado a este punto, me encontraba en el momento más interesante en la vida de un autor. Las horas que siguieron a aquella velada en la terraza, y los siguientes días con sus noches, tanto si me hallaba paseando por los alrededores como desvelado en la cama, fueron momentos de genuina alegría. Mi madre, que entonces estaba viviendo conmigo, tal vez no se divirtiese tanto, pues en ausencia de mi esposa, que es quien me ayuda normalmente en estos periodos de alumbramiento, me veía obligado a importunarla continuamente pidiéndole que me escuchase relatar mis informes fantasías y mis intentos de perfilarlas. Y mientras buscaba a tientas personaje y argumento, de repente me topé con ellos en mis recuerdos, listos desde hacía nueve años. «Gachas calientes, gachas frías, gachas en la olla, nueve años tenían»[112]. ¿Alguna vez se ha dado una justificación tan completa de la regla de Horacio[113]? De repente, cuando pensaba en otras cosas, me había dado de bruces con la solución, o, por emplear una expresión teatral, con la escena final de una historia concebida muchos años antes, en los páramos situados entre Pitlochry y Strathardle[114], bajo la lluvia de las Highlands, entre los aromas mezclados del brezo y las flores de los pantanos, por una mente impresionada por la correspondencia de Athole[115] y los anales

de una justicia silenciosamente asesina. Allí, a tanta distancia en el espacio y en el tiempo, había evocado por primera vez los rostros de los hombres de Durrisdeer y su trágica situación. Mi historia abarcaba ahora casi todo el mundo: Escocia, India y América proveerían los escenarios que precisaba. Pero la India solo me era conocida a través de los libros. Jamás había conocido a ningún hindú, exceptuando a un parsi [116] que pertenecía a mi club de Londres, tan civilizado y, en apariencia, tan occidental como yo mismo. Estaba claro, por tanto, que debía pasar por la India de puntillas, y creo que esto fue lo que me sugirió la idea de utilizar al coronel Burke como narrador. Al principio tenía previsto que fuese escocés, pero luego me asaltó el temor de que resultase una pálida sombra de mi Alan Breck [117]. De repente se me ocurrió que sería muy propio de mi señor de Ballantrae que se hiciese amigo de los irlandeses leales al príncipe. Además, un refugiado irlandés tendría una buena razón para encontrarse en la India junto a su compatriota, el desgraciado Lally. Así pues, decidí que fuese irlandés, pero en seguida me di cuenta de que una larga sombra se cruzaba en mi camino, la sombra de Barry Lyndon [118]. Ningún hombre de buenos principios (como diría *lord* Foppington) podía llegar a establecer una relación profunda con el señor de Ballantrae. En la idea original de esta historia concebida en Escocia, había planeado que este compañero fuese aún peor que el malvado primogénito a quien, según yo tenía previsto, habría de acompañar a Escocia. Si introducía a un irlandés, y un irlandés malísimo, en pleno siglo XVIII, ¿cómo podía evitar la evocación de Barry Lindon? Pero el desgraciado me acosaba ofreciéndome sus servicios; me demostró que podía desempeñar a la perfección la tarea que pensaba asignarle. El mismo (a menos que fuese el lado oscuro de mi propio corazón) me sugirió que sería fácil disfrazar su antigua librea con un poco de encaje, adornos y botones, de tal modo que ni el propio Thackeray hubiese sido capaz de reconocerlo. Súbitamente me vino a la memoria un joven irlandés con quien trabé amistad en una ocasión y con el cuál pasé muchas noches paseando y conversando a lo largo de una costa desolada, en un gélido otoño. Lo recordaba como un hombre de una extraordinaria simplicidad moral que rayaba en estupidez, como una criatura que se adaptaba a la influencia de cualquiera que despertase su admiración; e imaginándome a un joven como aquel metido a soldado de fortuna, se me ocurrió que un tal personaje serviría a mis propósitos tan bien como el señor Lindon, y en lugar de entrar en competición con el señor de Ballantrae pondría de relieve el contraste entre ambos aventureros. No estoy seguro de haber acertado, aunque las disertaciones morales de este personaje siempre me han entretenido mucho. Pero confieso que me sorprendió enormemente enterarme de que varios críticos han encontrado en él, después de todo, reminiscencias de Barry Lyndon.

Apéndice

La época

La era Victoriana

Toda la vida de Stevenson
(1850-1894)
se desarrolló durante el período de la reina Victoria
(1837-1901).
Pocas veces un monarca ha permanecido tantos años en el poder y además con un balance global tan positivo, a pesar de todos los obstáculos. Gran Bretaña es el país europeo que antes y mejor se adapta a los tiempos que vienen y, por tanto, uno de los que más ventajas saca con vistas al siglo XX. Un desarrollo económico como hasta entonces no se había dado: grandes cambios sociales que conllevan una relativa democratización de la vida pública: una política exterior que busca la paz y no la confrontación, y que la logra durante casi un siglo; y la ocupación del más vasto imperio colonial de todos los tiempos, son las causas generales que lo explican.

La economía

A finales del siglo XVIII se inicia en Europa un período de optimismo contagioso en el desarrollo, que se da en llamar «revolución industrial», y que se apoya en el aumento de las materias primas: en Inglaterra lana, hierro y carbón, sobre todo; en el desarrollo consecuente del ferrocarril y la flota mercante, Inglaterra, solo debido al comercio exterior, obtiene ingresos superiores a los de Francia, Alemania e Italia juntas; en los préstamos de los grandes bancos, que adelantan el dinero para las inversiones; y en el librecambio.

Los cambios sociales

El gran animador de la lucha contra el proteccionismo, Richard Cobden, funda en 1839 la Liga Librecambista, precisamente en defensa de las clases medias urbanas y en contra de la aristocracia terrateniente. Pero, a pesar del librecambismo, la mejora de la distribución, el uso de nuevos fertilizantes y la inicial industrialización del campo, permite mejorar los ingresos de los terratenientes y propicia la ruina de los pequeños propietarios y del proletariado rural. Esto provoca la emigración en masa de los campesinos a las ciudades y con ello la abundancia de mano de obra barata, que motiva la formación de sindicatos (*Trade Unions*) y la reforma de la ley electoral. Con la alternancia en el poder de Gladstone (liberal) y Disraeli (conservador), aunque ambos reformistas, se avanza hacia la igualdad. Lo más importante es la aceptación del principio, ya desde 1866, del *household suffrage*, el derecho de voto atribuido a los cabezas de familia, que hace que este no solo sea ejercido por la burguesía, sino por buena parte de la clase obrera. Esto y la cuestión del nacionalismo irlandés, que nace ahora (1884), y que en muchas ocasiones decide con su voto sobre el partido que va a gobernar, son las grandes cuestiones, pero

no olvidemos que aún estamos hablando de jornadas laborales de más de 50 horas y de niños que trabajan en la industria y las minas.

Política exterior

Los descubrimientos y las exploraciones realizadas bajo el amparo de la reina Victoria dan lugar al establecimiento y administración de las compañías británicas en Asia, África, América, Oceanía, en el Atlántico y en el Pacífico. Baste recordar el gran proyecto imperial de «El Cabo a El Cairo», que ya en 1902 se veía al alcance de la mano con la incorporación de las dos repúblicas «bóers» de Transvaal y Orange. A costa del saqueo de los países y de la sobrexplotación de la mano de obra indígena, llegan a la metrópoli enormes cantidades de materias primas que, debidamente manufacturadas, sostienen el enorme comercio exterior. Una corriente de ideas exalta el valor y la misión de la raza blanca, en especial de la anglosajona, cuyo representante más conocido quizá sea Rudyard Kipling. Por contra, no estaría mal leer la descripción de las condiciones infrahumanas en las que viven las masas de las grandes ciudades, que tan magistralmente nos pinta Dickens.

El marco literario

Dickens

Este gran autor de los *Papeles póstumos del Club Pickwick*
(1812-1870)
es precisamente quien domina el panorama literario cuando nace R.
L. Stevenson
en 1850. Aunque había otros autores como Thackeray o George Elliot, seudónimo de la escritora Mary Ann Evans
(1819-1880),
la crítica de Dickens, entreverada de ternura y humor, a los aspectos menos brillantes de la sociedad victoriana, es la elegida abrumadoramente por el público. Pasado ya el período romántico, aunque algunos poetas como Tennyson o Browning lo siguen prolongando, el desarrollo del enorme venero que supuso aquella explosión se sigue cultivando en revistas como *Edinburgh Review* o *Quarterly*, que, por supuesto, Stevenson conoce.

Las grandes corrientes

Esto, y una corriente de literatura más agria, a partir de 1880, cuando la sociedad británica da muestra de estancamiento moral, representada por Samuel Butler y, sobre todo, por Thomas Hardy (*Tess de Ubervilles*, 1891), junto con el influjo del decadentismo francés, D.
G. Rossetti,
y, sobre todo, Oscar Wilde
(1854-1900),
son las grandes corrientes que esperan a nuestro autor. Precisamente como reacción ante una sociedad excesivamente mecanizada y previsible, cabe la huida hacia la evasión y la aventura, que no dejan de ser derivados románticos y que ya había cultivado el gran maestro de la novela histórica *sir* Walter Scott
(1771-1832).
En esa línea se adscribe el autor de *La isla del tesoro*, junto con otros tan insignes como H.
G. Wells,
sir Arthur Conan Doyle, o el mismo Joseph Conrad

(1857-1924),
aunque sus novelas rebasen los límites de la novela de aventuras, por ejemplo, *Nostromo*, lo mismo que pasa, precisamente, con esta novela de Stevenson que tenemos entre manos. La acción le da dinamismo y vitalidad, pero ni por asomo explicaría todo el entramado de planteamientos que componen el cauce de la novela, como veremos. Eso es lo malo de las etiquetas y, por tanto, nunca nos podemos detener en ellas.

El autor

Antecesores

Dentro de la larga genealogía de Stevenson destaca un abuelo, Robert, ingeniero de faros, como toda la saga, que encarnó el hombre de acción que su nieto siempre anheló ser. Además de un hombre muy humano, ensayó con fortuna la carrera de autor, ya que escribió un *Account of the Bell Rock Ligthhouse* que, según su nieto, «es una obra maestra en su género». La madre de Stevenson era la hija menor del reverendo Lewis Balfour, doctor en Teología y ministro de la parroquia de Collinton (la Biblia siempre fue venero fundamental para su imaginación). Conviene adelantar que el escritor se sintió íntimamente unido a sus antepasados, que todos eran nobles de cuna y que, como veremos en *El señor de Ballantrae*, para él siempre fue un valor importante por lo que tenía de pervivencia de los viejos códigos caballerescos. En uno de sus más preciosos ensayos, *Los almirantes ingleses*, dice que «es solo en política donde los seres humanos se aprecian por su número» [119]. Su padre, que dedicó también su vida al ejercicio de la profesión científica, siempre tuvo el deseo más ferviente de que su hijo le secundara. Adoró a su madre, que siempre vivió con él y con su familia.

Infancia y juventud

El autor de *La isla del tesoro* nació el 13 de noviembre de 1850 en el número 8 de Harvard Place, Edimburgo. En su infancia hay una nodriza a la que él siempre llamó «Cummy» que no solo le cuidó incansablemente su tosferina, sino que le marcó para siempre en su amor por la narración oral. La llamó segunda madre, le envió todos sus libros y le escribió cartas durante toda su vida. Comenzó a asistir al colegio a los nueve años pero sus ausencias fueron innumerables debido a su mala salud y a su hipersensibilidad al frío. A la hora de elegir carrera no se cuestionó cuál sería su futuro, pues la tradición familiar era muy fuerte, y la verdad es que, a los tres años que le duró el empeño les sacó el ensayo *On a New Form of Intermittent Light*, aunque también aprendió a hacer novillos con asiduidad, que «la enfiteusis no es una enfermedad ni el estilicidio un delito» [120].

Formación literaria

Hasta los 25 años, en que Stevenson es estudiante de Derecho con aficiones literarias, los aspectos más destacados de su vida son: que se declara ateo y socialista rabioso, inspirado, eso sí, en el *Evangelio según San Mateo*; que vive con gran fruición la amistad; que se dedica a imitar a grandes autores: Hawthorne, Defoe, Baudelaire, etc., para aprender a escribir, y que, aunque lee mucho, nunca se considera un erudito. R.
L. Stevenson
sufre períodos delicados de salud, entre otros un ataque de difteria, y además viaja constantemente. No olvidemos que sus tres primeros libros son de viajes: *Un viaje al continente*, *Notas pintorescas sobre Edimburgo* y *Viajes con una burra por las Cévennes*. También es verdad que ya en mayo de 1878 empieza a publicar su primera obra por entregas, *Las nuevas mil y una noches*. Antes, a fines, de 1876, le ocurrió uno de los sucesos más importantes de su vida, en Grez. Fue el encuentro, e inmediato enamoramiento, con la señora

Osbourne, que, recién separada en California y con dos hijos —una joven y un muchacho—, se dedicaba con entusiasmo a la pintura. Aunque las dificultades eran tantas que Stevenson no se lo dijo ni a sus padres, solo a dos o tres amigos íntimos, su elección nunca vaciló. Hasta el 19 de mayo de 1880, en San Francisco, y una vez superados todos los obstáculos, no contrajeron matrimonio. «Ella tenía un carácter casi tan fuerte, interesante y romántico como el de Louis y este siempre la quiso». Como la tuberculosis acuciaba al escritor, tras la boda decidieron instalarse en los Alpes para intentar aliviar sus efectos.

Publicaciones
y viajes

Durante estos años, además de concebir la idea de *El señor de Ballantrae*, trabaja sobre todo en *La isla del tesoro*, que publicó en 1883 en Londres. En 1885 publicó *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* [121], el único libro de Stevenson en el que los personajes se rebelan contra su creador y echan a andar como figuras tangibles. De 1888 a 1891 Stevenson erró de un lado para otro sobre la faz del Pacífico, Hawái, Tahití y Samoa, su futuro hogar. Esto le sirvió para escribir, por ejemplo, que «no hay forma de petulancia más extendida y estúpida que despreciar los códigos morales primitivos», y también que «tener dinero solo sirve para dos cosas: un yate y un cuarteto de música. Fuera de esto yo sostengo que nadie necesita más de setecientas librás al año». Al poco tiempo de instalarse en Waikiki, en mayo de 1889, acabó *El señor de Ballantrae*. Después ya se trasladó a Vailima, que fue su cambio definitivo y donde se sintió querido e integrado. «Tusitala» fue su apodo, y allí murió en 1894. Los mismos samoanos grabaron su *Requiem*, epitafio, y flanquearon la inscripción colocando un cardo y una flor de hibisco. No obstante, valga como colofón el decir que analizar solamente las cualidades intelectuales de Stevenson es tanto como acercarse al aspecto menos fascinante de su personalidad, es perder de vista la mitad de su embrujo que, a todas luces, derivaba de su concepción caballeresca de la vida.

La obra

Valoración

También en nuestro país, al igual que ha pasado en el resto del mundo, la valoración de la obra de Stevenson ha sufrido diversos altibajos. Si fuera ha sido considerado un buen narrador para niños y una especie de bohemio fracasado cuya obra estaba «dominada por el fuerte carácter de una mujer celosa», en España su proyección popular va unida a la reivindicación de la narración que en 1979 hicieron un grupo selecto de escritores: Savater, Azúa, Javier Marías, Sánchez-Dragó, Fernández de Castro. La plataforma fue la revista *Camp de l'arpa* [122] y en ella se reaccionaba drásticamente contra las secuelas del *nouveau roman*, en el que muchas veces se pretendía construir novelas sin acción ni aventura, apoyadas fundamentalmente en el constructivismo de la mirada. En contra se declaraba la admiración más ilimitada por Kipling, Conrad, Stevenson, etc. La revista influyó sustancialmente en el devenir de la toda la literatura española de los años siguientes. Desde entonces no hay intelectual que no alardee de haber leído a Stevenson, lo que supone una gran aproximación de la literatura a lo que llamamos coloquialmente vida. Ya hemos dicho que Stevenson nunca fue un erudito estricto: baste recordar que, en su *Defensa de los desocupados*, destaca claramente que «la calle fue la escuela favorita de Dickens y Balzac y hace cada año muchos oscuros maestros en la ciencia de la Vida» [123]. Quizá, además de a su institutriz «Cummy», que pasaba muchas horas junto a su lecho contándole historias en las que *Lou* aprendió el gusto por la fabulación, deba Stevenson su amor a la aventura a su delicada salud. El niño, retenido por la terrible enfermedad de la tuberculosis, derivó su carácter soñador hacia la fantasía y los relatos de vitalidad y fuerza que le negaba su propia naturaleza. Ni las Leyes que estudió por obligación paterna, ni la saga de ingenieros a la que pertenecía, pudieron desviar su atracción romántica por la acción y el riesgo que conllevan las situaciones límite.

Personajes
entregados
a la acción

Y no es este un rasgo más de su literatura, sino que, y por ir tomando ya ejemplos del libro que nos ocupa, es la dínamo incesante de su alma. La que le impele a llevar a los personajes —a James, a Burke e incluso a Henry y al narrador Mackellar— de un lugar a otro sin apenas descanso. Los diálogos están al servicio exclusivo del desarrollo de la acción y los temas —el bien y el mal, el poder, etc.— se despliegan a través de la trama de peripecias, nunca mediante reflexiones filosóficas ni intelectuales. Cuando, ya en la parte final de la novela, los dos hermanos antagonistas entran en una fase estática: Henry da largos paseos y James se dedica a la costura, es que el fin de la novela se anuncia y que justo la falta de aventuras preludian sus muertes. No se le ocurre nunca que uno de sus personajes pueda dedicarse a pintar o a la literatura, como él. Tal vez porque siempre intuyó que su vida había sido una equivocación por dedicarse profesionalmente a escribir. Para él, como para su maestro, Walter Scott, «haber hecho cosas que mereciese la pena escribir era un honor que no alcanzaba quien simplemente hubiera hecho cosas que mereciese la pena leer». Aunque fuera un libro tan difícil, porque *El señor de Ballantrae* fue el libro que mayor ejercicio de voluntad y desazón le supuso. Desde el 2 de agosto de 1881, que fue cuando, en un viaje hacia Braemar, Stevenson concibió la familia Durrisdeer y la primera parte del libro, aunque ninguna de estas dos cosas tuviera aún nombre, hasta mayo de 1889, en que dio por acabada la historia, su autor pasó por las mismas angustias que las de los dos hermanos. Quizá lo acabara simplemente porque ya se había comprometido con la revista *Magazine*
Scribner's
, donde ya llevaba un tiempo publicándose, porque, como él mismo reconoce, «es el más arduo trabajo que tuve que llevar a cabo en mi vida»[124]. Y como abundamiento en la actitud vital del escritor respecto a la literatura, que decíamos arriba, Stevenson remacha: «He terminado *El señor de Ballantrae*, no soy más que un despojo y no me importa lo más mínimo la literatura». La novela vio la luz en otoño de 1889 y fue acogida como el libro más austero y trágico que su autor había escrito nunca.

La técnica

Indiscutiblemente, el tratamiento literario que hace Stevenson en sus libros está al servicio de su concepción de la acción y la aventura como valores supremos. La frase es corta, siempre precisa y ligera de adjetivos y de una eficacia suma para colocarnos en el lugar de los hechos y así narrarnos, con leves incursiones psicológicas, lo que hacen los personajes. El mismo Mackellar —narrador— elogia el gusto del comandante Burke porque el estilo de sus Memorias sea sencillo, «salvo alguna floritura». En efecto, Stevenson raramente utiliza más allá de símiles y metáforas más bien lexicalizadas. Es decir, poco audaces. Así sucede con las comparaciones: «Teach, se puso tan pálido como un muerto», «la soledad me quemaba las entrañas como un fuego encendido»; las metáforas gastadas: «durante siete años aquella sanguijuela había estado desangrando a Durrisdeer», «dijo estas últimas palabras clavando su mirada ausente en el fuego». Todo esto y una clara tendencia a usar locuciones del lenguaje coloquial: «cruzar la ciénaga a ciegas», «nos hundíamos cada dos por tres de una forma espantosa», son sus recursos más notables. Claro que, si contamos una fuerte propensión a usar ágiles diálogos y eficaces descripciones de la naturaleza, tendremos el secreto de su viva y fácil lectura. Aunque Stevenson es un posromántico —y ya veremos en qué medida— se contiene bastante a la hora de usar la naturaleza como símbolo de lo que va a ocurrir. Alguna vez piensa «que tal vez los horribles acontecimientos cuyo relato estoy a punto de hacer fueron una respuesta a los cielos tempestuosos, a los salvajes vientos y al mortal frío que entonces soportamos». Pero, en ese sentido, con respecto por ejemplo a W. Scott, su parquedad es elogiable. Lo es, igualmente, que haya renunciado al autor descaradamente omnisciente y nos cuente *El señor de Ballantrae* a base de Memorias intercaladas, en las que el narrador principal se desvela a veces para aclarar que son unas «memorias que tienen como objeto justificar a su padre…», para opinar, como hemos visto cuando habla de la sencillez de Burke, y que incluso permiten que dé la cara el propio Stevenson —al modo cervantino—, como vemos en la nota que interpone justo a continuación. Todo eso habla a favor de la verosimilitud y siempre es de agradecer.

Temas

Aunque a Stevenson se le ha considerado el último de los escritores Victorianos, creo que parece

también innegable su lastre romántico. Por ejemplo, por la elección cronológica para el desarrollo de sus historias, ya que, por ejemplo, tanto *Secuestrado* [125] como la que nos ocupa están situadas hacia 1745, año en el que Carlos Eduardo, nieto de Jacobo II Estuardo y conocido como *el Joven Pretendiente*, apoyado por Francia y por los jefes de los clanes *highlanders*, intentó rebelarse contra Jorge I, el de la casa Hannover. La frustrada sublevación en la batalla de Culloden (1746) constituía un imán inevitable para la imaginación de Stevenson y más, claro está, por haber acabado en derrota. También nuestro Galdós se sintió absorbido por algo similar en sus *Episodios Nacionales*, aunque el resultado final fuera opuesto, y también los vendiera en folletines semanales para gusto y solaz de la imaginación popular. Pero hay más datos que justifican el entronque romántico de sus temas: desde el doble, que ya aparece en la comedia *Deacon Brodie* y también en el relato alegórico *Markheim* [126], que sigue en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* y que acaba en la balada de Tihonderoga, hasta el bien y el mal y la predestinación, o el de las consecuencias de los móviles y los actos y el enfrentamiento entre ciencia y religión, son de raíz romántica. En el caso de *El señor de Ballantrae*, el mito de la lucha fratricida entre Caín y Abel, la resonancia bíblica parece desplazar a segundo plano la carga romántica.

Alegorías bíblicas

Como sabemos, Stevenson recibió una rígida formación presbiteriana y, aunque declaró su rebeldía contra los dogmas intolerantes, los grandes problemas humanos de las alegorías bíblicas le acompañaron siempre. Todo el libro puede englobarse dentro de ese marco de las alegorías. Es más, estamos seguros de que el autor buscó la trascendencia de la historia dejando los contornos diluidos, difuminados en una lograda ambigüedad. Atendamos, por ejemplo, a la falsa muerte de James, tras el duelo fratricida de la parte central de la novela y, sobre todo, a las inciertas muertes de los dos hermanos, ya al final, con aparente catalepsia en el caso de James y desconocidas causas en el de Henry. Todo queda en suspenso, como si ambas muertes hubiesen sucedido fuera de la Historia, según la atemporalidad de los símbolos. Tanto la figura del padre, que es desgarrado por la lucha sin tregua de los dos herederos y que en varios capítulos muestra su predilección por James (hijo pródigo, Caín), como el perfil de los dos caracteres: estable, tolerante, pacífico, preocupado por la suerte de sus hijos, en el caso de Henry; y rebelde, provocador, seductor y errante, en el de James, son abiertamente bíblicos. Reiteradamente, a lo largo del libro, se alude a Satanás para caracterizar al señor de Bailan trae. También se dice que «soltó pólvora en su fuego, y petardos en su ventana; hasta que el hombre creyó que era el mismísimo diablo», y al final del capítulo IX, al término de la conversación con Mackellar, el mismo James le advierte: «Juzgad por esta breve tregua cuán peligroso puedo llegar a ser, y decid a esos necios que se lo piensen dos veces antes de desafiarme». Efectivamente tenemos aquí a un personaje que opera al margen del Bien y del Mal y que, como Fausto, vive un pacto con el Diablo y a veces goza de sus poderes.

Perspectivismo

Claro que, depende de quién cuente la historia porque, cuando Macmorland, que es el criado de James, relata su fragmento, no duda en calificar de traidor y de Judas a su hermano Henry. Gran invitación al perspectivismo la que nos propone Stevenson, pues es el lector el que, en último extremo, deberá juzgar si es mejor Caín o Abel, si el padre actúa como es debido, o si, más bien, son las fuerzas equipolentes y antagónicas las que de forma maniquea explican la razón de ser del universo moral, al menos. Pero hay más referencias bíblicas. Cuando James quiere provocar y soliviantar a su hermano («—Por aquí pasó tu guinea de la suerte, Jacob —le dijo»), le llama así en clara alusión bíblica. Como sabemos, Esaú vendió su primogenitura a su joven hermano por un plato de lentejas y este, para engañar a su padre, que estaba ciego, se cubrió con una piel de animal con el fin de pasar por su peludo hermano mayor. Es evidente que a lo largo de la novela aparece repetidas veces el tema del poder sobre Durrisdeer y que siempre es James quien lo remueve. La alusión bíblica es, desde luego, una forma clara de culpabilizar al hermano, de removerle el sillón, y, por supuesto, de reforzar las dimensiones alegóricas de la historia.

Posible interpretación

Rompiendo la corteza y entrando al meollo —ya que no tenemos un maestro Berceo que lo aclare—, algunas posibles líneas de interpretación nos llevarían a contar con los siguientes presupuestos derivados del libro: la lucha fratricida es la substancia de la lucha sobre la tierra y, desde luego, aunque sea Abel quien goce de la propiedad, depende de quién cuente la historia para que la admiración sea para uno (Mackellar por Henry) o para otro (Burke por James). Se disputan, por supuesto, la tierra, la mujer estable y la descendencia. El padre prefiere al hijo pródigo, pero nunca renunciará al amor de ninguno de sus vástagos. Esto se funde con la cesión de la primogenitura (Esaú y Jacob) y con el hecho de que, al igual que en la Biblia, la mujer resulte familiar próxima al hombre de la casa. Mujer que, dicho sea de paso, no tiene ningún protagonismo. (A partir de aquí se puede seguir).

Caracteres

Es más, solo los dos protagonistas emblemáticos aúnan rasgos suficientes como para poder decir que tienen caracteres, si bien un tanto artificiosos, quizá porque nacieron como símbolos de la mente de su creador. Los demás son personajes planos que solo sirven de comparsa para las evoluciones de los dos hermanos, incluidos los dos narradores. Estos solo hacen de filtro para crear pliegues y matices en las personalidades de Henry y James, a pesar de alguna que otra reflexión pasajera sobré ellos mismos, sobre todo Mackellar.

Código caballeresco frente a condición humana

Es obvio que, en *El señor de Ballantrae*, Stevenson se propuso indagar en los supuestos valores morales de los nobles herederos, ya que él mismo dice que «se suele comentar que las personas de alta cuna soportan las fatigas mucho mejor que las de origen humilde». Claro que, con ello, Stevenson caló de nuevo en un territorio que le era especialmente atractivo, el del código caballeresco. Se plantea aquí un duelo con toda la escenografía romántico-medieval: el destino que queda al albur de las piruetas de una moneda, y unos valores de valentía, de astucia y de amistad fiel para enfrentarse a los riesgos a pecho descubierto, que aparecen constantemente como marco referencial para medir a los dos hermanos. Precisamente, si James se nos revela como instigador o marrullero, si vemos a Henry como interesado o baldado moral, al final de la novela, es porque, sutilmente, a través de los narradores, se nos ha impuesto el marco del código de la caballería. Toda la novela puede leerse como un contraste subyacente entre ese código y las viles tendencias de la naturaleza humana. Ese sería el último tema de fondo que englobase a todos los demás. No es extraño. R.
L. Stevenson
tuvo ese código de la caballería como lo más alto del ser humano. Su mejor biógrafo, cuando se refiere a este aspecto, dice: «He hablado de su caballerosidad y advierto ahora que en realidad estaba pensando en cada una de las virtudes relacionadas con esa palabra. Lealtad, honestidad, valentía, generosidad; cortesía, gentileza y abnegación… Y estas y otras virtudes ligadas a la palabra caballerosidad son las que distinguieron a Stevenson… Su hijastro me dice que un día, sentado en la cubierta de una goleta en el Pacífico, Stevenson leía el *Quijote*. De pronto alzó la vista del libro y, con la expresión del que cae en la cuenta de algo, dijo tristemente, como para sí mismo: Así soy yo»[127]. Sin duda ese es su principal atractivo, pero no olvidemos que Don Quijote fue, junto con Ulises o Don Juan, uno de los grandes mitos inspiradores del Romanticismo.

Antecedentes literarios

No se trata aquí de repetir cómo aprendió a escribir Stevenson, imitando asiduamente, como sabemos, a Hazlitt, Lamb, Defoe o Hawthorne. Tampoco que repitamos la tradición de la novela histórica, de acción, iniciada en Gran Bretaña por *sir* Walter Scott, a la que su obra pertenece, porque sería repetir algo de lo que

vimos en un punto anterior. Nos interesa resaltar, por contra, algunos aspectos de los que quizá los críticos han hablado menos. Como muy bien dijo Eugenio
D'Ors:
«todo lo que no es tradición es plagio», así que, por lo menos, las *novelle* italianas de las que bebió Cervantes para sus *Novelas Ejemplares* y para su *Quijote*, y las novelas bizantinas, creemos que pueden citarse perfectamente como antecedentes mediatos. Realmente, hay que hacer un esfuerzo para no acordarse de *La fuerza de la sangre*, por ejemplo, o de las novelas intercaladas en el *Quijote*, cuando James, de pie sobre la batayola y de espaldas al sol, comienza a contarle a Mackellar la historia del conde que tenía por enemigo a cierto barón alemán. En ambos casos el narrador delega en otro para que acapare nuestra atención y nos seduzca. Claro que esto tiene una larguísima tradición que pasa por *El Sendebar* y *Las mil y una noches* —también él escribió unas *Nuevas mil y una noches*—, pero eso, en lo que a nuestra tradición se refiere, se asimiló a través de las *novelle* italianas, que condicionaron el modo de hacer cervantino. La novela morisca, y más todavía la novela bizantina, que arranca de *Teágenes y Cariclea*, donde la pareja de amantes son el hilo conductor de todas las peripecias posibles, fue el marco donde tanto Walter Scott y Alexandre Dumas como C. Johnston encuadraron sus inolvidables historias de piratas, que constituyen el venero inventivo más rico de nuestro autor. Con estas pistas y contraseñas nos será más fácil —creemos— internarnos en la espesura de esta ambigua novela, que busca indagar radicalmente en el inextricable origen del mal y sus consecuencias. Claro que, si no hubiese tenido Stevenson el código ideal del caballero andante como referencia constante ante estas tenebrosas manifestaciones, el contraste para el lector habría sido imposible. Nosotros tenemos, pues, la última palabra ante estos problemas intemporales, o mejor, «referenciales extratemporales simbólicos», que dirían los estudiosos de la mitocrítica.

LUIS MARTÍNEZ DE MINGO

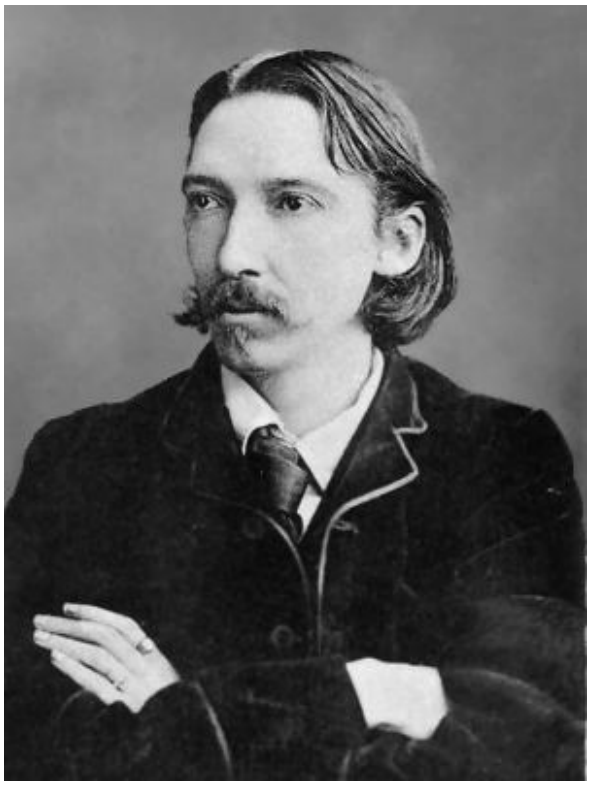
Bibliografía

Año	Título original	Título castellano
1866	*The Pentland Rising, 1666*	*El levantamiento de Pentland, 1666*
1871	*The Charity Bazaar*	*Bazar de caridad*
1875	*An Appeal to the Clergy*	*Una llamada a la clerecía*
1878	*An Inland Voyage*	*Un viaje al continente*
1879	*Travels with a Donkey in the Cévennes*	*Viajes con una burra a las Cévennes* (1971)
1882	*New Arabian Nights* (2 vols.). Contiene: *The Suicide Club; The Diamond; The Pavilion on the Links; A Lodging for the Night; The Sire de door; Providence and the Guitar Rajah's Malétroit's*	*Nuevas noches árabes* (1958). Contiene: *El club de los suicidas; El diamante del raja; El pabellón de hiedra; Un alojamiento para una noche; La puerta del señor de Malétroit; La providencia y la guitarra*
1882	*The Story of a Lie*	*La historia de una mentira*
1883	*The Silverado Squatters: Sketches from a Californian Mountain*	*Los colonos del Silverado: bocetos de las montañas de California*
1883	*Treasure Island*	*La isla del tesoro* (1889)
1885	*A Garden of Verses Child's*	*El jardín de los versos de un niño*
1885	*More New Arabian Nights: the Dynamyter* - con Fanny Stevenson	*El dinamitero*

1885	*Prince Otto: a romance*	*El príncipe Otón*
1886	*The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*	*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1920)
1886	*Kidnapped*	*Aventuras de David Balfour* (1898)
1886	*Some College Memories*	*Memorias de Facultad*
1887	*The Merry Men and Other Tales and Fables*. Contiene: *The Merry Men; Will of the Mill; Markheim; Thrawn Janet; Olalla; The Treasure of Franchard*	*Los hombres alegres y otros relatos y fábulas*. Contiene: *Los hombres alegres* (1960); *Guillermín el del molino* (1960); *Markheim* (1977); *Juana la cuellituerta* (1960); *Olalla; El tesoro de Franchard*
1887	*Underwoods* (38 poemas en inglés, 16 en escocés)	*Underwoods*
1887	*Ticonderoga*	*Ticonderoga*
1887	*The Misadventures of John Nicholson: a Christmas Story*	*Las desventuras de John Nicholson: un cuento de Navidad* (1954)
1887	*The papers of H. Fleeming Jenkin with a Memoir by R. L. S.* (2 vols.)	*Los papeles de H. Fleeming Jenkin con una reseña por R. L. Stevenson*
1888	*The Black Arrow: a tale of the two roses*	*La flecha negra* (1925)
1889	*The Master of Ballantrae: a tale winter's*	*El señor de Ballantrae* (1953)
1889	*The Wrong Box* - con Lloyd Osbourne	*El muerto vivo*

1890	*Ballads*· Contiene: *The Song of Rahéro; The Feast of Famine; Ticonderoga; Heather Ale; Christmas at Sea-Each*	*Baladas*· Contiene: *La canción de Rahéro; La fiesta del hambre; Ticonderoga; Cerveza de brezo; Navidades en el mar*
1890	*Father Damien: an Open Letter to the Reverend Dr. Hyde*	*El padre Damián: carta abierta al Reverendo Dr. Hyde*
1892	*A Footnote to History: eight years of trouble in Samoa*	*Pie de Página para la historia: ocho años de dificultades en Samoa*
1892	*Island Nights Entertainments*· Contiene: *The Beach oí Falesá; The Bottle Imp; The Isle of Voices*	*Pasatiempos en las noches de la isla*· Contiene: *La playa de Falesá; El diablo en la botella; La isla de las voces* (1972)
1893	*War in Samoa*	*Guerra en Samoa*
1893	*Catriona*	*Catriona* (1944)
1894	*The a trio and a quartette Ebb-Tide:* - con Lloyd Osbourne	*Bajamar: un trío y un cuarteto* (1957)
1895	*The Body-Snatcher*	*Los ladrones de cadáveres* (1968)
1895	*The Amateur Emigrant from the Clyde to Sandy Hook*	*El emigrante aficionado, desde Clyde a Sandy Hook*
1896	*In the South Seas*	*Cuentos de los mares del Sur* (1959)
1896	*Weir of Hermiston: an unfinished romance*	*Weir de Hermiston*
1896	*A Mountain Town in France*	*Una ciudad montañosa en Francia*
1896	*Songs of Travel and Other Verses*	*Canciones de viaje y otros versos*
1897	*St. Ives: being the adventures of a French prisoner in England*	*St. Ives: aventuras de un prisionero francés en Inglaterra*

1898	*Three Short Poems* (edic. privada)	*Tres poemas cortos*
1899	*Teuila* (20 poemas) (edic. privada)	*Teuila*
1905	*Prayers Written at Vailima, with an introduction by Mrs. Stevenson*	*Oraciones escritas en Vailima, con una introducción de Mrs. Stevenson*
1905	*Tales and Fantasies*. Contiene: *The Misadventures oi lohn Nicholson; The Body-snatcher; Story of a Lie*	*Relatos y fantasías*. Contiene: *Las desventuras de John Nicholson; Los ladrones de cadáveres; La historia de una mentira*
1912	*Memoirs of Himself*	*Memorias de él mismo*
1913	*The Poems and Ballads of Stevenson*	*Los poemas y baladas de Stevenson*
1915	*Poetical Fragments*	*Fragmentos poéticos*
1916	*The Waif Woman*	*La mujer abandonada*
1916	*An Ode of Horace: book II, ode III*	*Una oda de Horacio: libro II, oda III*
1921	*When the Devil was Well*	*Cuando el diablo era bueno*
1928	*The Castaways of Soledad*	*Los náufragos de Soledad*
1950	*Salute to RLS*	*Saludo a RLS*



ROBERT LOUIS BALFOUR STEVENSON (Edimburgo, Escocia, 13 de noviembre de 1850 - Vailima, cerca de Apia, Samoa, 3 de diciembre de 1894). Fue un novelista, poeta y ensayista escocés. Su legado es una vasta obra que incluye crónicas de viaje, novelas de aventuras e históricas, así como lírica y ensayos. Se le conoce principalmente por ser el autor de algunas de las historias fantásticas y de aventuras más clásicas de la literatura juvenil, *La isla del tesoro*, la novela histórica *La flecha negra* y la popular novela de horror *El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde*, dedicada al tema de los fenómenos de la personalidad escindida, y que pueden ser leída como novela psicológica de horror. Varias de sus novelas continúan siendo muy famosas y algunas de ellas han sido varias veces llevadas al cine del siglo XX, en parte adaptadas para niños. Fue importante también su obra ensayística, breve pero decisiva en lo que se refiere a la estructura de la moderna novela de peripecias. Fue muy apreciado en su tiempo y siguió siéndolo después de su muerte. Tuvo continuidad en autores como Joseph Conrad, Graham Greene, G.
K. Chesterton,
H.
G. Wells,
y en los argentinos Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges.

Notas

[1] Hay un relato de Arthur Conan Doyle, titulado «El misterio de Boscombe Valley» e incluido en *Las aventuras de Sherlock Holmes* (Colección «Tus Libros», n.º 101), en el que se dice: «Boscombe Valley es un distrito rural de Herefordshire, situado no muy lejos de Ross». Véase *ob. cit.* < <

[2] Siglas, en el Código de Señales Marítimas, para indicar que un barco está listo para el ataque. < <

[3] Actualmente, aglomeración urbana de Honolulu, en Hawai. < <

[4] En una carta dirigida a Charles Baxter en mayo de 1894, Stevenson da las siguientes explicaciones acerca de este prefacio: «En el manuscrito original de *El señor de Ballantrae* había una especie de introducción en la cual describía mi llegada a Edimburgo para hacerte una visita y cómo tú me entregabas los papeles de la historia. Realmente llegué a escribirlo, y luego deseché la idea porque recordaba demasiado a Scott, supongo. Ahora tengo que encontrar aquel manuscrito y tratar de terminarlo para la E. E. [edición de Edimburgo]. Esto te proporcionará otro rincón propio en este grandioso monumento, de lo cual me alegro mucho» [*Cartas*, XXV]. < <

[5] Johnstone Thomson, W. S., es Charles Baxter, W. S., quien posteriormente se convertiría en el albacea de Stevenson y con quien este mantenía correspondencia habitualmente, dirigiéndose a él como «Thomson Johnstone» y escribiéndole en el más puro dialecto escocés. La escena se desarrolla en la casa de Baxter, 7 Rothesay Place, Edimburgo. < <

[6] Giovanni Battista Piranesi
(1720-1778),
arquitecto y grabador italiano. < <

[7] Aquí existe una incoherencia, ya que los hermanos de *El señor de Ballantrae* murieron en el invierno de 1764-1765,
y no en 1783. < <

[8] También aquí debe tratarse de un error, ya que se refiere a Alexander Graeme Dude, hermano de Katharine e hijo de Henry. < <

[9] David (1084-1153), rey de Escocía, hijo menor de Malcolm III y St. Margaret. Consolidó la unidad de su reino, lo reorganizó y acrecentó notablemente su poderío. < <

[10] *Kittle folk are the Durrisdeer, / They ride mony spears wi' ower*
. < <

[11] Poeta escocés del siglo XIII (*c.* 1220-1297),
conocido también como «*Thomas the Rhymer*». < <

[12] *Twa Duries in Durrisdeer, / Ane to tie and ane to ride. / An ill day for the groom / And a waur day for the bride*. < <

[13] Golfo del mar de Irlanda, en la costa occidental de Gran Bretaña, entre Inglaterra (Cumbria) y Escocia (Dumfries y Galloway). < <

[14] El tratamiento de «milord» se usa en toda la novela para quien ostenta los derechos de sucesión, en este caso el anciano *lord* . Más adelante pasará el título a uno de los hijos, y su mujer llevará el tratamiento de «milady». El título de «señor de Ballantrae» estará durante todo el relato ligado al primogénito, James, a quien el Sr. Mackellar, como narrador, se refiere a menudo llamándole «el señor». Para el resto de los tratamientos de cortesía se utilizan las formas «señor», «señora», «señorita», etcétera. < <

[15] Carlos Eduardo
(1720-1788),
llamado *el Joven Pretendiente*. Primogénito de Jacobo Eduardo Estuardo, *el Viejo Pretendiente*, y Clementina Sobieski y nieto de Jacobo II, intentó reconquistar el trono de los Estuardos; desembarcó en Escocia y venció a las tropas inglesas en Prestonpans (1745), pero tras penetrar en Inglaterra fue derrotado en Culloden (1746), lo que puso fin a las pretensiones de los Estuardos. < <

[16] Jacobo Eduardo Estuardo
(1688-1766),
conocido como *el Viejo Pretendiente* o *el Caballero de San Jorge*. Hijo de Jacobo II de Inglaterra, fue conducido secretamente a Saint-Germain al saberse la noticia del desembarco de Guillermo de Orange, y reconocido rey, tras la muerte de su padre (1701), por Luis XIV, con el título de Jacobo III, pero formalmente excluido por los ingleses de la sucesión al trono. No obstante, subsistió en Inglaterra y en Escocia un Partido Jacobita. < <

[17] Jorge II (1683-1760), rey de Gran Bretaña y de Irlanda y elector de Hannover. La guerra de Sucesión de Austria, en la que los intereses hannoverianos arrastraron a Gran Bretaña a una desastrosa campaña continental, provocaron una fuerte oposición dentro del país. < <

[18] Alusión al patriarca Jacob, hijo de Isaac y Rebeca, que cambió a su hermano mayor, Esaú, la primogenitura por un plato de lentejas; la historia es narrada en el *Génesis*
25-35.
< <

[19] Antigua moneda británica, equivalente a 21 chelines. < <

[20] Verso del poema «A Lucasta al marchar a la guerra», del poeta inglés Richard Lovelace
(1618-1656):
I could not love you, dear, so well, loved not honour more. < <

[21] Divisa en forma de disco, compuesta de cintas, generalmente de colores, que se coloca en el sombrero o morrión del soldado. < <

[22] Los *highlanders* son regimientos de infantería reclutados entre la población escocesa de las Tierras Altas.

Carlisle es una ciudad de Gran Bretaña, capital del condado de Cumbria, al norte del macizo de Cumberland. < <

[23] *Lord* George Murray (*c.*
1700-1760),
general escocés que dirigió el ejército jacobita cuando Carlos Eduardo desembarcó en 1745. Nunca tuvo la plena confianza del Pretendiente, quien provocó la desastrosa batalla de Culloden contra la opinión de Murray. Tras la misma se exilió en Francia y murió posteriormente en Holanda. < <

[24] Localidad escocesa, en el condado de Inverness, donde el ejército británico, mandado por el duque de Cumberland, aniquiló definitivamente al ejército jacobita del Pretendiente Carlos Eduardo, compuesto por *highlanders*, el 16 de abril de 1746. < <

[25] «No caer por la fuerza, sino por la insistencia». (En latín en el original). < <

[26] Derby es una ciudad del condado de Derbyshire, junto al Derwent.

Falkirk se halla en el centro de Escocia, cerca de la orilla derecha del estuario del Forth. < <

[27] Las «Tierras Altas», región montañosa del norte de Escocia. < <

[28] En Gran Bretaña, oficial administrativo que representa a la corona en cada condado. En la Edad Media, era una especie de gobernador, y en la actualidad posee atribuciones administrativas y judiciales, encargándose de velar por el mantenimiento de la ley. < <

[29] Ciudad del sur de Escocia, capital de la región de Dumfries y Galloway, junto al Nith. < <

[30] Rombo colocado de suerte que la diagonal mayor quede vertical, usado especialmente como ornamento heráldico. < <

[31] Tito Livio (64/59 a. C.-17 d. C.), historiador romano, amigo de Augusto, a pesar de sus ideas republicanas. Su obra *Ab urbe condita libri*… (conocida por el nombre de *Décadas*), en 142 libros, narra la historia de Roma desde sus orígenes hasta los tiempos del autor. No nos quedan más que 35 libros de ella. <<

[32] Quinto Horacio Flaco
(65-8
a. C.), poeta latino que vivió bajo la protección de Augusto y sobre todo de Mecenas. En los *Yambos*, también llamados *Epodos*, expresó su dolor ante las guerras civiles; en las *Sátiras*, hizo una indulgente representación de los defectos humanos y exaltó el sentimiento de la amistad; en las *Odas*, sin duda su obra más conocida, exaltó las reuniones de amigos, la belleza de la naturaleza y la gloria de Roma. Entre las *Epístolas*, imbuidas de un sereno equilibrio, es famosa la dirigida a los Pisones, amigos suyos y críticos de arte, llamada también *Arte poética*. <<

[33] Stevenson hace que Francis Burke, su segundo narrador, sea uno de los irlandeses jacobitas del exilio que apoyaron a Carlos Eduardo, *el Joven Pretendiente*. <<

[34] Orden real y militar de San Luis, orden francesa, la más antigua de las no adscritas a la nobleza. Creada en 1693, difiere totalmente de las órdenes reales tradicionales; por primera vez, la burguesía y los oficiales surgidos de la tropa tenían acceso a una orden real, cuyo gran maestre era el rey. <<

[35] Ciudad del sur de Noruega. <<

[36] (*) ¿Se trataba de Alan Breck Stewart, que más tarde sería conocido por los asesinatos de Appin? A veces, al caballero le falla la memoria cuando intenta recordar nombres. (Tenga en cuenta el lector que todas las notas con asterisco son del señor Mackellar). <<

[37] La corona de plata equivale a cinco chelines. <<

[38] Alusión a la *Ilíada* y a la *Odisea*, de Homero, poeta épico griego que probablemente vivió en el siglo IX a. C. <<

[39] Se trata de El Havre, ciudad francesa situada en la orilla derecha de la desembocadura del Sena, cuyo puerto fue fundado por Francisco en 1517. < <

[40] Brazo de mar formado por el océano Atlántico entre el archipiélago de las Hébridas y Escocia. < <

[41] Danza de origen italiano y de movimiento vivo, muy difundida en los siglos XVII y XVIII. < <

[42] Bote que se lleva en el navío para saltar a tierra. < <

[43] Capital imaginaria del reino infernal. Lugar en que hay mucho ruido y confusión. < <

[44] Aristóteles (384-322 a. C.), uno de los más grandes filósofos de la Antigüedad griega; fue discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno. Su escuela se llamó El Liceo. < <

[45] Vela del bauprés. < <

[46] Borde en la parte de popa de un buque. < <

[47] Percha giratoria, generalmente cilíndrica, que sirve para asegurar la extremidad de una vela, a fin de poderla tensar fácilmente. < <

[48] Antiguamente, encargado de distribuir los víveres y designar los servicios entre la tropa. < <

[49] Bartholomew Roberts (*c.*
1682-1722),
pirata galés cuyas correrías se extendieron por las costas de África occidental, Brasil, el Caribe e incluso Terranova. Se dice que llegó a capturar más de 400 barcos, cifra con la que solo puede competir Henry Morgan. Murió frente a las costas de Guinea en un enfrentamiento con un barco de guerra británico que lo perseguía. <<

[50] «Puerto de carenado». (En francés en el original). Es aquel en el que se limpia y repara el casco o la carena de un barco. <<

[51] «Contratiempos». (En francés en el original). <<

[52] Juego de palabras entre *teach* («enseñar») y *learn* («aprender»). <<

[53] (*) No hay que confundir a Teach, el capitán del Sarah, con el famoso *Blackbeard*. Los hechos y fechas no concuerdan en absoluto. Es posible que, desde un primer momento, el segundo Teach copiara el nombre y las extravagancias del primero. Hasta el señor de Ballantrae tenía admiradores. [Edward Teach, conocido como *Barbanegra*, fue un pirata británico muerto en 1718. Tenía establecida su base en una ensenada de Carolina del Norte y, tras un duro enfrentamiento con las fuerzas de la marina británica, fue muerto, y su cabeza puesta en lo alto del bauprés de su barco. Además de su exuberante barba negra, el aspecto más destacado de su leyenda radica en su fabuloso tesoro enterrado, que nunca se logró encontrar y, probablemente, nunca existió]. <<

[54] (*) ¿No será esta la explicación? Dutton, al igual que los oficiales, sintió el estímulo de la responsabilidad. <<

[55] Cabo grueso y largo. <<

[56] Archipiélago británico, en el Atlántico Norte, a
1000 km
al sudeste del cabo Hatteras, que constituye una colonia de la corona. <<

[57] Capital del estado de Nueva York, se halla en el valle medio del Hudson y en la desembocadura del canal del Erie. <<

[58] Río del nordeste de los Estados Unidos que nace en los Adirondacks, salva un desnivel de
25 m
en las cascadas de Glens Falls, recibe por la derecha el Mohawk, por Troy y Albany y desemboca en la bahía de Nueva York. <<

[59] George Clinton
(1686-1761),
administrador de la colonia británica y gobernador de Nueva York entre 1743 y 1753. <<

[60] Crown Point es una localidad del estado de Nueva York, junto al Champlain, lago en la frontera de Quebec con los estados de Nueva York y Vermont; en esta localidad, los franceses construyeron una fortificación en 1731, que pasó a manos inglesas en 1759. <<

[61] Los doce trabajos de Hércules, o Heracles, que Homero narra en su *Ilíada*. <<

[62] (*) Esto es completamente falso, pues por aquella fecha aún no se había hablado de matrimonio. Así se puede comprobar en mi narración. <<

[63] Un pico de los montes Grampianos, en las Tierras Altas de Escocia. Como expresión, «poner los talones en Criffel» es una forma de decir que se deja de lado a alguien o se le pone fuera de juego. <<

[64] Dinero recaudado para ayudar a cualquier escocés que se viera obligado a dejar su patria por su participación en el alzamiento jacobita de 1745. <<

[65] Ciudad francesa, en la Champagne, junto al Sena. <<

[66] Thomas-Arthur, conde de Lally
(1702-1766),
general francés. Hijo de un exiliado jacobita irlandés y una noble francesa, sirvió en la brigada irlandesa del ejército francés a las órdenes de Maurice, conde de Saxe, y acompañó a Carlos Eduardo en su invasión de Escocia e Inglaterra en 1745. En 1758 fue enviado a la India, donde su falta de tacto enajenó a los príncipes nativos aliados de Francia. Derrotado por los británicos en Wandiwash en 1760 y sitiado en Pondicherry, se rindió en 1761. Regresó voluntariamente a Francia para someterse a juicio por traición, siendo condenado y decapitado tras un largo encarcelamiento. < <

[67] Localidad de Inglaterra, en el condado de Cumbria, situada en la confluencia de tos ríos Derwent y Cocker. < <

[68] *O, I will dye my petticoat red, / With my dear boy beg my bread, / Though all my friends should wish me dead, / For Willie among the rushes, O!*
I'll
< <

[69] «Esa lentitud de alelado que me exaspera». (En francés en el original). < <

[70] Los *Comentarios* sobre la guerra de las Galias (*De bello gallico*,
52-50
a. C.) y sobre la guerra civil (*De bello civili*, 44 a. C.), memorias de Cayo Julio Césasr (100 o
101-44
a. C.) que constituyen una fuente valiosísima para el estudio de esta época.

Thomas Hobbes (1588-1679), filósofo inglés, en cuya filosofía analiza preferentemente la sociedad civil, constituyendo esta la parte más original de su sistema. En ella, pone de manifiesto su concepción del hombre como enemigo natural del mismo hombre. Escribió, entre otras, *De cive*, *De homine*, *De corpore*, *Leviathan*. *La Henriade* es un poema en diez cantos en versos alejandrinos de François-Marie Arouet, *Voltaire*, (1694-1778),
publicado en 1723, primero bajo el título de *La Liga* o *Enrique el Grande*, y luego refundido en 1728. El héroe es el prudente rey Enrique IV, que resolvió las graves cuestiones religiosas de su época entre calvinistas y católicos abjurando de su fe hugonote y ascendiendo al trono de Francia con bondad y firmeza de ánimo. < <

[71] Persona encargada en el testamento de cumplir las últimas voluntades y velar por los bienes del fallecido. < <

[72] «Ten piedad, te ruego, del padre y del hijo». (En latín en el original). *Eneida*, VI, 116-117.
< <

[73] Se confunde aquí el narrador, pues la noche del duelo la señora Henry ya debería estar con un embarazo de 13 semanas, según las fechas. < <

[74] Soldado hindú que en los siglos XVIII y XIX servía en los ejércitos de Francia, Portugal y Reino Unido. < <

[75] Antoine Galland (1646-1715), orientalista y arqueólogo francés, uno de los primeros traductores de *Las mil y una noches* (1704-1717).
< <

[76] Claramente, se trata de Secundra Dass. < <

[77] En la India, tratamiento de respeto de los criados a sus señores, durante la dominación británica. < <

[78] Una de las muchas monedas introducidas en la India por los príncipes mongoles en el siglo XVI. < <

[79] Lengua indoaria hablada en la India y Pakistán, una de cuyas variantes es el hindi, lengua oficial de la India. También se dice indostaní. < <

[80] «Recuerda que has de morir». (En latín en el original). Es una frase que se repiten los monjes trapenses cada vez que se encuentran.

Obra ya clásica del poeta inglés John Milton (1608-1674), donde se narra la tentación y caída de Adán y Eva, con lenguaje culto y solemne y finalidad moralizante.

< <

[81] Persona cuyo oficio es componer un hueso dislocado o roto. < <

[82] Pasaje de la *Eneida* de Virgilio entre la reina Dido de Cartago y el héroe, Eneas, en su huida desde la destruida Troya hasta la creación de Roma. En la corte de Dido, Eneas la entretiene contándole sus aventuras. < <

[83] Alusión a la persecución que sufrieron los volscos, pueblo del Lacio, por parte de los romanos a finales del s. IV a. C. Lo recoge Shakespeare en su tragedia Coriolano. < <

[84] «Es de buen gusto». (En francés en el original). < <

[85] *Home was home then, my dear, full of kindly faces; / Home was home then, my dear, happy for the child*. < <

[86] *Now, when day dawns on the brow of the moorland, / Lone stands the house, and the chimney-stone is cold, / Lone let it stand, now the folks are all departed, / The kind hearts, the true hearts, that loved the place of old*. < <

[87] Por el juego de palabras con su significado: «Sin igual». < <

[88] Río del oeste de Escocia que desemboca en Glasgow y en el fiordo homónimo. < <

[89] Samuel Richardson
(1689-1761),
novelista e impresor británico, autor de obras puritanas, sentimentales y muy populares, como *Pamela o la virtud recompensada* (1740). La que aquí señala, *Clarisa o la historia de una señorita*, fue publicada en 1748, y

narra la historia de una muchacha que, huyendo de una boda indigna impuesta por su familia, se confía a un hombre libertino, Robert Lovelace, quien la seduce. <<

[90] Rolando y Oliver son dos de los doce paladines de la gesta de Carlomagno. Como expresión «*a Roland for an Oliver*» significa devolver golpe por golpe, o gracia por gracia. <<

[91] Personajes y libros de la Biblia. <<

[92] Poste donde se aseguran los cables del ancla. <<

[93] Estructuras de protección en el barco al nivel del piso principal. <<

[94] Polvo de tabaco que se aspira por la nariz. Fue una costumbre introducida de América y muy extendida en Europa en el s. XVI. <<

[95] «Razón última», «argumento extremo». (En latín en el original). <<

[96] «Hombre de palabra». (En francés en el original). <<

[97] Mujer de Ulises en la *Odisea* de Homero. Para alargar la espera de sus pretendientes, mientras Ulises estaba de viaje y se le creía muerto, había prometido terminar de tejer un velo antes de volver a casarse; pudo esperar hasta el regreso de su marido porque lo que tejía durante el día los destejía por la noche. <<

[98] Se refiere a Robert Clive, Barón de Plassey
(1725-1774),
general británico y estratega de las campañas en la India. Fue famoso por su marcha sobre Calcuta en 1757. <<

[99] Calle de Londres, famosa en otro tiempo por estar habitada por una nube de aspirantes a escritores y buscadores de fama. Hoy se llama Milton Street. Aquí Mackellar se refiere a un periodista de un panfleto sin importancia que llegará a manos de Henry. < <

[100] Partido político británico, nacido en el siglo XVII en oposición al partido *Tory*, que sostenía los derechos del parlamento y de las sectas protestantes contra la autoridad monárquica y los privilegios del anglicanismo. < <

[101] Michael Scott (*c*. 1160-*c*. 1235) fue un filósofo, astrólogo y matemático escocés. En algunas leyendas era un mago en pactos con el diablo. Aparece también en el Canto XX del *Infierno* de Dante. Lo que aquí menciona Stevenson está explicado por una leyenda que recoge Walter Scott
(1771-1832)
en su novela histórica *Canto del último trovador* (1805), en la que Michael se ve forzado a imponer constantes trabajos a un diablo que todo lo resuelve: construir un puente entre Tweed y Kelso, dividir el monte Eildon en tres picos… Finalmente le ordena la tarea interminable de fabricar cuerdas con arena del mar. < <

[102] *Sir* William Johnson
(1715-1774)
fue soldado británico y pionero de Norteamérica, famoso por su participación en la Confederación de las Seis Naciones (los indios Iroquis), en la que estos rechazaron unirse a la conspiración de Pontiac (1763). Firmó con ellos el Tratado de Paz en 1766. < <

[103] *And over his banes when then are bare / The wind sall blaw for evermair!* < <

[104] El que está constituido por una escala cuya tercera nota dista un tono y un semitono de la primera. < <

[105] «Qué diferente de aquel». (En latín en el original). Palabras de Eneas ante la aparición de Héctor, terriblemente desfigurado y ensangrentado (*Eneida* II, 274). Se emplea para indicar lo mucho que ha cambiado una persona, tanto en lo físico como en lo moral. < <

[106] «Velada prolongada». (En latín en el original). < <

[107] Se trata de Duncan Forbes
(1685-1747),
lord de Culloden desde 1734. En el levantamiento de 1745, convenció a muchos clanes escoceses del Norte para que no se uniesen a las fuerzas jacobitas. Se lo compara con *sir* William Johnson en su papel entre los indios ingobernables de Norteamérica. < <

[108] Parte de la costa oriental de la península de la India, junto al golfo de Bengala, entre el estrecho de Palk y la desembocadura del Godavari. < <

[109] Para entender el auténtico significado de estas palabras, véase «La génesis de El señor de Ballantrae». < <

[110] Tras la muerte de su padre, Stevenson abandonó Edimburgo y se trasladó a Estados Unidos en 1887, junto con su madre y su esposa Fanny Osbourne. Gran parte de *El señor de Ballantrae* fue escrita cerca del lago Saranac, en el estado de Nueva York. < <

[111] Novela de Frederick Marryat
(1792-1848),
novelista británico, comandante de la marina real, y autor de gran número de relatos de tema marinero. *El buque fantasma* fue publicada en 1839. < <

[112] *Pease porridge hot, / pease porridge cold, / pease porridge in the pot, / nine years old*. < <

[113] Horacio (65-8 a. C.), poeta latino. Stevenson alude a la regla de empezar la narración *in medias res*, esto es, en el meollo de la acción (*Ep. a los Pisones*, v 148). < <

[114] Localidades de Escocia, en las Hihglands. < <

[115] Athole, o Atholl, es un título escocés llevado por la familia Estuardo en los siglos XV y XVI y, a partir de 1629, por los Murray. <<

[116] Pueblo de la región de Bombay, cuyo nombre viene de Persia, de donde es originario. <<

[117] Uno de los protagonistas de *Secuestrado*, n.º 41 de esta Colección. <<

[118] Protagonista de la novela homónima de William Makepeace Thackeray
(1811-1863),
escritor británico de la época victoriana, autor de caricaturas, artículos de prensa y novelas como *El libro de los snobs*, *La feria de las vanidades*, *La historia de Henry Esmond*, *Los Newcome*, *Las aventuras de Philip*, etcétera. Concretamente *Barry Lyndon* fue llevada al cine por Stanley Kubrick, en una película interpretada por Ryan
O'Neal
y Marisa Berenson, con una hermosa fotografía y una magnífica banda sonora de música clásica y folclórica. <<

[119] *Virginibus puerisque*. Alianza Editorial, Madrid, 1994, pág. 137. <<

[120] Esta frase, junto con el ejemplo de estabilidad cinética de una peonza, las recordaba siempre como emblemáticas de aquel período, y aparecen en el pequeño ensayo *La educación de un ingenioso*. <<

[121] Estos dos últimos ya han sido publicados en los números 5 y 4 respectivamente de esta misma Colección. <<

[122] Revista de literatura, n.º 65-66, julio-agosto, 1979. «La narración sigue contando». <<

[123] *Virginibus puerisque y otros ensayos*, *op. cit.*, pág. 90. <<

[124] Graham Balfour, *Vida de R. L. Stevenson*, Hiperión, Madrid, 1994, pág. 291. < <

[125] Publicado en el número 41 de esta misma Colección. < <

[126] Publicado en el mismo volumen que *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, n.º 4 de esta misma Colección. < <

[127] Graham Balfour, *op. cit.*, pp. 415-16. < <